





B. LYTTON

IONE



IONE



II

PARIS. LE





R. 947.52

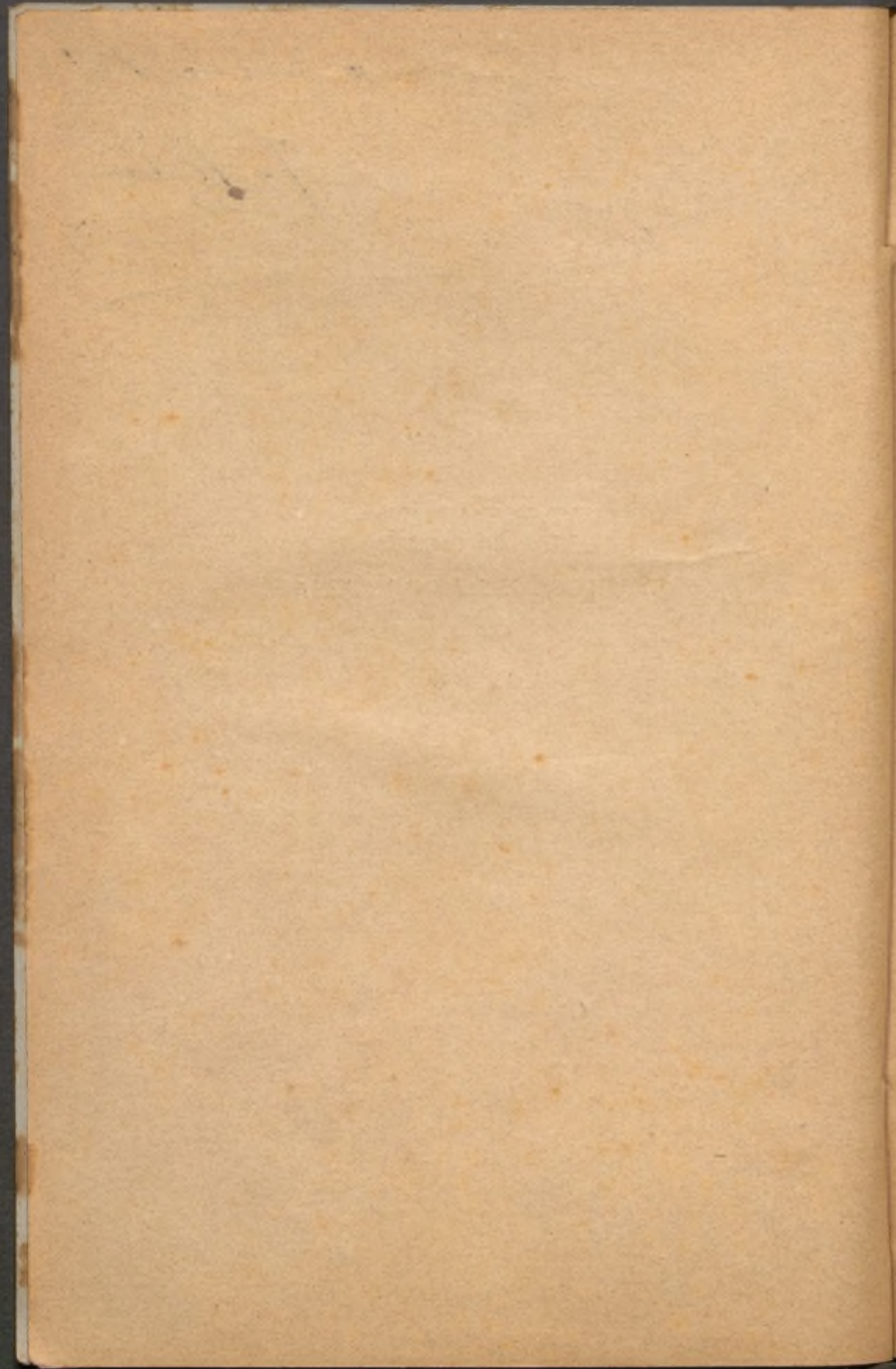
Barcelona Julio 1878

J. Riba

DIONÉ

ÚLTIMOS DIAS DE POMPEYA

TOMO II



BIBLIOTECA VERDAGUER

DIONÉ

ÚLTIMOS DIAS DE POMPEYA

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA EN INGLÉS POR

EDUARDO BULWER LITTON

VERSIÓN ESPAÑOLA POR

C. BARALLAT Y FALGUERA

CON DIBUJOS DE

APELES MESTRES

FOTOGRAFADOS DE C. VERDAGUER

TOMO II



BARCELONA

C. VERDAGUER, IMPRESOR-EDITOR

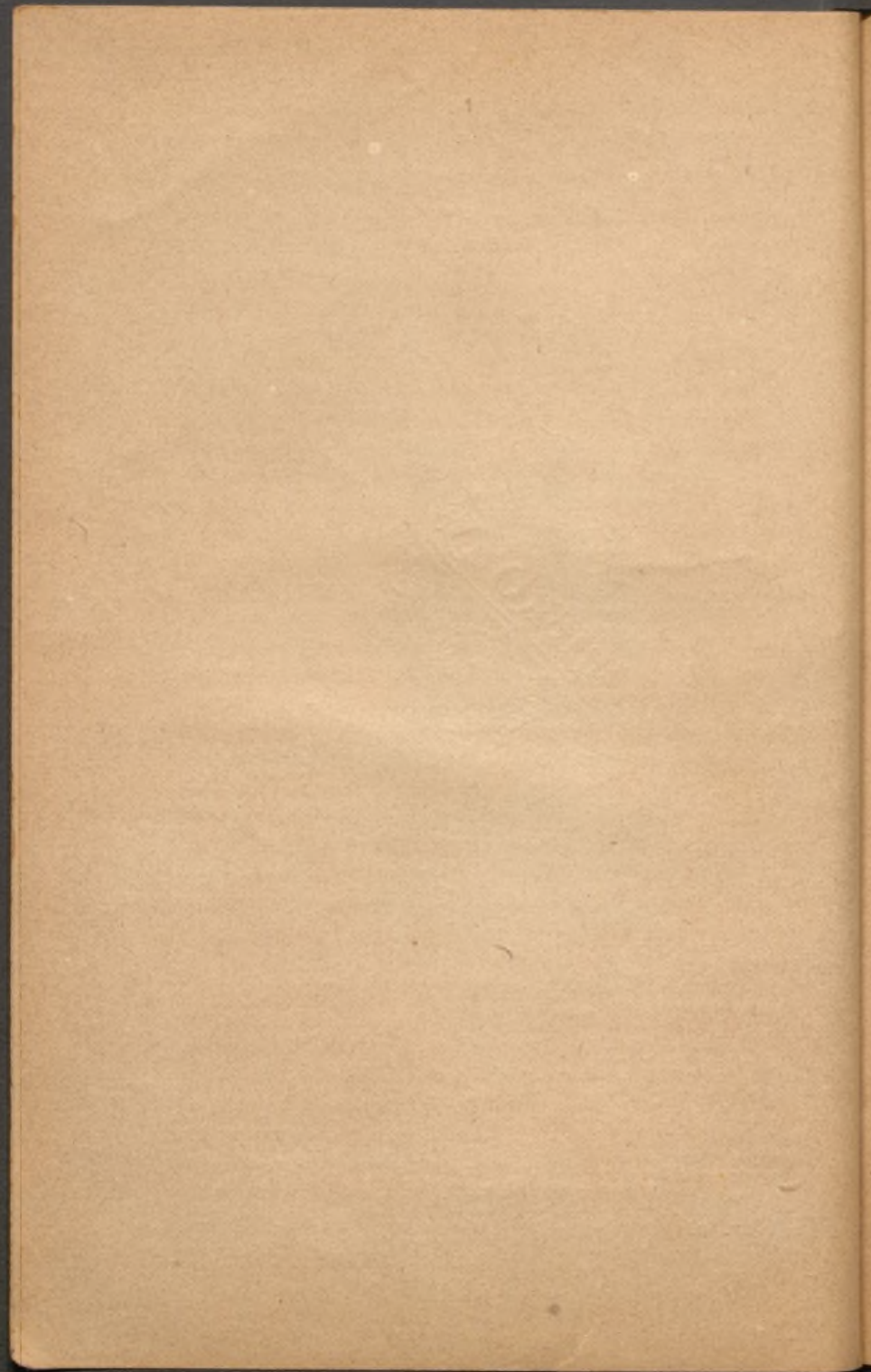
CALLES DE LLULL Y CERDEÑA. (ENSANCHE)

1883

Queda hecho el depósito que previene la ley para los efectos de propiedad

Tipo-litografía de CELESTINO VERDAGUER.







CAPÍTULO PRIMERO.

Reflexiones sobre el celo de los primitivos cristianos. Acuerdo peligroso de dos hombres. — De como las paredes tienen oídos y muy especialmente las paredes sacras.



ODO aquel que medite sobre la primitiva historia del Cristianismo se convencerá de cuán necesario fué para su triunfo el fogoso arranque de sus cam-

peones; el heroísmo invencible que no temiendo ningún peligro ni aceptando transacciones de ninguna especie, les sostenía en su empresa y les llevaba al martirio. Si es verdad que las iglesias dominantes arraigan su poder por medio de su autoridad pacífica, las iglesias débiles y perseguidas, por el contrario, sacan de la lucha sus condiciones de vida y de progreso. Era necesario desdenar, aborrecer las creencias ajenas para sustraerse á sus tentaciones; era necesario no solamente creer que en la Buena Nueva se encontraba la verdadera fè, sino cerrar los ojos al mérito de la fè popular á fin de que el discípulo aceptase la austeridad de la doctrina y tomase aliento para acometer la caballerisca empresa de convertir á los politeístas. El cristiano, por el honor de su fe, exponía atrevidamente sus dogmas al excepticismo de los unos y á la repugnancia de los otros, al desden de los filósofos y á la piadosa aversión del pueblo, y al hacerlo encontraba en su propia intolerancia la garantía del éxito. El idólatra, viendo un celo tan extraordinario y tan diferente de lo usual, acababa por convencerse de que había allí un germen de santidad. Sentíase conmovido viendo que al cristiano no le arredraban los obstáculos ni los peligros, y que aun hallándose en la tortura ó cercano á la muerte y tratándose de sostener una causa mucho más ardua que las controversias de la filosofía especulativa, no hacía otra cosa para defenderla que remitirse á las decisiones del Juez Eterno.

Entre aquellos caractères audaces, emprendedores é incapaces de miedo, distinguiase particularmente el de Olintho. No bien hubo ingresado Apecides en el seno de la Iglesia por medio de los ritos bautismales, cuando se apresuró á convencerle de que no era ya regular que conservase el cargo y las vestiduras de sacerdote de Isis puesto que no podía tributarse adoración al Dios verdadero y honrar al mismo tiempo las imágenes en los altares del enemigo malo. Además de esto proponíase Olintho, por

medio de Apecides, que el pueblo ilusionado llegase á ver claramente las imposturas y artificios de los oráculos de Isis, bien persuadido de que Dios le presentaba semejante ocasión para quitar la venda á los ojos de la muchedumbre preparando quizás la conversión de la ciudad entera. Con estos propósitos excitó el novel entusiasmo de Apecides, fortaleciendo su valor y aguijoneando su celo.

El día después del bautismo de Apecides, y á la hora de la tarde, encontráronse ambos de propósito en el bosquecillo consagrado á Cibeles.

— La primera vez que vayan á consultar el oráculo, decía fervorosamente Olintho, adelántate hasta la verja y dile en altas voces al pueblo que no sea víctima por más tiempo de esas engañifas. Invita á los concurrentes á que penetren en el santuario á fin de que palpén y vean de cerca el grosero artificio de que me hablas. No temas cosa alguna. El Señor que protegió á Daniel ha de proteger tu santa empresa. Nosotros los cristianos estaremos entre la muchedumbre, alentaremos á los pusilánimes, y en el ímpetu de la vergüenza y de la indignación popular yo me comprometo á levantar sobre los mismos altares nuestra evangélica palma. Entonces habrá llegado el momento decisivo y el abrasado espíritu de Dios descenderá sobre mi lengua.

Excitado y ferviente como estaba el joven converso no le parecieron mal estas sugerencias de Olintho, y alegróse de haber encontrado con ellas una ocasión oportuna para hacer público alarde de sus creencias poniéndolas de relieve delante de sus hermanos. El recuerdo de las torturas que había sufrido y el deseo de tomar de ellas una revancha digna, influían también en su ánimo y le empujaban á llevar á cabo la empresa en los mismos términos en que Olintho la concebía. Ni uno ni otro, en medio de su fervoroso arranque, se daban cuenta de los obstáculos ni ponían en duda el buen éxito de sus proyectos. Ni uno ni otro contaban con el respeto que sentía el pueblo en pre-

sencia de los altares de la grande diosa egípcia, respeto bastante para impedir que se diese crédito al mismo sacerdote del santuario cuando saliese á decir que las ceremonias y los oráculos no eran otra cosa que ficciones y añagazas. El atrevimiento es necesario, sin embargo, para las acciones aventuradas y excelsas, y el resultado fué que Apecides consintió en todo y para todo con lo que decía Olintho, quedando éste maravillado de haber adquirido influencia tan notoria sobre su discípulo. Convinieron en que Olintho hablaría de todo ello con los hermanos que mayormente intervenían en la nueva Iglesia, á fin de averiguar si estaban conformes y si podía contarse con su concurso, y después de esto se separaron dándose cita en el mismo sitio para el siguiente día.

El motivo que les llevaba á citarse en plazo tan breve no era otro sino que el nuevo día acertaba á ser la víspera de una fiesta de Isis, y presentándose con esto una ocasión oportuna, deseaban ligar y coordinar todos los detalles y menudencias de su proyecto.

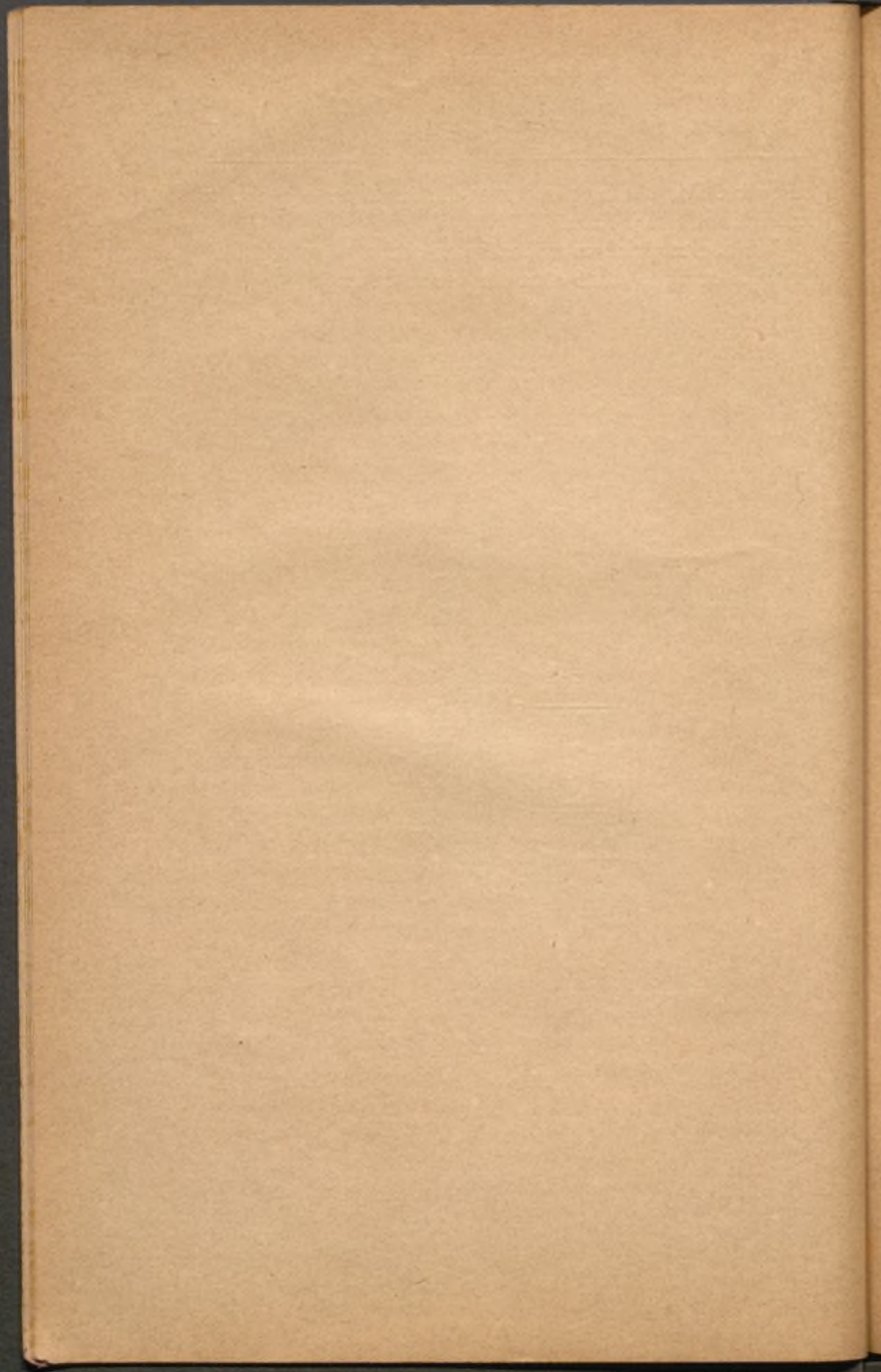
La última parte de sus coloquios tuvo lugar junto á la capillita que estaba en el bosque. No bien se alejaron de la arboleda el sacerdote y el cristiano, cuando salió de la parte posterior de la capilla el mismísimo Caleno con su figura torva y sus ademanes antipáticos.

— Bien hice en expiarte, camarada, dijo el escucha al quedarse sólo. Por lo visto no son discusiones fútiles lo que media entre el sacerdote de Isis y el taciturno seguidor del Cristo. Siento no haber oído todo lo que dijisteis, pero ya veo que os proponéis revelar los sacros misterios y que vais á reuniones mañana con este objeto. Venga mañana el mismo Osiris y aguce mis oídos á fin de que yo sepa todo el alcance de vuestra audacia. En cuanto me haya enterado completamente de vuestros designios veremos lo que dice Arbaces. Podéis recelaros y esconderos cuanto queráis: todo se descubre, camaradas, todo se

descubre. Por ahora guardemos el secreto en el pecho y encerrémosle bajo llave.

Dichas estas palabras embozóse en el manto, y con aire bastante caviloso tomó el camino de su casa.







CAPÍTULO II.

El amo de casa, el cocinero y la cocina. — De como Apecídes fué al encuentro de Dione y conversación que tuvieron.



ABÍA llegado el día del banquete con que Diomedes obsequiaba á sus ilustres amigos. El elegante Glauco, la hermosa Dione, el funcionario público Pansa, el noble Claudio, el inmortal Fulvio, el delicado Lépido, el epicúreo Salustio, todos estaban invita-

dos á la fiesta, y no eran los únicos. Esperaba también á un Senador de Roma, hombre de mucha reputación y de excelentes relaciones en la corte aunque inválido ya por los años, y á un gran guerrero de Herculano que se había hallado con Tito en la guerra de los judíos y que se había enriquecido allí prodigiosamente por más que, al decir de sus amigos, merecía el agradecimiento eterno de la patria por sus proezas desinteresadas. Otros convidados tenía además de éstos, porque si bien el tono aristocrático exigía el número tres por ser el de las Gracias, ó el nueve por ser el de las Musas, la ostentación y la riqueza encontraban medio en las grandes ocasiones para infringir esta regla clásica. De algunos anfitriones ricos nos dice la historia que llegaron á tener trescientos convidados, y en cuanto á Diomedes habíase limitado á doblar el número de las Musas, y por consiguiente esperaba tener en su mesa diez y ocho personas.

Era de mañanita, y el dueño de la casa que, si bien gustaba de alternar con eruditos y personas bien educadas, no podía echar en olvido sus costumbres de negociante, dió en recordar que el ojo del amo es el que conserva la hacienda y empezó á girar una visita de inspección á todos los departamentos y habitaciones. Flotaba la ribeteada túnica sobre su corpulenta barriga y llevaba los piés calzados con holgadas y cómodas chinelas. Con el bastoncito que tenía en la mano señalaba el punto dónde habían de cumplirse sus órdenes, y de cuando en cuando administraba algún varapalo para enderezar la espina dorsal de los esclavos gansos.

Recorrido que hubo las piezas principales de su lujosa quinta, encaminóse Diomedes á la más sagrada de todas desde el punto de vista gastronómico, en la cual los sacerdotes del festín estaban preparando las ofertas. Entróse en la cocina y no le disgustó el ruido de platos y cacerolas ni tampoco el tumulto de las órdenes y contraórdenes y juramentos. Por más que esta dependencia, tan neces-

ria en todas partes, fuese diminuta generalmente en las casas pompeyanas, no faltaban allí fogones y hornillos de distintas formas, cazos, ollas, instrumentos cortantes, moldes y todo lo demás que los cocineros de buen ingenio, tanto antiguos como modernos, consideran indispensable para dar de comer al hambriento. Entonces, como ahora, el combustible estaba muy caro en aquella comarca, por lo cual se dirigía la habilidad de los cocineros á gastar el fuego en cantidad mínima. De ahí que hubiesen inventado cocinillas económicas (una de las cuales se halla en el Museo de Nápoles) en las que sin ocupar más espacio que el de un volumen de áfóleo, podían colocarse cuatro guisos á la vez, calentando al mismo tiempo una vasija llena de agua ó de otra bebida que debiera calentarse.

Á la primera ojeada, notó el amo de la casa que había en su cocina muchas caras nuevas.

— ¡ Cuántos galopines me ha echado encima ese Cóngrío! exclamó para sus adentros. ¡ Cada uno de esos muchachos será una partida más en el gasto! ¡ Por Baco! ¡ Y aun será un milagro que al marcharse no se queden con la vajilla! ¡ Listas tienen las manos y holgadas las túnicas! ¡ Buena me espera con esa gente!

Los cocineros en esto continuaban en su tarea sin que al parecer hubiesen parado mientes en la entrada del amo.

— ¡ Á ver, Euclío! decía uno. ¡ Una sartén para los huevos! ¿ Esa es la mayor? ¡ Pues á treinta y tres huevos apenas coje! En las casas donde yo sirvo las tenemos para cincuenta huevos si es necesario.

— No sabes lo que te dices, muñeco, reflexionaba Diomedes. ¡ Éste habla de los huevos como si costaran á sextercio el ciento!

— ¡ Por Mercurio! dijo uno de los cocineros jóvenes, ¿ dónde se ha visto un molde para confituras de forma más antigua que éste? Con esos trebejos no puede hacerse cosa de provecho. En casa de Salustio los moldes de dulce re-

presentan todo el sitio de Troya, Hector, Paris, Helena y hasta el pequeño Astyanax y el caballo de palo por añadidura.

— Cállate, imbécil, dijo Cóngrio que era el jefe de todo aquel ejército de pinches á quienes por el momento parecía abandonar el campo de batalla. ¿ Crees tú que mi amo Diomedes se parece á esos que malgastan sin tón ni són por el capricho de tener las cosas de última moda ?

— ¡ Mientes en eso que dices, criado sin vergüenza ! exclamó Diomedes muy montado en cólera. Con el gasto que has traído á mi casa se hubiera arruinado el mismo Lúculo. ¡ A ver ! deja el chiribitil y vente conmigo porque tenemos que ajustar cuentas.

Obedeció el esclavo guiñando al mismo tiempo el ojo á sus camaradas, y Diomedes, con semblante de majestoso enfado, le dijo :

— ¿ A qué ha venido, ladronzuelo, que metieses tanta gente en mi casa ? No hay una sola línea en el rostro de esos mocitos que no lleve escrita la palabreja : ratero.

— No lo creas, amo mío, son personas muy formales, respondió Cóngrio. Son los cocineros más hábiles que hay en Pompeya, y no los tiene todo el que quiere. Sólo por mi respeto han venido, que de otra suerte...

— ¡ Por tu respeto ! interrumpió Diomedes. Y para pagarles ese respeto, desdichadísimo Cóngrio, ¿ cuántas monedas me has de birlar ? ¿ cuánta sisa has de hacer en el mercado ? ¿ cuánta carne has de convertir en desechos para venderla en el suburbio ? ¿ cuántas embusterías has de inventar respecto á bronces inservibles y á vajilla rota ?

— ¡ Oh ! ¡ sabes que soy honrado, amo mío ! replicó el tunante. Que los dioses me abandonen si por mi parte...

— No hagas imprecaciones, interrumpió de nuevo el encolerizado dueño de la casa. No sea que los dioses vengán á castigarte y pierda yo mi cocinero en el momento del convite. Basta ya. Cuida de tener á raya á todo ese atajo de advenedizos, y si no quieres que tus espaldas se

conviertan en llaga viva, no vengas mañana á romperme la cabeza con lo del vaso roto y de la copa que ha volado sin saber á dónde. Y ahora que me acuerdo. Sabes que por esos francolines de Frigia me has hecho dar un precio tan fuerte que ¡ por Hércules ! pudiera mantener á un hombre que no fuese tragón durante un año entero. Pues bien: cuida á lo menos de que no salgan tostadillos. Ya te acuerdas del último convite, cuando te jactabas de presentar maravillosamente una gallina mélica, y luego salimos con que parecía una piedra del Etna desecada por todos los fuegos del Flegetonte. Que esta vez no haya jactancias, Cóngrio. No eches en olvido que la modestia es la nodriza de las grandes acciones. En esto, como en todo, piensa en el renombre de tu amo ya que no quieras pensar en el interés de su bolsillo.

— Desde los tiempos de Hércules no se habrá visto cena en Pompeya como la que ahora dispongo, dijo el cocinero.

— ¿ Ya volvemos á las andadas ? replicó Diomedes. ¿ Ya comparece de nuevo tu orgullito ? Déjate de tonterías y dime quién es ese mozuelo novato y suelto de lengua que viene á burlarse de mis moldes para dulce. ¿ Crees tú que me conviene el que ande por ahí desacreditando mi cocina y diciendo que no está á la moda ?

— Es que hay que decir la verdad, respondió Cóngrio con cierto énfasis. La costumbre de los cocineros es renovar la batería de cocina para honrar el arte culinario. Ese molde que tenemos es bonito y elegante, pero yo aconsejaría al amo que viésemos de comprar otro á la primera ocasión que se presentase.

— Bueno, bueno. Basta, interrumpió Diomedes. Vete á lo que importa. Procura lucirte bien y haz que me envidien todos los pompeyanos por causa del cocinero. No cejes hasta que te den el sobrenombre de Cóngrio el Magno. Dime ahora antes de marcharte: la plata que ayer te dí, ¿ la has gastado enteramente ?

— ¿Qué es gastar? exclamó Cóngrio. ¡Pues si apenas había bastante para las frioleras! Debo todavía las salchichas romanas y las ostras de Bretaña y muchas otras cosas que si tuviera que decirlas no acabaríamos nunca. Pero no hay que apurarse. Al archipámpano de la cocina de Diomedes no le falta en ninguna parte el crédito.

— ¡Oh loco derrochador! ¡qué dispendio! ¡qué despilfarro! dijo el amo de la casa. De esta hecha me arruinas: me dejas en la calle sin remedio. Mas vete. Vete ya de una vez. Vigila, cata, dispón todo lo que deba disponerse. Sobrejúate á tí mismo. No venga el Senador Romano á burlarse del pobre hijo de Pompeya: ¡Anda! A trabajar, y mucho cuidado con los francolines de Frigia.

Volvióse el archipámpano á la cocina, y Diomedes llevó su augusta presencia á los salones de recepción donde al parecer quedó satisfecho de que todas las cosas estuviesen en buen orden. Las flores habían sido renovadas, los surtidores manaban con violencia, y el pavimento de mosaico relucía como un espejo.

— ¿Pues Iulia por dónde anda? preguntó Diomedes.

— Está en el baño, le dijeron.

— ¡De esto me olvidaba! exclamó el mercader. Voy también al baño. No sea que me falte el tiempo...

Separémonos ahora por un momento de la casa de Diomedes y digamos cómo fué que el sacerdote Apecides estuvo aquel mismo día á visitar á su hermana Dione.

Al despertar de los sueños casi delirantes producidos por su ingreso en la nueva fé, dábase apenas cuenta el neófito de que había sacudido su pesadilla cruzando un rio divisorio en el camino de la existencia y desligando completamente su porvenir de su pasado. ¡Á cuán aventurada y temeraria empresa estaba resuelto á sacrificar su vida! ¡Revelar los misterios de que había tenido participación directa, profanar los altares á cuyo servicio se había consagrado, renegar de la misma diosa cuyo ministe-

rio sacerdotal llevaba inscrito en el traje ! ¿ Cómo había de ser juzgada su conducta por sus amigos ? ¿ Cómo había de juzgarla su hermana , la queridísima amiga de su infancia ? ¿ Era posible que le hiciesen justicia ó debían compadecerle creyéndole víctima de un error lamentable ? La acción valiente y heroica que estaba meditando , ¿ sería calificada por ellos de apostasia y de locura ?

Salió del cuartito que ocupaba junto al templo , porque en aquella ocasión le tocaba el turno de vigilancia , y como la hora estaba ya muy adelantada , encontróse con la espléndida luz del sol que daba de lleno sobre los altares.

— Salud , Apecides , le dijo Caleno suavizando con gazmoñería su vozarrón y dejándolo tan ingrato como antes. ¿ Cómo sales tan tarde ? ¿ Has visto en sueños á la diosa ?

— Si ella se revelase al pueblo tal como es , contestó Apecides , ¡ cuán poco incienso veríamos quemar en estas aras !

— Es muy posible , replicó Caleno , pero afortunadamente la diosa no se revela á nadie sino á los sacerdotes.

— Ya llegará el día en que se revele á pesar vuestro , dijo Apecides.

— No creas tú que sea cosa muy hacedera , contestó Caleno. Lo que ha resistido la prueba de largos siglos , no cae tan fácilmente á los embates de la novedad. Mas cuenta con lo que hablas , hermanito , porque esos dicharachos me parecen algun tanto imprudentes.

— No eres tú capaz de ponerme punto en boca , replicó Apecides.

— Lo tomas con mucho calor y no quiero disputarme contigo , dijo Caleno. Por lo que veo , el egipcio no ha sabido convencerte de la necesidad de que marchemos unidos engañando al pueblo y divirtiéndonos á costa suya. Poco has aprovechado sus lecciones , hermano , y su magia , según eso , es menos poderosa de lo que yo creía.

— Tú si que aprovecháste esas lecciones , repuso Apecides sonriendo desdeñosamente.

— Y sin embargo las necesitaba menos que tú, contestó Caleno. Yo, por naturaleza, gusto de los placeres y del poder y del lucro. De las francachelas á la vida severa va larga distancia, mas del pecadillo á la hipocresía no hay sino un paso. Teme la venganza de nuestra diosa si llega á descubrirse que este paso es muy pequeño.

— Teme tú el momento en que se abran las tumbas y en que se manifieste la podredumbre, dijo solemnemente Apecides. Y ahora quédate con salud.

Apartáronse uno de otro después de estas palabras, y Caleno se dirigió al cuarto de entrada de los sacerdotes porque se acercaba la hora de almorzar, ó sea según la frase antigua la hora de tomar el *prandio*.

El blanco y elegante santuario de la diosa reverberaba la luz del sol, y enfrente del mismo levantábase el humo del incienso y ostentaban su primor las frescas guirnaldas de flores. Apecides contempló fijamente por largo rato aquel espectáculo como si ya no hubiera de verlo más en su vida, y encaminó luego sus pasos hacia la casa de Dione, porque antes de partir el lazo del parentesco en dos mitades, antes de correr el peligro que el día siguiente le amenazaba, estaba deseoso de abrazar una vez más á la última sobreviviente de su familia, á la que había obtenido el primero y el más intenso de sus cariños.

Encontró á Dione que estaba en el jardín en compañía de Nydia, y ella se puso contentísima de verle.

— ¡Cuánto me alegro de que hayas venido! le dijo. ¿Por qué no has dado contestación á las cedulillas que te he mandado para que vinieses? ¿No quieres ya recibir el agradecimiento de tu hermana? ¿No sabes que recuerdo bien el último favor que me hiciste?

— No hablemos de cosas que pueden traernos una idea desagradable, contestó Apecides. Sentémonos, hermana. Vengo sofocado por el calor del sol. Vamos á descansar á la sombra, y seamos todavía por un ratito lo que hemos sido el uno para el otro.

Debajo de un frondoso plátano, rodeados por la jara y por el madroño, contemplando el fresco surtidor, hollando el verde césped, oyendo las agudas vibraciones de la cigarra que alegremente cantaba entre el herbaje, viendo revolotear la mariposa rica en bellísimos colores adquiridos bajo la atmósfera de Sicilia, (¡ precioso emblema del alma! ¡ florecita con alas consagrada á la misma Psyche!) hallábanse juntos el hermano y la hermana por última vez en el mundo... Aun hoy podemos fijar nuestra planta en el sitio que ocupaban, pero el jardín no existe ya; las columnas están hechas pedazos; la fuentequilla está agotada. Por entre las ruínas de Pompeya busque el viajero moderno la casa de Dione. Sus restos son visibles todavía, pero no queremos indicarla á los ojos del vulgo. El que tenga finura de percepción dará con ella fácilmente. Una cosa hemos de pedirle cuando haya logrado descubrirla, y es que no revele el secreto.

En cuanto los dos hermanos tomaron asiento, Nydia, muy gustosa de estar sola, retiróse á un extremo del jardín.

— Hermana mía, dijo el joven converso, coloca tu mano sobre mis sienes. Háblame, porque tu voz es como la brisa que refresca y arrulla el oído. Háblame, pero no me bendigas. No profieras aquellas frases que en nuestra niñez teníamos por sagradas.

— ¿Cómo puede ser eso? contestó Dione. Las frases del afecto están ligadas tan íntimamente con las del culto, que todo lenguaje parece frío cuando no recuerda la existencia de los dioses.

— ¡Dioses! exclamó Apecides. Con esta sola palabra contravienes á lo que te pido.

— ¿Debo hablarte únicamente de Isis? preguntó Dione.

— No me hables del espíritu malo, contestó Apecides. No me hables ya de cosas parecidas porque sobre ellas no es posible que me avenga con tus creencias. Tú has de tenerme por apóstata. Yo debo tenerte por ilusionada y

por idólatra. Dejemos, pues, eso por un momento. En tu presencia se calma mi agitado espíritu, y si me abrazas ó dejas que recline la cabeza sobre tus hombros me parece que somos niños todavía y que el cielo sonríe igualmente para el uno que para el otro. ¿Te acuerdas de cuando paseábamos en los campos de Bayas, asidos por la mano, y cogiendo las flores de primavera? De este modo, asidos por la mano, espero yo que podamos entrar en el Jardín eterno llevando la corona de asfodelo que no se marchita nunca.

Sin comprender á punto fijo las indicaciones de Apecides, pero conmovida por su tono plañidero, bien advirtió la pobre hermana cuán oprimido estaba su corazón y cuán absorta su alma.

—¿Quieres que hablemos de nuestra primavera en el mundo? le dijo. ¿Quieres que la ciegucecita entone una cántiga sobre los goces infantiles? Nydia tiene la voz muy agradable y lleva aprendida una poesía en la cual no hay ninguna de esas alusiones que te disgustan.

—¿La sabes tú de memoria, hermana mía? preguntó Apecides.

—Pienso que la recuerdo, contestó Dione, porque la melodía es muy sencilla y los conceptos poéticos aparecen en pos de la música.

—Entonces cántala tú misma, dijo Apecides. Mi oído no se aviene ya con nuevas voces. La tuya que lleva consigo el recuerdo de nuestra casa, será más agradable para mí que las venales melodías de Lydia ó de Creta. Entona tú misma el canto, Dione mía.

Dione en esto, dirigiéndose á una sierva que estaba en el pórtico, le mandó que trajese el laud, y en cuanto lo tuvo en su mano entonó con tierna y sencillísima melodía los siguientes versos:

RECUERDOS DE INFANCIA.

Claros celajes — de la mañana,
 Fúlgidas nubes — de oro y grana,
 Flores de abril,
 Dichoso el niño — cuando os admira,
 Dichoso el niño — que amor respira
 Viendo en la tierra — para sus juegos
 Bello pensil.

Rápidos vuelan — los tiernos años,
 Traen del mundo — los desengaños
 Llanto y pesar;
 Quien de la infancia — la dicha evoca
 Refrena altivo — la suerte loca,
 Plácidamente — con los recuerdos
 Puede gozar.

Ved las guirnaldas — cual se marchitan,
 Ved cual los hombres — corren, se agitan
 Entre el dolor;
 Quien los juguetes — rompe con ceño
 Rompe su báculo — con triste empeño,
 Rompe la urna — donde guardaba
 Santo candor.

Bien y delicadamente había escogido Dione su cántiga por más que pareciese melancólica puesto que al triste y acongojado le hieren sobremanera los acentos de júbilo. Y así fué que Apecides, subyugado por su argentina voz que le traía á la memoria los tiempos pasados y dulcificaba sus amarguras presentes, entró en conversación más llana y más natural, y echó en olvido por un instante la causa de sus pesares y de sus angustias. Permaneció por mucho rato con su hermana, ora obligándola á cantar, ora departiendo con ella, y cuando se levantó para despedirse había recobrado la calma y el sosiego.

— Si oyes denigrar y maldecir mi nombre, le dijo al estrechar su mano, ¿darás crédito á la calumnia, Dione mía?

— Eso jamás, hermano mío, contestó Dione.

—¿Crees tú que el que obra mal ha de ser castigado después de la muerte y que el bueno ha de recibir su recompensa?

—Pues ¿quién lo duda? dijo Dione.

—Bésame, pues, querida hermana, replicó Apecides. Y ahora, déjame que te pregunte otra cosa. ¿Quieres realmente á Glauco?

—Mucho le quiero, contestó Dione.

—¿Renunciarías á las riquezas para salvarle si fuese preciso? ¿Arrostrarías el desprecio público? ¿Sufrirías la muerte?

—Todo eso haría por Glauco, dijo Dione, y aun creo que no lo tendría por sacrificio.

—Basta ya, replicó Apecides. Si eso siente una mujer por un hombre, ¿qué no debe sentir el hombre por devoción á Dios?

No dijo más. Parecía en aquel momento que le animase una vida sobrenatural. Hinchido estaba su pecho y fulgurantes sus ojos. En su frente estaba escrita la majestad del que piensa en la sublime alteza de sus destinos. Fijó en su hermana la última mirada llena de ardor, de concentración, de tremendo imperio. Besóla tiernamente, estrechóla en sus brazos y salió de la casa.

Dione, callada y pensativa, no acertaba á moverse del mismo lugar donde se había despedido de Apecides. Una y otra vez la avisaron sus doncellas de que era ya muy tarde y de que se la estaba aguardando para el banquete de Diomedes. Recobróse por último, haciendo un esfuerzo, y no se adornó con la pompa que á su belleza correspondía sino que se puso un traje muy sencillo y poco vistoso. Lo único que la llevaba á la fiesta era el deseo de encontrar á Glauco, el deseo de confiarle su alarma y su intranquilidad con respecto á su hermano.



CAPÍTULO III.

Reunión elegante y comida en casa de Diomedes.



N tanto que esto pasaba, Salustio y Glauco se dirigían poquito á poco á la casa de Diomedes. Á pesar de sus costumbres no le faltaban á Sa-

lustio estimables cualidades, y hubiera sido amigo servicial, útil ciudadano, en una palabra, hombre excelente si no se hubiese metido en la cabeza el ser filósofo. Educado en las escuelas en que Roma, copiando á los griegos, escuchaba con avidez el eco de sus enseñanzas, habíase instruído en la doctrina de los últimos epicúreos poco acorde ciertamente con las sencillas máximas de su gran maestro. Abandonábase al goce, y creía muy de veras que el que más y mejor disfrutaba era el más sabio; pero al mismo tiempo poseía diversos conocimientos, tenía ingenio y buen carácter, y lograba que la franqueza varonil de sus costumbres presentase en él como virtudes lo que aparecía en Claudio como corrupción y en Lépido como afeminación y molicie. Por estas razones le consideraba Glauco como el mejor de sus amigos. Salustio, por su parte, tenía en muy alto concepto las nobles condiciones del ateniense, y le quería casi tanto como á una lamprea en escabeche ó bien á una copa de Falerno de primera clase.

— ¡Qué vulgarote es ese Diomedes! dijo Salustio. Pero al fin y al cabo tiene cualidades buenas... en su bodega, se entiende.

— No las tiene malas en su hija, contestó Glauco.

— Es verdad, Glauco, dijo Salustio, mas no creo que á estas horas hayas tenido por ella muchos quebraderos de cabeza. Claudio, según parece, es el que aspira á suplantarte en el cortejo.

— Que le aproveche, contestó Glauco. En el banquete de la hermosa de Iulia todos los convidados obtienen excelente acogida. A nadie se le considera como *mosca*.

— Terrible estás con ella, replicó Salustio. Y á pesar de todo puede competir en gentileza con las corintias. No estarán mal aparejados ella y Claudio. Y á propósito, ¿sabes que es mucha bondad la nuestra conservando relaciones con ese taur que no sirve para nada?

— A mí me divierte, dijo Glauco. Eso de los placeres forma relaciones y amistades muy extrañas.

— Te divierte con sus adulaciones pero las pagas muy caras, contestó Salustio. Cada uno de sus elogios necesita polvorearse con oro.

— Tú sueles indicar que no juega limpio, dijo Glauco. ¿ Crees efectivamente que es un tramposo?

— Querido Glauco, repuso Salustio, un noble romano debe atender á su porte y á su boato, y para eso hay que gastar mucho. Claudio necesita ir trampeando como un bribón para vivir como un patricio.

— A bien que ya he dejado los dados, dijo Glauco. En cuanto sea yo el marido de Dione habrá que redimir esos pecadillos de la juventud. Yo creo que estamos destinados á mejor vida que la que hasta hoy hemos llevado, y tú, lo mismo que yo, podemos sacrificar en altares más dignos que las zahurdas de Epicuro.

— ¿ Qué sabemos, replicó Salustio en tono de melancolía, qué sabemos sino que la vida es corta, y que más allá de la tumba está muy oscuro? ¿ Hay acaso otra sabiduría mejor que la que nos dice: disfrutad de los placeres?

— Pues, por Baco, repuso Glauco, de lo que yo he dudado muchas veces es de que nuestro género de vida sea el más placentero de todos.

— Moderado soy, contestó Salustio, y no me gustan nunca los excesos. Como los malhechores condenados á muerte nos aturdimos con vino y mirra, ¿ y qué otro remedio nos queda si no queremos espantarnos del abismo? Sentíame yo muy propenso á la tristeza y entreguéme de corazón á las delicias de Baco. Esto es lo que alegra la vida, Glauco mío, esto es lo único que rejuvenece.

— Así es la verdad, dijo el griego, pero á la mañana siguiente nos deja menos vivos que antes de la bebida.

— A la mañana siguiente hay un poco de dejadez: lo confieso, contestó Salustio. Pero si no fuese de este modo, ¿ á qué hora podríamos dedicarnos á la lectura? Yo estudio por la mañana, Glauco, porque antes de mediodía

júrote por los dioses que no sirvo para cosa de provecho.

— ¡ Eso es hablar como un escita ! exclamó Glauco.

— ¡ Sufrá la suerte de Pentheo, replicó Salustio, todo aquél que no honre á Baco !

— Con todos los defectos que te echas encima, oh Salustio, díjole Glauco, eres el más bueno de los troneras á quienes he conocido, y estoy seguro de que en el caso de peligrar mi vida serías el único en toda Italia que levantase el dedo para salvarla.

— Como sucediese á mitad de la cena no estoy bien cierto de lo que haría, contestó Salustio, pero bien dices en eso de que los italianos somos terriblemente egoistas.

— Será porque no sois libres, replicó ardorosamente el griego. Solamente la libertad puede conducir á la abnegación y al sacrificio propio.

— Pues eso de la libertad debe ser carga muy pesada para un epicúreo, dijo Salustio. Mas basta de conversación, repuso luego, porque hemos llegado á la puerta de Diomedes.

De la *villa* ó casa suburbana del ricacho mercader Diomedes vamos á dar algún nuevo dato descriptivo, que bien lo merece por ser una de las más extensas habitaciones que se han descubierto en Pompeya, y además por hallarse casi enteramente de acuerdo sus planos con el tipo clásico de las quintas descrito por Vitruvio.

Entrábase por el pequeño vestíbulo á que ya llevamos hecha referencia, y de allí se pasaba sin transición al espacio abierto limitado por una columnata designada técnicamente con el nombre de peristilo, porque tal era la diferencia entre las casas urbanas y las quintas de recreo: es á saber que estas tuviesen el peristilo donde las otras tenían el átrio. En el centro del patio abierto hallábase el correspondiente impluvio.

Desde el peristilo bájabase por una escalerilla al escusado y allí se encontraba el corredorcito que conducía al

jardín. Los cuartos que se hallaban debajo de la columna debieron servir generalmente para los huéspedes. La primera puerta, entrando á mano izquierda, comunicaba con una pieza triangular que tenía columnata en dos de los lados y era el ingreso del baño. Cerca de ella estaba el guarda-ropas donde se custodiaban los vestidos de fiesta de los esclavos y acaso también los del amo, curiosísimas prendas que se han hallado calcinadas y desmenuzadas después de tantos siglos, habiendo permanecido allí en depósito por mucho más tiempo del que podía figurarse el sórdido Diomedes.

Las columnas del peristilo estaban pintadas de rojo en su parte inferior, y junto á los capiteles estaban enlazadas con guirnaldas. En cuanto á las paredes estaban adornadas con brillantísimos y variados frescos. Atravesando en derechura al peristilo, y mediante el espacio que dejaba un cortinaje corrido en tres cuartas partes sobre el ancho de la puerta, veíase el tablino ó saloncito que podía cerrarse con cristales, de los cuales se hallaron fragmentos desparramados en el suelo. A uno y otro lado del tablino había piezas secundarias, entre ellas un gabinete guarda-joyas, y detrás de estas piezas hallábase el visitante con una prolongada galería la cual en su parte posterior, y á los dos extremos, tenía salida á dos grandes azoteas que miraban sobre el jardín. Finalmente, en medio de las azoteas, y teniendo su entrada por la galería, estaba el gran salón en el que se había dispuesto y preparado el famoso convite.

Estábase Diomedes en la galería para recibir á los convidados, y siendo grande el amor que afectaba tener á las bellas letras y por ende el apasionamiento obligado respecto á lo que provenía de Grecia, dió muestras de particularísimo agasajo en cuanto llegó el momento de recibir á Glauco.

— ¡ Oh, amigo mío ! le dijo saludándole con la mano. Creo que me encontrarás algún tanto clásico en mis co-

sitas, un poquillo cecrópeo, si puedo expresarme de esta manera. La pieza en que vamos á cenar es cosa puramente griega, es un salón cyziceno. ¿Verdad, noble Salustio que de esta clase de salones no se encuentran en Roma?

—Vosotros los pompeyanos, dijo Salustio con sonrisa irónica, tenéis habilidad mejor que nadie en eso de combinar lo más excelente de Roma y de Grecia. Vamos á ver si en los guisos tienes el mismo acierto que en la arquitectura.

—Vas á verlo, vas á verlo, Salustio mío, respondió el mercader. No falta gusto en Pompeya ni faltan tampoco monedas.

—Bueno es que haya monedas y que haya gusto, dijo el romano. ¡Y ahora abrid paso á la bellissima Iulia!

Presentábase en efecto Iulia llevando un riquísimo traje blanco bordado con hilos de oro y entetejido con perlas, dispuesta á ser el ornamento principal del banquete, puesto que en Italia, al revés de lo que sucedía en Atenas, asistían las mujeres á los festines de esta clase, bien que tenían ordinariamente la costumbre de retirarse temprano.

Recibió Iulia el saludo de Glauco y de Salustio, y al momento entraron juntos el edil Pansa con su mujer, y Lépido y Claudio y el Senador de Roma. A poco llegó también la viuda Fulvia y luego el poeta Fulvio parecido á ella en el nombre aunque desemejante en el resto. Vino después de ellos el guerrero de Herculano con un moggollón ó convidado *sombra* que se le había pegado, y luego llegaron otros convidados de menor distinción y alcurnia. Dione era ya la única á quien aguardaban.

No era costumbre el tomar asiento luego de entrar en una casa, pero lo era el prodigarse cumplidos, el darse la mano y aun abrazarse en el momento de la recepción, y además el examinar y admirar los bronces, las pinturas y demás adornos de la sala.

— ¡Qué bella estatuita de Baco! dijo el Senador.

— ¡No es más que una bagatela ! respondió Diomedes.

— ¡Y qué preciosas pinturas ! exclamó Fulvia.

— ¡Bagatelas ! ¡ Bagatelas ! decía el propietario.

— ¡Exquisitos candelabros ! dijo por su parte el guerrero.

— ¡Muy exquisitos ! añadió el convidado sombra.

— ¡Pues todo son bagatelas ! replicaba el mercader.

En esto Glauco se había encontrado con Iulia junto á una de las aberturas de la galería que comunicaban con el terrado , y Iulia le dijo :

— ¿Es una virtud propia de Atenas , oh Glauco , el apartarse de las personas cuya compañía se ha buscado y solicitado en otros tiempos ?

— No es eso , bellissima Iulia , contestó el griego.

— Pues si no es virtud de Atenas , será una cualidad particular de Glauco , repuso la hija de Diomedes.

— No evita nunca Glauco el encontrarse con los amigos , dijo el griego recalcando la última palabra.

— ¿Iulia no entra , pues , en el número de los amigos de Glauco ? preguntó la hermosa pompeyana.

— Aun el mismo emperador había de honrarse con amistad tan amable , replicóle el griego.

— Eso es esquivar la respuesta , dijo la enamorada Iulia. Mas dime , Glauco , ¿ es cierto que estás prendado de Dione , la hija de Neápolis ?

— Donde hay hermosura hay que prendarse de ella , contestó Glauco.

— Eres griego y sutil , y no quieres entenderme , díjole Iulia. Dime ahora pues , ¿ es verdad ó mentira que Iulia pueda ser amiga de Glauco ?

— Siempre que me favorezca con su amistad , yo he de bendecir á los dioses , repuso el griego. El día en que me dé una muestra de amistad , será señalado por mí con piedra blanca.

— Pero es el caso , dijo Iulia , que mientras me estás hablando , miras á una parte y á otra , cambias el color ,

te impacientas de veras y vas alejándote de mi lado. Claro es que te consumes aguardando á Dione.

Y era que Dione entraba realmente en aquel momento y Glauco había descubierto toda la emoción de su ánimo á los ojos de la celosa Iulia.

—La admiración que siento por una mujer, dijo entonces Glauco, ¿debe hacerme indigno de la amistad de otra? ¿Son las mujeres tan malas como aseguran los poetas libelistas? No creo que tú, oh Iulia, puedas pensarlo de esta manera.

—Tienes razón, contestó Iulia. Debo creer que todo puede combinarse. Mas aguarda un momento y dime si es verdad que vas á contraer nupcias con Dione.

—Si los Hados lo permiten, es mi bendita esperanza, dijo Glauco.

—Entonces como prenda de la amistad que hoy renovamos, acepta un regalo para tu novia; que ya sabes que es uso y costumbre entre los amigos demostrar por semejante medio la estimación cordial y los deseos de ventura.

A estas palabras de la pompeyana contestó el griego:

—Nada puedo rehusar que venga de tu amistad, oh Iulia, y acepto el regalo que me ofreces como si fuese un amuleto de la Fortuna.

—Pues entonces, repuso Iulia, después del festín, y cuando los convidados se retiren, bajarás á mi estancia y te daré yo misma el regalo. ¡Que no se te olvide!

En pos de esta conversación, Glauco se dirigió al encuentro de Dione, y Iulia se fué á donde estaban la viuda Fulvia y la esposa del edil, las cuales terminaban en aquel momento una discusión gravísima sobre las modas.

—Dígote, Fulvia, decía la consorte de Pansa, que eso de rizarse los cabellos no está ya de moda en Roma según las últimas noticias. La moda es el peinado en torre como el de Iulia, ó bien el de capacete como el mío. Son peinados de mucho efecto. Yo te aseguro que á Vespicio no le gustan de otra manera.

Este Vespicio, de quien hablaba la dama del capacete, no era otro que el gran guerrero de Herculano que estaba á cierta distancia contemplando á las dos matronas.

— Los cabellos á la griega como esa neapolitana, ¿ no los lleva ya nadie ? preguntó Fulvia.

— ¡ Cómo ! ¿ partidos en la frente y añudados por detrás ? dijo la señora de Pansa. ¡ Qué tontería ! ¡ Eso es muy ridículo ! ¡ Si eso parece el peinado de Diana ! Lo que hay es que esa hija de Neápolis es muy hermosa, ¿ no es cierto ?

— Así lo dicen los hombres, replicó Fulvia, aunque bien pudieran decir que es bastante rica. En fin, ella contrae nupcias con el ateniense. Buen provecho le haga. No le tendrá sujeto por mucho tiempo según yo pienso. No hay ninguno de esos extranjeros que tenga constancia.

— Iulia, dijo entonces Fulvia dirigiéndose á la recién llegada, ¿ has visto ya el nuevo tigre ?

— No lo he visto, contestó Iulia.

— Pues todas las damas han ido á verle y es precioso, replicó Fulvia.

— Yo espero que hallaremos algún criminal para el tigre y otro para el león, dijo Iulia, y bueno fuera que tu marido Pansa lo tomara con más empeño.

— La ley es demasiado blanda, respondió la dama del capacete. Pocos delitos se castigan ya llevando á la arena el delincuente, y eso afemina á los gladiadores. Se encuentran hoy *bestiarios* para un jabalí ó bien para un toro, mas en tratándose de leones ó de tigres les parece el juego demasiado serio.

— Pudieran ponerse toquillas en la cabeza, dijo desdeñosamente Iulia.

— ¿ Alguna de vosotras ha visto la casa nueva de Fulvio, de nuestro querido poeta ? preguntó la mujer de Pansa.

— No la he visto, dijo la viuda. ¿ Es cosa notable ?

— ¡ Qué buen gusto tiene ! contestó la de Pansa. Mas

dicen, amiga mía, que hay allí ciertas pinturas muy poco á propósito para las damas. ¡Qué malo es ese Fulvio!

— Todos los poetas tienen extrañezas, replicó la viuda. Pero la verdad: es hombre que me gusta. ¡Y qué lindos versos escribe! Eso de los versos está muy adelantado. ¿Quién puede sufrir hoy á los poetas antiguos?

— Pienso lo mismo, dijo la señora del capacete. La nueva escuela tiene mucha más fuerza y energía.

El guerrero se acercó entonces á las damas, pisando menudito, y les dijo:

— Cuando yo veo esas caritas tan remonas casi me avengo con la paz.

— ¡Oh! ¡vosotros los héroes, siempre tan lisonjeros! contestó Fulvia quedándose la mejor parte del cumplido.

El guerrero llevaba un collarate que no era holgado como las cadenitas de los hombres civiles, sino estrecho y apretado á la garganta, y poniendo la mano en aquel dije, replicó á Fulvia:

— Por ese collarate que he recibido de manos del mismo Emperador, juro que Fulvia se equivoca. Yo soy un hombre franco. Así deben ser los guerreros.

— Vamos á ver, dijo Iulia, ¿qué le parecen á Vespicio, hablando en general, las damas de Pompeya?

— ¡Por Venus! ¡Me parecen de rechupete! contestó el guerrero. La verdad es que me miran con buenos ojos y por eso me gustan más.

— ¡Oh! ¡en Pompeya tenemos mucho afecto á los guerreros! le contestó la de Pansa.

— ¡Bien lo veo, por Hércules, bien lo veo! exclamó Vespicio. Esto de ser hombre célebre es algo cargante en estas poblaciones de la Campania. En mi casa de Herculano se suben al techo del átrio para mirarme desde el compluvio. Al principio dá gusto eso de que á uno le miran, pero luego fastidia y aburre soberanamente.

— Cierto, certísimo, oh Vespicio, dijo el poeta Fulvio acercándose al grupo. Yo también he debido encontrarme con esta pesadilla.

— Pues tú ¿ en qué legión has servido ? dijo el fornido militar mirando al desdén la cortísima talla del poeta.

— Los despojos de mis victorias se hallan en el Foro, respondió el poeta guiñando el ojo á las damas. He sido camarada , compañero de tiendas del gran mantuano.

— No sé yo de ningún general que sea hijo de Mántua, dijo muy sériamente el guerrero. ¿ Qué campaña hiciste ?

— La de Helicon , respondió Fulvio.

— Tampoco sé yo qué campaña es esa , dijo Vespio.

— ¿ Pues no ves que lo dice por broma ? dijo entonces Iulia sonriendo.

— ¿ Por broma ? exclamó el guerrero. ¿ Quién es capaz de gastar bromas conmigo ? ¡ Por Marte ! ¿ Quién se atreve á semejante cosa ?

— Aun el mismo Marte , contestó Fulvio un poco aturdido , aun el mismo Marte estuvo enamorado de la madre de las bromas. Sabe , oh Vespio , que soy el poeta Fulvio y que mis versos son los que inmortalizan al guerrero.

— ¡ Presérvennos los dioses ! dijo Salustio al oído de Iulia. Como le ocurra á Fulvio la idea de inmortalizar á Vespio , buen tipo de necio y de fanfarrón conservará la historia.

Vespio había quedado bastante corrido , mas afortunadamente para él y para los demás dióse la señal de comenzar el banquete.

Nada diremos del orden de los servicios y de la clase de manjares que en cada uno se contenían , porque esto ya lo hemos dicho describiendo el banquete en casa de Glauco , mas sí indicaremos al lector que en el ceremonioso festín de Diomedes encontraron los convidados un esclavo encargado de señalar á cada uno su sitio. Las mesas que había dispuestas en la sala eran tres : una en el centro y una á cada extremo formando ala con la del centro. El espacio que había éntre las mesas quedaba libre y destinado al tránsito de los ministriles , y al otro lado de las mesas

estaban los lechos triclinarios para los hombres y los sitios para las damas. El extremo de una de las mesas laterales lo tenía Iulia como reina de la fiesta, y á su lado estaba Diomedes á fuer de dueño de la casa. Los dos extremos de la mesa central, que eran los sitios de honor, los obtuvieron el edil y el Senador romano y á los demás invitados se les agrupó haciendo de modo que los jóvenes estuviesen cercanos unos con otros, y que las personas de más edad lo estuviesen igualmente, con lo cual no se desairaba á nadie por más que se disgustase un poquillo á los que deseaban pasar plaza de jóvenes sin serlo. El sitio que ocupaba Dione estaba junto al lecho triclinario en que reposaba Glauco, lecho incrustado como todos los demás de concha de tortuga y cubierto con un cojín de plumas ricamente bordado. El ornamento central de las mesas consistía en imágenes de dioses trabajados en bronce, en marfil y en plata, y no faltaban, como era de rigor, los Lares de la familia ni las sacratísimas orciillas de sal. Por encima de las mesas estaba tendido un magnífico dosel pendiente del techo; y á los extremos de ellas lucían primorosos y esbeltos candelabros, puesto que aun siendo la hora diurna no se permitía que la luz exterior penetrase en el aposento. De los tripodes colocados á uno y otro lado de la sala exhalábanse perfumes de incienso y mirra, y en la alacena á que daban el nombre de *abaco* se ostentaban anchos jarrones y otros utensilios de plata con igual fastuosidad si bien con mejor gusto que en muchos festines de nuestros días.

Hiciéronse libaciones á los dioses antes de empezar la comida, y Vesta recibió el primer homenaje como soberana de las divinidades domésticas. En pos de las libaciones entraron los siervos derramando y esparciendo flores sobre los lechos triclinarios y sobre el suelo, y luego coronaron á los convidados con guirnaldas de rosas entretejidas con cintas y atadas en sus extremidades con hollejo de tilo. Como remedios preventivos contra los efectos del

vino tenían las guirnaldas hojas de yedra y amatistas á tenor de la opinion que entonces dominaba sobre este punto , salvo empero las guirnaldas de las damas , ya que éstas no bebían jamás vino públicamente.

Parecióle conveniente á Diomedes elegir un *basileo* ó rey del festín , cargo de mucha importancia cuyo nombramiento solía confiarse al amo de la casa ó bien se decidía por suerte , y estuvo vacilante en si elegiría al edil Pansa que debía ser muy á propósito para el caso , ó si elegiría el Senador que tenía categoría más elevada y por ello podía quizás ofenderse si no recaía el nombramiento en su persona. Reflexionaba con todo que el Senador estaba ya muy achacoso y casi inválido , y por consiguiente que era el menos indicado para salir adelante con las bromas , y estando en estas reflexiones y no acertando á declararse , fijóse en la jovial mirada del epicúreo Salustio , y creyendo haber hallado lo que buscaba , nombróle como por súbita inspiración , director y árbitro de la bebida. Recibió Salustio el nombramiento con distinguida llaneza , y dijo á los convidados :

— Sabed que he de ser un rey clementísimo para los que beban largo y tendido , mas para los que vengan con gazmoñerías he de ser un Minos inexorable. ¡ Mucho cuidado conmigo !

En esto se presentaron los siervos con palanganas llenas de aguas de olor , hicieron todos los concurrentes la ablución de manos , y cubrióse desde luego la mesa con el primer servicio. Las conversaciones no fueron generales ni animadas en el primer momento , sino que tuvieron lugar á media voz y entre vecinos , lo cual permitió á Glauco y á Dione cambiar aquellos dulces cuchicheos que valen todo un tesoro de elocuencia. Iulia les atisbaba con ojos encendidos , y decía para sus adentros :

— Ya veremos dentro de poco quien se queda con la conquista.

Claudio que estaba colocado en el centro de la mesa

de modo que podía bien observar el semblante de Iulia, no dejó de comprender el despecho que la dominaba y trató de aprovecharlo en beneficio propio dirigiéndole desde lejos frases de galantería, las cuales fueron bien recibidas por la vanidosa pompeyana en quien el amor no borraba el conocimiento y que estaba en el caso de apreciar el buen linaje de Claudio y la apostura y gentileza de su persona.

Salustio, en tanto, azuzaba á los servidores y mandaba quitar las copas vacías y reemplazarlas por copas llenas, dando estas órdenes con presteza tal que las bodegas de Diomedes, con ser bastante capaces, corrieron peligro de quedar exhaustas. El rico mercader, viendo desfilar ante sus ojos una ánfora en pos de otra, empezaba á sentirse arrepentido de haber nombrado rey de la fiesta al buen Salustio. Los que servían las copas de vino eran adolescentes de diez años, y los que llevaban el agua eran niños de cinco, y todos ellos andaban listos y se esmeraban en complacer al rey del convite, con motivo de lo cual fruncía el ceño el amo de la casa, y mostraba, sin darse cuenta de ello, cara de vinagre.

— ¡ Noble Senador, no te rindas ! exclamó Salustio. Esa púrpura que llevas no te exime de cumplir mis órdenes. ¡ Bebe otra vez !

— ¡ Por los dioses ! respondió tosiendo el pobre anciano. Mi pecho es un hornillo. Ni el mismo Faeton es capaz de seguirte en tu carrera. Estoy delicado, amable Salustio. No me hables ya de vino.

— ¡ Por Vesta ! ¡ Soy un monarca imparcial ! dijo Salustio. Es forzoso que bebas.

Las leyes de la mesa tiranizaron con esto al desdichado Senador, el cual, á cada sorbo, avanzaba un paso más en el camino de la Estigia.

— Poquito á poco, rey de la fiesta, dijo Diomedes. No sea que empecemos á enturbiarnos.

— ¿ Cómo es eso ? contestó Salustio muy alegrillo.

¿Hay aquí traición? ¿Hay algún Bruto? La monarquía no sufre ingerencias de nadie.

—Mira que estamos con las damas, díjole Diomedes.

—¿Pues el Amor no tiene fama de beodo? contestó Salustio. ¿Y Ariadna no se pirraba por el mismísimo Baco?

Presentóse con esto el último servicio. Todos los convidados, cual más, cual menos, estaban muy decidores y alegres, y los esclavos trajeron agua con incienso y mirra para hacer las abluciones de postre. Abrióse entonces, como por magia, una mesita redonda que habían colocado los siervos en el espacio libre, y difundió una menuda y balsámica lluvia sobre las mesas y sobre los convidados, en pos de lo cual quitaron el dosel que pendía del techo y apareció de un extremo á otro del salón una maroma tendida, y encima de ella un saltarín funámbulo, dispuesto á divertir á la concurrencia con sus ejercicios.

Contemplaban los circunstantes las habilidades del funámbulo con gusto y con interés, y le aplaudían más vivamente cuando en sus rápidas evoluciones se aproximaba á la cabeza de alguno de ellos. Encima del cráneo del Senador hizo ademán el funámbulo de soltarse, mas cuando todos creían que el pobre viejo iba á quedar aplastado, estaba ya el otro nuevamente encima de la cuerda. Por fin, con mucho contento por parte de Dione que no era muy aficionada á tales espectáculos, cesó la parte peligrosa de aquel ejercicio y oyéronse en la parte de afuera del salón los acordes de una música.

Entonces el danzarín bailó de nuevo con más agilidad que antes. Cambióse el aire melódico después de una pausa, y volvió á bailar con rápido compás y con movimientos muy vivos. Por último bailaba ya con verdadero frenesí representando al hombre poseído del vértigo de la danza, cuya exaltación sólo puede calmarse mediante una melodía fija y determinada. Dió por último la música con

la melodía curativa, y el danzarín brincó de la cuerda abajo y desapareció de la sala.

De esta diversión artística se pasó naturalmente á otra distinta, porque las artes se hallan enlazadas entre sí, y fué que los músicos que estaban en el terrado anunciaron un tema delicadísimo y muy apacible, y los cantores, con baja y reposada voz, entonaron los siguientes versos:

MÚSICA SUAVE.

Del bosque entre las sombras
Modula tiernamente,
Se escucha en los raudales
De cristalina fuente,
Bellísima, inefable
Resuena por do quier.

Las aves la repiten
Con trinos y gorjeos,
Del corazón aparta
Vulgares devaneos
Y el alma entera inunda
Con célico placer.

; Cuál fué tu excelso origen
Oh dulce melodía?
Cuando por vez primera
Nos diste la alegría
; Cuál fué la suave tónica
De tu gentil rumor?

Contéstelo la ninfa,
De mirto coronada,
Que junto á los laureles
Dió un beso apasionada
Al tierno Cupidillo
Tirano del amor.

Perdióse la última nota de este canto; cubrió un ligero carmín el rostro de Dione, y Glauco, como al descuido, le estrechó la mano.

— ¡ Linda poesía es esa ! dijo Fulvio haciéndose el interesante.

— ¡ Si nos complacieras con una de las tuyas ! dijo la señora de Pansa.

— ¿ Queréis que cante Fulvio ? preguntó el rey de la fiesta.

— ¡ Vaya si lo queremos ! contestó la de Pansa dirigiendo al poeta una vivísima mirada.

— ¡ Pues vamos á ello ! dijo Salustio.

Y haciendo castañetear los dedos para llamar al esclavo dióle las órdenes oportunas , y al poco rato entró de nuevo el esclavo en la sala trayendo un arpa y una rama de mirto. Con mucha reverencia presentó el esclavo á Fulvio el arpa que había traído , más el poeta se excusó diciendo que no sabía tocarla.

— Si es así , dijo Salustio , es preciso que cantes con el mirto en la mano. Esta es la moda de Grecia y aquí todos somos griegos. Diomedes gusta de Grecia , yo gusto de Grecia , y no hay nadie que no guste de Grecia. ¡ Con que á cantar , súbdito mío ! ¡ El rey te lo manda !

Sonrió modestamente el poeta , cogió la rama de mirto , y con voz agradable y bien entonada recitó , á estilo clásico , una de sus últimas composiciones que decía de esta manera :

PROCLAMACIÓN DE LA PALOMA.

Los Genios alados
En día festivo
Jugaban gozosos
A juegos de niños.
Brincaban , saltaban ,
Corrían con brio ,
Chillaban , reían
Y hacían mil mimos.

¡ Ay Lesbia adorada,
Quien fuera chiquillo !

Felices y libres
 Por siglos y siglos
 Ni dueños ni reyes
 Habían tenido;
 Por esto entre el juego
 Sintieron capricho
 De hallar un monarca
 De gran poderío.
 Ay Lesbia, mi niña,
 ¿Me das un besito?

Un casco encontraron
 En cierto escondrijo
 Que fué del dios Marte
 En tiempos antiguos.
 Pusieronle á un genio
 El casco bruñido
 Y rey ya tuvieron
 Famoso y benigno.
 Ay Lesbia, al mirarte
 Del cuento me olvido.

Tomó por esposa
 El rey elegido
 A cierta paloma
 Más blanca que armiño,
 ¿Qué holgorio, qué fiestas
 Qué bromas, qué gritos,
 Qué cantos de amores,
 Qué triunfo, qué himnos!
 ¿Ay Lesbia, qué trono
 Te diera, bien mío!

Creían los Genios
 Cumplido el designio,
 Mas fueron esclavos
 Al instante mismo,
 Que al verse ensalzada
 Sobre el trono altivo
 La mansa paloma
 Trocóse en un grifo.
 Ay Lesbia, ¿me arañas
 Si me uno contigo?

Esta poesía tan adecuada al gusto de los pompeyanos fué recibida con mucho aplauso, y la viuda Fulvia insistió en que debía coronarse á su tocayo con las mismas hojas

del mirto que había tenido en la mano. Hicieron efectivamente una guirnalda con el mirto, y el inmortal Fulvio fué coronado entre palmoteos y exclamaciones de triunfo. La nueva rama de mirto que trajeron los esclavos circuló de mano en mano entre los concurrentes, y sólo se detuvo en las manos de aquellos que podían mostrarse peritos en el arte poética.

El sol andaba ya de vencida por más que no lo advirtiesen los que estaban en la sala, y el Senador que estaba fatigadísimo y el gran guerrero que debía regresar á Hérculano, dieron la señal de marcha.

— ¡ Un momento, amiguitos ! dijo Diomedes. Puesto que tan pronto deseáis retiraros, vamos al fin de fiesta.

Y en esto llamó á uno de los ministriles, el cual, saliendo de la sala, volvió á entrar á los pocos instantes trayendo un azafate donde había muchas tablillas cerradas y selladas y enteramente iguales una con otra. Cada uno de los convidados debía comprar una tablilla pagando por su valor un menudillo de plata, y la gracia de aquella lotería (diversión favorita de Augusto que la había puesto de moda) estaba en la desigualdad y en el desatino de los premios. Así fué que al poeta le tocó por suerte uno de sus propios poemas, y puso el mismo gesto que el físico á quien le obligasen á tragar la pildora de sus recetas. Al guerrero le tocó un estuche de punzones, y eso dió lugar á que saliesen los chistes sempiternos sobre Hércules y la rueda. La viuda Fulvia ganó una ancha taza para vino, Iulia una hebilla para traje de hombre y Lépidó una cajita de lunares para señora. En cuanto al tahur Claudio, tuvo su merecido, puesto que recibió, encendido de cólera, un juego de dados *cargados*. El bullicio de la lotería fué interrumpido por un accidente que se consideraba de mal agüero, y fué que habiendo sacado Glauco el premio de más valor, que era una estatuíta en mármol de la Fortuna, escultura de verdadero gusto griego, presentósela con tan mala suerte el esclavo que la dejó caer al suelo y

se rompió en pedazos. Todos los circunstantes sintieron un poco de escalofrío, y todos levantaron la voz para rogar á los dioses que apartasen el mal pronóstico. Glauco, aunque en el fondo era aprensivo como los demás, afectó serenidad completa, y á Dione que se había puesto pálida, le dijo:

— Dulce neapolitana, yo acepto el agüero. La Fortuna, dándome tu afecto, no puede ya darme otra cosa. Por eso rompe su imágen y me bendice con la tuya.

Para distraer á la asamblea de aquella desgracia fortuita, Salustio coronó su copa con flores y echó un brindis á la salud del amo de la casa. Brindaron también por el Emperador y luego por Mercurio para que proporcionase á todos sueños agradables. Hicieron después de esto la última libación y se separaron.

Por ser pequeña la ciudad y estrechas la mayor parte de las calles, no se hacía mucho gasto ordinario de carruajes y literas, y así fué que los convidados, poniéndose las sandalias que se habían quitado en la sala del banquete, y cubriéndose con el manto, salieron á pié casi todos de la quinta de Diomedes acompañados por los esclavos que les estaban aguardando.

Glauco, después de haber despedido á Dione, bajó por la escalera que conducía al aposento de Iulia, y guiado por una sirvienta, fué á donde estaba la hija del mercader que se había sentado para esperarle.

— Veo que amas mucho á Dione, dijo Iulia bajando los párpados. ¡Es realmente muy hermosa!

— ¡Iulia es bastante hermosa para ser condescendiente! respondió Glauco. Amo mucho á Dione, de veras. ¡Entre los jóvenes que se dirigen á tí, puedas encontrar un amador tan sincero!

— Ruego á los dioses que me lo concedan, dijo Iulia. Mira, Glauco, estas perlas que son las que destino á tu novia. ¡Concédale Diuno la salud para llevarlas mucho tiempo!

Diciendo estas palabras, puso en la mano de Glauco una cajita donde había una sarta de perlas bastante grandes y preciosas, y Glauco no tuvo reparo en aceptar aquel obsequio, ya por ser costumbre general, ya también, porque á fuer de galante y de rumboso pensaba recompensar á Iulia con un regalo que triplicase el valor de las perlas. Mientras le estaba dando las gracias por su dádiva, Iulia llenó de vino una tacita, y dijo interrumpiéndole:

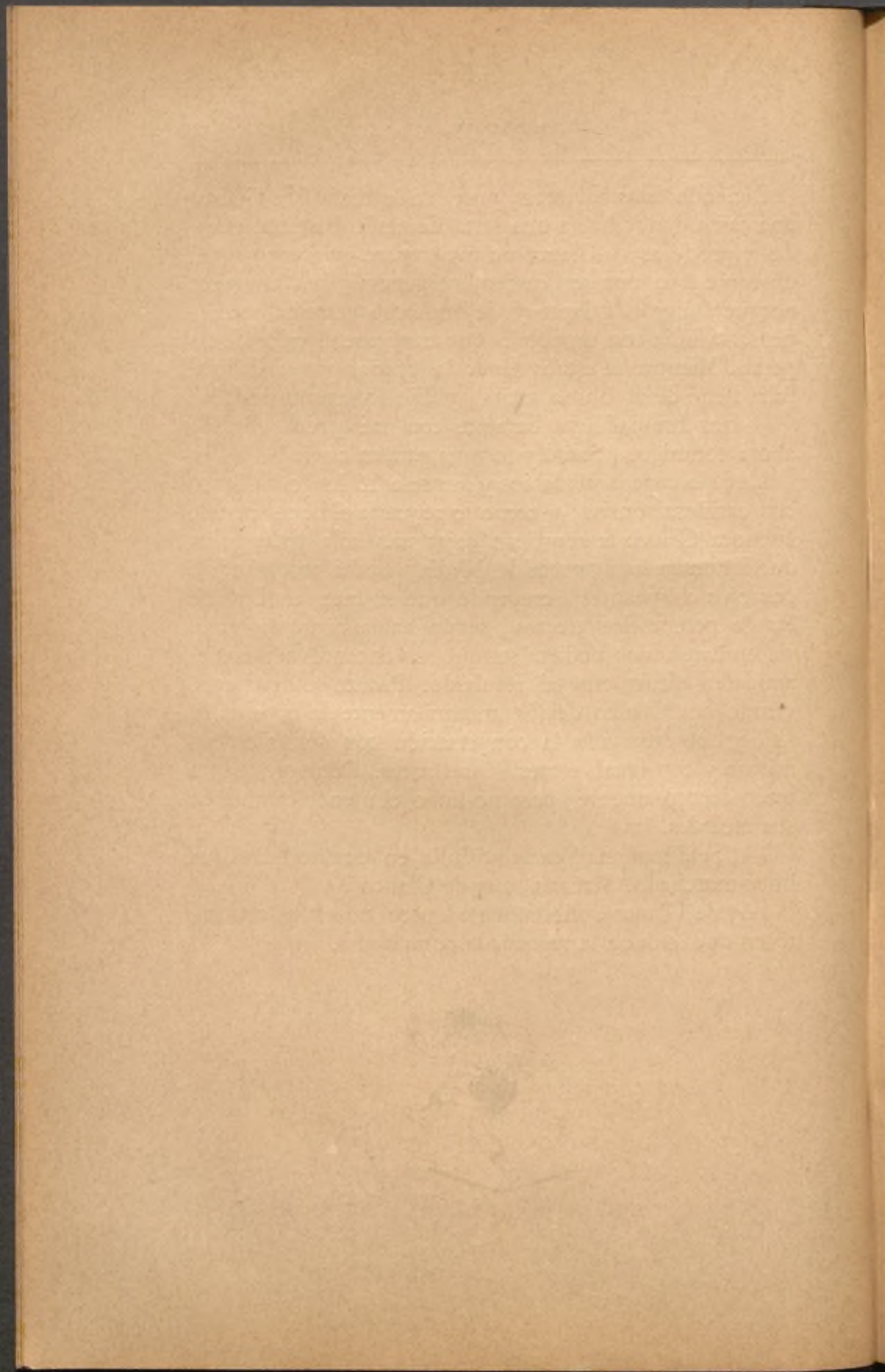
— Has brindado ya bastante con mi padre. Brinda ahora conmigo. ¡ Salud y fortuna para tu novia!

Llevó la copa á sus labios y la presentó luego á Glauco con cariñosa sonrisa; y como lo requería el buen tono de la época Glauco la apuró sin dejar una sola gota. Iulia, que ignoraba la jugarreta de Nydia, estaba observándole con ojos chispeantes, creyendo que si bien el filtro no era de perentorios efectos, según había dicho la bruja, sin embargo bien pudiera ser que sus encantos personales ayudasen eficazmente al resultado. Pronto se desengañó viendo que Glauco dejaba tranquilamente la copa en su sitio y que proseguía la conversación con dominio de sí mismo y con igual cortesía que antes. Detúvole cuanto pudo decorosamente, pero no hubo el menor cambio en sus modales.

— ¡ Será mañana! exclamó Iulia en cuanto Glauco se hubo marchado. Mañana, ¡ ay de Glauco!

¡ Ay de Glauco, ciertamente! pero no en el concepto en que lo decía la regocijada pompeyana.







CAPITULO IV.

Episodio.

LNQUIETO y ansioso Apecides estuvo paseando todo el día por los sitios más solitarios de las inmediaciones de Pompeya. Iba declinando el sol cuando se paró el neófito en apartado lugar por donde pasaba el Sarno antes de acercarse al movimiento y al lujo. Por entre arboledas y viñas divisábase la blanca ciudad cuyos rumores no alcanzaban á tal distancia. Allí ni clamoreo de las calles, ni baraunda de los negocios. Oíase únicamente el súbito y agudo gorgojo de algún pajarito, y veíanse entre la verde yerba lagartos y cigarras que no interrumpían la tranquilidad del espectáculo. No era sin embargo aquello la calma de la noche. Respirábase todavía la brisa diurn-

na; zumbaban todavía los insectos sobre el césped; contemplábase de una á otra ribera la graciosa y blanca cabritilla desbrotando el herbaje y parándose á beber en el río.

Mientras Apecides, meditabundo, contemplaba el curso del agua, oyó el ladrido de un perro cerca de sí y una voz que decía:

— Cállate, compañero: el paso del que llega no tiene peligros para tu amo.

Conoció esta voz el joven converso, y volviendo la cabeza pudo ver al misterioso anciano á quien había encontrado en la congregación de los nazarenos, el cual estaba sentado sobre una roca cubierta de musgo y tenía á su lado el saco y el bastón. El perrito que estaba echado á sus piés, y que era de pelo áspero y lanudo, servíale de compañía en sus peligrosos y extraños viajes. El aspecto de aquel anciano, á manera de un saludable bálsamo, calmó el agitado espíritu del neófito. Fué á sentarse á su lado, pidióle la bendición, y le dijo:

— ¿Vas á dejarnos, padre? Paréceme que estás pronto á emprender una jornada.

— Hijo mío, contestó el anciano, los días que debo pasar en la tierra son cortos y están contados. Debo emplearlos según conviene, peregrinando á una y otra parte, para fortalecer á los que están congregados por Dios en su santo nombre á fin de enaltecer la gloria de su Hijo, testificándola yo como humilde siervo.

— Dícenme que has contemplado la faz del Cristo, dijo Apecides.

— Así es en efecto, dijo el anciano, y por ella he visto la vida en los abismos de la muerte. Oyeme, joven neófito, y entérate bien de los orígenes de nuestra fé. Allá en las apartadas comarcas de Judea, en la población de Naim, habitaba una viuda, humilde de corazón y de espíritu. De los lazos que antes la unían con la tierra no le había quedado más que un hijo, y le quería con melan-

cólico y entrañable amor, porque veía en sus facciones el fiel retrato de su marido. Aquel hijo murió. Rompióse la caña en que se apoyaba la viuda y extinguióse el aceite de su lámpara. Pusieron al adolescente sobre un féretro, y la muchedumbre estaba á su alrededor fuera de los portales de la villa, cuando cesaron de pronto los lamentos y los gemidos, porque pasaba el Hijo de Dios. La madre que iba detrás del féretro lloraba en silencio, pero cuantos la miraban comprendían que su corazón estaba deshecho por la amargura. El Señor se compadeció de ella, y tocando con su mano el féretro dijo estas palabras al adolescente: Yo te lo ordeno, levántate. Y el muerto se despertó y miró á la faz del Señor. Y la muchedumbre prorrumpió en alaridos y en clamores, y las lamentaciones fúnebres se trocaron en cánticos de regocijo, y por todas partes no se escuchaba más que esta voz: Dios ha visitado á su pueblo. Yo contemplé también allí la faz del Redentor que no puede describirse humanamente, y la vi entristecida por todas las culpas de los hombres, pero misteriosamente iluminada por la Bondad de Dios. Cuando más tarde en Jerusalem ví al Hijo del hombre en la cruz, parecióme que su mirada se fijaba en la mía; y desde aquel día tremendo en que el sol se oscureció y tembló la tierra, dejé todo pensamiento de este mundo y entreguéme á su santo servicio. Como predicador y peregrino he recorrido muchas comarcas proclamando su divinidad y aumentando el rebaño de sus escogidos. Llego como el viento y parto como el viento, dejando á mi paso la semilla que ha de enriquecer al mundo. Quizás, hijo mío, no hemos de encontrarnos otra vez sobre la tierra, y deseo que no te olvides de este momento. ¿Qué son los placeres y las pompas de la vida? Brillan como las lamparitas por breve rato, por una hora á lo sumo, pero la luz del alma es estrella que resplandece para siempre en el espacio sin límites.

Después de estas palabras continuaron ambos la con-

versación hablando sobre las sublimes y universales doctrinas de la inmortalidad, y consolando con ellas el anciano al joven converso que, aprisionado por largo tiempo en confusiones relativas á la fé, sentía necesidad de respirar el puro ambiente que viene del cielo.

Entre el cristianismo del varon apostólico y el de Olintho existía una diferencia fuerte y marcada, y era que el del primero se presentaba más delicado y benévolo, y revelaba más á las claras su origen divino. El heroísmo austero de Olintho era fogoso, intolerante y adecuado al papel que le tocaba representar en las luchas religiosas. Mas que la caridad del santo, encontrábase en su fé la valentía del mártir. No enternecía, no cautivaba en tan alto grado, pero incitaba, fortalecía, vigorizaba el ánimo. En cambio el corazón del misterioso anciano estaba siempre impregnado de amor, porque la sonrisa de la divinidad había apartado de su alma toda levadura de pasiones groseras y terrestres, y le había dejado la mansedumbre de un niño junto con la energía de un héroe.

Levantóse el anciano en el momento en que los últimos rayos del sol se ocultaban en Occidente, y dijo para despedirse de Apecides:

— Ahora, al fresco de la tarde, hijo mío, voy á continuar mi camino hacia la Roma imperial. Allí se encuentran algunos santos varones que, lo mismo que yo, han contemplado la faz del Cristo, y quiero verles antes de morir.

— Fria está la noche para un hombre de tu edad, padre mío, dijo Apecides, y además el camino es largo y se halla infestado de ladrones, ¿por qué no te quedas hasta mañana?

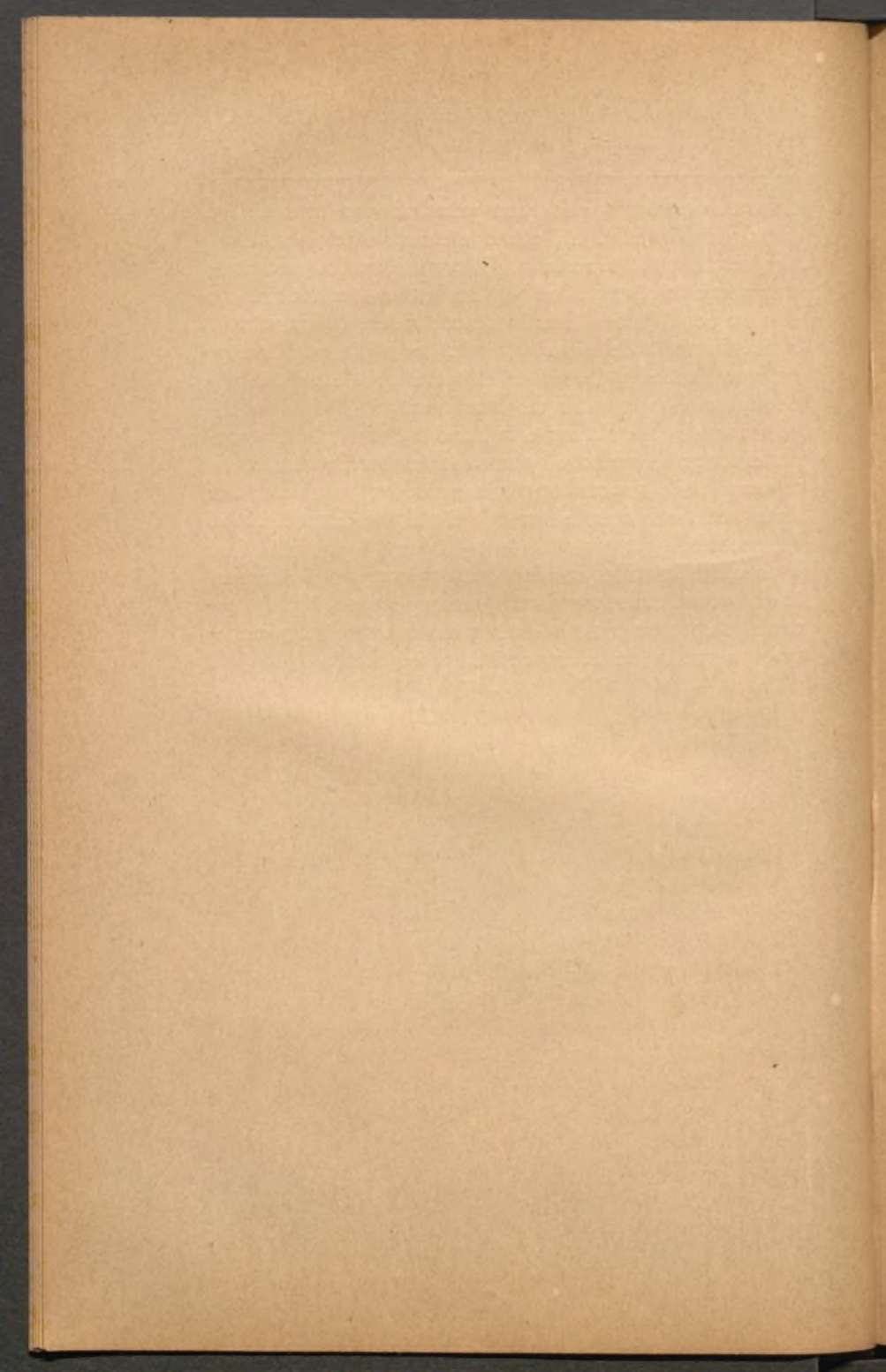
— Lo que llevo en el zurrón, contestó el anciano, no creo yo que pueda tentar á los bandidos. Y en cuanto á la noche y á la soledad, ellas son las que forman la escala donde se agrupan los ángeles y al pié de la cual mi espíritu puede soñar en Dios. ¡ Oh! Nadie conoce los plá-

cidos sentimientos que acompañan al peregrino en su santo viaje. Para él no existe el miedo ni los peligros, porque Dios está á su lado. El rumor de los vientos le trae buenas nuevas; á los bosques les ve dormidos bajo la sombra benéfica del Omnipotente: ve en las estrellas la Santa Escritura del cielo, prenda de amor y testimonio de inmortalidad. ¿Cómo quieres que me detenga la noche? La noche es el día del peregrino.

Tras de estas palabras el anciano estrechó al joven converso contra su corazón, y tomando el báculo y el saquito emprendió su camino á pasos lentos, y mirando al suelo, en tanto que delante de él saltaba alegremente el gozquecillo.

Siguióle Apecides con la mirada mientras pudo divisarle entre los árboles, y viendo luego que ya salían las estrellas recobróse cual si despertara de un profundo ensueño, y acordóse de su cita con Olintho.







CAPÍTULO V.

El filtro y sus efectos.



UANDO Glauco llegó á su casa encontró á Nydia sentada en el jardín debajo del pórtico. Había ido la niña á la casa de Glauco por si daba la casualidad de que él se retirase temprano ; y ansiosa , impacien-

te y llena de inquietud , acechaba una ocasión para servirse del filtro amoroso , deseando al mismo tiempo que semejante ocasión no llegase nunca.

En tal estado de ánimo estaba Nydia , entre anhelosa y amedrentada , latiendo con fuerza su corazón y enrojecido el rostro , en el preciso momento en que salían las primeras estrellas y el cielo se teñía con encarnados y bellísimos matices.

Glauco dijo al entrar :

— ¡ Oh Nydia ! ¿ Me estás aguardando ?

— Acabé de arreglar las flores , dijo Nydia , y me he sentado para descansar un poco.

— Hace hoy muchísimo calor , dijo luego Glauco sentándose debajo de la columnata. ¿ Quieres llamar á Davo para que traiga un refresco ? El vino que he bebido me ha dado una sed extraordinaria.

Presentábase con esto la ocasión por sí misma , y Nydia , con respiración agitada , contestó :

— Voy á prepararte la bebida que tanto le gusta á Dione : clarete mezclado con miel y refrescado por la nieve.

— Gracias , dijo Glauco sin sospechar cosa alguna. Si esto á Dione le gusta me sería grato aunque se convirtiese en veneno.

Nydia frunció las cejas y sonrió. Salió de allí por breves momentos , y luego volvió llevando una copa donde estaba la pócima. De sus manos la tomó Glauco. ¡ Cuánto hubiera dado Nydia por gozar una hora tan solamente del precioso dón de la vista ! ¡ Cuánto hubiera dado para contemplar cómo se realizaban sus esperanzas , para distinguir las primeras señales de aquel amor en que soñaba , para postrarse en adoración con todo el fervor del culto persa ante el naciente sol , que según sus íntimas creencias debía alumbrar para siempre las tinieblas de su vida !

Mucho se diferenciaban las emociones de la ciegucecita de las que en situación semejante había sentido Iulia. Lo que en ésta era mezquindad , pasión frívola , pique muje-

ril, deseos de venganza y de triunfo, era en el bravío corazón de la hija de Tesalia, amor purísimo, ardiente, desenfrenado, era pasión salvaje, irresistible, frenética, pero no llevaba consigo elementos sórdidos ni groseros. La vida y el amor habían llegado á identificarse en los deseos de Nydia, ¿cómo podía resistir, pues, á la ocasión de encontrar la recompensa de su cariño?

Perdido completamente el color, blanca como la nieve, apoyada temblorosamente en la pared, juntas las manos, entreabierta la boca, caidos los párpados, estaba aguardando Nydia las palabras de Glauco. Había bebido éste buena parte del líquido que estaba en la copa, cuando fijándose en Nydia vió en ella la extraña expresión de quien espera y tiene miedo, y quedándose á medio beber, con la copa junto á los labios, le dijo:

— ¿Qué es eso, Nydia? ¿Te sientes mala? ¿Estás desfigurada! ¿Qué es lo que tienes, chiquilla?

Dejó entonces la copa en el suelo y se levantó para acercarse á la ciegucecita, pero al momento sintió dolor en el corazón y un vértigo terrible se apoderó de su cabeza. Rodaba el suelo bajo sus piés, creía estar en el aire, poníase alegre de un modo raro y como por influjo irresistible, figurábase tener alas, y acabó por reír á carcajada tendida palmoteando sin más ni más y diciendo á voces que estaba inspirado como una Pythonisa. Cesó al cabo de un rato aquel arranque, pero no recobró su estado natural puesto que la sangre corría en sus venas como impetuosa marea, y sus ojos se oscurecían, y en las paredes veía fantasmas que se animaban y se ponían en movimiento. Y era lo más singular que no sufría en aquel estado; antes aquellas sensaciones que le dominaban le parecían gozosas y halagüeñas y se creía rejuvenecido, hallándose próximo á la locura sin darse cuenta de ello.

Nydia no había contestado á las preguntas de Glauco porque no se hallaba en estado de contestar, mas cuando oyó la extravagante carcajada y los despropósitos y frases

interrumpidas que salían de sus labios, por más que no viese sus gestos ni su paso vacilante, quedó aterrorizada por completo. Acercóse á donde él estaba, buscóle á tientas, abrazóse á sus rodillas, y llorando á lágrima viva, le dijo:

— ¡Háblame, háblame, Glauco! ¡Dime que no me aborreces! ¡Háblame!

— ¡Por la diosa de la hermosura te afirmo que Chypre es una isla magnífica! salió diciendo Glauco. ¡Aquí la sangre es vino! Mira la sangre del Fauno brotando de sus venas para que se comprenda el hervor que tiene. ¡Ven acá dios de la risa! ¡Dile que se acerque á ese macho cabrío en que montas! ¡A ver ahora! ¿Qué es lo que salta entre las llamas? ¡Ah! es una fuentequilla! No, pues aunque mane esa fuentequilla no mitigará los rayos del sol de Grecia. ¿Quién es ese fantasma con guirnalda? Las encinas del bosque le han dado las hojas para coronar su cabeza. Nadie ha visto una figura como la suya. ¡No sonrío! ¡Avanza con paso tardo! ¡Ah! es una Napea! Huyamos, huyamos de este sitio. El que ha visto una Napea se vuelve loco. Huyamos. ¡Mira! ¡La Napea fija su vista en nosotros!

— Glauco, ¿no me conoces? decía Nydia. ¿Porqué deliras? ¡Tranquilízate ó me muero!

Entonces la descarriada fantasía del ateniense pareció variar el curso de sus ideas. Puso la mano en la cabellera de Nydia, estuvo acariciando por un buen rato los sedosos bucles, miró de hito en hito á la faz de la ciegucecita, y creyendo reconocer en ella el rostro de Dione se exaltó nuevamente con este concepto:

— Juro por Venus, exclamó, que aun cuando estoy sosteniendo el mundo como lo hacía Hércules, lo dejo caer en el caos á cambio de una sonrisa de Dione... ¿Qué no me quieres? continuó diciendo. ¿No me quieres porque me ha calumniado el egipcio? Pues mira: no sabes tú cuántas horas he pasado rondando tu casa. ¿Por qué

me has de dejar? ¿No he nacido yo en la hermosa comarca de tus padres? ¿No he subido á las alturas de Phile? ¿No he cogido los jacintos y las rosas en los olivares del Ilisso? ¡Ah! No debes abandonarme, puesto que tus abuelos eran hermanos de los míos. ¡Oh! negra visión! ¿Porqué te interpones entre ella y yo? Te llamas Orco, pero aquí en la tierra te dan el nombre de Arbaces. Ya sé yo quien eres. ¡Huye! ¡De nada han de servirte las artes mágicas!

— ¡Oh, Glauco! ¡Oh, Glauco! exclamaba Nydia cayendo al suelo desvanecida presa del remordimiento y de la congoja.

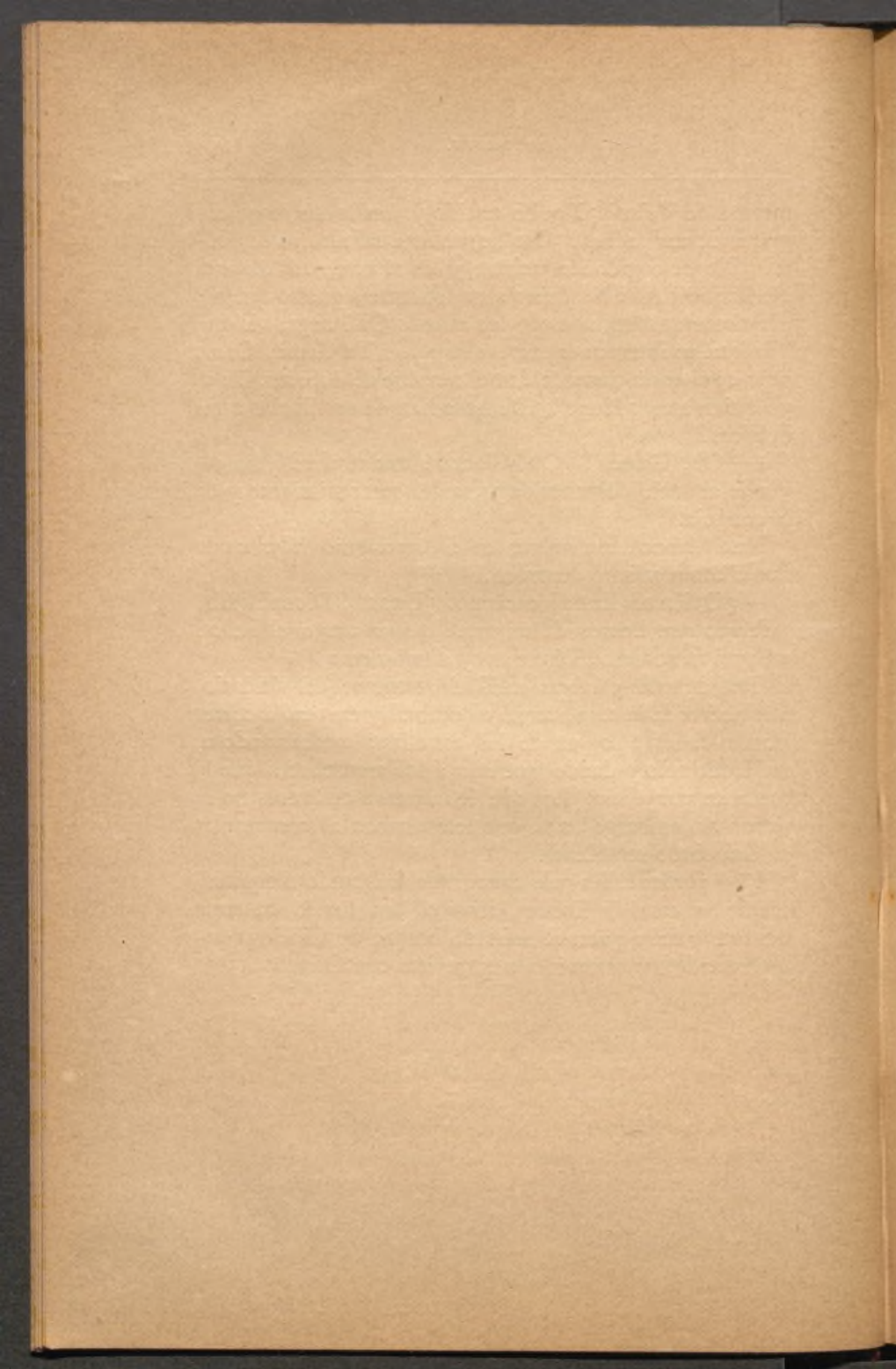
Mas Glauco, sin volver en sí, prosiguió hilvanando frases con el mismo desorden.

— ¿Quién me llama? exclamó. ¿Eres tú, Dione? ¡Ah! ¡Ya veo que hemos de salvarte! ¡Aquí tengo el estilo! ¡Voy á tu socorro, Dione, voy al momento!

Tras de estas palabras salió el ateniense del viridario, atravesó toda la casa, cruzó el umbral y empezó á correr por las calles á la luz de las estrellas, tambaleándose, hablando solo y dando que reir á los transeuntes que le tomaban por ébrio. Los que le miraron dos veces no se rieron sin embargo, sino que se asustaron al contemplar su embobado semblante.

Paşó por las calles más concurridas buscando maquinalmente la casa de Dione, atravesó un barrio bastante desierto y fué á parar al solitario bosque de Cibele donde Apeçides había tenido la entrevista con Olintho.







CAPÍTULO VI.

Movimiento de personajes. — De como las aguas corriendo por diferentes arroyos van à parar al mismo golfo.



IMPACIENTE por saber si había propinado Iulia la venenosa droga, y si había producido sus efectos en el rival aborrecido, decidióse Arbaces en cuanto llegó la tarde á satisfacer su curiosidad sobre este punto. Salió, pues, de su casa y encaminóse á la de Iulia con las tablillas y el estilo en el cinturón según costumbre, pudiendo servirle este instrumento de puñal en caso necesario, pues bien sabido es que la muerte alevosa de César la ejecutó en el Senado Cassio por medio de un estilo.

Iba envuelto en el manto y se apoyaba todavía en un largo bastón aun cuando sus pasos eran más seguros á cada instante, gracias á sus conocimientos en física y al ardor que le comunicaban sus esperanzas y sus proyectos vengativos.

Mientras Arbaces se dirigía á la quinta de Diomedes, brillaba ya el hermoso claro de luna propio de los climas meridionales. Noche y día se avecinan tanto en estos climas que apenas dan lugar á la luz del crepúsculo. Un instante de púrpura en las nubes y de cambiantes rosados en las aguas, un poco de penumbra, y salen luego la luna y las estrellas y comienza el reino de la noche.

Plácidamente alumbraban los rayos lunares el antiguo bosquecillo consagrado á Cybeles. Los árboles frondosos, cuya edad se perdía en la cerrazón de los siglos, proyectaban la sombra de sus ramas en el suelo, y dejaban ver el estrellado cielo por entre sus hojas. El color blanco de la capillita situada en medio de los copudos y sombríos árboles sobrecogía por el contraste y recordaba la santidad del sitio.

Antes de que Arbaces atravesara por el bosque había llegado Caleno junto á la capillita para expiar la conversión del cristiano con Apecides. Metióse por entre la arboleda, hizose un escondite con las ramas y quedó resguardado por el follaje y por la capilla, de modo que no podía verle nadie. Todo estaba en apariencia solitario, y únicamente se escuchaba de lejos el bullicio de los que volvían á sus casas después de un convite y el sonido de las músicas que servían de pasatiempo á los que rondaban por las calles. Desde el altillo en que estaba emplazado el bosque veíase, á través del ramaje, la extensa y reluciente superficie del mar ondulando sobre la playa, los blancos caseríos de Estabias en el recodo del golfo, y las opacas colinas Lectiarias destacándose sobre el hermoso cielo.

Apareció á un extremo del bosquecillo la alta figura de Arbaces, y á poco llegó Apecides en dirección contraria

encaminándose al lugar donde tenía la cita. Conocióle Arbaces al primer momento y le llamó.

— La última vez que nos hemos visto, le dijo, te presentaste como enemigo mío, y desde entonces he deseado encontrarte de nuevo porque anhelo como siempre, que seas mi amigo y mi discípulo.

Paróse repentinamente Apecides al escuchar la voz de Arbaces, y estuvo contemplándole por un buen rato con amargura y desprecio.

— Malvado y engañador, le dijo por fin. ¿ Con que has podido escapar á los vórtices de la tumba? ¡ Pues no creas ahora que has de echarme nuevamente tus redes, *redciario!* Ya sabré yo defenderme contra tus mallas.

— ¡ Cálmate! contestóle Arbaces herido en lo más íntimo de su orgullo y colorada la frente por el despecho. ¡ Cálmate! No quisiera que oyese nadie lo que estás diciendo.

— ¿ Quieres amenazarme? replicó Apecides. Pues yo no he de callar aunque me oiga la ciudad entera.

— Los manes de mis antepasados, dijo Arbaces, como aparecieran en este sitio, no habian de consentir que te perdonase. Mas oye lo que tengo que decirte. Estás enojado por lo que pasó con tu hermana. Bien sé yo que tienes razón, pero el amor y los celos pueden explicarte mi conducta. No es mi carácter para humillarme con nadie, pero á ti he de pedirte que olvides lo pasado y que me prestes el consentimiento para contraer nupcias con tu hermana. No te sorprendas ni te aturdas. ¿ Qué vale una alianza con el griego comparada con la que yo te ofrezco? Mi fortuna es inagotable, mi estirpe es más antigua que todos los linajes de Grecia y Roma, mi renombre científico tú lo conoces. Dame que yo pueda unirme con tu hermana y he de pasar la vida entera reparando el yerro de que me acusas.

— Egipcio, contestó Apecides, aun cuando yo me aviniera con lo que acabas de proponerme, sabe que mi

hermana tiene horror hasta al aire que respiras. Además de esto, yo, directamente, estoy ofendido de tí. Aunque te perdonase el haberme tomado como instrumento para tus planes, no podría olvidar que me has hecho cómplice de tus desarreglos. Así, pues, atiende á que yo aparte el velo que esconde tu rostro y el de tus falsos dioses. Tu vida disoluta, engañadora como la de Circe, será revelada á la luz del día. Conocerá todo el mundo tus oráculos de mojiganga. El fano donde está el ídolo de Isis no será más que un objeto de desprecio. El nombre de Arbaces será el blanco de las maldiciones y de las chacotas populares.

El egipcio se puso lívido al oír estas palabras y atisbó en derredor para asegurarse de que estaban solos. Fijó luego su negra mirada en el sacerdote con expresión tal de amenaza y de cólera, que nadie, á no tener el ferviente celo de Apecides, hubiera podido resistirla sin espanto. El neófito, con todo, permaneció impassible ante la mirada de Arbaces y le miró á su vez frente á frente y con expresión altiva.

—¿Qué es lo que proyectas? dijo el egipcio con voz callada y ronca. Piénsalo antes de contestarme. ¿Hablas únicamente por arrebató ó tienes algún designio fijo?

—Hablo según la inspiración del verdadero Dios á quien sirvo, contestó el cristiano. Por su gracia el valor de los hombres ha señalado el término á tu hipocresía y á tu demoníaco culto. Antes del sol tercero lo sabrás todo. Tiembla por tu suerte, sombrío maestro de la magia; y entretanto quédate con bien.

Todas las pasiones ardientes y feroces de su linaje y de su clima se desencadenaron al instante en el corazón de Arbaces. Vió claramente que Apecides había abrazado la fé cristiana: conocía el celo indomable de los nuevos adeptos; comprendió, por consiguiente, que su amor, su reputación, su vida entera se encontraban en peligro. Puso mano á su estilo; miró de nuevo furtivamente en

derredor de sí, convencióse de que no había nadie y dejóse tentar por el silencio y por la soledad.

— ¡ Muere, puesto que me provocas! dijo con acento de ira. ¡ Caiga el obstáculo que se opone á mis destinos!

Y en el instante en que Apecides se apartaba de él, hirióle dos veces en el pecho por encima del hombro izquierdo. Alcanzóle en mitad del corazón, y el joven, sin proferir una palabra, sin exhalar siquiera un gemido, cayó muerto en el suelo junto á la capillita.

Contemplóle Arbaces por un momento con la satisfacción feroz é inhumana que produce la muerte de un enemigo, pero á no tardar se presentó en su mente la idea del peligro á que quedaba expuesto. Enjugó con mucho cuidado el arma en el césped y en las vestiduras de la víctima, embozóse en el manto y se disponía á dejar aquel sitio cuando vió llegar hacia él un joven que venía tambaleándose de un modo extraño. Miróle á la luz de la luna y le pareció que tenía el rostro más blanco que el mármol, y en cuanto estuvo cerca, pudo conocer en la estatura y en las facciones que era el infortunado y desvanecido Glauco, el cual talareaba en aquel momento una canturía sin piés ni cabeza compuesta de retazos de himnos y de odas sacras.

Bien conoció el egipcio el estado de Glauco y la causa que lo producía.

— Ya trabaja la pócima, dijo para sus adentros. El destino le trae expresamente para que triunfe yo á la vez de ambos enemigos.

Y en esto se retiró á un lado de la capilla, se ocultó entre las ramas, y como un tigre en su covacha quedó acechando la llegada de su segunda víctima. Por el relampagueo vivo y persistente de los ojos y por las contracciones nerviosas que afeaban el rostro escultural del ateniese, pudo comprender Arbaces que apenas quedaba un átomo de razón en aquel espíritu helénico. Empero al acercarse al cuerpo de Apecides y al ver la sangre que en-

rojecía el césped, no pudo menos Glauco de quedar parado y pasó la mano por la frente como para concentrarse y hacer memoria.

— ¡Oh Endymion! exclamó. ¡Qué pesado es tu sueño! ¿Qué es lo que te dijo la luna? ¡No me des celos! ¡Despierta!

Inclinóse entonces Glauco como si quisiera levantar el cuerpo que yacía tendido, y Arbaces, olvidando su prostración, y aun dominándola por completo, salió de entre las ramas, empujó con fuerza al ateniense y dió con él sobre el cadáver. Puso entonces el pié sobre el pecho de Glauco que había rodado por el suelo aturrido por el golpe y por los efectos de la pócima, y empezó á dar grandes voces, diciendo:

— ¡Ciudadanos! ¡ayuda! ¡Venid á mí! ¡Un muerto, un muerto junto á la capilla! ¡Venid! ¡que no escape el reo!

En tanto que aguardaba á que llegase gente paróse á contemplar el estado de Glauco cuyos labios proferían sonidos inconexos, y llegó á sentir un poco de remordimiento y de compasión conmoviéndole más el desorden de aquel espíritu que la muerte de Apecides. Con ser criminal no dejaba de pagar tributo á los sentimientos humanos, y decía entre dientes:

— ¡Pobre arcilla! ¡Pobre cacúmen! ¿Dónde se encuentra tu alma en este momento? Ya no puedes ser mi rival y estaría en mi mano el dejarte libre. Pero no cabe en lo posible el desobedecer las órdenes del destino. Mi seguridad personal exige tu sacrificio.

Volvió á dar voces más rícidamente que la primera vez, como si quisiese ahogar los movimientos compasivos, y cogiendo el estilo que llevaba Glauco lo tiñó en la sangre del interfecto y lo dejó allí mismo en el suelo. Llegaron á poco buen número de ciudadanos, jadeantes la mayor parte, puesto que habían acudido á todo correr en cuanto se oyeron los clamores de Arbaces. Algunos de los

que llegaron llevaban antorchas, y aun que eran innecesarias porque los rayos lunares alumbraban de lleno el lugar del crimen, no dejaban de contribuir al aspecto fantástico de aquella arboleda.

Rodearon todos el sitio donde se hallaba el egipcio, y éste les dijo :

— Preparáos para llevar el cadaver y asegurad al matador.

Procedieron efectivamente á remover el cuerpo que yacía difunto, y grande fué el horror y la santa indignacion que se apoderó de los ánimos cuando reconocieron que aquel inerte despojo pertenecía á un sacerdote de la venerable y adorada Isis. Pocos momentos después, la sorpresa fué mayor todavía cuando vieron que el acusado era el elegante y bien querido ateniense.

— ¡ Glauco! ¿ es posible? exclamaron á una todos los circunstantes.

— Mejor creería yo que eso son cosas del egipcio, dijo uno de ellos al oído de otro.

En esto compareció un centurión, abriéndose paso entre la muchedumbre con ademán autoritario.

— ¿ Como es eso? ¡ sangre derramada! ¿ quién es el matador? preguntó el centurión.

Todos los concurrentes señalaron á Glauco.

— ¿ Ese? dijo el centurión. ¡ Por Marte! ¡ pues si parece más bien la víctima! ¿ Quién le acusa?

— Yo le acuso, contestó Arbaces irguiéndose con altanería.

Miróle el centurión, y por los joyeles que adornaban su traje pudo convencerse de la respetabilidad de su persona.

— Vamos á ver, ¿ cuál es tu nombre? preguntó.

— Mi nombre es Arbaces; bien conocido en Pompeya según yo pienso, contestó el egipcio. Pasaba yo por este bosquecillo cuando he visto juntos al griego y al sacerdote que estaban hablando con mucho acaloramiento. Por

sus gestos y contorsiones y por su modo de vocear, el griego parecía borracho ó loco. De pronto he visto que sacaba el estilo y he corrido para interponerme, pero llegué demasiado tarde. Por dos veces ha herido á su víctima, y al ver que llevaba camino de ensañarse con el cuerpo exánime no pude contener el coraje y echéle violentamente de bruces en tierra. No ha llegado á defenderse poco ni mucho, lo cual me hace suponer que no estaba en sus cinco sentidos cuando ha cometido el crimen. Yo acabo de salir de una enfermedad bastante seria, y mis fuerzas son hoy escasas comparativamente con las de Glauco cuya robustez y juventud salta á la vista de todos.

—Ved como abre los ojos y mueve los labios, dijo el militar. Prisionero: ¿qué respondes á la acusación que se te hace?

—¡La acusación! contestó Glauco. ¡Buena está la acusación! Lo hecho, hecho se queda. Cuando aquella vejancona de la bruja me ha lanzado la serpiente y Hécate me estaba hablando al oído riéndose á más no poder, ¿qué queríais que hiciese? Lo que hay es que estoy malo, lo que hay es que desfallezco, porque la lengua de fuego de la serpiente me ha picado. Llevadme al lecho y mandad por un físico que me cuide. Decid que soy griego y el mismo anciano Esculapio acudirá con mucha honra. ¡Oh! ¡gracias, gracias por los cuidados! ¡Estoy ardiendo! ¡El cerebro, la médula de los huesos, todo está ardiendo en mi cuerpo!

Exhaló Glauco un quejido muy doliente y prolongado y se dejó caer de nuevo en brazos de los circunstantes.

—Bien veis que desvaría, dijo compasivamente el militar. Debemos creer que en su delirio ha causado la muerte del sacerdote. ¿Alguien le ha visto durante el día de hoy?

—Yo le he visto esta mañana, dijo uno de los circunstantes. Pasó por delante de mi casa y al parecer estaba bueno y sano y tan tranquilo como cualquiera de nosotros.

— Pues yo le he visto hace una hora, dijo otro ciudadano, y andaba por las calles hablando solo y gesticulando. Digo lo que ha dicho el egipcio: parecía que no estaba en sus cinco sentidos.

— Ya confrontan esas declaraciones, repuso el centurión. Eso debe ser la verdad, pero de todos modos hay que llevarle al Pretor. ¡ Es una verdadera lástima siendo tan joven y tan rico! Pero el crimen es grave. ¡ El interfecto es sacerdote de Isis, lleva el traje sacerdotal y ha caído al pié de nuestra antiquísima capilla!

Por estas palabras del centurión comprendió la muchedumbre toda la enormidad del sacrilegio que tenía á la vista. En los primeros momentos el instinto de curiosidad acalló en los ánimos las consideraciones de otro género, pero había llegado el caso de fijarse en que no se trataba de un delito común, y un piadoso y súbito estremecimiento se apoderó de todos.

— No hay que extrañarse de que tiemble la tierra cuando sustenta á semejantes mónstruos, dijo uno.

— ¡ A la cárcel, á la cárcel! exclamaron cuantos formaban el grupo.

En esto se oyó una vocecita muy aguda que decía con regocijo:

— ¡ Ya no falta un luchador para las bestias!

¡ Viva la fiesta!

¡ Viva el placer!

La que esto decía era aquella jóven cuya conversación con el esclavo de Diomedes no habrán olvidado los lectores.

— ¡ Es verdad, es verdad! repitieron muchas voces, ¡ qué fortuna para los próximos juegos!

Y esta consideración acabó de borrar todo pensamiento de misericordia en favor del acusado, puesto que siendo joven y gallardo era el más á propósito para el anfiteatro.

— Traed ahora algunos tablones, dijo Arbaces, ó ved si hay una litera por ahí cerca, pues á un sacerdote de Isis no hay que llevarle al templo entre manos vulgares como un gladiador espinchado.

Los circunstantes, reverentemente, compusieron el cuerpo de Apecides, dejándole tendido sobre el césped con el rostro vuelto para arriba, y algunos fueron en busca de un utensilio con que transportar el cadáver sin que manos profanas debiesen tocarle. En aquel momento abríase paso por entre los grupos un hombre impaciente y vigoroso que no era sino Olintho el cristiano, el cual se halló muy luego frente á frente de Arbaces, mas lo primero que hizo fué contemplar con tristísima y horrozada vista el pecho lleno de sangre y las facciones donde aparecían todavía las congostas de una muerte violenta.

— ¡ Interfecto ! exclamó, ¡ muerto con alevosía !... ¿ Es acaso tu celo el que te ha proporcionado semejante desgracia ? ¿ Descubrieron quizás tu noble propósito y han querido prevenir su vergüenza con tu muerte ?

Volvió en esto los ojos y detuvo su mirada en el grave semblante del egipcio. En tanto que le contemplaba, podía notarse en la expresión del rostro y en el estremecimiento febril de todo el cuerpo cuánta repugnancia sentía el cristiano hacia un personaje á quien tenía por tan peligroso y por tan malo. Era aquella la mirada del pájaro sobre el basilisco, fija, prolongada y silenciosa. Mas de repente salió del entumecimiento que al parecer le había sobrecogido, y extendiendo el brazo derecho hacia donde estaba Arbaces, dijole Olintho con voz grave y severa :

— Este cuerpo ha sido derribado por la alevosía. ¿ Quién es aquí el matador alevoso ? Defiéndete claramente, egipcio, pues, por el Dios vivo, yo sospecho que eres tú.

El sombrío rostro de Arbaces se alteró por un momento y reveló su inquietud secreta, mas á este cambio, casi imperceptible, sucedió muy pronto la expresión de la có-

lera y del desapego. La muchedumbre atraída por lo inesperado y vehemente de la nueva acusación que se proponía, agrupóse entonces con grande interés en torno de ambos personajes.

— Ya sé quién es mi acusador, dijo Arbaces con soberbia, y conozco también los móviles que le obligan á interpelarme de esta suerte. ¡ Hombres ! ¡ ciudadanos ! sabed que ese es el más fanático de los nazarenos ó de los cristianos ó como quieran llamarse. ¿ Qué tiene de extraño que lleve su malicia hasta acusar á un hijo del Nilo de la muerte de un sacerdote perteneciente al culto egipcio ?

— Ya sabemos quién es; ya conocemos al perro, exclamaron varias voces. Ese es Olintho el cristiano. Es el ateo, el que niega los dioses.

— Paz, hermanos, dijo Olintho con dignidad. Escuchadme ante todo. Habeis de saber que ese ministro de Isis, muerto violentamente como veis, había abrazado hace poco la fé cristiana, me había manifestado el negro proceder y las brujerías del egipcio junto con los embustes y falacias del fano de Isis, y se preparaba para declarar todo esto públicamente. Era extranjero, inofensivo, sin enemigos, ¿ quién ha podido, pues, derramar su sangre sino aquellos que tenían miedo de su testimonio ? Y este testimonio, ¿ quién debía temerlo más que nadie ? Arbaces el egipcio, sin duda alguna.

— ¿ Oís ? exclamó Arbaces. Fijaos bien en sus palabras. Está blasfemando públicamente. Preguntadle si tiene fé en la veneranda Isis.

— ¿ Cómo he de tener fé en el espíritu malo ? dijo audazmente Olintho.

Los circunstantes se estremecieron y oyóse un sordo rumor causado por los murmullos. El cristiano, sin manifestar asombro, porque hacía mucho tiempo que estaba preparado para afrontar el peligro, dejó á un lado toda reserva, y prosiguió diciendo :

— ¡ Hacéos atrás, idólatras ! Este despojo mortal no

pertenece á vuestro rito corrompido y engañoso. Pertenece á los seguidores del Cristo, únicos á quienes es dado tributar las honras fúnebres á un cristiano. Reclamo, pues, este cadáver en nombre del gran Creador que ha recogido su espíritu.

Pronunció estas palabras Olintho con tal majestad y con tono tan solemne, que la muchedumbre no se atrevió á manifestar el odio y la execración de que se hallaba poseída. Arbaces, que dominaba notablemente por su estatura, se mantenía con los brazos cruzados, la frente ceñuda, la mirada fija y el labio contraído en señal de reto y de desprecio. El aspecto de Olintho era más imponente sin embargo que el del egipcio. Su frente, arrugada por las fatigas, sus facciones secas pero francas, su mirada enérgica pero tranquila, sus actitudes llenas de dignidad y al mismo tiempo impregnadas de inefable benevolencia, todo le rodeaba de una misteriosa simpatía que parecía la emanación de su alma. Con la mano izquierda estaba señalando el cadáver, mientras tenía la derecha levantada hacia arriba indicando el cielo.

El centurión se adelantó de nuevo y díjole á Olintho :

— Antes que todo, tú, Olintho ó como te llames, contesta á lo que voy á preguntarte. ¿ De la acusación que has formulado contra Arbaces tienes alguna prueba, ó no puedes darnos sobre este punto sino sospechas vagas ?

Olintho guardó silencio, y el egipcio sonrió desdeñosamente.

— ¿ Reclamas el cadáver de un sacerdote de Isis, preguntó el centurión, porque dices que pertenecía á la secta de los nazarenos ó cristianos ?

— Así es, contestó Olintho.

— Jura, pues, por esa capilla, dijo el centurión, jura por la estatua de Cibeles, jura por ese antiquísimo santuario de Pompeya, que el difunto había abrazado la fé que tú profesas.

— ¡ Oh, qué insensatez ! exclamó Olintho. Yo niego

vuestras imágenes; yo aborrezco vuestros templos, ¿cómo queréis, pues, que jure por Cibeles?

— ¡ Afuera, afuera el ateo! clamó la muchedumbre. La tierra se abre y nos traga á todos si escuchamos por más tiempo estas blasfemias en el sagrado bosque. ¡ Á fuera este hombre! ¡ Á la muerte!



— ¡ Á las bestias! dijo una voz de mujer en medio del grupo. Ya tenemos un bocado para el león y otro para el tigre.

— Puesto que tú, oh nazareno, no crees en Cibeles, preguntó de nuevo el militar, ¿ á cuál de nuestros dioses tributas culto?

— Á ninguno, repuso Olintho.

— Escuchadle, escuchadle, vociferaban los concurrentes.

— ¡ Oh necios! ¡ oh ciegos! prosiguió el cristiano levantando la voz. ¿ Podéis creer en imágenes de madera y

de piedra? ¿Podéis estar en el concepto de que tienen ojos para ver, oídos para escuchar y manos para dar socorro? Esé ídolo mudo, fabricado por mano del hombre, ¿puede ser una diosa? ¿puede haber creado el pensamiento humano? Lejos de esto. El pensamiento humano es el que ha creado el ídolo. Convencéos, pues, de que el ídolo no es cosa alguna y de que vuestra creencia es un disparate.

Dijo, y penetró en el fano antes que ninguno de los circunstantes pudiera detenerle, y llevado por su celo y por la compasión hacia los idólatras, derribó la estatua de madera de su pedestal.

— ¡Ya lo véis! ¡vuestra diosa no puede vengarse á sí misma! exclamó. ¿Debe una baratija semejante ser objeto del culto?

Después de estas palabras no le fué dado pronunciar ninguna otra. Tan grande y atrevido sacrilegio cometido en uno de los sitios más sagrados de la ciudad, excitó en los más indiferentes el horror y la rabia. Todos los del grupo, por un sólo impulso, se precipitaron sobre él y le agarraron, y á no ser porque el centurión intervino rápidamente, le hubieran descuartizado.

— ¡Paz! exclamó el centurión con voz de mando. Llevemos á ese insolente blasfemo al tribunal que corresponda. Ya hemos perdido bastante tiempo. Sean conducidos á los magistrados los dos culpables. Colóquese en la litera el cadaver y llevadle á su casa.

En esto se presentó un sacerdote de Isis y dijo que reclamaba los restos según la costumbre sacerdotal.

— Sea obedecido, dijo el centurión. ¿Y el acusado cómo está? preguntó luego.

— Indiferente ó amodorrado, le dijeron.

— Como se tratase de un delito menos grave le compadecería, repuso. Ahora, no hablemos más, y en marcha.

En cuanto Arbaces volvió la cabeza se encontró su mi-

rada con la del sacerdote recién llegado y vió que no era otro sino Caleno. Era el brillo de sus ojos tan significativo y siniestro, que el egipcio no pudo menos de exclamar para sus adentros:

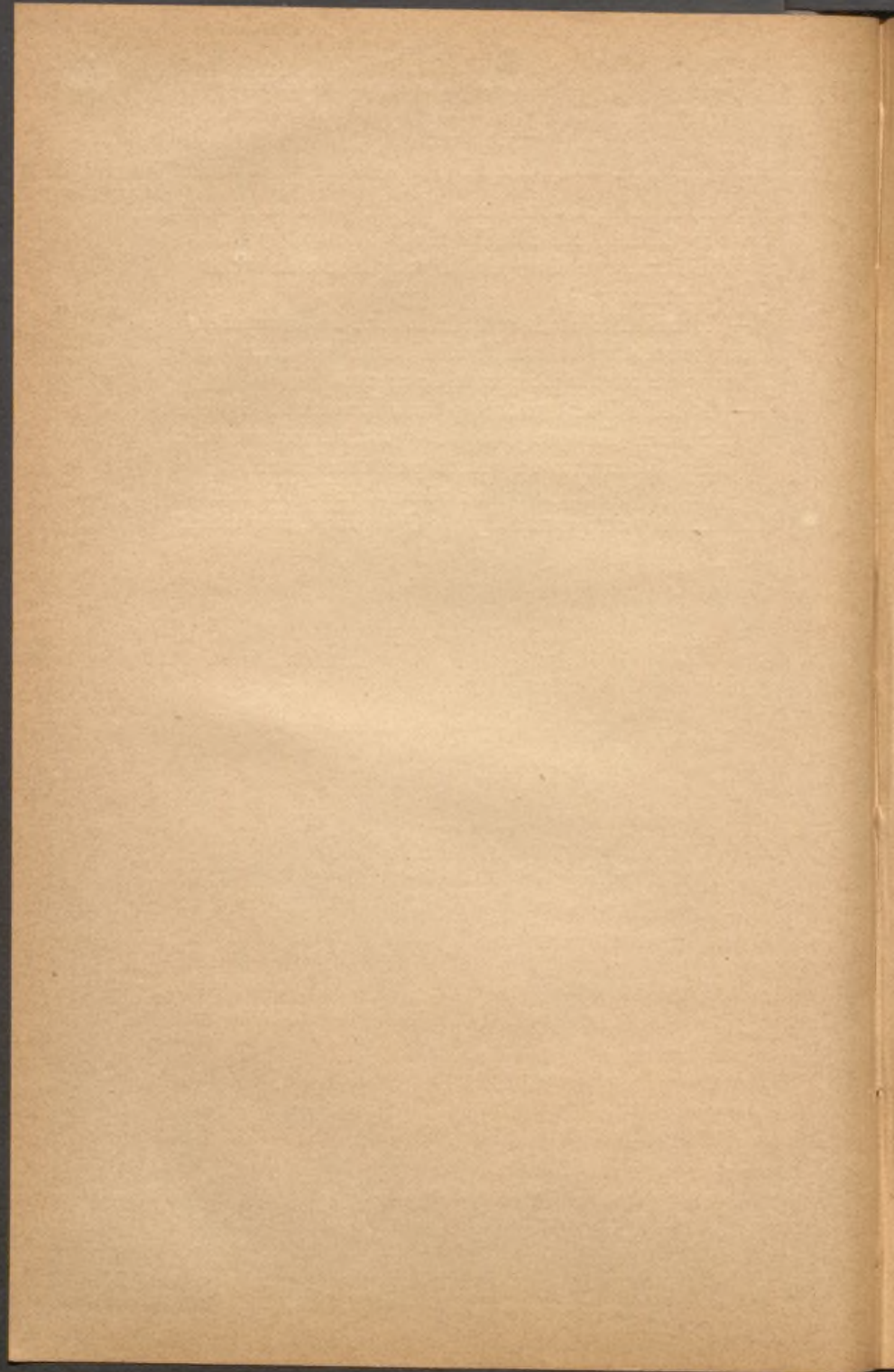
—¿Habrá visto ese hombre la muerte del compañero?

Una muchacha en medio del gentío se encaró con Olintho y le contempló por un buen rato.

—¡Por Diu Piter! ¡Fornido luchador es ese! dijo con argentina voz. ¡Lo que yo decía! ¡ya tenemos uno para el tigre! ¡Ya tenemos un bocado para cada bestia!

—¡Eso, eso! clamaron los circunstantes. Un hombre para el león y otro para el tigre. ¡Qué ganga, sacratísimo Apolo!







CAPÍTULO VII.

Situación de Glauco. — Pruebas de la amistad. — La enemistad dulcificada. — El verdadero amor siempre constante, porque está ciego.



RA ya entrada la noche y los puntos de cita de los pompeyanos estaban todavía llenos de gente. Notábase en muchos semblantes un aspecto triste y formábanse grandes corros en que todos hablaban del mismo tema, llenos de ansiedad, y sin saber á punto fijo cuál era el sentimiento á que debían entregarse. El asunto de que trataban era caso de vida ó de muerte.

Junto al bello pórtico del templo de la Fortuna, marchando ensimismado Claudio chocó con el obeso Diomedes que se retiraba á su quinta.

— ¿No ves por dónde andas? dijo el mercader. Poco ha faltado para quitarme el divino aliento. ¡Por Diu Piter! Otro empujón como éste y me voy derecho al reino de las sombras.

— ¿Eres tú Diomedes? dijo Claudio. No extrañes lo

que me pasa. ¡ Quién hubiera imaginado esta desgracia de Glauco !

—¿ Le enviarán al Senado ? preguntó Diomedes.

— Dicen que así ha de ser , contestó Claudio , porque es crimen extraordinario y los lictores tienen ya orden formal de pasar las convocatorias.

—¿ La acusación es pública según eso ?

— Ciertamente. ¿ Cómo te haces tan de nuevas en este asunto ?

— Es que llego de Neápolis , dijo Diomedes , á donde tuve que ir por ciertos negocios al día siguiente del crimen. ¡ Cosa terrible como esta ! ¡ Y pensar que aquella misma velada había estado Glauco en mi casa !

— Ya no se duda de que es culpable , repuso Claudio encogiéndose de hombros. Y como estos delitos enormes llevan siempre la delantera sobre las niñadas que no valen la pena , se pronunciará de seguro la sentencia antes de los juegos.

—¿ Los juegos ? exclamó Diomedes. ¡ Oh potentes dioses ! ¡ De modo que se le condena á las bestias siendo tan joven y tan rico !

— Tienes razón de asombrarte , dijo Claudio , pero ya ves , ¡ se trata de un griego ! Si fuese romano hallaría compasión un millar de veces. Á esos extranjeros se les suporta en la prosperidad , pero en la adversa suerte no hay que olvidarse de que realmente son esclavos. Con todo , nosotros , las personas de clase , estamos prontos á enterrecernos , y si de nosotros dependiese no lo pasaría mal , porque hablando francamente , ¿ qué vale un sacerdotillo de Isis ? Y aun la misma Isis , ¿ para qué sirve ? Pero el pueblo es supersticioso , pide á voces la sangre del sacrilego y se presentarían graves peligros si no se atendiese debidamente á la opinión pública.

— Dime , preguntó Diomedes , y del blasfemo , del nazareno ó cristiano ó como se llama , ¿ qué es lo que se hace ?

— Á ese perro, contestó Claudio, no se le negará el perdón como consienta en sacrificar á Cibeles ó á Isis. Mas en caso contrario será la presa del tigre, ó á lo menos así lo pienso. El proceso decidirá. Las urnas por ahora están vacías y aun podría ser que el griego se escapase de la letra condenatoria. Mas basta ya de cosas tristes. ¿Cómo está la hermosa Iulia?

— Iulia está perfectamente, según creo, dijo Diomedes.

— Llévale muchos recuerdos de mi parte, continuó Claudio. Mas oye, antes de seguir tu camino. La puerta ha rechinado fuerte en casa del Pretor. ¿Quién sale de ahí? ¡Por Pólux! Es el egipcio. ¿Qué tendrá que ver ese con nuestro buen amigo el magistrado?

— Cosas referentes al crimen, de seguro, replicó Diomedes. ¿Y cuál se dice que ha sido la causa de todo ello? Porque lo cierto es que Glauco iba á contraer nupcias con la hermana del sacerdote.

— Pues eso es lo que se dice, dijo Claudio, que Apeicides se oponía al matrimonio y que han tenido una disputa. Glauco estaba ébrio sin duda alguna, de tal manera que se dejó prender sin resistencia, y aun me aseguran que está delirando, ya sea por causa del vino, del terror y del remordimiento, ya por influjo de las Bacantes ó de las Furias.

— ¡Pobre muchacho! exclamó Diomedes. ¿Está bien asesorado en la defensa?

— Tiene el mejor abogado de Pompeya; Cayo Polion; persona muy elocuente, dijo Claudio. Este Polion ha entregado monedas á todos los nobles tronados y á todos los jóvenes de buena casa que tienen fama de malgastadores para que se pongan vestiduras pobres y raidas á fin de atestiguar su intimidad con Glauco. Á esa gente, Glauco no le hubiera dirigido la palabra aunque le hubiesen hecho emperador, porque es justo decir que era muy delicado en escoger sus relaciones, más ahora serán ellos los que

probarán en favor suyo de ablandar el corazón de piedra de los ciudadanos. Sin éxito, por supuesto, porque Isis actualmente es muy popular y eso no lo quita nadie.

— Y ahora que me acuerdo, repuso Diomedes, yo tengo mercancías en el puerto de Alejandría. No hay que desamparar el culto de Isis. De ningún modo.

— Así es verdad, viejo camarada, díjole Claudio. Con esto, pásalo bien. Ya nos veremos cuanto antes. Y en todo caso nos encontraremos en el anfiteatro donde amigablemente podremos concertar alguna apuesta. Porque has de saber que eso de Glauco ha desbaratado mis planes. Figúrate tú que él había apostado por el gladiador Lydón, y ahora tendré que llenar mis tablillas de otra manera. ¡ Vaya, buena suerte !

Cediendo el paso á Diomedes, que andaba menos vivo que él, para que se dirigiese á su casa, prosiguió Claudio su camino talareando una canción griega y exhalando de sus blancas vestiduras y de sus ondeantes bucles cantidad de exquisitos olores que perfumaban la noche.

— Si Glauco es presa del león, discurría Claudio, Iulia no tendrá ya persona á quien amar que me lleve la ventaja. Con esto me hará caso de seguro y acabaremos por contraer nupcias. ¡ Por los dioses ! Las doce casillas me hacen ya traición y los hombres se fijan recelosamente en mis dedos cuando agito el cubilete. Ese infernal Salustio les ha dado á entender que hago trampa, y si llega á descubrirse que el marfil está cargado se acabaron las alegres cenas y los perfumados billetes. Claudio está arruinado. Lo mejor es el matrimonio aunque haya que renunciar al juego, y después iremos á la corte imperial á derrochar mi fortuna, ó mejor, la de la hermosa Iulia.

Mientras acariciaba estos sueños de ambición, si este nombre puede darse á tales proyectos, sintió el tahir que alguien se le acercaba, y volviéndose, hallóse con el taciturno semblante de Arbaces.

— Salud, noble Claudio, díjole el egipcio. Dispénsa-

me que te haya detenido, y dime, si te place, cuál es la casa de Salustio.

— Está aquí cerca, respetable Arbaces, contestó Claudio, mas lo que yo no sé es si está hoy Salustio para recibir visitas.

— Tampoco lo sé yo, repuso el egipcio, ni creo ser de aquellos cuya compañía pueda darle gusto. Pero el caso es que en sus habitaciones se hospeda en este momento el matador Glauco.

— Cierto que el bueno del epicúreo cree en la inocencia del griego, dijo Claudio. Ahora me recuerdas que es él quien ha dado fianza y que por consiguiente es responsable del detenido hasta el momento del proceso. Más vale así, porque la casa de Salustio es preferible á una cárcel y sobre todo, al miserable cuartucho que hay en el foro. Pero tú, ¿ á qué fin estás buscando á Glauco?

— Le busco, noble Claudio, replicó el egipcio, porque si pudiéramos salvarle de la muerte haríamos muy bien. La condenación de un rico hiere á la sociedad. Quisiera hablar con él, pues me dicen que ha recobrado el sentido, y enterarme exactamente de los motivos de su crimen. Acaso encontraremos en ellos razones para defenderle y atenuar su conducta.

— Eres benévolo, Arbaces, dijo Claudio.

— La benevolencia es deber del que pretende la sabiduría, contestó modestamente el egipcio. ¿ Qué calle he de tomar para ir á la casa de Salustio?

— Te la indicaré si permites que te acompañe por un momento, dijo Claudio. Mas dime ahora ¿ qué es de la pobre jóven que debía unirse con el ateniense, la hermana del sacerdote muerto?

— Está fuera de sí, contestó el egipcio, y casi pudiera decirse que ha perdido el juicio. Ya se exhala en imprecaciones contra el matador; ya se detiene repentinamente y exclama: ¿ Mas para qué he de maldecirte? ¡ Oh, hermano mío! ¡ Es falso que sea Glauco quien te ha dado la

muerte! ¡Jamás podré creer semejante cosa! Luego vuelve á sus imprecaciones y de nuevo se detiene y por último dice á media voz: ¡y sin embargo!... ¡si fuese Glauco!

— ¡Infortunada Dione! exclamó Claudio.

— Á bien para ella, continuó el egipcio, que las solemnes obligaciones que la religión impone para con los difuntos, han distraído su atención, y absorta en su dolor no parece fijarse en que Glauco está detenido y amenazado con un proceso. Cuando se hayan tributado las honras fúnebres á Apecides sus recelos aparecerán de nuevo, y para entonces yo temo que sus amigos habrán de pasar por el disgusto de verla correr en socorro y ayuda del matador de su hermano.

— Pues hay que evitar semejante escándalo, dijo Claudio.

— Yo creo, prosiguió el egipcio, haber tomado providencias suficientes con este objeto. Soy su guarda legal y acabo de obtener el permiso de custodiarla después del funeral de Apecides en mi casa propia. Allí, ¡plazca á los dioses! estará segura.

— Bien has obrado sapientísimo Arbaces, dijole Claudio. Mas hé aquí la casa de Salustio. ¡Que los dioses te guarden! Oye, sin embargo, una palabra antes de separarnos. ¿Porqué estás generalmente tan sombrío y tan retraído? Dicen que sabes alegrarte como otro cualquiera cuando la ocasión se ofrece. Déjame, pues, que te inicie en los placeres de Pompeya. Nadie los conoce mejor que yo según yo pienso.

— Gracias te doy, noble Claudio, contestó el egipcio, y no dudo que bajo tus auspicios pudiera muy bien ceñirme el hollejo de tilo, pero á mi edad estoy un poco duro para discípulo.

— Nada temas, contestó Claudio. He convertido á hombres de setenta años. El rico no envejece nunca.

— Mucho me adulas, dijo el egipcio, no faltará tiempo en que te recuerde tus promesas.

— Marco Claudio estará siempre á tus órdenes, contestó el mozalvete. Con esto, ¡buena suerte te sobre venga!

— Yo no soy sanguinario por antojo, ciertamente, dijo el egipcio para consigo mismo en cuanto se quedó solo. De buena gana salvaría yo á ese griego si confesando el crimen consintiera en perder para siempre el afecto de Dione y en quitarme de encima el temor de que me descubran. Que puedo salvarle es indudable, pues basta persuadir á Iulia á que reconozca en alta voz lo del filtro, con lo cual quedará excusado el delito. Mas si él no confiesa el crimen, ¿á qué es condenar á Iulia á tamaña vergüenza puesto que no evitamos su condenación y su muerte? Debe morir, porque mi rival no ha de contarse en el número de los vivos. Debe morir, porque es precisa una ofrenda expiatoria que me reconcilie con los muertos. Empero, ¿y si confiesa? ¿Será imposible del todo el darle á entender que en medio de su delirio derramó sangre? Eso para mí sería mejor que su muerte. Vamos á ver. Tentemos el experimento.

Pasando por un estrecho callejón se había acercado Arbaces á la casa de Salustio, y junto al umbral de la puerta divisó un bulto como de persona acurrucada y envuelta en un manto. Estaba aquella figura tan inmóvil y se hacía tan difícil distinguir sus contornos, que otro que no fuera Arbaces hubiera sentido al verla un supersticioso terror, y la hubiera tomado por alguna de aquellas espantables *lemures* que solían aparecer más bien que en otros sitios, en el umbral de la casa donde habían habitado. Pero esta clase de imaginaciones no era bastante para detener al egipcio, el cual, dando un puntapié al bulto que se le presentaba por delante, le dijo:

— ¡Quítate de ahí! ¿No ves que embarazas el camino?

— ¡Ah! ¿quién eres? exclamó el misterioso bulto con voz aguda.

Y en esto se levantó, y al resplandor de un rayo de

luna, pudo ver Arbaces el pálido semblante de Nydia la tesaliana.

—¿Quién eres? repitió. Yo conozco el sonido de tu voz.

—Y tú, ciegucecita, dijole Arbaces, ¿qué haces por aquí á estas horas? ¿Está eso bien para una muchacha joven? Anda, márchate á tu casa.

—Ya te conozco, dijo Nydia á media voz, tú eres Arbaces el egipcio.

Y después de estas palabras, como arrastrada por un súbito impulso, se echó á sus piés, abrazóse á sus rodillas y prosiguió con tono ardiente y apasionado:

—¡Oh poderoso y temido señor! ¡sálvale! ¡sálvale, te ruego! ¡No tiene culpa alguna! ¡Soy yo quien la tiene! Está aquí dentro, enfermo, moribundo, y yo sola soy la despreciable causa de todo. Á mí no me dejan entrar. Á la pobre ciegucecita la echan de la casa. Socórrele tú que debes conocer algún herbaje, algún hechizo, algún contraveneno; porque has de saber que es la pócima lo que ha causado su delirio.

—Cállate, chiquilla, que ya sé yo toda esa historia, dijole Arbaces. Bien te acuerdas de que acompañé á Iulia á la caverna de la Saga, y supongo por consiguiente que su mano le habrá prôpinado el filtro. Pero la reputación de Iulia exige que te calles. Por tu parte no te atormentes con escrúpulos. Lo que debe suceder sucede. Ahora voy á ver al criminal. Todavía es posible que le salvemos. ¡Anda, échate á un lado!

Esto diciendo Arbaces pudo desasirse de la desesperada tesaliana y llamó récio á la puerta. Levantáronse á poco las pesadas trancas y el portero entreabrió y preguntó que quién llamaba.

—Soy Arbaces, contestó el egipcio. Tengo que hablar con Salustio sobre cosas importantes relativas á Glauco. Vengo de la Pretura.

El portero bostezando y murmurando entre dientes

dejó pasar al talludo egipcio, y Nydia se presentó al momento detrás de él.

—¿Cómo está? preguntó Nydia. ¡Dimelo! ¡Respóndeme! ¿cómo está?

—¿Todavía andas por ahí, loquilla? dijo el portero. ¿Cómo no te dá vergüenza? Sabe que ha recobrado ya los sentidos.

—¡Alabados sean los dioses! repuso Nydia. ¿Mas porqué no me dejas entrar? ¡Déjame que entre, te lo suplico!

—¿Que yo te deje entrar? ¡Pues no faltaba más! exclamó el portero. Buenas andarían mis espaldas si dejase entrar á una rapaza como tú. ¡Vaya, vuélvete á tu casa!

Cerróse de nuevo la puerta, y Nydia, exhalando un profundo suspiro, sentóse de nuevo en el frío embaldosado, ocultóse el rostro con el manto que llevaba, y continuó de este modo su fatigosa vela.

Arbaces llegó al triclinio donde Salustio, aunque tarde, estaba cenando con su liberto favorito.

—¡Arbaces á esta hora! exclamó Salustio al verle. Bienvenido seas y acepta esta copa.

—No la acepto, gentil Salustio, contestó Arbaces, porque son los negocios y no los placeres, los que me mueven á estorbarte. ¿Cómo está tu protegido? Dicen por la ciudad que ha recobrado ya el juicio.

—Así es verdad: ¡pobre Glauco! dijo Salustio fluctuando como siempre entre su buen corazón y la ligereza de su carácter, y enjugando de paso una lágrima que oscureció su vista. Así es verdad como lo dices, pero está el vigor tan decaído en todo su cuerpo, que apenas reconozco en él al brillante y alegre bromista á quien habíamos conocido. Ahí lo más extraño es que no sabe decir cosa alguna sobre la causa de su delirio. Sólo tiene una idea confusa de lo que ha pasado, y á pesar de tu testimonio, sapientísimo Arbaces, asegúra solemnemente que no es culpable de la muerte de Apecides.

—Salustio, dijo Arbaces con gravedad, existen cir-

cunstancias en el caso de tu amigo que hablan en favor de la indulgencia sin duda alguna, y si pudiéramos obtener de su boca la confesión del crimen y de las causas que lo motivaron, mucho pudiéramos esperar de la clemencia del Senado. Ya sabes que el Senado puede mitigar ó acrecentar los rigores de la ley. Por mi parte he tenido una entrevista con la más alta autoridad de Pompeya y me ha dado permiso para conferenciar á solas esta noche con el ateniense. Mañana, como sabes, debe comenzar el proceso.

— Bien está eso, respondió Salustio. Serás muy digno de tu renombre y fama oriental si puedes sacar algo en claro con lo que él te diga. Pruébalo sin embargo. ¡Pobre Glauco! ¡cuando uno recuerda que se ponía á la mesa con tanto gusto y ahora no es bueno para tomar un bocado!

El benévolo epicúreo se enterneció de nuevo con esta consideración, suspiró una vez más y ordenó á los criados que llenasen su copa.

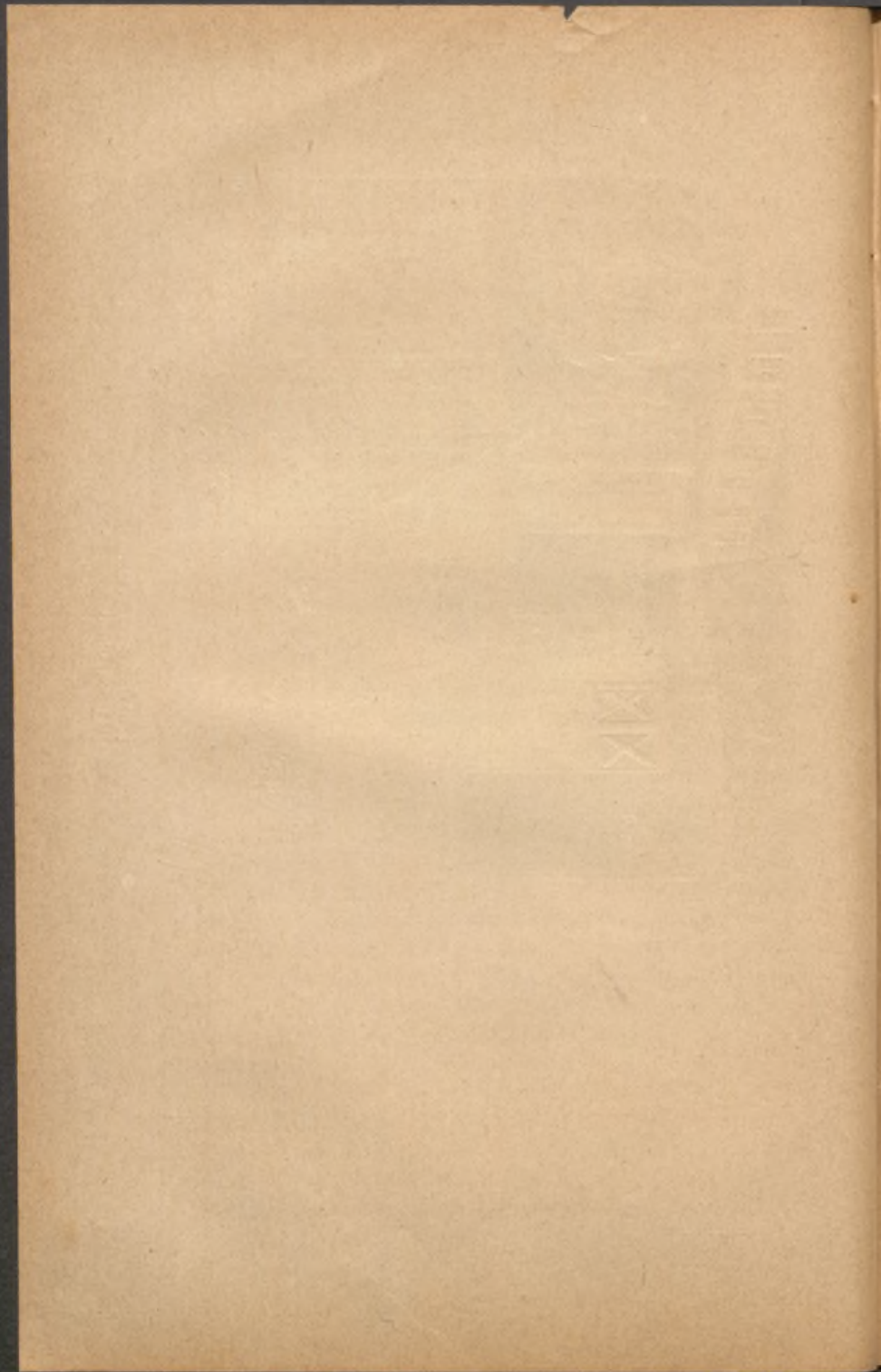
— La noche avanza, dijo Arbaces. Permíteme, pues, que hable con tu huésped.

Hizo ademán el dueño de la casa de que venía en ello y condújole á un cuartito á cuya puerta estaban de guardia dos esclavos medio dormidos. Abrióse la puerta, y á petición de Arbaces Salustio le dejó solo con Glauco.

La estancia estaba alumbrada por una lamparita que ardía sobre uno de los altos y elegantes candelabros tan comunes en aquella época. El candelabro estaba junto á un pequeño lecho, y á la pálida luz de la lámpara pudo contemplar Arbaces las facciones del ateniense llegando á sentirse conmovido por el cambio que presentaban. Descolorido el rostro, hundidas las mejillas, convulsos y cárdenos los labios, todo manifestaba que había sido muy terrible la lucha entre la razón y la locura, entre la vida y la muerte. La juventud y el vigor de Glauco habían conquistado la victoria, pero el frescor de la sangre y del



— ¿Será cierto que sueño todavía ?
— No sueñas, Glauco.



alma, la vida de la vida, el atractivo y el aroma, habían desaparecido para siempre.

Sentóse el egipcio calmosamente cerca del lecho, y Glauco por de pronto no habló palabra porque no reparó siquiera en su presencia, mas al cabo de rato Arbaces le dijo de este modo:

— Bien sabes, oh Glauco, que hemos sido enemigos. Ahora, entre las sombras de la noche, me llego á tí como un amigo y acaso como un salvador.

Del mismo modo que el corcel, al rumor de las pisadas del tigre, se encabrita al momento, así también Glauco se irguió alarmado y jadeante al escuchar la voz y al divisar el rostro de su enemigo. Encontráronse los ojos de uno y otro y no acertaban á desviar la mirada. Las mejillas del ateniense se encendieron, y el bronceado cútis del egipcio se puso más descolorido que nunca. Glauco exhaló por fin un débil quejido, pasó la mano por la frente, y dijo recostándose en el lecho:

— ¿Será cierto que sueño todavía?

— No sueñas, Glauco, sino que estás despierto, díjole el egipcio, y por esta mano derecha, y por la cabeza de mi padre, juro que tienes delante de tí á un hombre que puede salvarte. Estáme atento, oh Glauco. Yo sé bien lo que has hecho, pero sé igualmente cuál es tu excusa y tú mismo la ignoras. Has cometido un homicidio, más que eso un sacrilegio. No te irrites, no tiembles, porque yo lo he visto con mis propios ojos. Pero yo puedo salvarte porque puedo probar que no estabas en tu juicio y que no has obrado como quien piensa y acciona libremente. Para eso, para que yo te salve, es preciso que reconozcas el crimen. Escribe tu nombre en este papiro. Confiesa de este modo que tu mano es la que ha dado muerte á Apecides, y con ello escapas á la suerte fatal del urna.

— ¡Qué palabras son esas! exclamó Glauco. ¿Qué es eso de homicidio y de Apecides? ¿Pues no le he visto yo cadáver sobre el suelo lleno de sangre? ¿Y ahora quieres

darme á entender que soy yo quien ha causado su muerte? ¡ Mientes, hombre, mientes! Vete de mi presencia.

— No te arrebatas, Glauco, no seas tan vivo de genio, replicó el egipcio. La cosa está probada. Óyeme, pues; atiende á mis palabras. Bien se comprende que no te acuerdes de un acto producido por el delirio, y que tan sólo de verlo hubiera causado vergüenza á las nobles potencias de tu mente. Tu memoria está exhausta y fatigada, y por mi parte voy á probar de refrescarla. Tú sabes que estabas paseando con el sacerdote y conversando sobre su hermana. Sabes también que él era intransigente, que se había pasado á los nazarenos, que pretendía convertirme, y que os habeis trabado de palabras. Apecides reprobaba tu género de vida y decía que no había de consentir nunca que Dione se uniese contigo. Entonces frenético y lleno de cólera, le has herido súbitamente. Fíjate bien: fíjate bien: ya te irás acordando de todo. Lee lo que está escrito en este papiro. Esto debe conducirnos á buen término. Confirma eso con tu nombre y estás salvado.

— ¡ Hombre sin entrañas! dijo Glauco, ¡ dáme ese papiro lleno de embustes para que yo lo haga pedazos! ¿ Cómo he de ser yo el matador del hermano de Dione? ¿ Cómo he de decir que he causado daño ni siquiera á un cabello de la cabeza de aquel á quien ella quería? Muera yo mil veces antes de decir semejante cosa.

— ¡ Guárdate, guárdate! repuso Arbaces á media voz y con acento irónico. No hay aquí más que dos extremos: ó confiesas el crimen y escribes lo que te digo, ó te aguarda el anfiteatro y las fauces del león.

Miró fijamente el egipcio al pobre enfermo y respiró con júbilo viendo que estas últimas palabras le habían causado una conmoción notoria. Extremecióse el ateniense, temblaron sus labios, y pintóse en su frente y en su mirada la expresión de un terror súbito.

— ¡ Oh grandes dioses! ¿ qué cambio es ese? dijo á

media voz. Paréceme que ha pasado apenas un día desde que la vida sonreía para mí en medio de las rosas. El destino me ligaba con Dione. La juventud, el bienestar y el cariño me ofrecían sus tesoros. ¡Y ahora el dolor, la demencia, el oprobio y la muerte! ¿Y eso por qué? ¿Qué es lo que hice? ¿Estoy acaso loco todavía?

— Pon tu nombre en este papel y quedas salvo, dijo la insinuante y suave voz del egipcio.

— ¡Eso jamás, malvado! contestó Glauco encendido en ira. Tú no me conoces. Tú no sabes lo que es el altivo espíritu de un ateniense. El espectro de la muerte que has presentado ante mi vista ha podido azorarme por un momento, pero el miedo ha pasado ya. El deshonor es lo que aterra para siempre. ¿Quién consentiría en denigrar su nombre para salvar la vida? ¿quién trocaría sus pensamientos immaculados por algunos días llenos de ruindad y de bajeza? ¿quién se condenaría á sí mismo á la vergüenza para quedar ennegrecido á los ojos de la fama y del amor? Si para ganar algunos años de una vida sin honra hay quien sea tan despreciable y tan cobarde, no sueñes, oh malvado y bárbaro egipcio, que un caso parecido puedas encontrarlo en aquel que ha pisado el suelo de Harmodio y que ha respirado el aire de Sócrates. Vete ya. Déjame que viva sin remordimientos ó que perezca sin miedo.

— Me parece que debes pensarlo mucho, replicó Arbacés. Lo que te espera son las garras del león, los ahullidos y groserías de la gentuza, las miradas vulgares fijas en tu agonía y en tus miembros despedazados, la degradación de tu nombre, la falta de ritual para tu cadáver, la misma vergüenza que tratas de evitar y que ha de quedar unida á tu recuerdo por siempre y para siempre.

— Tú desatinas, tú estás loco, dijo Glauco. La vergüenza no consiste precisamente en perder la estimación de los demás: la vergüenza consiste en perder la estimación propia. ¿Quieres irte de una vez? Mis ojos se fatigan

de verte á mi lado. Siempre te aborrecí, pero ahora te desprecio de veras.

— Voyme, contestó Arbaces rendido y desesperanzado aunque algo compadecido y admirado de su víctima. Voyme, Glauco. Nos veremos dos veces todavía. La una en la sala del proceso. La otra en el lugar de la muerte. ¡Quédate con bien!

Levantóse con pausa, envolvióse en el manto, salió de la estancia, y fué á despedirse de Salustio cuyos ojos empezaban á estar chispeantes gracias á sus devociones para con la copa.

— Ó no sabe todavía lo que se dice ó está más terco que nunca. No hay esperanza para él, dijo Arbaces.

— No hables de este modo, contestó Salustio que no sentía grande animosidad contra el acusador, ya porque sus virtudes propias no eran muy austeras, ya porque estaba más conmovido quizás por la desgracia de su amigo que persuadido de su inocencia. No hables de este modo, egipcio mío. Á un buen bebedor como Glauco hay que salvarle á toda costa. Eso entre Isis y Baco debe capitularse.

— Veremos, veremos, replicó el egipcio.

Quitáronse de nuevo las trancas, abrióse la puerta de la casa y Arbaces salió á la calle donde la pobre Nydia vió interrumpida de nuevo su prolongada congoja.

— ¿Le salvarás? preguntó al egipcio juntando las manos.

— Oye, muchacha, sígueme á mi casa porque tengo algo que decirte. Te lo pido en favor suyo, dijo Arbaces.

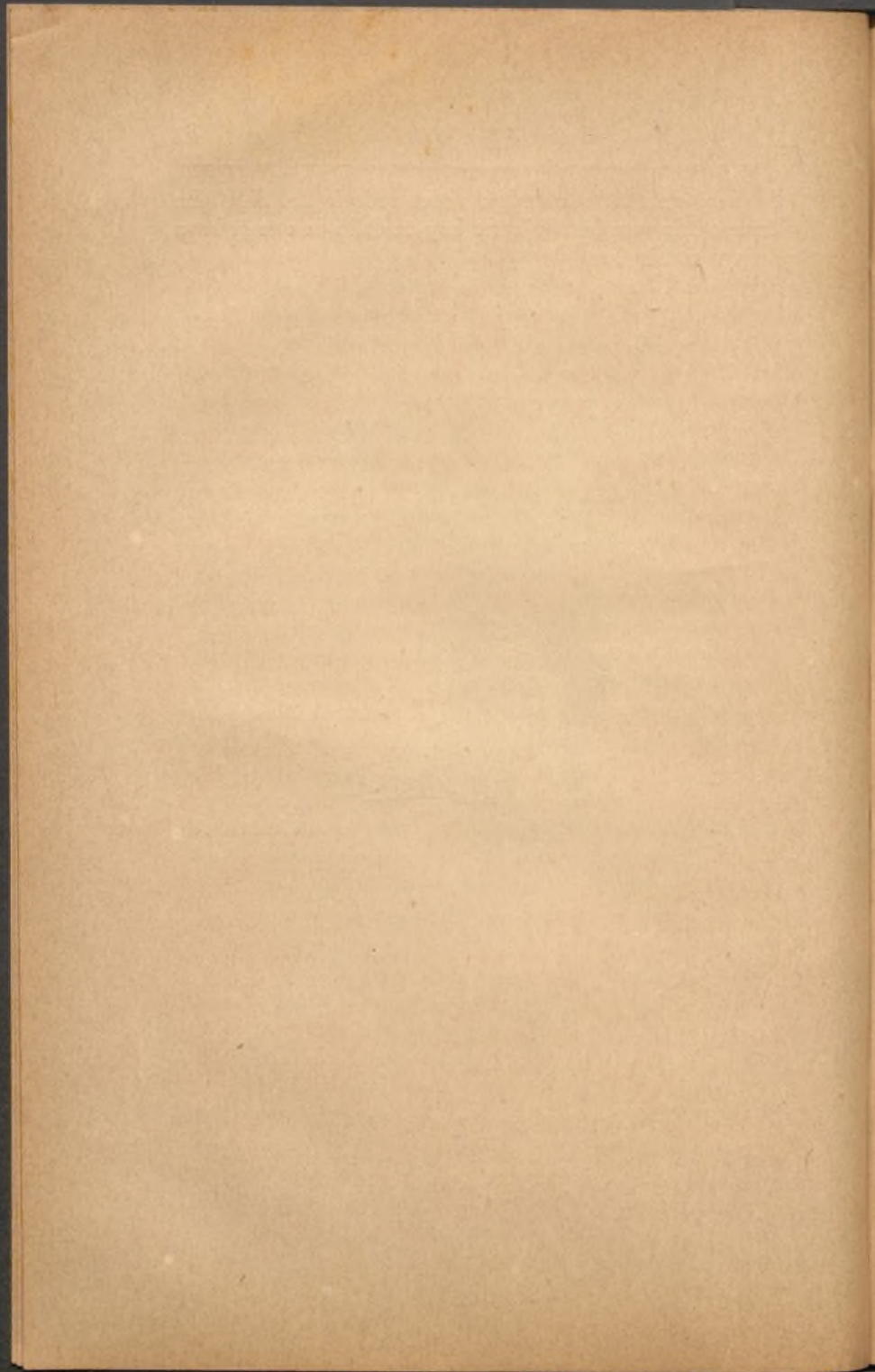
— ¿Pero le salvarás? preguntó de nuevo Nydia.

Por más que aplicó el oído la ciegucecita, no escuchó ninguna contestación á su pregunta. Vaciló por un momento, mas luego se decidió, y fué siguiendo calladamente los pasos del egipcio. En el entretanto éste decía para consigo mismo:

— Á esta muchacha hay que dejarla en lugar seguro.

No sea que ande relatando á voces todo lo del filtro. En cuanto á la vanidosa Iulia no hay cuidado de que se haga daño á sí misma.








CAPÍTULO VIII.

Funerales clásicos.

n tanto que Arbaces se ocupaba en lo que acabamos de referir, la amargura y la muerte reinaban en la casa de Dione. Desde el templo de Isis habían transportado allí el cadáver por tener Dione la única representación de la parentela, y al día siguiente debían celebrarse los solemnes funerales. Supo Dione al mismo tiempo la muerte de su hermano y la acusación de que era víctima su amante, pero absorta por el dolor, y no atreviéndose á decir palabra los criados, no llegó á enterarse de la enfermedad ni del delirio de Glauco, ni del proceso criminal que se le estaba preparando. Supo la acusación y rechazóla con altivez, y al tener noticia de que Arbaces era el acusador no dudó un momento de que él

debía ser el autor del crimen. La extraordinaria importancia que daban los antiguos á toda ceremonia fúnebre había encerrado el dolor y las sospechas de Dione en el recinto donde reposaba el cadáver. No había podido la pobre hermana cumplir con la obligación aneja al parentesco de recoger el último suspiro, de presenciar la partida del alma de un sér querido, pero quedábale todavía la obligación de cerrar aquellos ojos inmóviles y aquellos labios mudos, de velar junto á los sagrados restos que ungidos y aromatizados descansaban sobre un lecho de marfil con ropajes magníficos, de esparcir sobre el cadáver hojas y flores y de renovar la simbólica rama de ciprés situada en los umbrales de la cámara mortuoria. En estos tristes deberes, en lamentaciones y en plegarias, Dione se olvidó de sí misma. Era costumbre de los antiguos el enterrar á punta de día á los que morían jóvenes porque decían, dando poética interpretación á la muerte, que era la aurora enamorada de ellos la que les había arrebatado y llevado en brazos; y aun cuando en el caso de Apecides no podía tener aplicación la fábula, siguióse con todo la general costumbre.

Una por una iban apagándose las estrellas y la noche retrocedía ante la luz de la madrugada, cuando los que iban para el entierro se agruparon y quedaron inmóviles y con semblante entristecido junto al portal de la casa. Las delgadas antorchas, cuya luz era tanto más pálida cuanto más alboreaba el día, dejaban ver el diverso aspecto de los concurrentes, todos los cuales, sin embargo, guardaban la actitud solemne propia de la ceremonia que iba á celebrarse. Oyóse una música fúnebre y de tardos compases que bien se avenía con la tristeza del rito, y esparciéronse sus acordes por las desiertas calles en tanto que las plañideras acompañando á los flautines y fagotes de Misyá cantaban esta

ENDECHA FÚNEBRE.

Ya el triste ciprés enrama
Tu senda en vez de las flores ;
De esta vida los amores
No debes aguardar ya.

Viajero , el negro Cocyto
No rechaza á los mortales ,
Y en sus ondas eternas
Tu dolor se calmará.

De la noche en los palacios
Te espera el Hades augusto ,
Caronte en bajel vetusto
Pasa el río sin temor.

Con él á la opuesta orilla
Van las sombras navegando ;
Ven pronto , que está aguardando
Su cariño y nuestro amor.

Verás á la hija de Dánao
Llenando el pozo profundo ,
Sabrás porqué el buitre inmundo
Roe el hígado al Titan ;

De Sísifo el gran misterio
Que eterna roca domina
Allá en la eterna colina
Tus ojos descubrirán.

Ven pronto que el rito espera
Del fuego purificante,
Nuestro amor siempre anhelante
Para tí lo ha de encender.

De fantásticas visiones
No temas , sombra querida ,
Pasa ya á la nueva vida
Donde hay eterno placer.

Concluído el himno apartáronse á uno y otro lado los que formaban el grupo, y salieron de la casa los que llevaban el cuerpo de Apecides puesto en andas, cubierto con un manto de púrpura y con los piés hacia adelante. El *designador* ó bastonero de la triste ceremonia, acompañado por los que al lado suyo llevaban antorchas, dió la señal, y púsose en marcha la procesión con toda solemnidad.

Venían primero los músicos tocando una marcha grave, y al melancólico sonido de las flautas entremezclábase de cuando en cuando los agudos y estridentes toques de la trompeta fúnebre. Los cantores asalariados venían en pos de los músicos cantando endechas á la muerte. Uníanse á las voces de mujeres las de los niños cuya tierna edad ponía de relieve el contraste que forma la hoja verde con la hoja marchita. No había bufones, ni actores, ni archímimo que representase la persona del difunto, porque las circunstancias habían sido harto serias, y todo aparato dramático hubiera sido una profanación en semejante entierro.

Seguían los sacerdotes de Isis con blancas vestiduras, desnudos los piés y llevando manojos de espigas. Luego venían, precediendo al cadáver, los que llevaban las imágenes del difunto y de sus antepasados atenienses, y en pos del féretro, acompañada por sus camareras y servidoras, iba la única representante de la familia, descubierta la cabeza, sueltos los cabellos y más pálida que el mármol. Estaba tranquila al parecer; mas cuando las inflexiones de la música herían alguna fibra delicada de su corazón, despertaba de su letargo, cubríase el rostro con las manos y sollozaba en secreto.

La procesión fué siguiendo su curso, llegó á la puerta de la ciudad y detúvose en la vía de los monumentos fúnebres.

Levantada en forma de altar estaba la pira hecha de rústicos troncos de pino entre cuyos intersticios se habían

colocado materiales más combustibles todavía. Junto á ella se veían los melancólicos cipreses consagrados en todo tiempo á la poesía de las tumbas.

Pusieron el féretro sobre la pira, separóse algún tanto el cortejo, y entonces avanzó Dione hasta el lecho funeral y contempló por un buen rato el inerte cadáver. Ya no había en las facciones del difunto sombra ni resto de la excitación causada por la violencia de su muerte. Ni terror, ni pasión, ni efervescencia religiosa, ni lucha de sentimientos y esperanzas, nada de lo que antes removía su ardoroso espíritu había dejado huellas en el rostro. La frente estaba serena y los labios cerrados. El silencio era general y solemne, mas de pronto no pudo contener la pobre huérfana su desesperación por tanto tiempo reprimida, y exhalando un grito apasionado se arrojó sobre el lecho de muerte y abrazó el cadáver.

— ¡Hermano mío! ¡hermano mío! exclamaba, ¡tú que no hubieras hollado un gusano de la tierra! ¿á quién podías ofender en el mundo? ¿Es verdad lo que ha pasado? ¡Despierta, despierta, hermano mío! Juntos hemos crecido, juntos hemos vivido, ¿hemos de separarnos para siempre? No es la muerte, es el letargo lo que te ha postrado en el lecho. ¡Despierta, despierta, hermano mío!

Las plañideras y los cantores prorrumpieron entonces en gemidos, y Dione, al oírlos, pudo recobrar un poco de calma. Volvióse hacia los acompañantes como si no hubiese advertido su presencia hasta aquel momento, y dijo en voz baja y temblorosa:

— ¡Ah! ¡es verdad! ¡No estamos solos!

Levantóse luego con expresión tranquila y severa, abrió los ojos de Apecides, vió que estaban amortiguados y que no brillaba en ellos el rayo del amor, estremeciéndose como si viera un espectro, y entre nuevos sollozos besó repetidas veces la frente y los labios de su difunto hermano. El gran sacerdote de Isis puso en sus manos la antor-

cha funeral y ella la tomó casi maquinalmente y sin darse cuenta de lo que hacía.

Los acordes de la música y las voces de los cantores anunciaron entonces el nacimiento del fuego sacro.

Hé aquí lo que entonaba el coro durante la combustión del cuerpo de Apecides :

HIMNO AL VIENTO.

¡Enciende la augusta llama
 Viento de la inmensidad ;
 Deja tu lecho de nubes ;
 Besa á la pira ritual !
 Ya te llames Austro ó Noto ,
 Euro ó Céfito fugaz ,
 Dále tu soplo á la hoguera
 Que en tu honor alumbra ya.
 Los incensarios de plata
 Para tí levantarán
 Perfumes de cásia y mirra
 Tributo de la amistad.
 No ceséis en vuestro empeño
 Ráfagas del vendaval ;
 Luchad con la seca leña
 Que chispea al estallar.
 ¡Separa , separa , oh viento
 Lo que es eterno , inmortal !
 Deja al vaso cinerario
 Lo que es polvo y nada más.
 ¡Eres libre , amada sombra !
 Descansa ya de tu afán !
 ¡Sobre la Estigia laguna
 Feliz podrás navegar !

La llama olorosa se levantó en el aire y confundióse con los primeros arreboles del cielo : formó rojizo contraste con el oscuro perfil de los cipreses ; y por encima de la ciudad llevó su reflejo hasta las ondas del mar impresionando el ánimo de los pescadores.

Dione , aislada , y con la frente entre las manos , veía la hoguera , escuchaba el sonido de las voces y estaba dominada más y más por el sentimiento de su desgracia.

Los combustibles ayudaron al progreso de la llama , y ésta acabó por extinguirse poco á poco entre desiguales resplandores , emblema de la vida humana.

Apagaron los concurrentes las últimas chispas de la hoguera y recogieron las cenizas. Los restos del difunto fueron colocados con vinos aromáticos y preciosas esencias dentro de una urna de plata que fué depositada cuidadosamente en uno de los monumentos sepulcrales. Junto con la urna se depositó en la tumba la vasija de los perfumes , ofrenda lacrimatoria del parentesco y del cariño , y la moneda tradicional destinada según el pueblo al barquero Caronte. Cubrióse la tumba con flores y guirnaldas , encendiéronse muchas lámparas en derredor y humeó el incienso sobre el ara. Una de la plañideras tomó entonces en la mano una rama de laurel purificante y roció con ella por tres veces á los que estaban en derredor pronunciando la fórmula solemne : *¡podéis marcharos !*

Dióse por terminada con esto la ceremonia , pero al marcharse los cantores entonaron todavía con triste acento esta

SALUTACIÓN SUPREMA.

¡ Bienandanza , alma querida !
 ¡ Urna santa queda en paz !
 Recibid la despedida
 De quien queda en esta vida
 Por un momento fugaz.

Idos ya , nos dice el rito
 Mas no parte el corazón ,
 Desde hoy por tiempo infinito
 Arderá el fuego bendito
 Que mantiene la aflicción.

Partimos : del tierno duelo
Finida la pompa vés;
¡ Piensa en tu supremo anhelo
Que mirando al alto cielo
Siempre verdea el ciprés!

Lo que no supieron los asistentes á esta ceremonia fué que al día siguiente, cuando el sacerdote acudió á depositar nuevas ofrendas en la tumba, encontró, junto con las guirnaldas, una palma verde, y no la quitó de allí porque ignoraba que fuese un símbolo del cristianismo.





CAPÍTULO IX.

Aventura de Dione con su tutor.

MIENTRAS que algunos concurrentes aguardaban, para compartir con los sacerdotes el banquete funerario, Dione y sus doncellas y seguidoras tomaron tristemente el camino de su casa. Tributados los últimos obsequios al hermano, pareció que la mente de Dione despertaba de su estupor y acordóse nuevamente de su prometido y de la acusación que sobre él mismo pesaba. No es que por un momento, como antes hemos dicho, diese crédito á suposición tan inverosímil, pero recelando más y más de Arbaces, decidióse á ver al Pretor para darle parte de sus sospechas por vagas que fue-

sen. Preguntando á las mujeres de la servidumbre que hasta entonces no le habían hablado de Glauco, supo que estaba detenido en la casa de Salustio y que se había fijado ya el día para el debate del proceso.

— ¡Sálvenle los dioses! exclamó al oír esta noticia. ¿Y cómo he podido olvidarle por tanto tiempo? ¡Parece que he querido apartarme de él! Soy la hermana del difunto y ¿qué podrían figurarse al ver que no me apresuro á desmentir los cargos? ¡Corriendo! ¡hay que consolarle, defenderle, darle ánimo! Si no me creen, si no hacen caso de mis palabras, si le condenan al destierro ó á la muerte, yo debo compartir su destino.

Instintivamente confusa y precipitada iba acelerando el paso no sabiendo á punto fijo á dónde se encaminaba, pues ya le parecía que era lo más urgente ver al Pretor, ya deseaba ante todo tener una entrevista con Glauco. Apresuróse más y más; atravesó el portal de la ciudad, y hallóse en la prolongada calle que conducía á la parte céntrica. Abiertas estaban las casas, pero no había concurrencia todavía en las calles. De repente descubre Dione un grupo de hombres que estaban junto á una litera cubierta, y en medio de ellos la figura de uno más alto que los demás, que no era sino el mismo Arbaces. Exhaló Dione un grito de sorpresa, y Arbaces, no dándose por entendido, dijo melosamente:

— Bellísima Dione, perdóname si interrumpo tu congoja, pero el Pretor, velando por tu decoro y deseando que el proceso que debe seguirse no te cause perjuicios, conociendo el raro caso en que te encuentras pues debes pedir justicia para el hermano mientras temes el castigo para el novio, simpatizando contigo por el abandono y desamparo en que te ves, y pensando en fin que sería una crueldad dejarte triste y sin arrimo, te ha confiado sabia y paternalmente á la custodia de tu guarda legal. Ahí puedes ver el escrito según el cual debo encargarme de tí.

— ¡Desgraciado egipcio! replicó Dione dando un paso

atrás, ¡ quítate de mi presencia! ¡ tú eres quien ha dado muerte á mi hermano! ¿ Y á tus cuidados y á tus manos enrojeadas todavía con su sangre, debería confiarse la hermana? ¡ Ah! ¿ Palideces? ¿ Túrbase tu conciencia? ¿ Tiemblas ante los rayos de un dios vengador?... ¡ Sigue tu camino! ¡ déjame á solas con mi desdicha!

— El pesar te desvanece, Dione, dijo Arbaces procurando recobrar su calma. No me causa enojo lo que dices. En mí encontrarás como siempre un fiel amigo. Pero no es la calle el sitio más á propósito para nuestra conversación, ni es aquí donde mejor puedo consolarte... ¡ Acercáos, muchachos! ¡ Ven, querida pupila mía, entra en la litera!

Azoradas y sorprendidas las mujeres que acompañaban á Dione, rodeáronla y se abrazaron á sus rodillas.

— Arbaces, dijo la de más edad, eso que dices no es de ley. ¿ No está escrito que durante nueve días después del funeral, no deben ser molestados en sus casas los próximos parientes del difunto ni perturbados en su dolor?

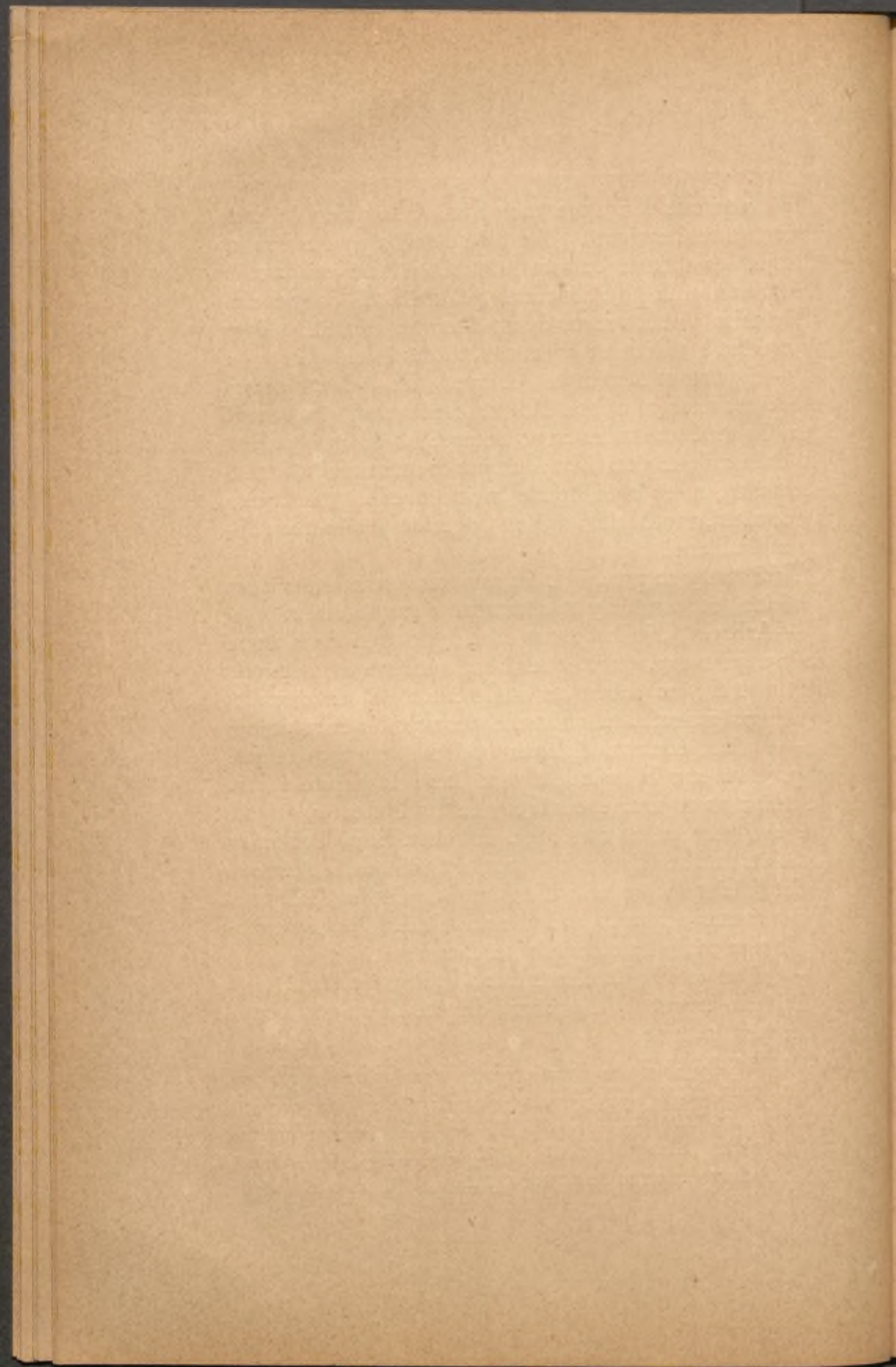
— Mujer, contestó Arbaces haciendo un movimiento imperativo con la mano, el que lleva la pupila á casa del tutor no contraviene á la ley de los funerales. Dígame que el Pretor me ha concedido su venia. Esta dilación es ya impertinente. Vamos á colocar á Dione en la litera.

Esto diciendo, rodeó con su brazo la cintura de Dione. Ella se apartó un poco, miróle de hito en hito, y exhalando una convulsa carcajada, exclamó:

— ¡ Bien está! ¡ Excelente tutela! ¡ Ley paternal!

Y luego espantada ella misma del eco de su voz, cayó á tierra sin sentido.

Pocos momentos después, Arbaces había colocado á la joven en la litera. Los encargados de llevarla marchaban evitando los tropiezos. Y las mujeres en mitad de la calle, tristes y desoladas, la veían alejarse lentamente no acertando á darse cuenta de aquel rapto.





CAPÍTULO X.

Lo que sucedió á Nydia en la casa de Arbaces. — Compasión hacia Glauco sentida por el egipcio. — De como el movimiento compasivo en el delincuente es cosa estéril.



o hay que echar en olvido que obedeciendo á una indicación de Arbaces, Nydia le había seguido hasta su casa. Una vez allí entró en conversación el egipcio con la muchacha, y ella pesarosa y entristecida

le confesó que su mano, y no la de Iulia, era la que había propinado á Glauco la embrujada pócima. En otros momentos el egipcio hubiera sentido curiosidad por averiguar cómo se había formado aquel extraño y ardoroso afecto en el corazón de una esclava ciega, pero en aquella ocasión no estaba para meterse en vidas ajenas. Después de habérselo dicho todo la pobre Nydia se echó á sus piés pidiéndole que devolviese á Glauco la salud y que le salvase la vida, puesto que niña como era y nueva en las aventuras del mundo, se figuraba que el egipcio podía hacer una cosa y otra. Arbaces ni la escuchó siquiera, y lo que hizo fué confirmarse en el pensamiento de que convenía á todo trance tenerla detenida hasta que el proceso y el destino de Glauco se hubiesen decidido. Cuando la creía únicamente cómplice de Iulia en lo del filtro, ya temía como un peligro para su venganza el dejarla en libertad porque indudablemente podía declarar en el proceso, podía publicar el modo como se habían conturbado las potencias de Glauco y proporcionar con esto un motivo de indulgencia con respecto al crimen de que se se le acusaba. ¡Cuánto mayor era el riesgo si ella se apresuraba voluntariamente á confesar que su propia mano había administrado la pócima, disponiéndose, inspirada por el afecto, á redimir su falta y á salvar á su amado aun á costa de su sonrojo! Por otra parte la categoría social y la reputación de Arbaces ¿cómo habían de sufrir que se le complicase en una intriga de amoríos presentándole como tercero en la pasión de Iulia, y haciendo sabedor á todo el mundo de que había concurrido á los profanos ritos de la Saga del Vesuvio? Solamente en un caso hubiera deseado Arbaces la confesión de Iulia, y era en el caso de que Glauco se dejase inducir á presentarse como reo de la muerte de Apecides, pues con esto lograba el egipcio su seguridad definitiva y reforzaba igualmente sus esperanzas con respecto á Dione.

Por su ceguera y por su escaso conocimiento de la

vida activa, Nydia, en su cualidad de esclava y de extranjera nada sabía por supuesto de los escollos de la legislación romana, y pensaba en la enfermedad y en el delirio del ateniense mucho más que en su crimen del que había oído hablar de una manera vaga; y más aun que en el proceso cuyo desarrollo se estaba preparando en aquellos momentos. Pobre desgraciada á quien nadie dirigía la palabra, por quien nadie se interesaba, ¿qué sabía ella de Senado, ni de sentencia, ni de interpretaciones del texto legal, ni de ferocidad del pueblo, ni de las arenas, ni de la jaula del león? Estaba acostumbrada á relacionar el concepto de Glauco con todo lo grande y próspero, y no imaginaba que la sagrada cabeza del griego pudiese verse amenazada de otros peligros que los de la locura producida por el filtro. Pareciale que la existencia de Glauco estaba reservada únicamente para las felicidades de la tierra, y creía ser ella sola la que había detenido el raudal de su dicha, sin sospechar siquiera que aquella corriente, tan límpida en otro tiempo, se precipitaba en dirección de las sombras y de la muerte. Para devolverle el entendimiento, cuya firmeza creía haberle arrebatado, para salvar su existencia, que ella misma había puesto en peligro; para eso y solamente para eso, imploraba el socorro del poderoso egipcio.

— Muchacha, díjole Arbaces despues de haber estado pensativo por un buen rato, es preciso que te quedes conmigo. No es cosa de que andes suelta por las calles y que los esclavos hayan de echarte á puntapiés de los umbrales de las casas. Tengo compasión de tu pecadillo y quiero hacer cuanto sea posible para remediar el daño. Ten paciencia por algunos días y Glauco volverá á ser lo que antes era.

Esto dicho, y sin esperar respuesta alguna, salió del cuarto donde estaba Nydia, echó el pestillo á la puerta, y encargó la vigilancia y el cuidado de su prisionera al esclavo que estaba de servicio en aquel departamento.

Solo y meditabundo , aguardó la primera luz del día y entonces fué cuando salió de la casa para echar mano, del modo que llevamos referido , á la persona de Dione.

Su primer designio , con respecto á la infortunada neapolitana , era el que francamente había manifestado á Claudio , es á saber : el de que no pudiera interesarse por Glauco durante el proceso , y el de impedir que publicase (como á dejarla en libertad quisiera publicar sin duda alguna) el primer acto de violencia y de perfidia que Arbaces había llevado á cabo contra ella , con lo cual se pondrían de relieve sus motivos de venganza y la hipocresía de su carácter y se desvirtuaría por consiguiente el valor de su testimonio. Empero , después de haber topado con Dione cuando regresaba del funeral , comprendió que había corrido un peligro más serio , puesto que ella concebía sospechas y formulaba acusaciones de una manera directa. Figuróse , con todo , que semejante peligro estaba desvanecido por completo desde el momento en que tuvo en su poder al objeto de su pasión y de sus temores. Confióse entonces , más que nunca , al presagio favorable de las estrellas , y fué por un momento al encuentro de Dione que ocupaba por disposición suya la estancia más retirada de su misterioso albergue , donde al contemplarla abatida por tantos infortunios y pasando convulsa y rápidamente de la violencia al estupor , fijóse más bien en su hermosura , que se mantenía en medio de la desgracia , que en todas las pesadumbres que había acarreado sobre la cabeza de la pobre joven. La terrible vanidad , propia de los hombres para quienes ha sido pródiga la suerte , tanto en riquezas como en amóros , persuadíale de que muerto Glauco y deshonorado su nombre por una sentencia legal había de perder el griego como matador del hermano todo el derecho que hubiese tenido á la ternura de la hermana , y en consecuencia de ello creía el egipcio que su amor y sus cuidados , puestos de relieve por todos los artificios con que sabía fascinar la imaginación de

las mujeres, habían de ser parte para conquistarle un trono en aquel corazón de donde su rival quedaba expulsado con tanta ignominia. Tal era su esperanza. Y para el caso de que ésta saliese fallida su férvido y sensual apasionamiento le murmuraba al oído: suceda lo que quiera, ya tenemos á Dione en casa.

En medio de todo ello, aquejábale el malestar y los terrores que aparecen siempre donde hay peligro de que se descubra un crimen por más que el criminal sea completamente sordo á la voz de la conciencia. Sentía de una manera vaga aquel temor de las consecuencias del delito que á veces suele confundirse con el remordimiento; y el aire de la Campania, con ser ténue y ligerísimo, había acabado por oprimirle el pecho. Deseaba dejar de una vez aquellos lugares donde podían resucitar las contingencias dañosas aun cuando los muertos no resucitasen, y puesto que de todos modos tenía en su poder á Dione, resolvió en el fondo de su alma que en cuanto hubiese presenciado la agonía de su rival había de marcharse á lejanas riberas llevando consigo todos sus tesoros y además la hermosa neapolitana que era el mejor de todos ellos.

Hé aquí lo que decía paseándose con agitado paso por su estancia solitaria:

—La ley que me hace guardador de la pupila, decía, me otorga al mismo tiempo la posesión de la esposa. Hendirémos los profundos mares é irémos en busca de nuevos placeres y de voluptuosidades no inventadas todavía. Protegidos por las estrellas, enardecidos por los presagios de mi alma, penetraremos en aquellas regiones vastísimas y llenas de gloria que según afirma la ciencia quedan todavía por descubrir en medio del Océano que nos rodea. Allí, este corazón mío que hoy vive únicamente para el amor, despertará de nuevo ante los anhelos ambiciosos; allí en medio de naciones que no se doblegaron jamás al yugo romano y que ni siquiera conocieron el nombre de Roma, podré yo fundar un imperio á donde trasladar las

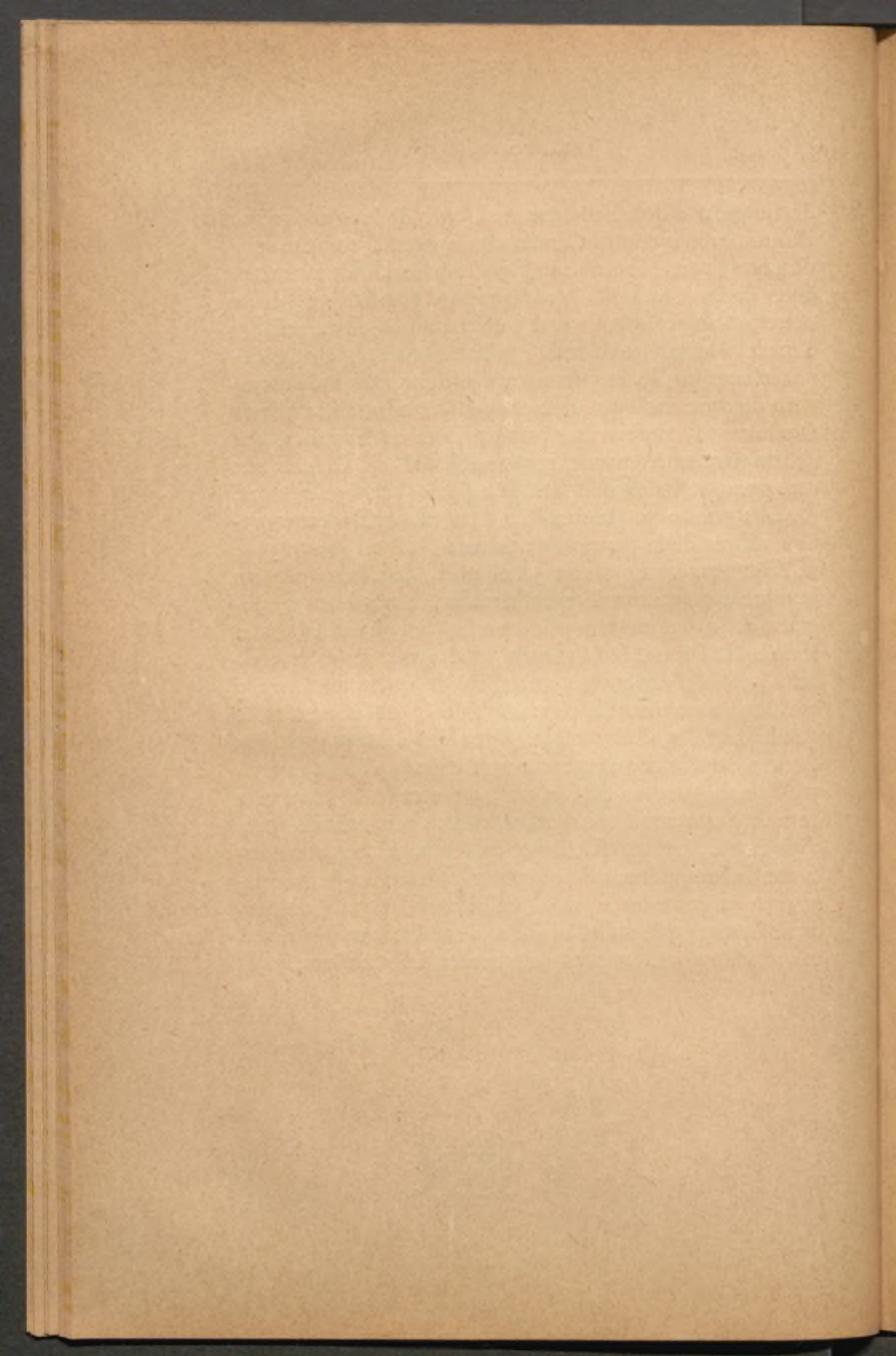
creencias de mis abuelos ; allí removiendo las cenizas del antiguo imperio de Tebas , podré continuar en más anchurosas playas la dinastía de mis ascendientes que ciñeron la diadema ; allí en el noble corazón de Dione podré infundir la grata convicción de que comparte su destino con aquél que alejándose de una envejecida civilización de esclavos , ha sabido restaurar los primeros elementos de la grandeza y reunir en su ánimo poderoso los atributos de profeta y de monarca.

Concluido este lisonjero soliloquio , salió Arbaces de su casa para asistir al proceso del ateniense.

Las pálidas y desencajadas mejillas de su víctima le conmovieron menos que la firmeza de su nervio y la serenidad de su frente , porque tal era el carácter de Arbaces que sentía escasa piedad por el infortunio dejándose arrastrar sin embargo por intensa simpatía donde veía un ejemplo de fortaleza. Esto nos sucede á todos : que nos sentimos atraídos hacia los demás por aquellas cualidades que predominan en nuestra propia naturaleza ; y de esta suerte el héroe se enternece menos por la desgracia de su enemigo que por su heroísmo en suportarla. En todos nosotros se manifiesta lo humano , y Arbaces , por criminal que fuese , participaba de nuestros comunes sentimientos y demostraba bien á las claras que estaba formado de la misma arcilla que todos los hombres. Si hubiese podido obtener que Glauco por escrito confesase el crimen , perdiendo de esta manera por su propio juicio , más que por los ajenos , la estimación de Dione y libertando al mismo tiempo al verdadero culpable , no hubiera vacilado en salvar al aborrecido rival. Aun sin haber obtenido este resultado era la verdad que su odio y sus deseos de venganza habían perdido la ferocidad que antes tenían , y hollaba á la víctima bajo sus piés , no ya para ultrajar á un enemigo , sino para quitar un obstáculo ante sus pasos. No por esto dejó de mostrarse resuelto , mañoso y perseverante en la tarea que consideraba indispensable,

de aniquilar á quien se oponía al logro de sus designios. Dió testimonio contra Glauco con aparente compasión y disgusto, pero al mismo tiempo, por medio de los sacerdotes de Isis, fomentó la indignación popular que debía poner un impedimento real y efectivo á la clemencia del Senado. Había visto á Iulia; la había enterado de las explicaciones de Nydia y había acallado con esto todo escrúpulo de conciencia que hubiera podido inducir á la hija de Diomedes á confesar su participación en las causas del delirio para amenguar la responsabilidad de Glauco. En este punto le había sido fácil al egipcio conseguir lo que deseaba puesto que la vanidosa damisela estaba enamorada más que de la persona de Glauco, de su fausto y de su renombre, y no sentía ya ni pizca de afecto por un hombre á quien consideraba perdido, antes bien se alegraba de la desgracia por lo mucho que humillaba á la aborrecida Dione. Si Glauco no podía ser ya esclavo de Iulia no podía ser tampoco el novio de su competidora, y esto le parecía bastante consuelo á Iulia en el extremo á que habían llegado las cosas. Variable y casquivana por esencia empezaba á sentirse muy halagada con el nuevo y diligente galanteo de Claudio, y teniendo la esperanza de unirse con aquel muchacho rastrero pero nacido en la clase noble, no era ella mujer que fuese á comprometerla con la imprudencia de contar en público su pasada flaqueza y su inmodesta pasión en favor del otro. Con esto dicho se está que todo sonreía para Arbaces y todo al mismo tiempo se conjuraba en contra del ateniense.







CAPÍTULO XI.

Nydia se muestra conocedora del arte mágica.



UANDO NOTÓ la tesaliana que Arbaces no volvía, cuando pasó una hora tras otra sin que nadie la sacase de aquella ansiedad, más intolerable para ella que para otra persona, puesto que se aumentaba con

la falta de la vista, cuando por fin, extendiendo los brazos, advirtió que el aposento tenía una sola puerta y que ésta quedaba cerrada, empezó á dar grandes voces con la vehemencia de un carácter naturalmente impetuoso, irritado además por la impaciencia y la congoja.

— ¡ Ola, muchacha! dijo el esclavo encargado de vigilarla presentándose á la puerta. ¿ Te ha mordido algún escorpión? ¿ Ó crees que nos vamos á morir con el silencio y que á manera del niño Diove necesitamos salvar la vida con encerradas?

— ¿ Dónde está el amo? dijo Nydia. ¿ Por qué me habéis encajonado en este sitio? Necesito tener aire y hacer lo que quiera. Déjame que salga.

— Ay chiquilla, chiquilla, contestó el esclavo. ¿ No sabes que una orden de Arbaces es un rescripto imperial? Mandó que te encajonasen y encajonada quedas, y yo soy el que ha de guardarte. Con que, nada de tomar el aire ni de hacer lo que te dé la gana, pero en cambio tendrás lo que más vale, tendrás comida y vino.

— ¡ Diu Piter! exclamó la muchacha juntando las manos. ¿ Porqué me encarcelan? ¿ Qué puede querer el grande Arbaces de una chiquilla como yo?

— No sé lo que te diga, respondió el esclavo. Quizás será para que sirvas á tu ama que desde esta mañana se halla en la casa.

— ¿ Aquí está Dione? dijo Nydia.

— Aquí está y no por su gusto según yo creo, dijo el esclavo. ¡ Pobre señora! Mas nada temas, ¡ por el templo de Cástor! Ya sabes que Arbaces con las damas es muy galante, y además tu ama es pupila suya.

— Llévame á donde está ella, dijo Nydia.

— Está enferma de enojo y de pesadumbre, contestó el esclavo. Por otra parte yo no tengo orden alguna sobre eso y no tomo jamás compromisos por mi cuenta. Cuando Arbaces me confió el cuidado de estos aposentos me dijo: una sola cosa he de encargarte, mancebo: mientras

estés á mi servicio no has de tener ojos, ni oídos, ni pensamiento propio: debes tener una sola cualidad y es la obediencia: esto es todo lo que exijo de tí.

— Pero ¿qué daño puede seguirse de que yo vaya al encuentro de Dione? preguntó Nydia.

— Eso no lo sé yo, respondió el esclavo. Mas oye, chiquilla, si necesitas compañía, yo puedo hablar contigo cuanto quieras, porque has de saber que me encuentro muy solitario en mi cuartucho. Y á propósito, tú eres tesaliana, ¿sabes algún juego divertido de cuchillos ó de tijeras ó algún modo de pronosticar los sucesos futuros como lo saben las gentes de tu tierra? Con esto pasaríamos muy bien el rato.

— Cállate, muchacho, y no digas tontunas, dijo Nydia. Y si quieres hablarme de algo, dime lo que has oído sobre el estado de Glauco.

— El amo ha salido para ir al proceso del ateniense, contestó el esclavo. Mala señal es esa para Glauco.

— ¿Qué hablas de proceso? preguntó Nydia. ¿Porqué razón han de procesarle?

— Pues, por la muerte del sacerdote Apecides, repuso el esclavo.

— ¡ Ah! exclamó Nydia oprimiendo su frente con las manos. Algo sobre esto ha llegado á mis oídos, pero no entiendo una palabra. ¿Quién será capaz de tocar á un cabello de su cabeza?

— El león será capaz, según yo temo, contestó el esclavo.

— ¡ Dioses de nuestra guarda! continuó Nydia. ¡ Qué atrocidad estás diciendo!

— La pura verdad es lo que te digo, repuso el esclavo: que si le declaran culpable el león dará cuenta de él, y si no es el león habrá de ser el tigre que para el caso es lo mismo.

Nydia dió un salto con violencia como si una saeta hubiera penetrado en su corazón, exhaló un chillido pe-

netrante, y luego postrándose á los piés del esclavo le dijo con un tono capaz de ablandar sus durísimas entrañas:

— ¡ Ah ! dime que no es cierto lo que manifiestas, dime que lo dijiste por burla ! Nó , eso no puede ser verdad. Habla : explícame lo que es eso.

— Á fé mía , ciegucecita , contestó el esclavo , yo no entiendo de leyes ; puede ser que no sea tan apurado el caso. Pero Arbaces es su acusador y el pueblo desea una víctima para los juegos del anfiteatro. Tranquilízate. Después de todo , ¿ á tí que te va ó que te viene en la suerte del ateniense ?

— No te pares en ello , repuso Nydia. Basta que sepas que para mí ha sido Glauco muy bondadoso. Con que dime , ¿ tú no sabes á punto fijo lo que van á hacer con él ? ¿ Arbaces es su acusador ? ¡ Oh destino adverso ! ¡ Pero el pueblo , los hombres del pueblo ! ¿ Si le pueden mirar cara á cara , ¿ cómo han de ser crueles para el hijo de Atenas ? Y sin embargo el mismo Amor ¿ no ha sido también cruel para el desventurado Glauco ?

Después de estas palabras , Nydia dejó caer la cabeza sobre el pecho , quedó en silencio , rodaron ardientes lágrimas por sus mejillas , y todos los esfuerzos benévolos que hizo el esclavo fueron incapaces de consolarla ni de quitarle la pesadumbre de sus ensueños.

En cuanto los cuidados de la casa obligaron al servidor á que se alejase de aquella estancia , Nydia empezó á co-ordinar uno con otro los conceptos. Arbaces era el acusador de Glauco : Arbaces era también el que la había encarcelado en aquel sitio : ¿ no resultaba de todo esto la evidencia de que su libertad podía ser útil para el ateniense ? Ciertamente ella había caído en alguna trampa ó garlito y estaba coadyuvando á la perdición del adorado de su alma. ¡ Oh ! ¡ Cuánto anhelo sentía por la libertad ! No dejó de ser una suerte para ella , porque de este modo se amortiguaron algún tanto sus pesares , el que toda su

pena se transformase en deseo intenso de escapar; y á medida que revolvía en su mente las probabilidades del caso, iba quedando mas calmosa y pensativa. Poseía una buena dosis de la astucia natural en el sexo femenino, la cual había tomado incremento dentro de su pecho gracias á su temprana esclavitud, puesto que es cosa muy sabida que todo esclavo tiene algo de trapacero. Resolvióse, pues, á poner en práctica sus artimañas á expensas de su sustodio, y acordándose de las preguntas supersticiosas que éste le había hecho respecto á sus artes tesalianas, creyó que en ello estaba el toque de su soltura. En estas cavilaciones ocupó el resto del día y las largas horas de la noche, y cuando á la mañana siguiente Sosiano (que este era el nombre del esclavo guardador) entró en el aposento para visitarla, no desperdició un momento para hacer entrar sus habladurías en el canal por donde en la ocasión anterior se habían manifestado tan dispuestas á deslizarse.

Bien conocía ella que la única esperanza que podía tener era la de escapar de noche, y penetrada de este pensamiento, aunque amargándole mucho la tardanza, sintióse obligada á dilatar hasta entonces la ejecución de sus proyectos.

—La noche, dijo á Sosiano, es el único tiempo á propósito para descifrar los secretos del destino. Ven, pues, á encontrarme por la noche, pero ante todo dime qué es lo que deseas averiguar por medio del arte mágica.

—¡Por Pólux! contestó el esclavo, lo que yo quisiera es ser tan sabijudo como el amo, pero ya comprendo que no he nacido para eso. Déjame al menos averiguar si ganaré bastantes monedas para comprar mi libertad ó bien si el egipcio me la dará de balde. ¡Tiene á veces unas generosidades y unos arranques! Y después de haberla obtenido, quisiera saber si algún día llegaré á ser dueño de aquella tiendecita de perfumista que tanto me gusta y que tanta envidia me causa cuando la contemplo entre las

otras. Es buen oficio el de perfumista y ha de sentarle maravillosamente á un esclavo retirado que no deja de tener sus humos de gentileza.

— Bueno va , replicó Nydia. ¿ Á todas estas preguntas quieres tener respuesta satisfactoria ? Pues hay varios medios de corresponder á tu deseo. Podríamos acudir á la litomancia ó adivinación por medio de la piedra. La piedra parlante contesta á las preguntas con una voz de chiquillo , pero es lo malo que no tenemos ahora esa piedra que es muy rara y muy costosa. Podríamos acudir también á la gstromancia , gracias á la cual , evocado el espíritu , modela dentro del agua imágenes blanquecinas y fúnebres que revelan el porvenir , mas para eso son menester ciertas vasijas de forma peculiarísima destinadas á contener el sagrado líquido , y ahora no tenemos aquí semejantes vasijas. Con esto lo más sencillo para que sepas todo lo que deseas creo que ha de ser la magia del aire.

— Oye , dijo Sosiano un poco trémulo. Supongo que la evocación no ha de ser cosa muy espantable. Has de saber que eso de apariciones no ha sido nunca de mi gusto.

— No tengas miedo , no verás nada , contestó la ciegucecita. Oirás tan sólo el hervor del agua con el cual conocerás si el espíritu del aire accede ó no accede á tus deseos. En cuanto se levante la estrella de la noche cuidarás de que quede abierta la puertecilla del jardín á fin de que el espíritu tenga entrada libre. Cerca de la puerta dispondrás que haya un poco de agua y unas frutas en señal de hospitalidad. Después de cerrado el crepúsculo dejarás que pasen tres horas , y luego vendrás á encontrarme con una taza del agua más fría y más pura que encuentres á mano , y tú verás como el arte tesaliana que me enseñó mi madre se ejercita en favor tuyo. No te olvides de dejar abierta la puertecilla porque en eso está lo principal. Debe estar abierta cuando estés aquí y aun tres horas antes.

—Descuida , dijo confiadamente Sosiano. Yo sé bien lo que se ofende una persona delicada cuando le dan con la puerta en las narices como me ha pasado á mí más de una vez con el cocinero. Ya comprendo que habrá que obsequiar al respetable Espíritu y que no dejará de ponerse muy contento si le recibimos con alguna muestra de cortesía. Entretanto , chiquilla, aquí te dejo el desayuno.

—¿ Y del proceso qué es lo que hay ? preguntó la tesaliana.

—Lo que hay del proceso , respondió el esclavo , es que los abogados lo entretienen hablando y hablando y hablando. Tela cortada tienen para que no termine hasta mañana.

—¿ Mañana dices ? ¿ estás seguro de ello ? dijo Nydia.

—Así me lo han afirmado , repuso el esclavo.

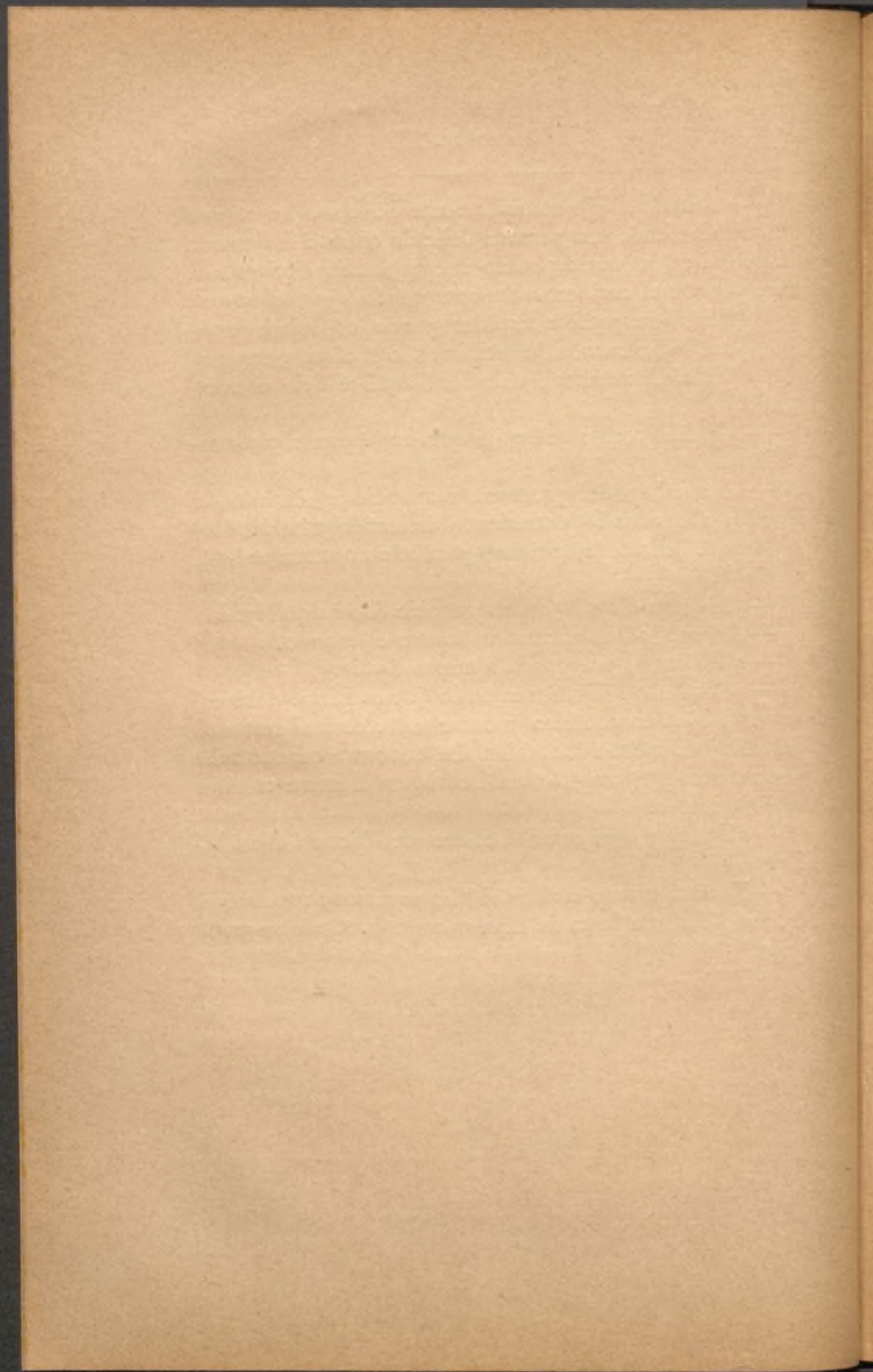
—¿ Y Dione ? preguntó de nuevo Nydia.

—¡ Por Baco ! dijo Sosiano , lo que es Dione debe estar muy bien porque hizo montar en cólera al amo que pateaba y se mordía los labios. Le encontré cuando salía de su cuarto y te aseguro que llevaba en la frente truenos y tempestades.

—¿ Está por aquí cerca el cuarto de Dione ? dijo Nydia.

—No está cerca , está en el piso superior , contestó el esclavo. Y ahora basta de charlar contigo. Quédate tranquila.







CAPÍTULO XII.

Una avispa se acerca á la telaraña.



ABÍA llegado la segunda noche del proceso , y era justamente la hora en que Sosiano se aprestaba para hacer frente al terrible Desconocido , cuando por la misma puertecilla del jardín que había dejado entreabierto el esclavo penetró , no ciertamente algún misterioso espíritu de la tierra ni del aire , sino la más humana y más pesada forma de Caleno el sacerdote de

Isis. Poco llamó su atención la modesta ofrenda de frutas averiadas y de vinaza con la que el piadoso Sosiano había creído satisfacer al invisible advenedizo cuya protección trataba de conquistarse.

— Eso debe ser alguna oblación al dios de estos jardines, dijo para sus adentros. ¡ Por la cabeza de mi padre ! Si á esta divinidad no le presentan cosas mejores, creo que hará muy bien de renunciar á su oficio. Digo de verdad que si no fuera por nosotros los sacerdotes, los dioses lo pasarían muy mal en estos tiempos que corremos... Mas vaya, dejemos eso, y vamos en busca de Arbaces, añadió luego. Yo sé bien que estoy pisando sobre arena movediza, pero no es imposible que debajo del páramo se encuentre una rica mina. Tengo en mi mano la vida del egipcio : veremos á que precio querrá comprarla.

Mientras esto discurría Caleno, había atravesado el patio penetrando en el peristilo donde algunas lámparas esparcidas acá y acullá disputaban su imperio á la estrella noche, y junto á la salida de una de las estancias que rodeaban la columnata, se encontró súbitamente con Arbaces.

— ¿ Tú por aquí, Caleno ? ¿ vienes á verme ? preguntó Arbaces con voz un poco insegura.

— Vengo á verte, sapientísimo Arbaces, contestó Caleno. No quisiera que mi visita fuese intempestiva.

— No creas que lo es, repuso el egipcio. Hace poco mi liberto Calias estornudó tres veces á mi mano derecha, y comprendí por este agüero que debía acercarse por momentos alguna cosa buena. Ahora queda bien cumplido el pronóstico, puesto que los dioses me envían la visita de Caleno.

— ¿ Pasamos á tu cuarto Arbaces ? dijo el sacerdote.

— Como quieras, contestó el egipcio, pero la noche es clara y el ambiente embalsamado : yo estoy delicado todavía, y el airecillo me sienta bien : con que si te parece quedémonos en el jardín y estaremos solos lo mismo que si estuviéramos en mi cuarto.

— De buena gana , replicó el sacerdote.

Y en esto los dos, que se daban el nombre de amigos, se encaminaron poco á poco á uno de los varios terraplenes que rodeados por tiestos de mármol y por flores adormecidas entrecortaban el jardín de Arbaces.

— Noche de amores es esta , dijo el egipcio. Hermosa y azulada como aquella que se me presentó veinte años hace cuando abordé por primera vez en las costas de Italia. El tiempo vuela sobre nosotros , Caleno , pero hay que sentir bien que hemos pasado por la vida.

— Por tu parte bien puedes alabarte de ello , contestó Caleno el cual andaba buscando una ocasión para sacar fuera del pecho el secreto que le oprimía , pero sintiendo que su ordinario respeto se aumentaba aquella noche ante el templado y amistoso tono de llaneza que había tomado el egipcio. Bien puedes alabarte de ello , continuó , puesto que tienes el oro á manos llenas , tienes un temperamento en cuyas cerradas fibras no hace mella la enfermedad , tienes amor próspero y placeres que no se agotan , y además de esto á la hora presente gozas el triunfo de la venganza.

— Tú aludes al ateniense , dijo Arbaces , y es cierto que el sol de mañana será el que alumbre á la faz del mundo su sentencia de muerte. No hay que presumir que se ablande el Senado. Pero mucho te engañas si crees que su pérdida me es grata por otro motivo , que porque viene á libertarme de un rival con respecto al amor de Dione. Fuera de esto yo no siento rencor alguno hacia ese matador infortunado.

— ¿ Por qué le llamas matador ? dijo Caleno recalcando las palabras. Y queriendo desconcertar al egipcio hizo una pausa y miróle de hito en hito. Pero á la luz que las estrellas del firmamento proyectaban sobre el soberbio rostro de su profeta , no pudo descubrir la más mínima huella de emoción ni de susto , con lo cual desvanecido el primer propósito , no tuvo más remedio que bajar los

ojos. ¡ Matador dices ! continuó. Bueno es que le echés encima el peso del crimen , pero tú , mejor que nadie , sabes perfectamente que no es culpable.

— Explicame eso , dijo friamente Arbaces preparado ya para el caso con la indirecta del otro.

— Arbaces : prosiguió Caleno bajando mucho la voz ; yo estaba en el bosquecillo sagrado ; estaba oculto por la capilla y por el follaje de los árboles y he visto y oído todo lo que pasó. No creas que yo repruebo la muerte de ese joven , puesto que con ella nos libramos de un enemigo y de un apóstata.

— ¿ Todo lo sabes ? dijo Arbaces tranquilamente. Ya me lo figuraba yo. ¿ Estabas tu solo en aquel sitio ?

— Solo estaba , respondió Caleno muy sorprendido de la serenidad del egipcio.

— ¿ Y porqué te ocultaste detras de la capilla á semejante hora ? preguntó Arbaces.

— Porque sabia que Apecides se había convertido á la fé cristiana , contestó Caleno , y sabia también que se habían dado cita en aquel sitio con el feroz Olintho. Proponianse combinar los medios para revelar al pueblo los sagrados misterios de nuestra diosa , y yo estaba allí de escucha para desbaratar sus proyectos.

— ¿ Ha llegado á los oídos de algún sér viviente lo que tú presenciaste ? dijo Arbaces.

— Nadie lo sabe , maestro , contestó Caleno. En el pecho de tu servidor el secreto está guardado con cerradura.

— ¿ De veras el primo Burbo no recela nada ? Ven acá. Dime la verdad tal como sea , dijo Arbaces.

— Lo juro por los dioses , repuso Caleno.

— Quita , dijo entonces el egipcio. Nos conocemos. ¿ Para qué sirven los dioses entre nosotros ?

— Júrolo pues por el temor de tu venganza , repuso Caleno. Burbo nada sabe.

— ¿ Y porqué razón prosiguió el egipcio , me has ocultado hasta hoy lo que sabias ? ¿ Porqué has aguardado la

víspera de la condenación del ateniense para venir á decirme que Arbaces es el matador? Habiéndolo callado hasta ahora ¿qué es lo que te mueve á echármelo en cara en este momento?

— La verdad que diga , continuó Caleno tartamudeando y bastante confuso , la verdad que diga...

— La verdad soy yo quien va á decírtela por entero, dijo Arbaces interrumpiéndole y dándole un golpecito en el hombro. Vas á ver como yo leo en tu corazón, y como te explico perfectamente sus móviles. La verdad no es otra sino que tú estabas dispuesto á verme metido y enredado en el proceso, de modo que no me quedase escapatoria ninguna; tú estabas dispuesto á contemplar como yo arrostraba por la malicia y por el perjurio, un compromiso tan grande como el del homicidio; estabas dispuesto á que habiendo excitado yo mismo en el populacho la sed de sangre, no hubiese poder ni riquezas que fueran bastantes para libertarme de ser su víctima; y si ahora vienes á decirme lo que me dices ántes de acabarse el proceso, y antes de que se pronuncie la condena del inocente, no es por otra razón que para darme á entender que una palabra tuya puede destruir mañana un peligroso tejido de infamias. Quieres avalorar á esta hora tardía el precio de tu disimulo; quieres mostrarme que mis artificios para despertar la cólera del pueblo pueden, si tú abres la boca, convertirse en mi daño propio; quieres amedrentarme presentándome las quijadas del león abiertas para mí y no para Glauco. ¿Es cierto ó no es cierto lo que te digo?

A estas palabras del egipcio, perdió Caleno por completo la audacia vulgar que formaba el fondo de su carácter, y solo tuvo valor para responder de esta manera:

— Arbaces, tú eres ciertamente un mágico y descifras los corazones lo mismo que un pergamino.

— Esta es mi vocación, dijo el egipcio con amable sonrisa: y ahora vamos á cuentas. Siga tu disimulo y tu

silencio, y cuando estas cosas hayan llegado á término yo te haré rico.

— Dispénsame que te lo diga, contestó el sacerdote cuyos instintos dominantes eran la codicia y la avidez, y no se acallaba por lo tanto con esperanzas remotas, dispénsame que te lo diga, tú mismo has indicado muy oportunamente que nos conocemos uno á otro. Así pues, si quieres mi silencio, deberías darme algo por adelantado como ofrenda al dios Harpócrates. Si la rosa, delicadísimo emblema de la discreción, ha de echar hondas raíces, riégala tú esta noche con un río de oro.

— ¡Eres precavido y poético al mismo tiempo! exclamó Arbaces con un tonillo halagador que hubiera debido poner en guardia al codicioso camarada. ¿De veras no quieres aguardarte hasta mañana?

— ¿Y á que fin hemos de aguardarnos para eso? contestó Caleno. En cuanto haya recaído la sentencia sobre la cabeza del inocente, yo no podré llevar adelante mis declaraciones sin oprobio por mi parte, y entonces ¿quién me asegura que vas á acordarte de tus promesas? Malo es que vaciles ahora, pues esto es un tristísimo presagio respecto á tu agradecimiento futuro.

— Entonces Caleno, replicó Arbaces, dime claramente cuanto quieres que te pague.

— Tú vida vale mucho, y tu riqueza es muy grande, dijo el sacerdote mostrando los dientes con sonrisa de avaro.

— Eres muy agudo, agudísimo, contestóle Arbaces, pero explícate de una vez: ¿qué cantidad es la que quieres?

— Oí decir, continuó Caleno, que en el tesoro reservado, debajo de aquellas bóvedas sin pulimento y de construcción osca que sostienen el soberbio edificio donde habitas, tienes montones de oro, de vasos y de joyeles, que pueden competir con los depósitos de riqueza del divinizado Nerón. De aquellos montones, te ha de

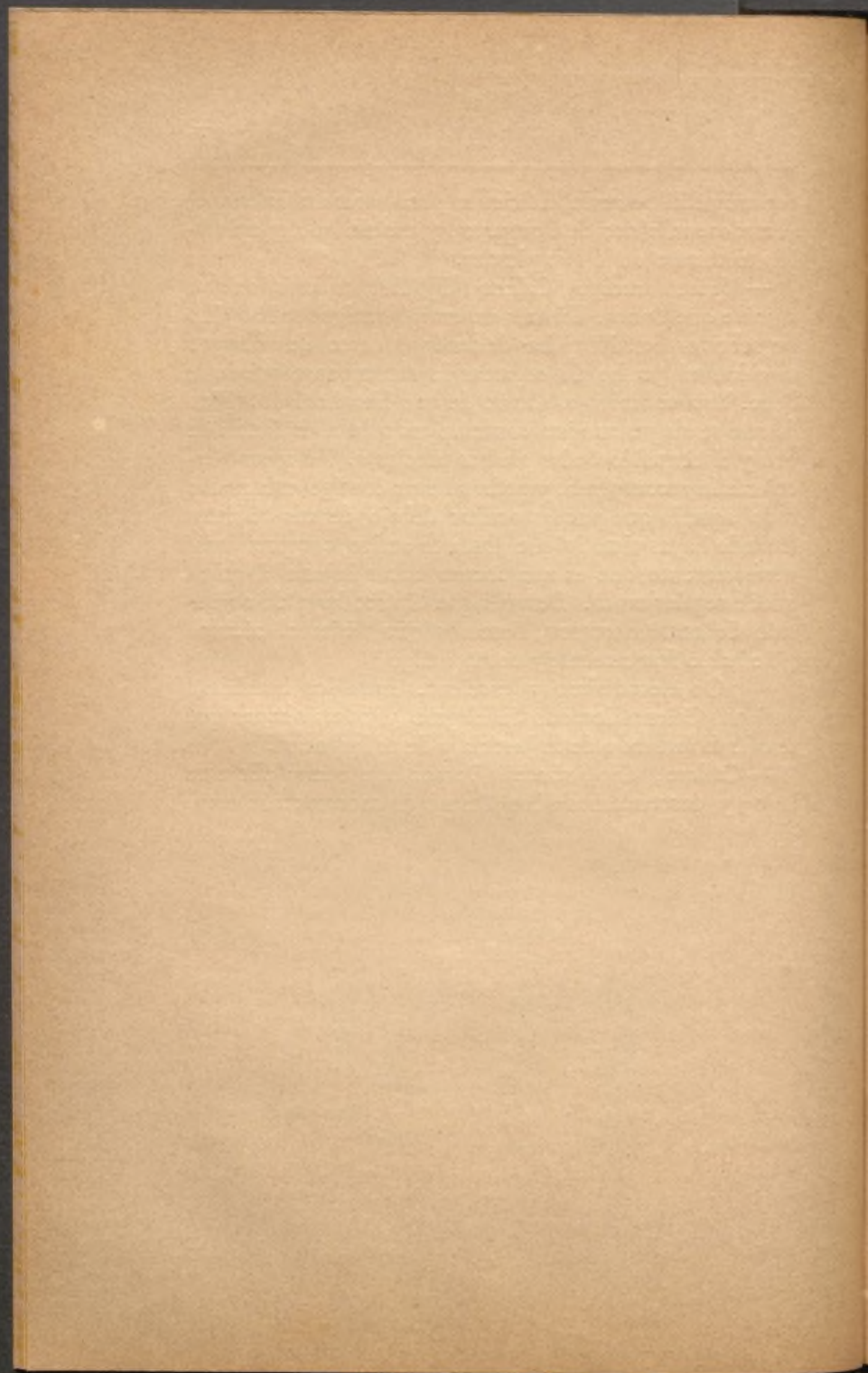
ser muy fácil sacar lo suficiente para hacer de Caleno el sacerdote más rico de Pompeya, y eso sin que te aperci- bas tu mismo de lo que pierdes.

— Vente conmigo, Caleno, dijo Arbaces más jovial y amable que nunca. Tú eres un amigo antiguo y has sido un servidor fiel. Ni tú has de tener el deseo de quitarme la vida, ni yo he de regatear la recompensa que se te debe. Baja conmigo al sótano de que has hablado. Bien es que se alegre tu vista contemplando la abundancia de oro y el centelléo de las piedras preciosas. Tú mismo escojerás la recompensa, y podrás llevar contigo esta noche todo aquello que puedas ocultar debajo de tus hábitos. Cuando hayas visto lo que posee tu amigo, comprenderás perfectamente que es una locura hacer injuria á quien puede regalar tanto. Después que Glauco haya desaparecido de entre nosotros, haremos otra visita al sótano. ¿Te hablo francamente y como amigo?

— ¡Oh elevadísimo y excelente entre los hombres! exclamó Caleno llorando de alegría. ¿Podrás olvidar que te ofendí dudando de tu justicia y de tu largueza?

— Cállate, dijo Arbaces. Demos otra vuelta por este lado, y descendamos á los sótanos de construcción osca.







CAPÍTULO XIII.

El esclavo consulta al oráculo. — Donde se demuestra que á los que se ciegan voluntariamente puede embobarles un ciego. — Dos nuevos prisioneros en la misma noche.



ON impaciencia aguardaba Nydia la llegada de Sosiano, el cual por su parte estaba también ansioso y muerto de curiosidad. Fortificando su valentía por sendos y llenísimos vasos de un licor más excitante que el que suelen traer los aparecidos del otro mundo, el crédulo dependiente de Arbaces entró en el cuarto de la ciega.

—¿Y bien, Sosiano, estás ya preparado? preguntó Nydia. ¿Has traído un tazón de agua clara?

—Lo traigo en la mano, contestó el esclavo, pero he de manifestarte que no las tengo todas conmigo. ¿Estás segura de que no veré al espíritu? Porque dicen que los tales espíritus son feos y espantables.

—Nada temas. ¿Dejaste entornada la puertecilla del jardín?

— Así lo hice , dijo Sosiano. Y puse una mesita con nueces y manzanas.

— Bien está. ¿ De modo que está abierto el portal y el espíritu puede entrar cuando guste ?

— Eso es , respondió el esclavo.

— Pues entonces abre un poco la puerta de este cuarto y dame esa lámpara.

— ¿ Cómo es eso ? preguntó Sosiano , ¿ quieres apagarla ?

— No quiero apagarla , pero es preciso conjurar los rayos. Aquí , en la llama , hay también un espíritu. Siéntate.

El esclavo obedeció.

Nydia se inclinó por un buen rato ante el pábilo encendido , y luego , levantándose , cantó en baja voz con rudísimo estro su

INVOCACIÓN AL ESPÍRITU DEL AIRE.

¡ Siempre queridas — de viento y agua
Somos las hijas — de la Tesalia !
Junto al Olimpo — Sacra montaña
Forma conjuros — nuestra voz mágica,
Y allí evocamos — á Hecate Diana.
Persia y Egipto — ciencia tan alta
Jamás tuvieron — ni tan preclara ,
Voz de los pájaros , — jugo de plantas,
De tempestades — nube preñada ,
Todo nos sirve — todo nos habla ,
Todo nos presta — potencia sacra.

¡ Eter divino — tú que divagas
En la alta cima — de las montañas,
Oye á la niña — tesaliana !
Tú diste á Erichto — voz inspirada
Con que á los muertos — resucitaba.
Tu diste al sabio — rey de Ithaca

Poder tan grande — sobre las aguas
 Que al mar indómito — sujeta y manda,
 Por tí de Orfeo — la altiva audacia
 Bajó al infierno — junto á su amada.
 Por tí en la Cólchide — Medea encanta
 De los peligros — la fuerza insana.
 ¡ Eter divino — oye á la maga!
 ¡ Penetre el soplo — en mi garganta!
 ¡ Llene mi pecho! — ¡ Llene mi alma!
 ¡ Dime el secreto — que nos preparas!
 ¡ Dime cual sea — nuestro mañana!...
 ¡ Desciende espectro — de las montañas,
 Oye á la niña — de la Tesalia
 Que á tí devota — su voz levanta!

¡ Cesen tus ritos — deidad sagrada
 Reina del mirto — que en Paphos mandas!
 ¡ Cesen los ritos — en tu morada
 Luz apolínea — que al mundo abrasas!
 ¡ Deidad del trueno — yace olvidada!
 ¡ Sólo del éter — la fuerza santa
 Vive en las hijas — de la Tesalia!
 ¡ Desciende espectro — oye á la maga
 Que á tí devota — su voz levanta!

Sosiano escuchaba amedrentado la invocación de Nydia, y al terminar el canto aseguró que el espíritu había bajado sin duda alguna y que lo sentía en los cabellos.

— Deja esa taza de agua en el suelo, dijole Nydia. Dame ahora esta servilleta para que te cubra los ojos y todo el rostro.

— Así se hace, así se hace en esta clase de encantamientos, respondió el esclavo. Pónme la servilleta. No aprietes tanto. Poco á poco. No me hagas daño.

— ¿ Ves algo? preguntó Nydia.

— Nada veo, contestó el esclavo. Todo está negrísimo, ¡ por Diu Piter!

— Pues ahora preguntale al espíritu lo que quieras. Pregúntalo por tres veces y, en voz baja. Si el espíritu contesta afirmativamente sentirás como el agua hierve y se

agita removida por el demonio del aire. Si quiere contestar negativamente á tus preguntas el agua permanecerá tranquila.

— ¡ Como no seas tú misma la que mueva el agua y vayas á jugarne una mala pasada ! dijo Sosiano.

— Ahí la pongo á tus piés , contestó la ciega. De este modo estarás seguro de que no he de tocarla siquiera.

— Bien está , dijo entonces el esclavo. ¡ Ahora , pues, ayúdame , oh Baco ! Siempre te he querido más que á los otros dioses , y voy á consagrarte la copa de plata que pude birlar el año pasado al regañón del mayordomo si te avienes á protegerme contra ese espíritu que debe agitar el agua. Y tú , espíritu , escucha lo que voy á decirte. ¿ Podré yo comprar mi libertad el año que viene ? Tú debes saberlo puesto que vives en el aire y los pájaros te habrán contado los secretos de la casa. Tú sabes que lo que he podido sisar honradamente , es decir , con seguridad , lo he sisado durante tres años , pero me faltan todavía dos mil sextercios para tener la cantidad redonda que necesito. ¿ Podré alcanzar lo que me falta durante el año que corre , bondadoso espíritu ? ¡ Habla ya ! ¿ Está hirviendo esa agua ? No hierve á lo que parece : todo está silencioso como una tumba. Bueno , pues ; si no es este año , ¿ será dentro dos años ? Creo que se oye algún ruido. Eso debe ser el demonio que está hurgando á la puerta. Ahora está ya dentro : de seguro. ¿ Te parece dos años , buen camarada ? Es un término regular el de los dos años. ¿ No hay contestación ? ¿ Sigue el silencio ? Dime : ¿ dos años ? ¿ tres ? ¿ cuatro ? ¡ Mala fortuna para ti , amigo demonio ! Bien se conoce que no eres mujer ; que no habías de estarte callado por tanto rato. ¿ Cinco años ? ¿ seis ?... ¿ sesenta ?... ¡ Vaya ! ¡ que Pluton cargue contigo ! ¡ ya no pregunto más !

Dicho esto el encolerizado Sosiano dió un puntapié á la taza del agua derramándola en parte y mojándose las piernas , y luego hizo esfuerzos para desembarazarse de la

servilleta que le envolvía completamente la cabeza, en pos de lo cual miró en derredor suyo notando con gran sorpresa que estaba á oscuras.

—¿Qué es eso, Nydia? exclamó, ¿está apagada la lámpara? ¡Ah traidora! ¿Te has marchado tú también? ¡Ya te arreglaré yo! ¡Ya me pagarás esta jugarreta!

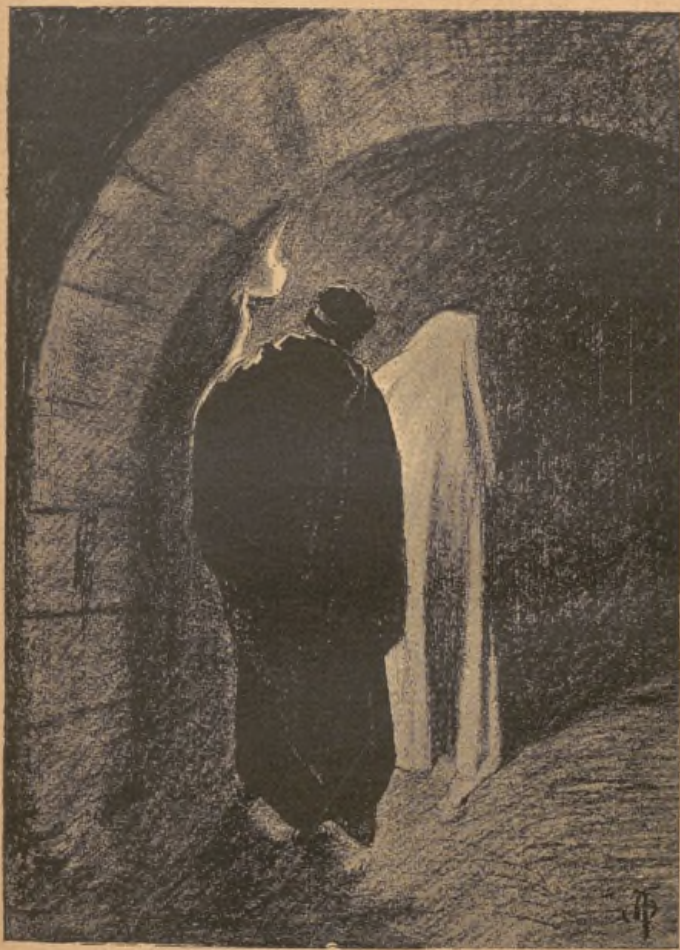
Buscó entonces á tientas el camino de la puerta, y al dar con ella observó que estaba cerrada por la parte exterior y que él en consecuencia había quedado prisionero en lugar de Nydia. ¿Qué hacer en semejante apuro? No se atrevía á golpear ni á dar voces por miedo de que Arbaces le oyese y averiguase el petardo de que había sido víctima. Y sin embargo, la dilación le comprometía muy formalmente puesto que Nydia tenía tiempo de sobras para llegar á la salida del jardín y para tomar el portante.

—Sea lo que sea, dijo para sus adentros, la encontraremos en su casa ó á lo menos no habrá escapado de la ciudad y la cogeremos en uno ú otro sitio. Mañana, á punta de día, cuando los muchachos estén arreglando el peristilo les llamo, me oyen y salgo á buscarla. La encuentro de fijo y la traigo de nuevo sin que Arbaces sepa una palabra de lo que ha pasado. Eso es lo mejor. ¡Ah picarona! ¡Mis dedos sienten comezón por darte lo que mereces! ¡Y haberme dejado solamente con una taza de agua! ¡Si á lo menos fuera de vino para confortarme un poco!

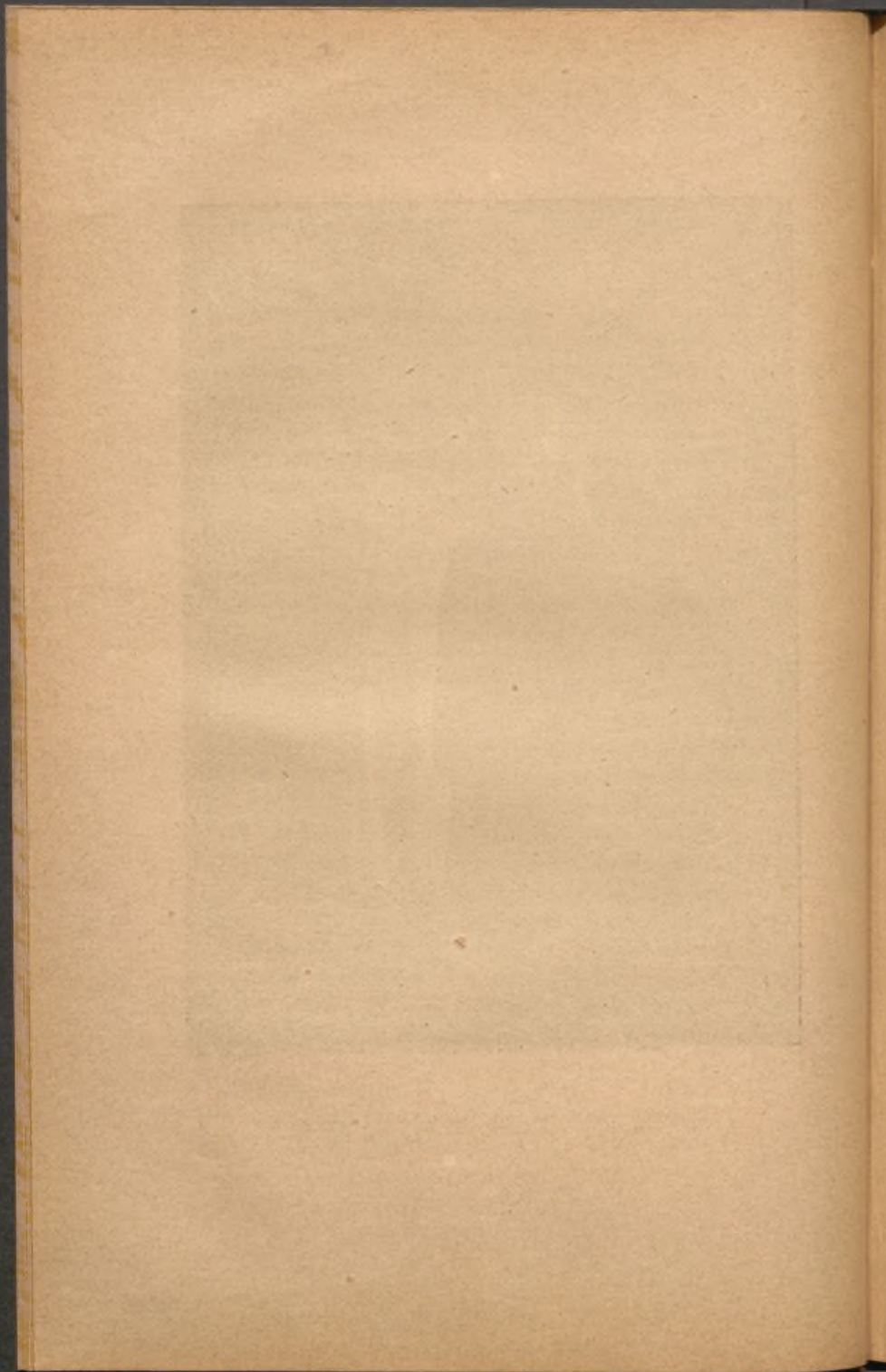
En tanto que Sosiano, cogido de este modo en la trampa, lamentaba su mala suerte y formaba proyectos para echar mano á Nydia; la ciegucecita, con el tino que le era propio, había atravesado rápidamente el peristilo, había llegado á la parte del mismo que conducía al jardín, y con el corazón palpitante estaba á punto de dirigirse á la puerta cuando sintió un ruido de pasos que se acercaban y oyó distintamente la temida voz de Arbaces. Paróse llena de angustia y de incertidumbre, y vínole á la memoria que había otro pasadizo por el cual penetra-

ban de ordinario las bellas convidadas que asistían á las orgías secretas del egipcio, el cual pasadizo, corriendo á lo largo del basamento de aquellas formidables construcciones, comunicaba igualmente con el jardín por medio de una puerta. La salida podía estar franca por aquella parte, y esperanzada con este pensamiento retrocedió Nydia algunos pasos, bajó á la derecha por unos peldaños muy angostos, y hallóse en el lugar donde desembocaba el pasadizo, pero ¡ay! la puerta tenía bien echada la cerradura. Mientras andaba tanteando con las manos para asegurarse de que efectivamente no había medio de abrirla, sintió detrás de sí la voz de Caleno y poco después la de Arbaces que estaba conversando con el sacerdote. No podía quedarse en aquel sitio estrecho donde los que llegaban iban á topár con ella, y adelantóse por el otro lado sin saber á dónde se dirigía, sintiendo á poco rato que la atmósfera estaba fría y húmeda, con lo cual entendió que había llegado á las bodegas ó bien á sótanos destinados á dependencias de infima clase, y se tranquilizó un poco suponiendo que el soberbio amo de la casa no había de encaminarse á semejantes lugares. Poco tardó, sin embargo, en distinguir de nuevo las mismas voces que junto con el rumor de los pasos se iban acercando. Anduvo otra vez: extendió los brazos: topó con unas pilastras muy toscas y muy macizas y llegó por último á una pared que le cerraba definitivamente el paso. Retorcíase las manos con desesperación no sabiendo dónde ocultarse; y sintiendo que estaban ya muy cerca los de las voces, echó á correr en la misma dirección de la pared y fué á chocar con violencia contra uno de los botareles del edificio. Cayóse á tierra con el golpe pero no perdió el sentido ni la serenidad, y sin exhalar un grito siquiera quedóse acurrucada ocupando el menor espacio que le fué posible, conteniendo la respiración y aguardando el fallo del destino.

Arbaces y el sacerdote seguían dirigiéndose á donde es-



Estas covachas son las que proporcionan el lujo de los salones.



taba la secreta estancia guardadora de los acopios tan pregonados por el mismo egipcio , y hallábanse en un átrio ó sala inferior , baja de techo y sostenida por gruesos pilares, de construcción bien lejana por cierto de las elegancias griegas que se estilaban entonces en Pompeya. La lamparilla que Arbaces llevaba en la mano proyectaba escasa luz sobre aquellos paredones formados con enormes piedras sin argamasa. Algunas lagartijas miraron con espanto á los recién llegados y se escondieron rápidamente entre las sombras.

Caleno se estremeció viendo el aspecto de aquellos sótanos y respirando aquel aire húmedo y mal sano. Arbaces á quien no pasó desapercibido el calofrío de Caleno, le dijo sonriendo :

— Con que ya lo ves ; estas covachas groseras son las que proporcionan el lujo de los salones de arriba. Lo mismo pasa con los operarios del mundo : nosotros despreciamos la aspereza de sus modales , y sin embargo , ellos nutren y mantienen al mismo orgullo que les desdeña.

— Y ese corredor oscuro de la izquierda , ¿ á dónde va ? preguntó Caleno. No se vé nada por ahí dentro y parece que no tiene fin ni término como si derechamente condujera al Hades.

— Al contrario ; conduce á las habitaciones superiores, dijo Arbaces á media voz. Pero nosotros no vamos por este lado. Vamos á la derecha.

La sala en que se encontraban , á manera de muchos átrios pompeyanos , se ramificaba en su extremo presentando dos *alas* ó piezas de ensanche. Las dimensiones en conjunto podían pasar más bien por reducidas , pero las tinieblas , escasamente disipadas por la lamparilla , parecían agrandarlas todo. Los dos camaradas se dirigieron al ala derecha , y en el momento en que pasaban junto á donde estaba acurrucada la tesaliana protegida por la sombra de un estribo , dijo Caleno al egipcio :

— Mañana el alegre Glauco estará ya en aposentos tan húmedos como éste y menos espaciosos por cierto.

— Así es , contestó Arbaces , pero en cambio al otro día en la arena tendrá un espacio muy seco y bastante grande. ¡ Y pensar después de todo , prosiguió el egipcio con sorna , pensar después de todo que una palabra de Caleno sería bastante para salvarle y para poner á Arbaces en lugar suyo !

— Esta palabra no se dirá jamás , replicó Caleno.

— Tienes razón , Caleno , dijo el egipcio apoyando familiarmente el brazo sobre el hombro del sacerdote : jamás ha de decirse esta palabra. Y ahora detente ya : hemos llegado á la puerta.

La luz temblona de la lamparilla alumbró entonces una puerta pequeña , abierta en la pared y fuertemente asegurada por planchas y fajas de hierro. Sacó Arbaces del cinturón un llavero con tres ó cuatro llavines bastante reforzados , y á poco rechinaron las mohosas guardas como si expresaran algún sentimiento al poner de manifiesto los tesoros confiados á su custodia. ¡ Oh , como palpitó entonces el codicioso corazón de Caleno !

— Pasa adelante , amigo , díjole Arbaces. Yo levantaré la lámpara para que puedas recrear tu vista con los montones de oro.

Pasó en efecto el impaciente Caleno sin hacerse de rogar , y apenas había puesto el pié sobre el umbral , cuando la fuerte mano de Arbaces le dió un empujón hacia dentro.

— ¡ *La palabra no será dicha jamás !* repitió el egipcio soltando una carcajada ; y en el mismo momento cerró la puerta dejando prisionero al sacerdote.

Con el empujón había saltado Caleno varios escalones yendo á caer de bruces en el suelo , pero sin hacer caso del daño , levantóse al instante y corrió á la puerta dándole fuertes puñetazos , y gritando ó más bien aullando como una bestia fiera , pues el extremo de su desesperación era terrible.

— ¡ Suéltame , suéltame ! exclamaba con tono lastime-

ro. ¡ Suéltame, Arbaces, que ya no he de pedirte más oro !

Estas exclamaciones se escuchaban muy amortiguadas á través de la maciza puerta y Arbaces las acogió con otra risotada. Luego dando con el pié sobre el suelo desahogó su cólera por tanto tiempo comprimida.

— Todo el oro de la Dalmacia , dijo en alta voz , no ha de proporcionarte un mendrugo de pan. ¡ Revienta , miserable ! Tus gruñidos no promoverán siquiera la resonancia de estos sótanos. El aire no llevará jamás la nueva de que en medio de tu hambre angustiosa estás ahí dentro mordióndote las carnes y mondando tus huesos propios. De este modo debe perecer el que ha sido bastante jactancioso para emplear la amenaza con Arbaces pudiendo perderle. Vaya , ¡ quédate á tu gusto !

— ¡ Oh, piedad ! ¡ gracia ! exclamaba el de adentro. ¡ Infame descastado ! Para esto me trajiste... para esto...

Lo demás de las frases de Caleno era ya completamente inútil , puesto que Arbaces había vuelto la espalda y se retiraba paso ante paso á través de las tinieblas que allí reinaban. Un sapo hinchado y asqueroso acertó á encontrarse á los piés de Arbaces , y mediante la luz de la lamparilla pudo éste contemplar la fealdad de todo su cuerpo y la extraña expresión de su pupila inyectada en sangre. Apartóse Arbaces algún tanto para no dañar al repugnante escuerzo , y dijo entre dientes :

— Eres muy torpe y muy sucio indudablemente , pero no me has hecho ningún daño , y así no debes temer nada aunque yo pase.

Las voces de Caleno , bien que apagadas por el muro y bastante confusas , llegaban todavía débilmente á los oídos del egipcio. Escuchólas por un rato reflexionando sobre ellas y púsose á discurrir en estos términos :

— Lo que hay aquí de malo es que yo no puedo marcharme de Pompeya mientras esta voz no se extinga por completo. Cierta que mis riquezas y tesoros no se hallan en este calabozo sino en la ala opuesta , pero los mucha-

chos al desembarazar los almacenes pudieran oír á ese hombre. En fin , esto no vale la pena de apurarse. De hoy á tres días , si es que los vive , por la barba de mi padre , creo que tendrá la voz bastante débil. No es fácil que se le oiga entonces á través de la tumba. Por Isis, la verdad es que en estos sótanos hace un frío insoportable. Tengo necesidad de beber una copa de Falerno con especias.

Y en esto , sin sentir el más mínimo escozor ni remordimiento , recogió el egipcio los pliegues de su túnica y encaminóse hacia arriba en busca del buen aire.





CAPITULO XIV.

Nydia se pone al habla con Caleno.



UÉ palabras de terror y al mismo tiempo de esperanza habían llegado á los oídos de Nydia! Sabía que al día siguiente debían condenar á Glauco, pero sabía también que existía un hombre cuyas declaraciones sin duda alguna podían salvarle. Aquel

hombre se encontraba á pocos pasos de donde ella estaba, oíanse completamente sus gritos y lamentaciones : si ella pudiese escapar , si ella pudiese dar parte á la Pretura, la libertad de Caleno era cosa conseguida y la consecuencia de esta libertad debía ser la salvación del ateniense y la ruína del egipcio. Sus emociones casi le impedían respirar ; su cabeza ardía ; desfallecido estaba su ánimo , pero hizo un violento esfuerzo para dominarse y escuchó con avidez el alejamiento de los pasos de Arbaces hasta que estuvo convencida , después de algunos minutos , de que quedaba enteramente sola en aquel sitio. Guiada por el oído , dirigióse hacia donde se escuchaba la voz de Caleno y detúvose junto á la puerta detrás de la cual estaba encerrado el sacerdote , percibiendo entonces con más claridad sus acentos llenos de terror y de coraje. Por tres veces quiso hablar y otras tantas le faltó fuerza á su garganta para lograr que se la oyese del otro lado de la puerta. Al cabo de un rato dió con la cerradura , y poniendo en ella los labios pronunció el nombre de Caleno. El preso , que á través del agujero oyó la suavísima voz que le llamaba , sintió que se congelaba la sangre en sus venas y que se erizaban los cabellos de su cabeza. En aquella terrible soledad , ¿ cuál era el sér viviente que había penetrado ?

— ¿ Quién anda por ahí ? exclamó con sobresalto. ¿ Es espectro ó larva temerosa la que viene á llamar al malaventurado Caleno ?

— Sacerdote , dijo la tesaliana , sin que Arbaces lo sepa , yo he sido , con el favor de los dioses , testigo de su perfidia. Como pueda escaparme de estas paredes , yo te aseguro que he de salvarte. Pero antes deja que oiga tu voz por este agujero y contesta á mis preguntas.

— Bendito espíritu , contestó el sacerdote con alegría y acercándose á la cerradura según el deseo de la ciegueta , sálvame y he de vender aunque sea los vasos sagrados del altar para pagar tus bondades.

— No es oro lo que te pido, sino secreto, dijo Nydia. ¿Es cierto lo que antes oí? ¿Puedes realmente salvar á Glauco, el ateniense, de los cargos que se le hacen y que amenazan su vida?

— ¡Puedo salvarle! ¡Puedo salvarle! respondió Caleno. Por eso precisamente, ¡arrastren las Furias de una vez á ese malvado egipcio! por eso precisamente me ha encerrado y me ha dejado aquí dentro para que perezca y me pudra.

— Le acusan al ateniense como matador, dijo Nydia. ¿Puedes tú probar que esta acusación es mentira?

— Sácame de donde estoy, contestó Caleno, y la cabeza más segura de Pompeya será la suya. Yo he visto por mí mismo lo que pasó. Yo he visto la mano de Arbaces descargar el golpe. Yo puedo confundir al verdadero matador y puedo libertar al inocente. Empero si yo perezco, él perece también sin remedio ninguno. Si tú te interesas por ese joven, bendita desconocida, sabe que en mi corazón está la urna de su absolución ó de su condena.

— ¿Y tú darás un testimonio palmario de lo que dices? insistió Nydia.

— ¿Pues no lo he de dar? repuso Caleno. Aun cuando los infiernos se abriesen debajo de mis plantas. ¡Vaya si lo daré! ¡Venganza contra el embustero egipcio! ¡Venganza, venganza, venganza!

Por el modo como pronunciaba Caleno estas palabras, rechinando los dientes, comprendió Nydia que sus malos instintos eran la mejor garantía de su justicia con respecto al ateniense. El corazón de la ciegucecita latía con violencia. ¿Estáble reservado el alto destino de salvar la vida al ídolo de su alma?

— Basta ya, dijo de pronto. Las potestades que me han traído aquí no han de abandonarme á pesar de todo. Presiento que podré librarte Caleno. Quédate entretanto con calma y con esperanza.

— Mas ten cautela , ten prudencia , dulcísima desconocida , dijo el sacerdote. No pienses ablandar al egipcio porque es de mármol. Vete en busca del Pretor y dile lo que sabes ; pídele una orden requisitoria y vente con legionarios y con cerrajeros porque estas cerraduras son formidables. El tiempo vuela y yo puedo morirme ; puedo morirme de veras si no te das prisa. Vete , vete ya... Mas no... aguarda un poco. Es horroroso eso de estar solo. Este aire huele á sepultura y hay aquí escorpiones y pálidas larvas... ¡ Oh ! ¡ quédate ! ¡ quédate ! ¡ no me abandones !

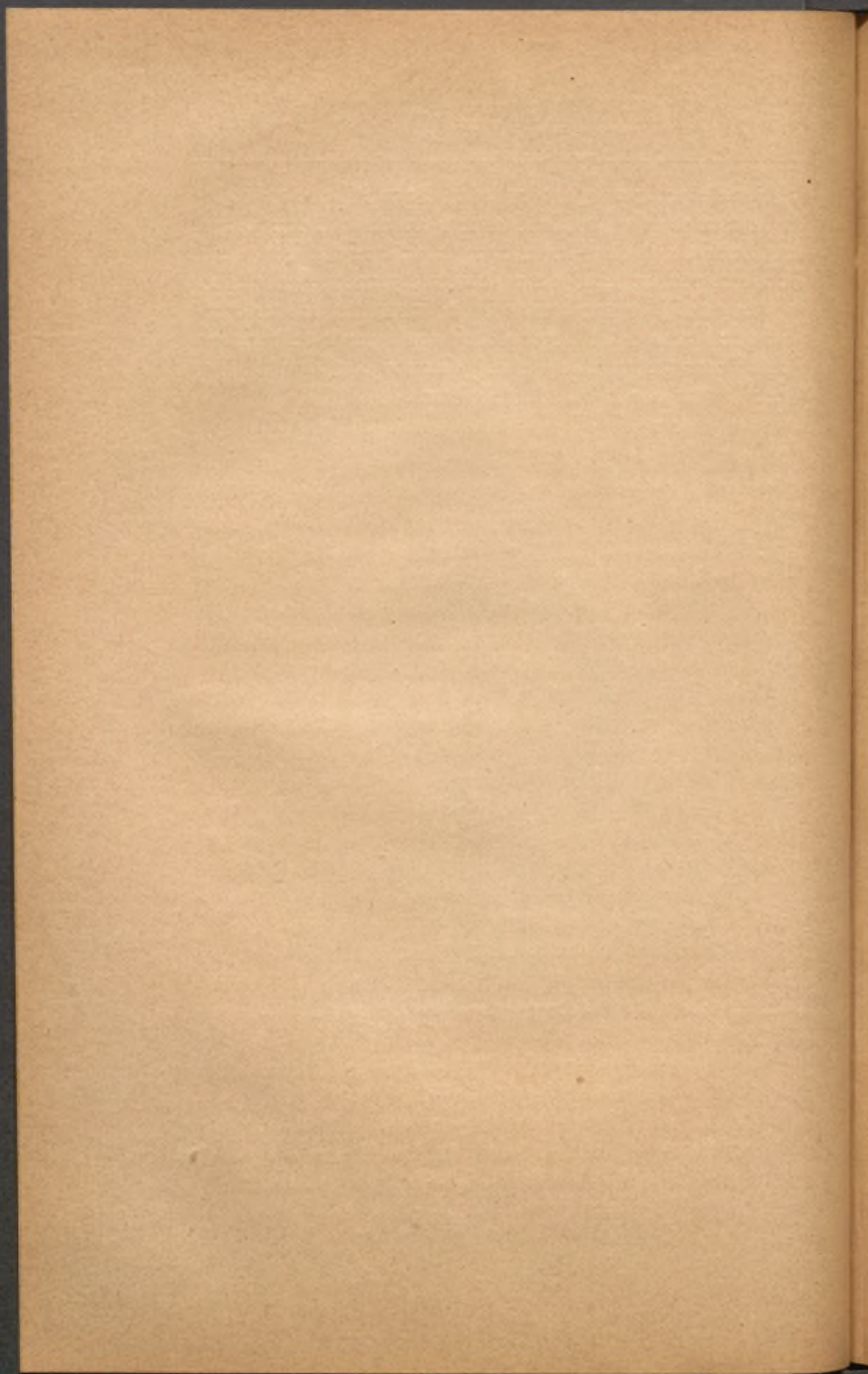


— Déjate de eso , repuso Nydia amedrentada con el terror del sacerdote y deseosa al mismo tiempo de concentrar sus ideas , déjate de eso. Para salvarte es preciso que me vaya. Toma á la Esperanza por compañera. Quédate tranquilo.

Esto dicho , fué alejándose poco á poco la ciegucecita con las manos extendidas orientándose á través de la sala de las pilastras hasta que llegó al extremo de la misma , y penetrando entonces en el corredor que conducía al aire libre. Ya una vez allí se detuvo reflexionando que lo me-

jor sería esperar á la madrugada , hora en que todos los de la casa estarían profundamente dormidos , con lo cual encontraría una ocasión de escapar sin que nadie la viese. Con este pensamiento acurrucóse nuevamente en el suelo y empezó á contar con ánsia los instantes. En su corazón que manaba sangre predominaba á pesar de todo un sentimiento de inefable dicha. ¡ Glauco corría un peligro mortal y era ella la que debía salvarle !







CAPÍTULO XV.

*Arbaces y Dione. — Nydia en el jardín. — ¿Podrá escapar
y salvar al Ateniense?*

En cuanto Arbaces hubo recalentado sus venas mediante algunas copas de cierto vino especiado y aromático que estaba entonces de moda entre la gente sensual y entregada á los deleites, sintióse más animado que de costumbre, y lleno de regocijo hasta lo más íntimo de sus entrañas. Para el triunfo debido al ingenio del hombre existe siempre esta satisfacción orgullosa por más que los propósitos sean criminales. La vanidad de nuestra flaca naturaleza siéntese ensoberbecida en el momento del éxito, reconociendo su poder propio

y el alcance de sus artificios, y solo más tarde aparece la terrible reacción producida por el remordimiento.

El destino del miserable Caleno no era bastante, sin embargo, para excitar remordimientos en el pecho de Arbaces, en cuya imaginación no hizo mella el pensar en la agonía del sacerdote ni en su desastrosa muerte. Sentía que había pasado por un peligro terrible, que había reducido al silencio á un enemigo que hubiera podido hacerle mucho daño, y solo se preocupaba por el modo de explicar á los sacerdotes la desaparición de Caleno, cosa que por otra parte no le parecía muy difícil. Diferentes veces había mandado á Caleno como recadero á las poblaciones vecinas, y esta vez bien podía decir que le había enviado á Herculano y á Neápolis para llevar ofrendas á los altares de Isis, á fin de aplacar á la diosa justamente irritada por la muerte de Apecides. Pensó además que una vez muerto Caleno, podría su cuerpo ser arrojado á las aguas del Sarno antes de realizar sus proyectos de alejarse de Pompeya, y las sospechas de la opinión pública habrían de recaer indudablemente sobre los ateos nazarenos, de los cuales todo el pueblo presumiría que habían querido vengar á Olintho entregado á las fieras del anfiteatro. Combinados estos planes para seguridad de su persona, ya no se acordó más del desdichado sacerdote, y envalentonado con sus últimas hazañas echóse á pensar nuevamente en lo que más le interesaba que era Dione.

La última vez que la había visto le arrojó ella de su presencia en términos tan amargos y despreciativos que no había tenido sufrimiento para suportarlos. En esta ocasión sin embargo, creíase con bastante serenidad de ánimo para renovar la entrevista, y á manera de todos los que se hallan en su caso, deseaba la presencia de la mujer amada por más que la conversación con ella debiese exasperarle y humillarle. Por delicadeza y respetando su dolor, no se engalanó con vestidos de fiesta, sino que guardó los ordinarios y de color oscuro, pero no dejó de

perfumar su negra cabellera y de arreglar los pliegues de su túnica, en pos de lo cual se encaminó al aposento donde se encontraba la hija de Neápolis. Dijole el esclavo que estaba levantada y un poco más tranquila, y penetrando en la estancia la vió junto á una mesita apoyado el rostro en las manos y en actitud meditabunda. No brillaba en su fisonomía la expresión inteligente y serena que evocaba el recuerdo de Psyche, tenía los labios entreabiertos, la mirada fija y absorta, y la palidez de sus mejillas que habían perdido su hermoso contorno se aumentaba por el contraste que hacía con su negro cabello tendido y desparramado sobre la espalda.

Contemplóla Arbaces por un momento, y ella al verle apartó los ojos con expresión de dolor, pero sin moverse del sitio que ocupaba. Tomó asiento respetuosamente el egipcio á poca distancia de la mesita, y dirigiéndose á ella con tono afectuoso, le dijo:

— Si el sacrificio de mi vida, oh Dione, fuese bastante para extinguir tu odio, puedes estar segura de que había de morir alegremente. Me juzgas mal, pero yo no he de quejarme con tal que consentas en que te vea de cuando en cuando. Reprende, desprecia, vitupera: yo me esforzaré en suportarlo todo. Salga de tus labios el tono más áspero, y resonará en mis oídos como la música de un templadísimo laud. Si te callas parece que el mundo ha parado su curso, y que en las venas de la tierra se ha coagulado la savia vivificante. No hay para mí tierra ni vida sin la luz de tu belleza y la melodía de tus palabras.

— Devuélveme el hermano y el novio, contestóle Dione con voz tranquila y suplicante y dejando correr al mismo tiempo algunas lágrimas por sus mejillas.

— Pluguiera á los dioses que yo pudiese devolvarte el uno y salvar el otro, repuso Arbaces con aparente tristeza. Para verte dichosa, oh Dione, renunciaría el amor desgraciado que me inspiras, y uniría tu mano con la de

Glauco. Posible es que el ateniense salga bien librado del proceso, y en este caso tú serás dueña de juzgarle absolviéndole ó condenándole según te parezca, sin que yo te importune ya más para que correspondas á mi cariño, pues he venido á conocer que en este punto es vana mi esperanza. Déjame solamente que te compadezca y me aflija contigo. Echa en olvido una violencia que me pesa en el alma y cuya repetición no debes temer por ningún concepto, y permite que sea otra vez para tí lo que antes era: un amigo, un protector, un verdadero padre. Dime de una vez, oh Dione, que me perdonas y que no te acuerdas de lo pasado.

Al profetizar estas palabras, estaba seguro Arbaces de que su pupila no tenía noticia del peligro inmediato que amenazaba á Glauco, puesto que había dado órdenes terminantes para que no la enterasen del proceso.

Dione le contestó:

— Yo te perdono. Salva tú á Glauco y yo por mi parte renuncio á él. Eres poderoso en lo bueno y en lo malo, oh grande Arbaces. Salva al ateniense y la pobre Dione no volverá á verle en su vida.

Dichas estas palabras, levantóse agitada y convulsa, y echándose á sus piés abrazó sus rodillas.

— Si de veras me tienes cariño, le dijo, si eres compasivo y humano, acuérdate de las cenizas de mi padre, acuérdate de mi infancia, acuérdate de las horas que hemos pasado juntos y salva á mi Glauco.

Apoderóse del cuerpo del egipcio un estremecimiento singular, los rasgos de su fisonomía tomaron una expresión terrible, volvió el rostro hacía un lado, y dijole á Dione con voz cavernosa.

— Como yo estuviese á tiempo para salvarle, te aseguro que le salvaría, pero la ley romana es inflexible y severa. Empero si yo pudiese alcanzar nuestro propósito, si yo lograrse su rescate y su libertad, ¿ serías tú mía, oh Dione? ¿ serías mi novia?

—¿Tuya? exclamó Dione levantándose. ¿Qué yo sea esposa tuya? ¡Ah! ¡la sangre de mi hermano no está vendada todavía! ¿Quién le mató?... ¡Oh Nemesis! ¿Puedo sacrificar por la salvación de Glauco tu solemne verdad?... ¿Tuya has dicho Arbaces? ¡Eso jamás!

—¡Oh Dione! repuso Arbaces apasionadamente, ¿á qué profieres estas misteriosas palabras? ¿Porqué razón juntas mi nombre con el pensamiento de la muerte de tú hermano?

—Mis sueños enlazaron una cosa con otra, dijo Dione, y los sueños provienen de los dioses.

—Vanas fantasías son esas, repuso Arbaces. ¿Por un sueño quieres condenar á un inocente y perder la sola esperanza que te queda para salvar la vida de tu amado?

—Óyeme, dijo Dione con tono resuelto y firme, y al mismo tiempo con solemnidad. Si Glauco es salvado por tí, yo hago promesa fiel de no ser en ningún tiempo esposa suya; de no entrar jamás en su casa con este título. Pero al mismo tiempo he de decirte que el horror que siento hacía otras nupcias es invencible. Yo no puedo ser jamás tu novia. No me interrumpas, y fijate bien en lo que digo. Si no salvas á Glauco y es conducido á la muerte, el mismo día en que esto suceda yo escapo á tus artificios dejando que tu amor haga presa en mi cadáver. Aleja el cuchillo, aleja el veneno, déjame encerrada, encadéname como quieras: el alma decidida á libertarse encuentra siempre algún medio. Desnudas y desarmadas mis manos, serán bastantes á romper las ataduras de la vida. Puedes atarlas como te plazca: mis labios sabrán cerrarse por completo para no dar entrada al aire respirable. Tú eres instruido y leiste muchas veces en la historia los casos de mujeres que prefirieron la muerte á la deshonra. No te sorprendas pues de mis palabras. Como Glauco perezca, yo no he de tener la indignidad de prolongar mi lánguida existencia. Por todos los dioses del cielo, del océano y de la tierra, me consagro á la muerte. ¿Has comprendido mis propósitos?

Erguida, arrogante majestuosa Dione, al decir esto, parecía inspirada en el fondo del alma, y la nobleza de su gesto y el tono de su voz llegaron á infundir espanto en el pecho de Arbaces.

— ¡ Gran corazón ! dijo éste después de un rato de silencio. ¡ Y cuán digna eres de ser mía ! ¡ Oh ! ¿ por qué razón habré soñado siempre en quien pueda compartir mi altivo destino, y no habré podido encontrarlo sino en tí ? ¿ No comprendes, Dione, que estamos formados el uno para el otro ? Tu propia energía y tu valor ¿ no se avienen perfectamente con mi soberbio espíritu, jamás domeñado por nadie ? Formados estamos para unir nuestras simpatías, para introducir un nuevo aliento en este mundo grosero y vulgar, para alcanzar los grandes fines á que aspira mi alma, entreviendo su realidad como una visión profética á través de la densa bruma de nuestros tiempos. Resuelto como tú misma no me arredro ante tus amenazas de llevar á cabo un denigrante suicidio. Lejos de esto : te saludo como mujer mía. Como reina de comarcas jamás picoteadas por el águila, jamás ensombrecidas por su vuelo, me inclino ante tí rindiéndote homenaje y reverencia, pero al propio tiempo te reclamo como objeto de mi amor y de mi culto. Juntos cruzaremos el océano, juntos encontraremos nuestro reino, y allá en las edades lejanas del porvenir, conocerá el mundo un dilatado linaje de reyes provenientes del lecho marital de Arbaces y de Dione.

— Tú estás delirando, le dijo ella. Estas místicas declamaciones mejor que al sábio Arbaces caerían bien á una de esas comadres perláticas que venden filtros en la plaza del mercado. Has oído mi resolución y puedes estar seguro de que es tan irrevocable como los decretos del destino. El Orco ha escuchado mi juramento; y escrito queda en el libro del Hades, que es indeleble. Expia pues, oh Arbaces, expia lo pasado. Trueca en respeto la malignidad, trueca en gratitud los deseos de venganza, salva

la vida de un hombre que no puede ser rival tuyo en ningún caso. Esto conviene mejor que otra cosa á tu pristina naturaleza que ha dado centelléos de excelencia y elevación de ánimo. La generosidad pesa en la balanza de los reyes de la Muerte, y la inclina del lado favorable en el día en que desunida el alma del cuerpo, se encuentra desmayada y temblorosa entre el Elíseo y el Tártaro. Los actos generosos alegran la vida más y mejor que la satisfacción de pasiones momentáneas. ¡Oh Arbaces! atiende á mis palabras y ablándate con lo que digo.

— Basta ya, Dione, repuso Arbaces. Voy á hacer por Glauco todo lo que pueda, pero no te enojés conmigo si el éxito no corresponde á tus deseos. Inquiéreluego lo que gustes. Pregunta á mis enemigos; demándales si no es verdad que yo me esforcé, que yo hice cuanto estuvo en mi mano para alejar de su cabeza la sentencia de muerte. Con lo que ellos te respondan tu podrás juzgarme. Ahora la noche avanza, oh Dione. Yo te dejo. Descansa y puedan tus sueños ser algo benévolos para quien cifra en la tuya toda su existencia.

Sin esperar otra respuesta, salió Arbaces precipitadamente, agobiado quizás con las ardientes súplicas de Dione, que á un mismo tiempo excitaban su compasión y le atormentaban con los celos.

En cuanto los criados acudieron á su estancia para ayudarle á que se desnudase, cruzó de nuevo por su mente el recuerdo de Nydia, y quiso prevenir el peligro de que por medio de ella supiese Dione el desvanecimiento de Glauco y tuviese un motivo más para disculpar el crimen que se le imputaba.

— Anda, Calias, le dijo á su liberto favorito, vete á encontrar á Sosiano y dile que bajo ningún pretexto permita que la ciega salga de su cuarto. Y antes de eso, pástate por donde está mi pupila, y diles á las muchachas que no la enteren á Dione por ningún estilo de que la ciega se encuentra en esta casa.

Hízolo el liberto como se le mandaba, y en cuanto hubo dado la orden á las sirvientas que estaban con Dione, fuese á buscar al benemérito Sosiano, al cual no le encontró en el cuartucho que le servía de cubículo, y empezó á llamarle en altas voces oyendo al poco rato que le respondía desde el cuarto de Nydia.

—¿Eres tú Calias? decia el esclavo desde adentro. ¡Alabados sean los dioses! Abre esta puerta, Calias; abre, te lo suplico.

Abrió en efecto Calias la puerta de la estancia corriendo el pestillo que estaba echado en la parte exterior, y topó con el malhumorado Sosiano en el momento en que éste se disponía á salir á toda prisa.

—¿Qué es eso, muchacho? le dijo Calias. ¿Tú encerrado en el cuarto con la niña? ¡Buena decencia es esa! ¿No hay frutas maduras en casa que hayas dado en el capricho de tomar un verde?

—No me hables de esa brujuela, contestó Sosiano con furia. ¡Esta muchacha ha de ser mi desgracia!

—¿Pero porqué razón? preguntó Calias.

—Pues por lo que voy á decirte, repuso Sosiano.

Y en esto, en pocas palabras refirióle á Calias toda la historia del demonio del aire, y como gracias á este malféfico espíritu, había escapado la tesaliana.

—Ya puedes colgarte Sosiano, le dijo Calias. Justamente ahora vengo de parte de Arbaces, para ordenarte que no la dejes salir del cuarto ni un instante siquiera.

—¡Desgracia como la mía! exclamó Sosiano. ¿Qué es lo que hago yo ahora? Desde que se marchó ya tiene tiempo para haber corrido la mitad de Pompeya. En cuanto amanezca, voy á ver si la pillo en alguna de sus antiguas guaridas. Tú guárdame el secreto, querido Calias.

—Yo haré lo que pueda en favor tuyo pero sin comprometerme, contestó Calias. ¿Estás tú bien seguro de que ha salido de la casa? Puede ser que se encuentre por ahí en algún escondrijo.

— No me parece que la encontremos en casa, dijo Sosiano. Habrá salido por la puerta del jardín que está abierta á todas horas como tu sabes.

— Pues yo creo que no habrá salido, replicó Calias, porque á la velada estaba Arbaces en el jardín junto con Caleno. Yo estuve poco después á buscar yerbas para el baño del amo, y ví la mesita que dices que dejaste, pero la puerta no estaba abierta sino entornada. Caleno entró por allí y él la entornaría de seguro.

— Es igual, dijo Sosiano. No estando echado el cerrojo habrá salido más tarde.

— Tampoco puede ser eso, contestó Calias, porque yo temí que algún pillete se enamorase de los bronces del peristilo y eché el cerrojo. La llave aquí la tengo, en el cinturón, porque hasta ahora no he visto al portero para dársela.

— ¡ Oh misericordioso Baco ! exclamó Sosiano. Bien veo que no te he rogado vanamente. Vamos al jardín. No hay que perder un instante. Puede ser que la encontremos.

El bueno de Calias consintió en ayudar al esclavo, y entrambos después de haber registrado las estancias y los rincones del peristilo, salieron al jardín en busca de Nydia.

Era el preciso momento en que la niña dejaba su escondite y buscaba á tientas el camino, proyectando su sombra á la luz de la luna que reflejaba en los mosaicos, no atreviéndose á respirar y deslizándose por la columnata festoneada con guirnaldas, desde la cual pasó á los terraplenes y á las calles de árboles que conducían á la puerta. ¿ Qué palabras pudieran expresar la cruel angustia, el profundísimo dolor que se pintó en la fisonomía de la tesaliana, cuando notó que la puerta estaba cerrada ? Buscaba en vano y volvía á buscar con sus manecitas temblorosas. ¡ Pobre desgraciada ! En vano tu noble valor y tus inocentes artificios te habían dado la confianza de que

podrías escaparte de sabuesos y cazadores. A poca distancia del sitio donde te hallas, se están riendo de tus esfuerzos y de tus congojas, y esperan con avidez el momento de hacer presa en ti. La única dicha que tienes, es la de no ver á tus enemigos.

— No hagas ruido, Calias, dijo Sosiano. Acerquémonos y vamos á ver lo que hace cuando se convenza de que la puerta es honrada.

— Mírala, contestó Calias. Levanta su rostro al cielo. Está hablando sola. Se sienta. ¿Está ya abatida? No ciertamente, ¡por Polux! no quiere resignarse. Ahora está urdiendo alguna trama. ¡Por Diu Piter, y que terca es la chiquilla! Ya se levanta de nuevo. Créeme, Sosiano: no perdamos la ocasión. No sea que se escape de nuevo.

— ¡Ah vagabunda! ¡ya te he cogido! dijo Sosiano echando mano á la desventurada Nydia.

Como liebre herida por el colmillo de los perros, como sonámbula despertada de improviso, la muchacha exhaló un chillido agudísimo cuando sintió el agarrón de su carcelero. Era un grito de agonía suprema que resonaría todavía en vuestros oídos si hubieseis llegado á escucharlo. La última tabla de salvación para Glauco se desprendía de sus manos. Había mediado un término dilatorio entre la vida y la muerte, pero la muerte ganaba el juego.

— ¡Dioses! exclamó Calias. Este chillido vá á despertar toda la casa. El sueño de Arbaces es muy ligero. Vamos á ver: tápale la boca.

— Aquí está la servilleta que ha servido para vendarme y para volverme loco, dijo Sosiano. Ven acá, muchacha. Ya sabrás tú como lo arreglamos. Ahora no solo estarás ciega sino también muda.

Dichas estas palabras, tomó Sosiano en brazos á Nydia y la llevó al mismo cuarto de donde antes había escapado. Ya una vez allí, quitóle la mordaza y dejóla en soledad tan dolorosa y terrible, que solo pudiera compararse con los tormentos del Hades.



CAPÍTULO XVI.

Tristeza de camaradas. — El calabozo y los presos.

TOCABA á su término el tercero y último día del proceso de Glauco y de Olintho, y habían transcurrido pocas horas desde la sentencia, cuando en la espléndida mesa de Lépido se hallaban reunidos en buena paz y compañía varios de los jóvenes que formaban la flor y nata de Pompeya.

— ¿De manera que Glauco ha negado su crimen hasta el último momento? preguntó Claudio.

— Así es en efecto, contestó Lépido, pero el testimonio de Arbaces no dejaba duda porque él mismo vió cómo se daba el golpe.

— Y el motivo de este crimen, ¿cuál ha sido? dijo uno de los circunstantes.

—Pues la cosa es clara, respondióle otro de los comensales, el sacerdote era remolón y taciturno, y habrá querido predicar á Glauco porque se daba al juego y á la buena vida. Por esta razón habrá negado su consentimiento al enlace del ateniense con Dione, y de todo ello habrá venido una disputa. Glauco seguramente estaba lleno del espíritu de Baco y le habrá costado muy poco el salirse de tino y herir al sacerdote. Los efectos de la bebida, unidos al remordimiento súbito, le habrán causado el delirio de estos días, y estoy bien cierto de que el pobre muchacho después de haber nadado en un mar de confusiones, no tiene idea, á la hora presente, del delito que ha cometido. Á lo menos tal es el parecer de Arbaces que en sus declaraciones se ha manifestado muy moderado y benévolo.

—Es verdad que Arbaces, con su conducta, se ha conquistado el favor del pueblo, dijo el que primero había hablado. Mas con todas las circunstancias atenuantes que aparecen en este hecho, bien pudiera el Senado haber sido más blando en la sentencia.

—Eso hubiera sido, contestó el otro, á no mediar la excitación del populacho, pues los sacerdotes le habían fanatizado y estaba atroz. Temían esas bestias fieras que la riqueza y la alcurnia de Glauco habían de salvarle de una sentencia condenatoria, y por este motivo se le ha impuesto la pena más grave. Además hay que recordar que sea por la causa que fuere, es lo cierto que Glauco no había sido inscrito nunca como ciudadano romano, y esto ha contribuído muchísimo á que el Senado no pudiese resistir la presión del pueblo. Tres votos de mayoría han sido bastantes para condenarle. ¡Ola! ¡que traigan vino de Chios!

—El pobre Glauco está bien desmejorado, observó uno de los presentes, pero ¡cuán tranquilo se presenta y cuán animoso!

—Ya veremos si ese buen ánimo durará mañana, re-

puso otro. Mas ¿qué mérito encontraremos en el valor si aun el perro ateo conserva su sangre fría?

— ¡ Blasfemo Olintho ! exclamó Lépidó con piadosa cólera. Ya no me admira que el otro día cayese un decurión herido por el rayo estando el cielo sereno. Los dioses querrán tomár venganza de Pompeya mientras este profanador permanezca dentro de sus murallas.

— Y sin embargo, dijo uno de los amigos, el Senado estaba en tan buena disposición que si él hubiera dado señales de arrepentimiento y hubiese consentido en quemar un poco de incienso en el altar de Cibeles se le hubiera absuelto. Como esos nazarenos llegasen á establecer su religión, no sé yo si serían tan tolerantes con nosotros en el caso de que fuéramos á derribar sus imágenes, á blasfemar de sus ritos y á renegar de su fe.

— Á Glauco se le ha dejado una contingencia para escapar del peligro, observó otro de los concurrentes. En consideración á las circunstancias del hecho se le permitirá defenderse del león con el mismo estilete con que mató al sacerdote de Isis.

— ¿ Has visto al león ? le replicaron. ¿ Te has fijado en sus dientes y en sus garras ? ¡ Pues, mira tú lo que puede esperar el que ha de defenderse con el estilo ! Un gladio y un broquel no aprovecharían más que un cálamo y un papiro para luchar contra el empuje de la fiera. El verdadero favor que se ha hecho á Glauco es el de no dejarle por mucho tiempo en la angustia. Dichosamente para él nuestras leyes son benignas ; tardías en el procedimiento y rápidas en la ejecución de la sentencia. Por otra parte, hace ya tanto tiempo que se habían fijado para mañana los juegos del anfiteatro que parece cosa de providencia y de milagro, porque el que debe consumirse aguardando la muerte, muere dos veces.

— En cuanto al ateo, dijo Claudio, ese sí que no tendrá otro remedio que andar á puñetazo limpio con el tigre. También podrían dar juego esos combates á pares y nones. Vamos á ver, ¿ quién toma los nones ?

Esta salida de Claudio excitó una carcajada general y el dueño de la casa le dijo :

— ¡ Pobre Claudio ! perder un amigo es cosa triste, pero no encontrar nadie que juegue á pares y nones sobre el riesgo de su vida , eso para tí es una desgracia de mayor calibre.

— Mira , no me quemes la sangre , contestó Claudio: después de todo habría sido un consuelo , tanto para él como para mí , el pensar que hasta el último momento había servido para hacerme favores.

— Lo cierto es que el pueblo , dijo el gravísimo Pansa, está muy contento con el resultado de este negocio. ¡ Había cundido tanto el temor de que los juegos del anfiteatro debieran celebrarse sin haber encontrado un mal delincuente para entregarlo á las bestias ! Y eso de que nos hayan salido dos , y que no sean de casta vulgar , ha llenado de alegría á las pobres gentes. Es claro : el pueblo trabaja y necesita distraerse de cuando en cuando.

— Estas consideraciones son muy propias de Pansa , el amigo del pueblo , dijo uno de los comensales. Nuestro querido Pansa no se ocupa más que de los intereses populares y lleva siempre en pos de sí una clientela tan numerosa como el séquito de un vencedor de la India. Ya veréis como Pansa acabará por ser nada menos que un Graco.

— Ciertamente , contestó Pansa , nadie podrá decir de mí que yo sea un patricio infatuado y orgulloso.

— Bien veo , observó Lévido , que á la víspera de un combate de fieras la misericordia del Tribunal hubiera tenido muchos peligros. Nací romano y me he criado romano , pero si alguna vez se me procesa , ruégole á Diu Piter que sea en ocasión en que no haya bestias en las jaulas ó en que haya muchos criminales en los calabozos.

— Y de esa pobre muchacha que debía enlazarse con Glauco , preguntó uno , ¿ qué es lo que se sabe ? Encontrarse viuda sin haber sido esposa , debe parecerle suerte muy dura.

— Se halla en casa de Arbaces que es tutor suyo, contestó Claudio. Es muy natural que se encuentre allí habiendo perdido el hermano y el novio.

— ¡ Por la dulcísima Venus ! dijo el interlocutor , ¡ y qué afortunado en amores era el tal Glauco ! También se dice que la rica Iulia estaba enamorada de él.

— Pues eso es una hablilla sin fundamento , repuso Claudio dándose tono. Hoy he estado yo con Iulia , y si algún caprichillo de esta clase hubiera pasado por su cabeza , estoy bien seguro de haberla consolado.

— ¡ Basta , camaradas ! dijo Pansa. ¿ No sabiais que Claudio está soplando la antorcha muy de firme en la casa de Diomedes ? Ahora comienza á dar luz , pero muy pronto brillará con todos los resplandores del Himeneo.

— ¿ Qué es eso ? exclamó Lépido. ¡ Claudio haciendo vida marital ! ¡ Quita , hombre ! ¡ vaya un disparate !

— No hay que asustarse , interrumpió Claudio. El machucho Diomedes no cabe en sí de regocijo ante la idea de casar á su hija con un noble , y allá veréis con qué gracia suelta los sextercios. En cuanto yo los tenga claro es que no he de guardarlos encerrados en el átrio. De este modo el día en que Claudio contraiga nupcias con la heredera será un día señalado con piedra blanca por sus joviales amigos.

— ¿ Ello ha de ser , según dices ? repuso Lépido. Pues entonces llenemos una copa hasta el borde y á la salud de la hermosísima Iulia.

En tanto que esta conversaci3n , no indigna de los pollitos de nuestros días ó de los petimetres del siglo pasado , tenia lugar en el ostentoso triclinio de Lépido , desarrollábase ante el joven ateniense una escena de carácter bien distinto.

Después de su condena , ya no le fué permitido á Glauco el continuar bajo la custodia de Salustio , único amigo de su desgracia , y se le condujo entre guardias , á través del Foro , dejándole encarcelado en un calabozo que esta-

ba cercano al templo de Diu Piter. Aquel calabozo , cuyo emplazamiento puede verse todavía , tenía una puerta que se abría y cerraba dando vueltas sobre su eje á manera de un torniquete. Pusieron junto al prisionero un pan y un cántaro de agua , y abandonáronle en medio de las tinieblas , y según él creía , en la soledad. Creíase juguete de una pesadilla terrible viéndose de tal modo apartado de los ojos humanos , y la convicción de su inocencia bastaba apenas para sostener su ánimo. Más que otra cosa le atormentaba el pensamiento de Dione y el considerar que Arbaces la quería y que acaso su muerte daría lugar al triunfo del egipcio. Los celos le inquietaban en mayor grado que el terror , y acabó por desahogar su pena en profundísimos suspiros. Poco rato había pasado desde su entrada en el cuartucho , cuando oyó una voz que le decía desde uno de los rincones :

— ¿ Quién es mi compañero en esta hora tremenda ?
Ateniense Glauco , ¿ eres tú ?

— Este era mi nombre en los momentos de la fortuna , contestó Glauco. Puede ser que á la hora presente me llamen de otra manera. Y tú que me diriges la palabra , ¿ quién eres ?

— Yo soy Olintho , contestó el que antes había hablado. Soy tu pareja en la cárcel como lo he sido en el proceso.

— ¿ Tú eres aquel á quien llaman el ateo ? exclamó Glauco. ¿ Será la injusticia de los hombres la que te ha llevado á negar la providencia de los dioses ?

— ¡ Ay de mí ! repuso Olintho. No soy yo ciertamente el ateo , sino tú , que niegas al único Dios verdadero , al Dios desconocido á quien habían erigido un altar tus antepasados de Atenas. En este momento confieso yo , más que nunca , á mi Dios. Conmigo se halla en el calabozo y su sonrisa penetra en las tinieblas. En la víspera de la muerte mi corazón se regocija con la esperanza de la vida eterna , y la tierra se aparta de mis ojos para que el alma fatigada pueda acercarse al cielo.

—Contesta á mi pregunta, dijo súbitamente Glauco. Tu nombre y el de Apecides, si no recuerdo mal, andaban juntos en el proceso. ¿Presumes tú que sea yo el culpable?

—Dios solamente lee en el fondo de los corazones, contestó el cristiano. He de decirte, sin embargo, que mis sospechas no han recaído sobre tí.

—¿Entonces sobre quién han recaído? dijo Glauco.

—Sobre Arbaces, sobre el mismo que te acusa, respondió el cristiano.

—¡Oh cuánto consuelo me dás! repuso Glauco. ¿Y porqué razón has sospechado tú de Arbaces?

—Porque conozco el mal fondo de este hombre, dijo el cristiano, y además porque sé que tenía motivos para temer al interfecto.

Refirióle entonces Olintho á Glauco la conversión de Apecides y el plan que éste había formado para hacer públicas las imposturas sacerdotales del egipcio y para revelar asimismo las seducciones empleadas por éste sobre la inexperiencia juvenil de su prosélito.

—Por estas razones, creo yo, prosiguió diciendo Olintho, que si Apecides se encontró con Arbaces y le echó en cara sus malas artes amenazándole con publicarlas, el sitio y la hora debieron coadyuvar á la cólera del egipcio y entre la hipocresía y la rabia decidióse el fatal golpe.

—Eso debe ser, no hay duda, exclamó Glauco. Ya respiro con desembarazo, ya me siento feliz.

—Pero en este momento, ¡pobre desgraciado! ¿de qué te sirve el ver claro en este asunto? dijo Olintho. Estás condenado por la suerte, y á pesar de tu inocencia debes perecer.

—¿Qué me importa, respondió Glauco, si á lo menos puedo saber de cierto que no soy culpable? En mi extraña demencia me habían acosado ciertas dudas pasajeras pero terribles. Ahora, pues, tú que profesas una creencia religiosa distinta de la mía, resuélveme lo que

voy á proponerte. ¿Piensas tú que por leves faltas ó por reato de culpa de nuestros antepasados podamos quedar abandonados y malditos de las Potencias superiores, sea cualquiera el nombre con que tú quieras designarlas?

— Dios es justo, dijo Olintho, y no abandona á sus criaturas por la mera fragilidad que es inseparable de la naturaleza humana. Dios es misericordioso y no maldice á nadie sino al malvado que no quiere arrepentirse.

— Á pesar de esto, repuso Glauco, paréceme que la cólera divina me hirió con un delirio súbito, con una demencia pasmosa y sobrenatural que no provenía de medios humanos.

— Hay espíritus demoníacos sobre la tierra, dijo Olintho con gravedad. Tan cierto es eso como que Dios y su Hijo están en el cielo. ¿Quién sabe si los demonios han tenido poder sobre tí porque no reconoces al Hijo divino?

Glauco no respondió palabra, y entrambos guardaron silencio por algunos momentos. Después de un rato, con voz conmovida y algo vacilante, dijo el ateniense:

— Cristiano: ¿tú crees como doctrina de tu religión que los muertos resucitan á nueva vida, que los que se han amado en la tierra no quedan separados para siempre, que más allá de la tumba nuestro buen nombre brilla con luz purísima á pesar de las densas nieblas que lo hayan empañado ante los ojos groseros del mundo, que las corrientes del bien, aunque separadas por los desiertos y por las rocas, van á reunirse en el majestuoso Hades y fluyen de nuevo formando el río eterno?

— ¿Qué si creo estas verdades, oh ateniense? dijo el cristiano. No solamente las creo sino que las miro palpables ante mis ojos, y su hermosura y su bendita esperanza es lo que me conforta en estos momentos. ¡Oh Cylene! esposa de mi corazón, tú que me fuiste arrebatada á los pocos meses de matrimonio, ¿no es cierto que volveré á reunirme contigo dentro de poco? Bienvenida sea, bienvenida sea la muerte puesto que me lleva al cielo donde Cylene me aguarda.

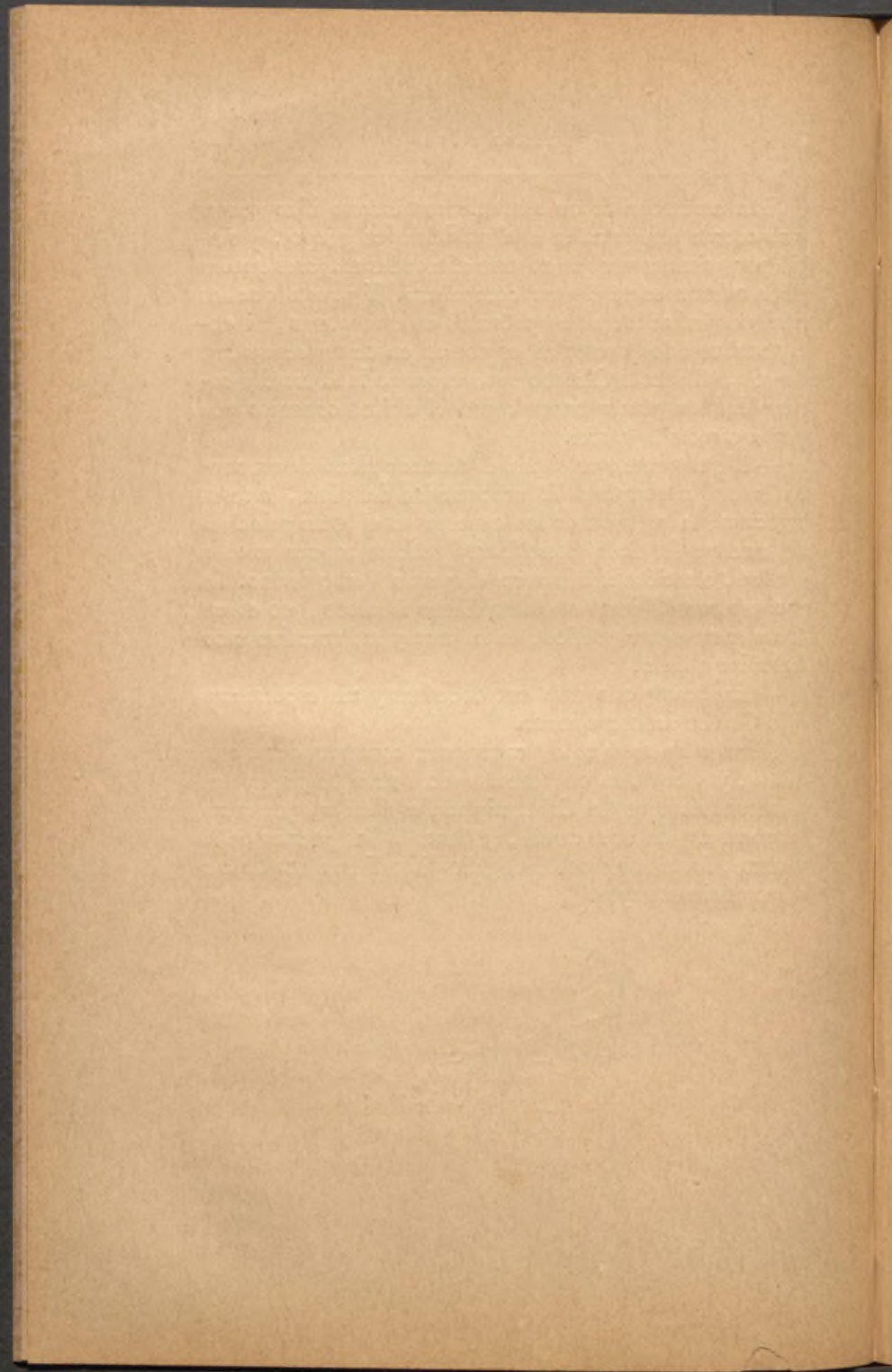
Esta expansión de un sentimiento humano hizo vibrar una cuerda simpática en el alma del joven griego, y sintió por primera vez que existían afinidades mayores que las de la tristeza entre él y su compañero. Y puesto que los antiguos italianos, algo benévolos en este punto, ni encadenaban á los presos ni les ponían en celdas separadas, acercóse Glauco á Olintho aprovechando la libertad y comunidad de sentimientos como el último consuelo que podía ofrecer la cárcel.

—Ciertamente, prosiguió el cristiano lleno de un santo fervor, ciertamente la inmortalidad del alma, la resurrección, la reunión de los muertos es el gran principio de nuestra fé. Para atestiguar y proclamar esta excelsa verdad, ofrecióse á la muerte el mismo Verbo divino. La recompensa del justo no es un Eliseo fabuloso, no es un Orco meramente poético, es la pura y radiante herencia del mismo cielo.

—Explicame aun más tus doctrinas y tus esperanzas, dijo Glauco arduosamente.

Olintho no se hizo de rogar para corresponder á este deseo, y sucedió lo que tantas veces tuvo lugar en los primeros tiempos del Cristianismo, es á saber, que entre las sombras de una cárcel, y junto á las puertas de la muerte, los albores del Evangelio difundieron sus dulces y sacratísimos rayos.







CAPITULO XVII.

Una esperanza en favor de Glauco.

LAS horas se deslizaban lánguida y dolorosamente para Nydia, desde que estaba por segunda vez metida en cárcel.

Sosiano, como si temiese ser víctima de un nuevo engaño, no entró en el cuarto hasta muy entrada la mañana, y aun entonces no hizo otra cosa sino dejar á la muchacha las provisiones de pan y de vino. Fué transcurriendo todo el día, el mismo día de la sentencia de Glauco, y Nydia continuaba encerrada en el aprisco, confinada y emparedada sin remedio, sintiendo con ello la tortura más atróz del mundo puesto que su declaración era lo único que podía salvar á la víctima. Débil, apasionada y nerviosa, no quiso sin embargo entregarse á la desesperación, y tomó un poco de alimento para conservar sus fuerzas guardando maravillosamente su presencia de espíritu y preparándose para obrar en cuanto se presentara una circunstancia favorable.

Revolviendo proyecto sobre proyecto con el objeto de escapar, y habiendo acabado por desecharlos todos, convenciéndose al fin de que Sosiano era su única esperanza, el único instrumento de que podía servirse. Supersticioso y amigo de salir de la esclavitud ¿no era fácil tentarle ofreciéndole los medios para conseguir su objeto? Llevaba Nydia ricos brazaletes que le habían sido regalados por Dione, y además tenía en el cuello la cadenita de Glauco, aquella misma cadenita que le ocasionó un arrebato de celos, y que luego había prometido no abandonar en todos los días de su vida. ¿No representaba todo esto un valor suficiente para comprar la emancipación de Sosiano? Era pues del caso esperar la vuelta del esclavo para llevar á cabo la última tentativa, y en este concepto estuvo midiendo el tiempo con mucha angustia, hasta que á la postre viendo que pasaba una hora tras otra, y que el esclavo no parecía, perdió por completo la paciencia y empezó á gemir, á chillar y á dar golpes contra la puerta. Resonaron sus gritos en la pieza inmediata, y Sosiano de muy mal talante acudió con toda la presteza que le fué posible para ver si lograba que se callase.

— ¡Silencio! ¡Silencio! ¿qué es eso? dijole con tono regañón. Si sigues gritando de esta manera te pongo de nuevo la mordaza. ¿No conoces que si el amo te oye, mis espaldas han de pagar la fiesta?

— No me riñas, buen Sosiano, contestó Nydia: yo no puedo estar sola por tanto tiempo. Me da miedo. Ven y siéntate aquí conmigo. No tengas cuidado de que quiera escaparme. Pon el sitial junto á la puerta y vigíleme. Verás como no me muevo de este sitio.

Sosiano que antes que otra cosa era charlatán, se encontró cogido por el lado flaco, y llegó á tener compasión de una pobre muchacha que no podía hablar con nadie. Él por su parte se encontraba en el mismo caso; reventaba por armar palique, y así fué que se dejó engatusar al momento, y decidióse á complacer á la ciegucecita

complaciéndose al mismo tiempo á sí propio. Insiguiendo la indicación de Nydia puso el banquillo delante de la puerta, sentóse luego en él, y díjole á la muchacha:

—Vamos, no creas que yo soy tan bruto que no me guste hablar con las personas, y con tal que el parloteo sea inofensivo, aquí me tienes para cuanto se te ofrezca. ¡Pero mucho cuidado! mira que no quiero jugarretas ni conjuros, ni cosa que lo valga.

—No se trata de eso, buen Sosiano, repuso Nydia. Dime que hora tenemos.

—Ya va cayendo la tarde, dijo el esclavo. Ya se retiran los ganados á los corrales.

—¡Oh dioses! exclamó Nydia. Y del proceso ¿qué ha resultado?

—Condenados los dos, respondió Sosiano.

—Ya me lo figuraba, dijo Nydia reprimiendo un quejido de angustia. ¿Y cuando sufren la pena?

—Mañana en el anfiteatro, contestó Sosiano. Y á no ser por tu causa, chicuela, yo hubiera tenido permiso como los demás y hubiera ido á verlo.

A estas palabras del esclavo, Nydia quedó desfallecida por algunos momentos. Su naturaleza física no tenía ya fuerzas para sostenerla. Iban avanzando las sombras crepusculares, y gracias á esta circunstancia y á las preocupaciones que le dominaban el esclavo no se fijó siquiera en el desmayo de Nydia, y continuó charlando á más y mejor, lamentando la pena que le causaba el no poder asistir á los juegos y echando pestes contra Arbaces por que le había escogido precisamente á él para carcelero. Mientras estaba en esto, Nydia se recobró algún tanto y exhaló un profundo suspiro.

—Ya veo que suspiras, ciegucecita, por el chasco que yo me llevo no pudiendo asistir á la fiesta, dijo el esclavo. Está muy bien: no deja de ser un consuelo. Y puesto que te haces cargo de lo mucho que me cuestas, no quiero regañarte más. Dura cosa es pasarlo mal, pero mucho peor es que á uno no le compadezca nadie.

— Dime Sosiano , preguntó Nydia , ¿ para comprar tu libertad , cuanto necesitas ?

— Pues , necesito cosa de dos mil sextercios , respondió el esclavo.

— ¡ Alabados sean los dioses ! ¿ no más que eso ? dijo Nydia . ¿ Ves estos brazaletes y esta cadenita ? Valen lo menos el doble . Tuyos han de ser si me complaces en lo que voy á pedirte .

— No me tientes , muchacha , interrumpió Sosiano . Lo que es soltarte no puedo . Arbaces es un amo de los más serios y de los más tremendos . ¿ Quién sabe si estaría yo destinado á engordar los peces del Sarno ? Después de esto ¿ me volverían á la vida todos los sextercios del mundo ? Nada , nada : vale más un perro vivo que un león muerto .

— Piénsalo bien , Sosiano , mira que se trata de tu libertad , dijo Nydia . Déjame que yo salga , aunque no sea más que una horita , déjame que salga á media noche , y antes de la madrugada estaré de vuelta . Si quieres puedes acompañarme .

— Eso jamás , dijo Sosiano con mucha resolución . Hubo aquí una vez un esclavo que fué desobediente con Arbaces , y nadie ha sabido noticias de su paradero .

— Los amos según la ley , replicó Nydia , no tienen poder de vida y muerte sobre sus esclavos .

— La ley será muy digna de que le estemos agradecidos , dijo Sosiano , pero es mayor su cortesía que su eficacia . Eso de las leyes , Arbaces suele ponerlo siempre de su lado . Y además una vez que yo me haya muerto , ¿ habrá alguna ley que baste para resucitarme ?

— Puesto que no me das esperanza , repuso Nydia retorciéndose las manos , puesto que no quieres que salga sin orden de Arbaces , no te niegues al menos á llevar una letra mía . Por este servicio no hay peligro de que tu amo te mate . Yo te daré la misiva y tú la llevarás al Pretor .

—¿A un magistrado? contestó el esclavo. No lo pienses, muchacha. Bueno fuera que me llevara á declaraciones ante el Tribunal. ¿Sabes como repreguntan ellos á los esclavos? Pues es por medio del tormento.

—¿Al Pretor he dicho? replicó Nydia. Quise decir otra cosa. Lo que quería pedirte es que llevases la letra al bonachón de Salustio.

—Y con ese ¿qué tienes tú que ver? preguntó Sosiano.

—Sabes que Glauco ha sido bueno para conmigo y que va á morir, contestó Nydia. Salustio es amigo suyo y no dejará de transmitir mi encargo. Yo no quedaré tranquila si entre las angustias del proceso y de la muerte, no puedo poner en noticia de Glauco que hay todavía un corazón agradecido que late por él.

—Páreceme que Salustio no hará lo que tú deseas, dijo el esclavo. Y en cuanto á Glauco, bastante tiene en que pensar de hoy á mañana para que le salgan quebraderos de cabeza por parte de una chiquilla ciega.

—¡Hombre! ¿quieres ser libre? dijo Nydia poniéndose de pié. Ahora tienes los medios: mañana ya será tarde. Nunca se habrá adquirido la libertad á más corto precio. Sales de casa sin que nadie lo note, despachas en media hora, y vuelves. ¿Por una tontería como esta rehusarías tu libertad?

Estas palabras de Nydia hicieron mella en el ánimo del esclavo. La cosa, en verdad, le parecía algún tanto desatinada, pero de esto no se le daba un comino, y por otra parte, dejando á la muchacha encerrada, el salir de casa sin permiso no era falta mayor, y tan solo podía acarrearle alguna reprimenda de Arbaces. Únicamente le inquietaba un poco el considerar que la letra de Nydia podía dar noticias de que se la tenía detenida y presa, pero en todo caso, ¿cómo había de saber Arbaces quien había llevado el mensaje? La dádiva que se le ofrecía valía mucho, el riesgo era pequeño, la tentación irresistible.

El resultado fué que se inclinó muy pronto su voluntad, y manifestó que consentía.

— Dame esas chucherías y llevo la letra, le dijo á Nydia. Pero antes hay que pensar una cosa. Tú eres sierva, y esos dijes no te pertenecen porque son de tu amo.

— Glauco me los dió, repuso Nydia. No es fácil que venga á pedirlos, y además ¿quién ha de saber que tú los tienes?

— Es verdad, dijo Sosiano. Voy pues á traerte un papiro.

— No me traigas papiro, contestó Nydia. Tráeme una tablilla de cera y un estilo.

Como ya conoce el lector, Nydia había nacido en familia gentilicia. Sus padres habían hecho algo para aminorar su desgracia, y ella con su talento vivísimo había secundado tales esfuerzos. Así es que á pesar de la falta de vista había adquirido en sus tiernos años, de una manera más ó menos perfecta, el arte de escribir en las tablillas de cera, para lo cual le servía maravillosamente su exquisito sentido del tacto.

En cuanto Sosiano le dió las tablillas, trazó con alguna dificultad sobre la cera algunas palabras en griego que era el lenguaje de su niñez, comprendido generalmente en aquella época por todos los italianos de condición algún tanto elevada. Rodeó la misiva con el hilo protector, cubrió el nudillo con cera, y al poner el mensaje en manos de Sosiano le habló en estos términos:

— Sosiano: yo soy ciega y estoy encarcelada. Tú puedes pensar en engañarme; tú puedes decir que has llevado la letra á Salustio sin que en realidad hayas cumplido la comisión de que te encargas; pero yo aquí consagro solemnemente tú cabeza á la venganza, consagro tú alma á las potestades infernales si llegas á faltar á la buena fé que me debes. Pon tu mano derecha en la mía en señal de juramento, y repite estas palabras: Por el suelo sobre el cual nos sustentamos; por los elementos que contie-

nen la vida y que pueden maldecirla; por el Orco vengador de las culpas; por el Dios Padre Olímpico que lo ve todo, juro que he de cumplir honradamente mi encargo, y que esta letra que se me confía he de ponerla con lealtad en las manos de Salustio. Como yo falte á este juramento, caigan sobre mí las execraciones del cielo y del infierno... Ahora basta ya. Tengo confianza en tí. Ahí tienes tu recompensa. Se hace tarde por momentos. Parte pues sin demora.

— Eres una muchacha muy singular, dijo Sosiano, y quiero decirte que me has dado miedo. Pero todo esto no viene á ser nada, y como yo encuentre á Salustio, no dudes de que le he de dar la letra conforme á lo prometido. A fe mía te aseguro que yo puedo tener mis trapacerías, pero en cuanto al perjurio no se ha hecho para mí. Eso en todo caso hay que dejarlo á los señores.

Salió Sosiano de la estancia donde quedaba Nydia, y echó de paso el robusto aldabón á la puerta asegurándolo cuidadosamente por medio del cerrojo. Puso luego la llave en la cintura y entró en su propio cuartucho donde se envolvió de piés á cabeza en un capote muy holgado, en pos de lo cual salió de la casa en medio de la oscuridad sin haber tropezado con nadie, y sin que nadie le hubiese visto.

Desiertas y expeditas estaban las calles, y así fué que no tardó mucho rato en llegar á la casa de Salustio. Ya una vez allí, díjole el portero que dejase la letra y que se volviese, porque el amo estaba tan afectado con la condena de Glauco que no podía ocuparse en asuntos de ninguna clase.

— Con todo, replicó Sosiano, yo he jurado que había de darle esta letra en sus propias manos, y es preciso que se la dé.

Sabia perfectamente Sosiano por su propia experiencia que Cerbero es amigo de las sopas, y partiendo de este principio sacó media docena de sextercios y los puso en

la mano del portero , con lo cual el otro se hizo más tratable y le dijo :

— Bueno pues ; entra si quieres ; pero la verdad que te diga encontrarás al amo un poco chispo , porque es la manera que él tiene de ahogar las penas. Cuando hay algo que le entristece dispone una cena mayúscula , pide los vinos de primera , y no deja el festín hasta que su cabeza está descargada de todas las cosas del mundo menos del licor.

— ¡ Bien pensado ! ¡ muy bien pensado ! exclamó Sosiano. ¡ Ay ! ¡ quién fuera rico para hacerlo del mismo modo ! Si yo estuviese en el lugar de Salustio , quisiera tener una pena ú otra todos los días... Más , vaya ; aquí se acerca el atriense ; dile que me lleve á donde se encuentra el amo.

Salustio que estaba demasiado triste para tener convidados , no se sentía con fuerzas, por la misma causa, para beber solo. Por esto según la costumbre que tenía adoptada en ocasiones análogas , había admitido en su mesa á su liberto, y en verdad nunca se ha visto un banquete tan raro como el que ambos estaban celebrando. El bueno del epicúreo suspiraba de cuando en cuando , lloraba, prorumpía en sollozos , y luego acometía con desusado apetito algún plato nuevo ó vaciaba su rebosante copa.

— Mi buen amigo , decíale á su comensal, ¿ has visto sentencia como esta ? ¡ Esto es atroz !... Pero ¡ hombre ! ¡ Y qué malo está este cabrito !... ¡ Pobre Glauco ! ¡ Y este león qué quijadas tiene tan enormes !

En esto sollozó de nuevo y luego le sobrevino el hipo.

— ¿ Porqué no bebes otra vez ? le dijo el liberto.

— Porque está frío este vinillo , repuso Salustio. ¡ Y Glauco ! No estará poco frío también en el calabozo... Mañana hay que tener cerrada la casa y que no salga nadie... Ni uno sólo de mis servidores debe honrar con su presencia esa maldita arena. ¡ Mucho cuidado con ello !

— Prueba este Falerno , insistió el liberto. Ves que la

pesadumbre te ha trastornado por completo y acabarás por ponerte malo. Toma un poco de quesadilla.

En tal punto se encontraban precisamente los dos comensales cuando Sosiano fué admitido á la presencia del inconsolable pítimo.

— ¿Qué es eso ? ¿quién eres tú ? dijo Salustio.

— No soy más que un mensajero , contestó Sosiano. Vengo á traerte esta letra de parte de una joven. Creo que no he de esperar respuesta. ¿ Puedo retirarme ?

Al decir esto el discreto Sosiano se envolvía la cabeza con el capote , y desfiguraba la voz para que se hiciese difícil el reconocerle más tarde.

— ¡ Por los dioses ! ¡ un rufián ! exclamó Salustio. ¡ Miserable y sin entrañas ! ¿ Pues no estás viendo mi tristeza ? Márchate de aquí con todas las maldiciones de Pándaro.

Sosiano , sin hacérselo repetir dos veces , tomó el portante , y el liberto le dijo á Salustio :

— ¿ No vas á leer esta letra ?

— ¡ Una letra ! contestó el epicúreo que empezaba á bambolearse y á ver los objetos doblados , ¿ qué letra es esa ?... ¡ Ah ! ¡ malditas sean estas muchachas ! ¿ Soy hombre para pensar en cosas de risa cuando mi amigo va á ser devorado por las fieras ?

El hipo le interrumpía de nuevo al decir estas palabras y en vano fué que le incitase el liberto á tomar otro pastelillo , pues pretextando que le ahogaba el dolor , se resistió á continuar el banquete.

Mandó el liberto que le llevarsen á la cama , y con la cabeza caída sobre el pecho se le condujo al cubículo donde continuó lamentándose de la suerte de Glauco y exhalando al mismo tiempo maldiciones sobre los mensajes intempestivos de las señoras de vida airada.

En el entretanto Sosiano se iba alejando de la casa de Salustio completamente indignado del recibimiento que éste acababa de hacerle.

— ¡ Yo rufián ! decía hablando consigo mismo. ¡ Este

Salustio es una mala lengua! Que me hubiese llamado bribón ó ladronzuelo pase, pero rufián es una palabra que le revuelve el estómago á cualquiera. Mejor quisiera que me hubiese llamado parricida... En fin: estaba borracho y no sabía lo que se decía. Si él hubiese sabido quién soy yo, me hubiera llamado buen chico, guapo Sosiano ú otra cosa por el estilo: estoy segurísimo de ello. Lo que me consuela es que he ganado los joyeles con poco esfuerzo. ¡Oh diosa Feronia! Pronto seré yo un hombre libre. ¡Ya veremos entonces quién me llama rufián! ¡Digo: á no ser que me pagasen generosamente para escuchar esta palabrita!...

La callejuela donde se encontraba Sosiano conducía en dirección al anfiteatro y á los palacios contiguos, y al llegar á una de las encrucijadas, se encontró con multitud de hombres, mujeres y niños que rebullían, gesticulaban y bromeaban unos con otros. Hallóse arrastrado el dignísimo Sosiano por la bulliciosa corriente casi sin sentirlo, y dirigiéndose á un joven trabajador que iba marchando á su lado, le preguntó:

— ¿Pero eso qué es? ¿Á dónde va esa gente con tantos empujones? ¿Hay algún ricacho que haga limosnas esta noche ó que reparta viandas al pueblo?

— Mejor que eso, hombre, mejor que eso, le contestó el trabajador. Lo que hay es que el noble Pansa, el amigo del pueblo, ha dado permiso para ver las fieras en las jaulas. ¡Por Hércules! No faltará mañana quien las vea con un poco más de peligro.

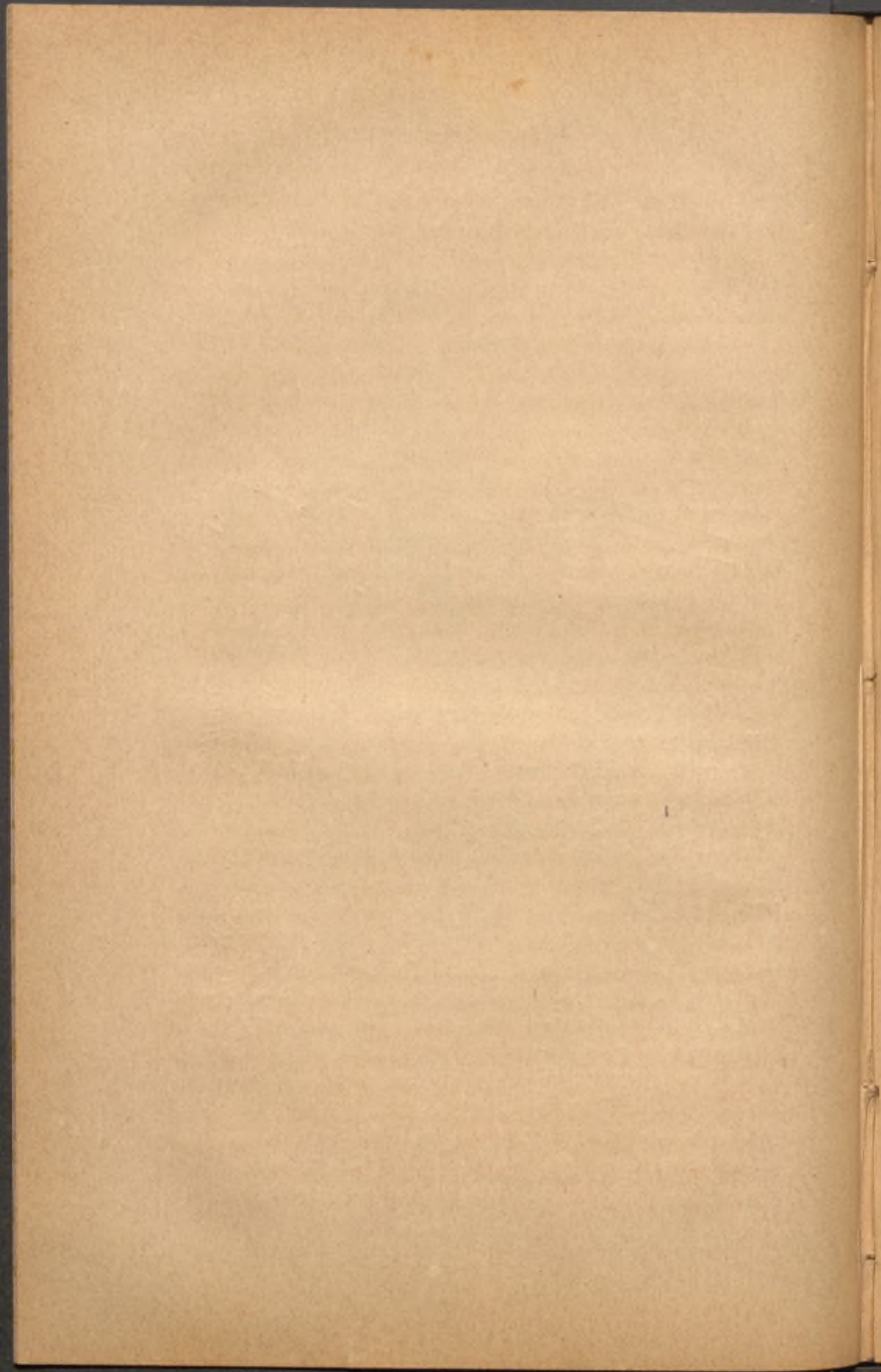
— Vale la pena de que vayamos allá, dijo Sosiano dejándose arrastrar de mejor gana que antes por el gentío. Ya que mañana no puedo ir á los juegos, á lo menos esta velada habré dado un vistazo á las bestias.

— Bien haces, replicó el trabajador. Un león y un tigre no es cosa que pueda contemplarse en Pompeya todos los días.

Llegó entonces la muchedumbre á un espacio anchuro-



—¿A donde va esa gente con tantos empujones?



so y poco urbanizado, que sólo tenía algunas luces á bastante distancia, todo lo cual ofrecía peligro para las personas cuyos hombros y piernas no eran á propósito para resistir empellones. Las mujeres, á pesar de todo (y eso que muchas de ellas amamantaban chiquillos ó los tenían en el brazo) no se arredraban poco ni mucho para codearse con el gentío, y sus quejas, gritos y chillidos se oían más y mejor que los vozarrones de los hombres. Entre la bulla general sobresalía la vocecita de una joven, más contenta que nadie del espectáculo que se preparaba, la cual ni se acordaba siquiera al parecer de que la molestasen las apreturas.

— Bueno, bueno, decía á sus compinches. Siempre os lo había asegurado que tendríamos un hombre para el león y otro para el tigre. ¡Vaya si los tenemos! Ya quisiera yo que estuviéramos á mañana.

¡Viva la fiesta!
 ¡Viva el placer!
 ¡Luchadores que vais á la arena
 Morir ó vencer!

Ya se llena el anfiteatro
 De galanes y de damas,
 Gozoso brilla el hierro
 Del gladiador.

¡Hála! Hála! por do quiera
 Corred, corred á las gradas,
 ¡Derrámase la sangre!
 ¡Viva el valor!

¡Luchadores que vais á la arena
 Morir ó vencer!
 ¡Viva, viva la espléndida fiesta
 Viva el placer!

— ¡Qué alegre está esta muchacha! exclamó Sosiano.
 — Se está despepitando por los gladiadores, dijo con

un poco de celos el trabajador que andaba muy rizadito y era buen mozo. Eso tienen las mujeres. Como yo hubiese sido esclavo no hubiera tomado por maestro sino al lanista.

— ¿Eso habrías hecho? dijo Sosiano con desdén. Pues mira: cada cual tiene sus gustos.

En cuanto el gentío llegó al lugar á donde encaminaba sus pasos, aumentaron los apretones y las congojas puesto que el cobertizo donde se hallaban las jaulas era extremadamente reducido y angosto. Dos empleados del anfiteatro guardaban la puerta de aquel cobertizo y daban contraseñas para la entrada, en número no muy grande, á fin de que dentro del local no se produjesen tumultos. Sosiano que era bastante fornido y que no acostumbraba pararse en chiquitas, dejó á su compañero el trabajador, y se abrió paso á viva fuerza hasta llegar á la puerta. Dentro del local se respiraba una atmósfera densa y fatigosa producida por el humo de varias antorchas. El león y el tigre estaban enjaulados separadamente y aprisionados entre barrotes de hierro bastante gruesos y fuertes. El león, aun cuando por naturaleza fuese más noble que su compañero, estaba aguijoneado por el hambre y chocaba contra los barrotes yendo y viniendo en la jaula ó se paraba á mirar á los espectadores respirando anhelosamente y con ojos encendidos por la ira. El tigre estaba echado á lo largo moviendo y removiendo la cola, y de cuando en cuando expresaba por medio de un bostezo la pesadumbre y el enojo que sentía de hallarse cautivo y de ver cerca de sí un número tan grande de curiosos.

— Bestia tan fiera como este león yo no la he visto ni el anfiteatro de Roma, dijo á la derecha de Sosiano un muchacho agigantado y muy robusto.

— Pues yo le tengo envidia cuando miro su musculatura, replicó á la izquierda de Sosiano otro muchacho más joven y más delgado que estaba con los brazos cruzados contemplando las fieras.

— ¡ Dos gladiadores son esos ! pensó Sosiano. Yo debo ser la *virtud* porque dicen que está siempre en el justo medio.

— Lo acertaste , Lydón , dijo el más alto de los gladiadores. Yo también le tengo envidia al leonazo.

— ¡ Y pensar que el noble griego, joven y dichoso hace pocos días , ha de ser devorado por ese animalote ! exclamó Lydón.

— ¿ Pues eso qué tiene de particular ? contestó Niger con acento salvaje. Á más de un gladiador honrado le obligó el emperador á combatir con los leones. Bien podrá encontrarse según eso frente á frente del león un rico, condenado por homicida en nombre de las leyes.

Lydón se encogió de hombros y no añadió una sola palabra. Los circunstantes entretanto miraban á los dos con un palmo de boca abierta, porque los gladiadores excitaban la curiosidad general en tan alto grado como las fieras.

— Yo doy gracias á los dioses , dijo Lydón al cabo de un rato , de no estar destinado á combatir contra el león ni contra el tigre. Á la verdad , Niger , preferiría batirme contigo.

— Yo soy tan peligroso como las fieras , respondió Niger soltando una carcajada y haciendo reír á la vez á sus admiradores.

— Puede ser , le replicó Lydón abriéndose camino.

Y en esto se retiró Lydón seguido de Sosiano que aprovechó aquella coyuntura para salir del cobertizo sin apretones.

— Ese es el joven Lydón. Buen gladiador. Mañana combate , dijo uno de los que formaban grupo á la parte de afuera.

— Por él tengo hecha una apuesta , dijo otro. Mira qué gallardía en el andar y qué firmeza.

— ¡ Buena suerte , Lydón ! dijo un tercero.

— Lydón , mis votos son para ti , díjole una mujer de

clase media elegantemente vestida. Si consigues el triunfo ya llegará mi nombre á tus oídos.

— ¡ Qué hombre tan hermoso , por Venus ! exclamó una jovencita que apenas acababa de ser niña.

— Muchas gracias , contestó Sosiano tomando el requiebro como propio.

Por elevados que fuesen los móviles de Lydón ; por más que el deseo de conseguir la libertad de su padre fuese la única causa que le había convertido en gladiador , no dejaba de halagarle el efecto que producía su persona , y echaba en olvido que aquellas mismas voces que le adulaban eras capaces al día siguiente de reclamar su muerte. Orgulloso ya con su profesión , marchaba erguido y con ligereza como quien está seguro de sí mismo. Después de haber atravesado todo el espacio que ocupaban los curiosos , volvióse creyendo que Niger venía en pos de él , y dijo estas palabras :

— Oye , Niger : tú y yo nos hemos disputado muchas veces : mañana no debes batirte conmigo , pero es muy posible que uno de los dos sucumba en la lucha : dame , pues , tu mano.

— Ahí va la mía , dijo Sosiano que seguía impertérrito detrás de Lydón.

— ¡ Ah ! ¿ quién es ese tonto ? exclamó Lydón. Yo creía estar hablando con Niger.

— No es extraño ; creo que nos parecemos algo , dijo Sosiano.

— ¡ Qué fátuo ! replicó Lydón. Si Niger estuviera por aquí era capaz de extrangularte.

— ¡ Caramba y qué modo de hablar tienen esos atletas ! dijo Sosiano. Vaya , dejemos eso. Hablemos de otra cosa.

— Pero ¿ tú crees que yo he de ponerme á charlar contigo ? contestó Lydón.

— ¡ Ah ! es verdad , replicó Sosiano. Olvidaba que te estrenas mañana y debes estar muy pensativo. Apostaría cualquiera cosa á que sabrás morir como un valiente.

— ¡Morir! exclamó Lydón. Mal agüero es ese. No creo ciertamente que haya llegado mi hora. Caigan las palabras sobre tu cabeza.

— El que juega á los dados con la muerte puede esperar la jugada de perros, dijo maliciosamente Sosiano. En fin tú eres un robusto muchacho y yo deseo que todos los azares te favorezcan. Salud y prosperidad, compañero mío.

Dichas estas palabras volvió Sosiano los talones y tomó el camino de su casa.

— Yo espero que las tontunas de ese perillán no me traigan desgracia, dijo Lydón en cuanto se quedó solo. Pensando en mi padre y en la fuerza de mis brazos no me había ocurrido nunca que yo pudiera morirme. ¡Pobre padre mío! ¡ Soy su hijo único! ¿Qué sería de él si yo muriese!

Agitado con estas ideas iba acelerando el paso el joven gladiador, cuando por una de las calles que atravesaba vió acercarse el mismo anciano por quien se estaba preocupando en tan alto grado. El canoso Medón, apoyado en su palo y encorvado por la edad, se aproximaba poco á poco y con paso tembloroso hacia el sitio donde se encontraba el gladiador. Lydón se quedó parado por un momento y adivinó bien pronto cuál era la causa de que el anciano hubiese salido á la calle á tales horas.

— De seguro que me está buscando, dijo para sus adentros. La condenación de Olintho le tiene horrorizado, y ahora más que nunca le parece aborrecible y criminal todo eso de la arena. Viene á pedirme otra vez que renuncie á la lucha. Debo evitar su presencia. Si me encuentro con él no sabré resistirme á sus ruegos y á sus llantos.

Atravesó el espíritu de Lydón toda esta serie de pensamientos en mucho menos tiempo del que se necesita para relatarlos, y cambiando súbitamente la dirección que llevaba púsose á caminar con mucha prisa y al poco rato se encontró sobre un montículo que dominaba los barrios

más alegres y espléndidos. Paróse allí contemplando las calles tranquilas, alumbradas por la luz de la luna que acababa de salir en aquellos momentos y reflejaba de una manera muy pintoresca sobre la muchedumbre que en las cercanías del anfiteatro cuchicheaba y andaba lentamente de una parte á otra. Sintióse conmovido Lydón á pesar de la rudeza de su fantasía, y sentóse en la gradería de un pórtico donde no había nadie, conociendo á los pocos momentos que la calma de la hora crepuscular restablecía la tranquilidad de su ánimo.

Frente al sitio en que se había sentado fulguraban las luces de una suntuosa habitación cuyo dueño estaba dando un convite. Las puertas estaban abiertas por causa del calor, y Lydón distinguía muy bien á los concurrentes que numerosos y regocijados se hallaban al rededor de las mesas colocadas en el átrio. Por entre los grupos distinguíanse asimismo las demás piezas de la casa, todas ellas alumbradas como el átrio, y á lo último, cerrando la perspectiva, se veía el surtidor cuya espuma jugueteaba con los rayos lunares. Colgaban las guirnaldas en los intercolumnios, relucía el blanco mármol de las estatuas, y entre sonoras y joviales carcajadas vibraron al poco rato los acordes de una música y llegó hasta los oídos de Lydón este

CANTO EPICÚREO.

Cese ya el Flámen
De predicar
Donde la ciencia
Su luz nos da:
Cuentos de viejas,
Risa y no más,
Son los del Hades
Para el mortal.
Son las tres Parcas
Gente falaz,

Su hilo invisible
 ; Quién lo hallará ?
 Ya se cansaron
 De tanto hilar,
 Dejad que duerman
 En santa paz.
 ; Fábulas necias
 Pasásteis ya !
 ; No os vuelva el crédito
 Nunca jamás !
 ; Luz de Epicuro
 Guía al mortal !
 ; Tú sola al mundo
 Has de alumbrar !
 Música y vino ,
 Verde arrayan ,
 ; Eso son dioses !
 ; No hay nada más !

Aun cuando no fuese muy excesiva la piedad de Lydón, chocáronle por todo extremo estos versos en que se contenían los principios filosóficos que se habían hecho de moda. Recobróse algún tanto de la sorpresa que le había causado el canto epicúreo, y recibió entonces otra distinta viendo que se acercaban á donde él estaba algunos hombres vestidos de una manera muy sencilla y que pertenecían, al parecer, á las clases populares. Marchaban en conversación bastante animada, y no tenían noticia seguramente de que allí estuviese el gladiador ni le vieron tan siquiera al acercarse.

— ¡ Horror de horrores ! decía uno. ¡ Quitándonos á Olintho nos han cortado el brazo derecho ! ¿ Cuando bajará el Cristo á proteger á los suyos ?

— ¿ Puede haber entre los hombres mayor atrocidad, replicaba otro, que la de condenar á un mismo suplicio al matador y al inocente ? ¡ Pero no desesperemos ! El Señor preservará la vida del cristiano.

Oyóse en esto nuevamente en la mansión iluminada, el estribillo del canto :

Música y vino,
Verde arrayan,
¡ Eso son dioses!
¡ No hay nada más!

Resonaba todavía el eco de estas palabras cuando los nazarenos, poseídos de súbita indignación, entonaron todos en alta voz uno de sus himnos que decía de esta manera:

HIMNO APOCALÍPTICO DE LOS NAZARENOS.

¡ En cielo y tierra: en todo el Orbe estás
Señor Dios nuestro inmenso y eternal!

Por tí resuena horrible tempestad,
Por tí bonanza al mar los vientos dan;

Sobre la nube el carro haces rodar,
Y abate al roble antiguo el vendaval.

¡ Ay de aquel que es soberbio ante tu faz!
¡ Ay de aquel que tu ira afrontará!

Las estrellas del cielo se caerán
Sujetas como todo á tu mandar.

La luz del sol no brillará ya más
Cuando suene la trompa sepulcral.

Sus anchas fosas ha de abrir la mar
Sepultando del Tiempo al gran Titán.

De entre lo oscuro el Trono bajará
Donde tú, Omnipotente, juzgarás.

De espíritus circuida, oh santa faz,
Cizaña y trigo habrás de separar.

¡ Ay de aquél que respire iniquidad!
¡ Ay de aquél que no escuche tu mandar!

Cuando la oscura sima se abrirá
Sálvanos Juez inmenso y eternal.

Á estas palabras fatídicas acalláronse todos los rumores báquicos en la casa donde se celebraba el banquete. Los cristianos cambiaron la dirección que llevaban y pasaron junto al gladiador, y éste, amedrentado sin saber porqué, por las místicas profecías de los cristianos, levantóse á muy poco rato y encaminóse á su casa sin perder tiempo.

Delante de sus ojos, y bajo la bóveda estrellada, ¡cuán tranquilamente dormía la encantadora ciudad! ¡cuánto reposo y descuido se notaba en las columnatas de sus desiertas calles! ¡cuán dulcemente se removía el verdoso oleaje de sus playas! ¡cuán azulado se mostraba el despejadísimo cielo de la Campania! ¡Y sin embargo era la última noche de aquella gozosa Pompeya, colonia del antiquísimo caldeo, fabulosa construcción de Hércules, deleite del voluptuoso romano! ¡Una y otra edad pasaron sobre su cabeza sin destruirla, sin fijarse apenas en ella, pero en el cuadrante de sus destinos había caído temblorosamente el último rayo de luz!

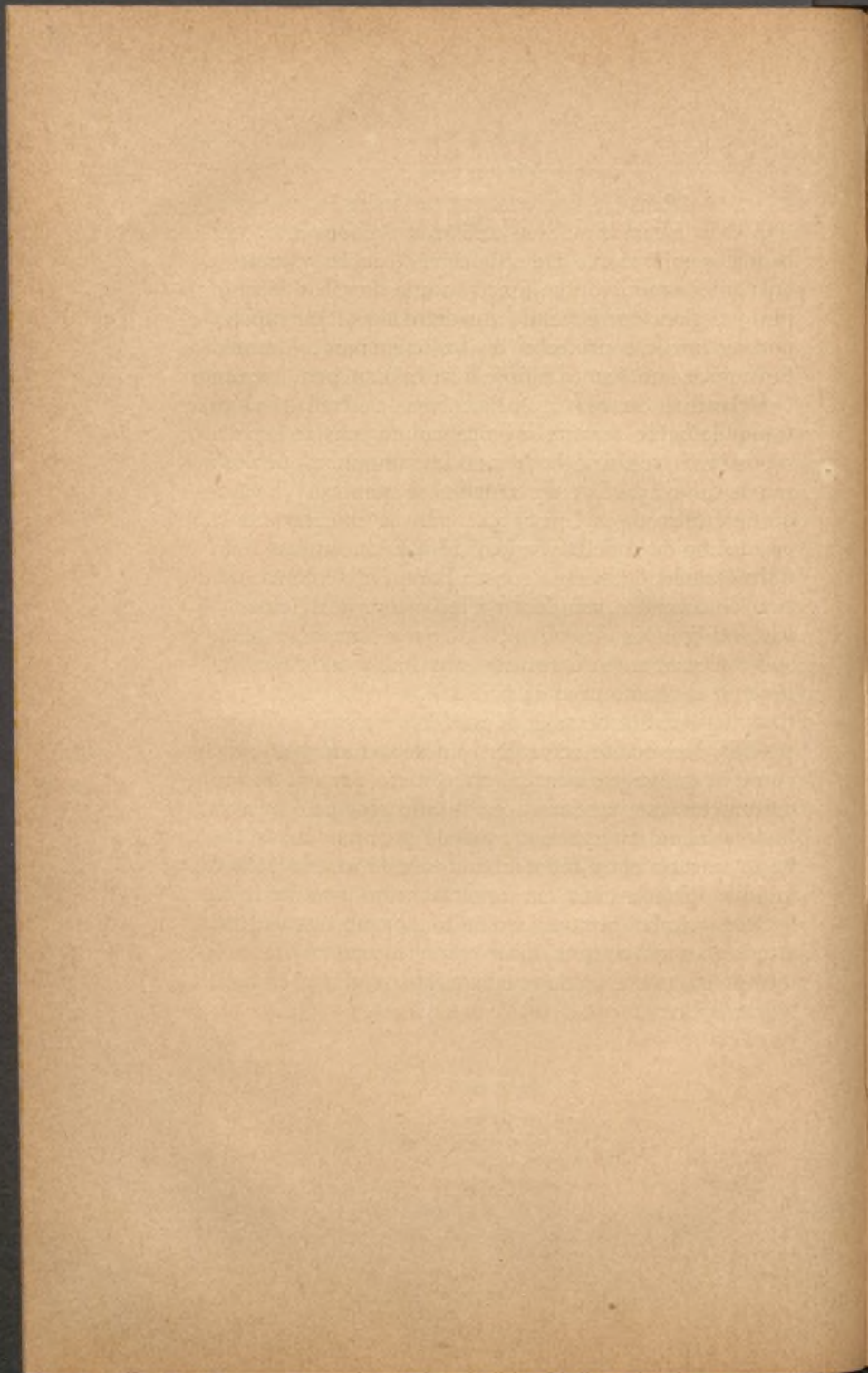
Oyó el gladiador cerca de sí un débil rumor de pisadas como de gente que se acercaba, y notó que era un grupo de mujeres que regresaban del anfiteatro, pero al volver la cabeza con este motivo, quedó sorprendido por una visión inesperada y momentánea. De la cima del Vesuvio que aparecía entre las sombras, salió una luz pálida, meteórica, blanquecina; se agitó por un instante en la atmósfera y acabó por disiparse. Y al tiempo en que sus ojos asombrados contemplaban este fenómeno, la más jóven de las mujeres, con voz regocijada y clara, entonaba el estribillo:

¡Viva la fiesta!

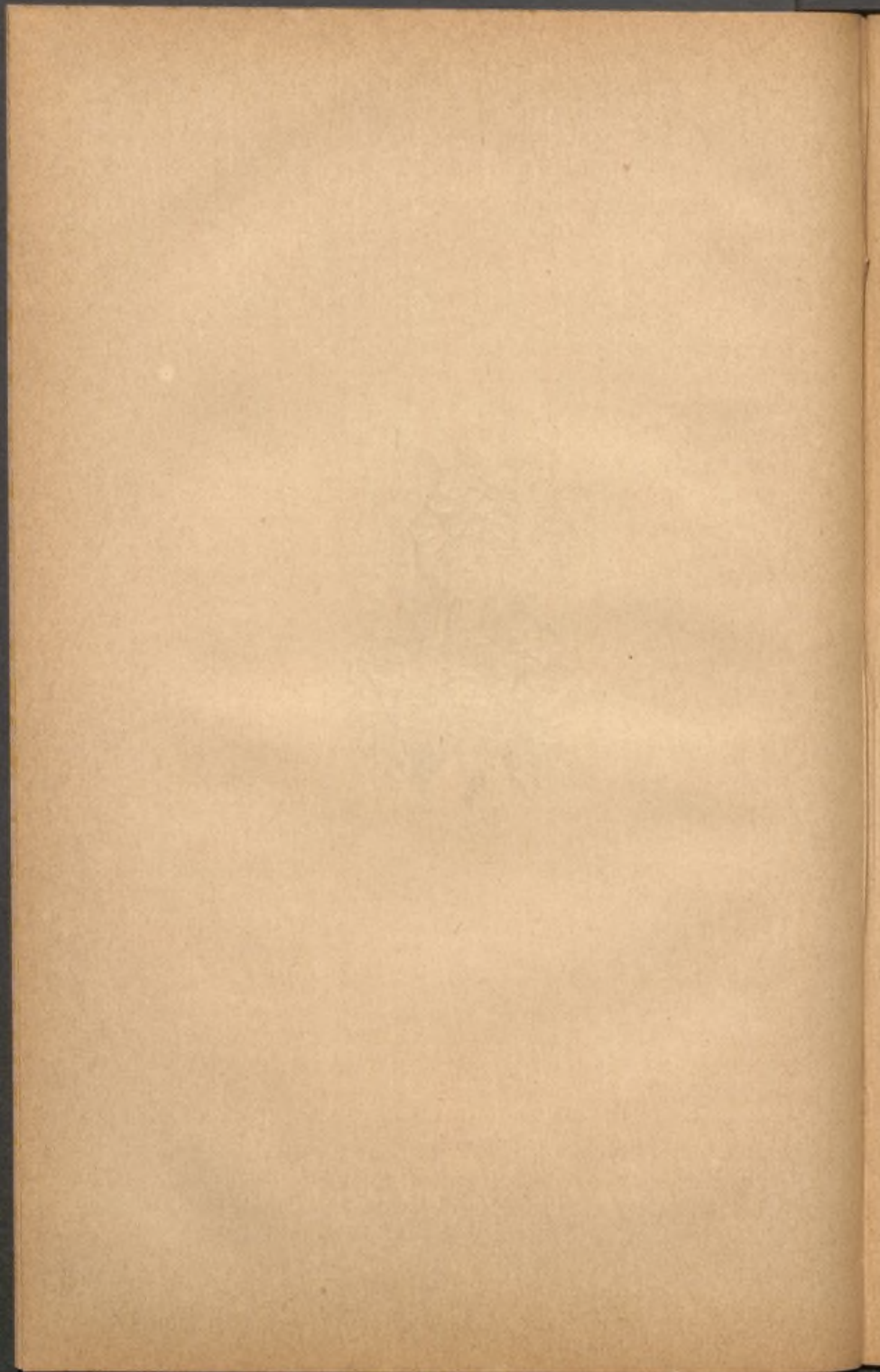
¡Viva el placer!

¡Luchadores, mañana al combate!

Morir ó vencer!









CAPÍTULO PRIMERO.

Sueño de Arbaces. — Una visita y una advertencia para el egipcio.



ENTAMENTE pasó la funesta noche que precedía á los sanguinarios juegos del anfiteatro, y lució después de ella el albor del último día de Pompeya.

La atmósfera estaba quieta y pesada, y una densa niebla se extendía sobre los valles y hondonadas de la Campania. Con sorpresa notaron los pescadores matinales que á pesar de la calma que reinaba en el aire las olas del mar estaban bastante agitadas y parecían alejarse de la costa por extraña y desordenada manera, en tanto que el Sarno azulado y majestuoso, cuyo antiguo cauce buscan ahora inútilmente los viajeros, dejaba oír un sordo y tris-tísimo rumor corriendo por la sonriente llanura junto á las quintas de recreo de los opulentos pompeyanos. La niebla se arrastraba cobijando las casas de la ciudad, distinguiéndose por encima de ella los viejos y gastados torreones del muro, las rojizas techumbres de los mejores barrios, las majestuosas columnatas de los templos y las esculturas que servían de corona y remate á los grandes arcos de triunfo. A lo lejos el perfil de las colinas destacaba sobre la bruma uniéndose con los brillantes colores del crepúsculo matutino. Había desaparecido en las alturas del Vesuvio el nubarrón que allí estuvo conglomerado por tanto tiempo, y el áspero y levantado cúlmen de la montaña volcánica parecía mirar sin ceño las bonitas perspectivas que le rodeaban.

A pesar de lo temprano de la hora, las puertas de la ciudad estaban llenas de gente. Jinetes en pos de otros jinetes, vehículos en pos de otros vehículos, iban pasando hacia dentro. Los que iban á pié que eran muchos y vestidos en traje de fiesta, movían grande algazara. Ciudadanos y habitantes de las cercanías se acumulaban en las calles de Pompeya, y dándose prisa, gritando y empujando dirigíanse de uno y otro lado hacia el fatal espectáculo.

Parecía el anfiteatro desproporcionado con las necesidades de Pompeya, puesto que podía contener buena parte de sus habitantes, pero á las grandes funciones acudía el gentío de toda la Campania, de tal manera que algunas horas antes de empezar los juegos estaba ya apiñada junto al circuito la muchedumbre que no podía disfrutar de sitios reservados.

Mientras que la masa del pueblo con la vehemencia de carácter propia de la sangre que circulaba por sus venas se empujaba y contendía y armaba barullo, conservando empero buen orden y evitando toda reyerta, recibió Arbaces una extraña visita en su mansión solitaria. Era una mujer que llevaba traje primitivo y extravagante. Sus maneras tan extrañas como el traje, habían hecho sonreír á los transeuntes, pero al fijar en ella la mirada todos perdían al momento su buen humor, porque más bien que otra cosa parecía un cadáver desenterrado. Apartábanse las gentes á su paso, y así no encontró obstáculo alguno para llegar al pórtico de la casa de Arbaces donde el mismo portero etiope sintió calofríos á su presencia.

El egipcio había dormido aquella noche con sueño más pesado que de costumbre, y al acercarse la mañana inquietas pesadillas vinieron á perturbarle reflejando el carácter de lo que él imaginaba ser su propia filosofía.

Sonó que se encontraba solo en las entrañas de la tierra dentro de una anchurosa caverna, donde se hallaban altísimas columnas que se perdían en la oscuridad, y grandes ruedas que volteaban produciendo un ruido semejante al de las olas del mar. A derecha y á izquierda percibíanse dos anchas galerías débilmente alumbradas por fuegos fátuos que volteaban, se arrastraban, levantábanse en el aire, se apagaban y volvían á encenderse alternativamente. Formas aéreas é impalpables llenaban la galería izquierda, las cuales iban atravesando lentamente el ancho espacio y se desvanecían como el humo. La galería derecha contenía otras formas más definidas, en las cuales podía distinguirse ora el dolor, ora el júbilo, ora la esperanza, ora la desesperación y el miedo. En el fondo de la caverna una forma gigantesca dirigía impassible el mecanismo de las ruedas. Mas bien que terror inspiraba respeto. Su aspecto era solemne como el de una esfinge, grandioso y sublime como encarnación de todos los misterios. — ¿Quién eres? le dijo Arbaces. — Soy la *Natu-*

valeza á quien tu ciencia reconoce, contestó el fantasma. — ¿Qué son esas galerías y esos espectros? preguntó Arbaces. — La galería izquierda, contestó el fantasma, contiene las almas que han de nacer, la derecha, contiene las que vuelven de su peregrinación sobre la tierra. Los fuegos fátuos son las escasas luces de la ciencia concedidas á la Naturaleza para guiar sus destinos. Juzga por estas luces hombre aniñado, lo que puede valer el resplandor de tu luz propia. Entonces mugió en la caverna un espantoso huracán, y pareció personificarse en un fantasma con alas y garras de águila, cuyas formas inmensas se perdían en la oscuridad, y cuyos ojos brillantes fijábanse en el rostro del egipcio. — ¿Quién eres tú? le preguntó Arbaces. — Soy la *Necesidad* á quien tu ciencia reconoce. — ¿A dónde me conduces, al bienestar ó á la aflicción? — Tú recogerás lo que hayas sembrado, dijo el fantasma.

Entonces cambiando la pesadilla de Arbaces, creyó encontrarse en un cementerio lleno de huesos humanos, en medio de los cuales había un cráneo que tenía la figura de Apecidas. Del interior de sus quijadas salió un reptil que se enroscó al cuerpo de Arbaces, y éste luchando á brazo partido contra la fuerza que le ahogaba, sentíase desfallecer y creía encontrar la muerte. — Tu víctima es árbitro de tu destino, decíale al oído el silbo de la serpiente. Yo soy el gusano á quien quisiste aplastar. Juzga pues ahora de tu poder y juzga del mío.

Desesperado, fatigado, erizados los cabellos, bañado en sudor, despertó por fin Arbaces y dió gracias á los dioses en quienes no creía, al ver que todo aquello había sido un sueño. Miró hacia la ventana, vió los rayos del sol naciente que penetraban en la estancia, y sonrió gozosamente pensando en sus triunfos próximos. Mas al volver la vista hacia la puerta, estremeciéndose de nuevo divisando la figura sepulcral, los labios cárdenos, la hosca mirada de la bruja del Vesuvio.

— ¿Qué es eso? ¿sueño todavía? dijo frotándose los ojos. ¿Estoy con la muerte?

— Poderoso Hermes, no estás con la muerte aunque mi rostro es de cadáver: Soy tu amiga y tu esclava, contestó la bruja.

Hubo un rato de silencio, y cesaron poco á poco los temblores é inquietudes de Arbaces.

— ¡ Todo era un sueño! exclamó por último. Hay que olvidarlo á fin de que los placeres del día no queden neutralizados por las angustias de la noche. ¿ Porqué estás aquí mujer, y como has llegado?

— He venido para darte una advertencia, dijo la maga.

— ¡ Una advertencia! exclamó el egipcio. ¡ Entónces el sueño era un presentimiento verdadero! ¿Cuál es el peligro que se acerca?

— Oyeme, contestó la maga. Algún espíritu malo se cierce sobre esta ciudad, y es preciso que huyas de ella mientras hay tiempo. Sabes que tengo mi morada en la montaña, bajo la cual según afirman las tradiciones antiguas, arden las llamas del Flegetonte. Sabes que en el fondo de la caverna se abre una espantosa sima. Pues bien, has de saber además que en el fondo de esta sima, he notado hace algún tiempo que existe un arroyo negrozco, el cual echa borbotones de fuego y va subiendo por instantes. Con frecuencia se oyen allí en medio de las tinieblas rumores espantosos acompañados de silbos y mugidos. La última noche quise mirar al arroyo y vi que estaba completamente encendido, y en tanto que yo miraba al fondo la zorra que estaba conmigo se agitó convulsivamente, ahulló, y cayóse muerta, echando espumarajos por la boca. Subi á mi madriguera, y toda la noche estuve oyendo el crujido de las rocas, y aun cuando la atmósfera estaba pesada y quieta, el viento silbaba por entre las hendiduras produciendo un continuado rumor como si hubiese ruedas debajo de la montaña. Esta mañana, al despuntar el día me he levantado, he mirado de nuevo al fondo de la sima y he visto muchas piedras de color negro que flotaban sobre la corriente, la cual

estaba más roja y más espantosa que nunca. Entonces he salido afuera y he subido á la cumbre del picacho donde me he encontrado con una ancha hendidura nueva en aquel sitio para mí, de la cual salían pequeñas humaredas negruzcas que deben ser mortales para quien respira junto á ellas, puesto que me sentí desvanecida y casi muerta. Corrí á la cueva, recogí el oro y los ingredientes y dejé la montaña en la cual he vivido por tanto tiempo porque me acordé de una antigua predicción etrusca que dice: Cuando se abrirá la montaña, la ciudad será destruída; cuando la humareda brotará en las cimas de los *campos abrasados*, los hijos de la mar serán entregados al llanto y á la angustia. Aléjome pues de Pompeya, oh venerable maestro, y voyme á buscar una vivienda en tierras lejanas, pero antes he querido verte para que tuvieses noticia de los destinos futuros. Con la misma certeza que tengo de que estás vivo, presiento en el fondo de mi corazón que el terremoto de hace diez y seis años fué tan solo un anuncio de otra catástrofe más pavorosa. Las murallas de la ciudad descansan sobre los campos desolados, y corren por debajo de ellos los ríos del infierno que nunca duermen. No desprecies el aviso y márchate pronto.

— Gracias te doy por lo que has venido á participarme, dijo Arbaces á la hechicera. Sabe que estás hablando con quien desconoce la ingratitud. Tuya es la copa de oro que se encuentra en esta mesa. No creía que además de los sacerdotes de Isis, existiera otra persona en el mundo que se tomase interés por la salvación de Arbaces. Las señales que has podido observar en el fondo del extinguido volcán, manifiestan ciertamente que está próximo algún peligro para la ciudad; quizás habrá un nuevo terremoto mucho más fuerte que el último. Sea cual fuere el porvenir, todo esto me decide á dejar este recinto. Desde mañana voy á prepararme para la marcha. Y tú, hija de Etruria, ¿hacia que región del mundo vas á dirigir tus pasos?

— Voyme á Herculano, contestó la maga, y desde allí seguiré la costa buscando un nuevo asilo. Ya no tengo amigos, han muerto el zorro y la serpiente que estaban en mi covacha. Pero aun así deseo preservar en cuanto pueda mi existencia. Recuerda poderoso Hermes que me prometiste veinte años de vida.

— Prometidos están, contestó el egipcio. ¿ Pero qué deseo te aqueja de prolongar tu existencia? ¿ Qué dulzuras piensas encontrar en la vida que de tal modo te halague su esperanza?

Esto decía Arbaces apoyado en el brazo y mirando de hito en hito y curiosamente al semblante de la anciana, la cual con tono brusco y penetrante respondióle al momento:

— No es que la vida sea dulce, oh Arbaces. Lo que hay es que la muerte es terrible.

Quedó maravillado el vanidoso astrólogo de la exactitud de la respuesta, y no deseando conversar más con la que había ido á su casa sin ser llamada, le dijo:

— Se me hace tarde porque debo ir al grande espectáculo de hoy, y tengo que prepararme. Vete con salud, hermana. Procura divertirte cuanto puedas con el rescollo de tu vida.

La bruja que no había dejado de guardar en los pliegues de su vestido el rico presente de Arbaces, levantóse para marcharse, pero al llegar á la puerta se volvió y le dijo estas palabras:

— Es la última vez seguramente que nos vemos en la tierra. ¿ Pero sabes tú á dónde va la llama cuando ha dejado las cenizas? Errantes á uno y otro lado, arriba y abajo, como exhalaciones de tremedal, las llamas pueden encontrarse en las orillas de los lagos infernales. La bruja y el mago, el discípulo y el maestro, el grande y el maldito pueden encontrarse sin duda alguna. Con esto pásalo bien y recuerda lo que te he dicho.

— Vete á paseo, charlatana, dijo Arbaces á media voz

en tanto que perdía de vista los andrajos de la hechicera.

Y en esto aun cuando no se había tranquilizado del todo después de la fatiga que le causaron sus ensueños, dió rienda suelta á la impaciencia de sus deseos, y llamó á sus esclavos para que le sirviesen.

Era costumbre acudir á los juegos del anfiteatro con vestidos de fiesta, y nuestro egipcio se compuso aquel día con más cuidado que nunca. Túnica de una blancura deslumbrante, fibulas con piedras preciosas, manto oriental de brillantísima púrpura de Tyro, borceguíes hasta mitad de la pierna cuajados de preseas y de incrustaciones de oro, todo esto constituía el traje de Arbaces, porque entre sus artificios y mañas sacerdotales, hallábase el no descuidar en las grandes ocasiones todos los medios oportunos para deslumbrar al pueblo. Además de esto, el sacrificio de Glauco debía libertarle aquel día de competencia en los amores, y al mismo tiempo del temor de que fuese descubierto el crimen, por lo cual creía llegado el caso de adornarse como para celebrar á la vez una fiesta nupcial y un verdadero triunfo.

El cortejo de los esclavos y de los libertos solía acompañar á los señores á las fiestas del anfiteatro, y con este objeto los familiares de Arbaces puestos en fila, estaban aguardando á que saliese la litera. Faltaban únicamente los encargados de atender á Dione, muy disgustados por cierto de la ocupación que les había salido al paso, y además el benemérito Sosiano constituido en carcelero de Nydia.

Mientras el liberto favorito de Arbaces estaba poniéndole el cinturón y sujetando la hebilla, díjole el egipcio:

— Has de saber, querido Calias, que estoy cansado de Pompeya, y como el viento me sea favorable, dentro de tres días voy á dejarla. He comprado el bajel anclado en el puerto que era de pertenencia de Nanses el Alejandrino. Pasado mañana empezaremos á remover los trastos.

— ¡ Tan pronto es la partida! dijo Calias. Está muy

bien. Se cumplirán las órdenes de Arbaces. Pero con tu pupila, con Dione ¿qué es lo que hacemos?

— Dione me acompaña, contestó el egipcio. Mas dime ahora, ¿está bueno el tiempo?

— Pesado y bochornoso, dijo Calias. Vamos á tener un calor insoportable á mediodía.

— ¡Pobres gladiadores y pobres animales! repuso Arbaces. Anda ya. Mira si está dispuesta la comitiva.

Quedóse el egipcio solo en su pieza de estudio; paseó por ella algunos momentos y luego salió al terradito donde pudo contemplar el gentío, que formando grandes masas se encaminaba al anfiteatro. Oíanse desde el terradito los rumores de la muchedumbre, y distinguíase perfectamente el crugir de las cuerdas que sujetaban el toldo de la plaza, dispuesto expresamente para que al abrigo de los rayos solares disfrutasen los ciudadanos á su gusto del pataleo de las víctimas. Súbitamente hirió los aires una especie de quejido selvático aunque muy breve, que no era sino el rugido del león encerrado en su celda. Callóse por de pronto el público, pero al momento resonó una carcajada unánime pareciendo que el hambre del régio animal producía extraordinario contento.

— ¿Quién es aquí el más salvaje? dijo desdeñosamente Arbaces. Mas á buena cuenta yo soy tan homicida como ellos, repuso luego. Bien que yo he matado para defenderme y ellos matan para divertirse.

Dirigió una mirada inquieta y escrutadora hacia la parte del Vesuvio, y vió que los verdes pámpanos de las laderas jugaban alegremente con la luz del sol, y que el conjunto de la colina se diseñaba con la tranquilidad de las cosas eternas sobre el callado azul del firmamento.

— Como el terremoto lo tome con esa calma, dijo Arbaces, tendremos tiempo de sobra.

Dejó entonces el terradito, y al pasar junto á la mesa donde tenía sus pergaminos místicos y sus tablas caldeas, exclamó:

—No he consultado tus secretos, oh arte mágica, desde el día en que pasé los peligros que me predijiste. ¿Qué necesidad tengo ya de pronósticos? Ya sé que mi camino debe ser fácil y que mi carrera debe ser brillante. Todos los sucesos hasta ahora se dirigen á buen término. ¡A un lado pues las dudas y los sentimientos compasivos! ¡Piensa, oh corazón mío, tan solamente en dos cosas: en el Imperio y en Dione!





CAPÍTULO II.

El anfiteatro.



YDIA tranquilizada por lo que dijo Sosiano al volver á la casa , y satisfecha de que su letra estuviese ya , según ella creía , en poder de Salustio , entregóse á la esperanza. Figurábase que Salustio no había de perder tiempo en presentarse al Pretor , y ya les veía corriendo á la casa del egipcio , libertándola de su encierro , y abriendo el calabozo del sacerdote. ¡ Glauco será libre esta misma noche ! decía entre sí. ¡ Pero ay ! pasó la noche , vino la luz del alba y otro rumor no llegó á sus oídos sino el de los siervos que andaban de una parte á otra en la sala y en el peristilo y que hablaban del espectáculo preparándose para ir á verlo. Entre la bulla de los criados se escuchaba también la voz de Arbaces que estaba dando órdenes á unos y otros. De súbito estalló vivísimamente un prelude musical. Poniase en marcha el cortejo dirigiéndose al anfiteatro. Todos deseaban saciar sus ojos presenciando la congojosa lucha del ateniense.

Lentamente y con solemnidad marchaba el acompañamiento de Arbaces hasta que llegando al sitio donde había que dejar el carrocin ó la litera, salió Arbaces de la suya y se dirigió á la parte del anfiteatro correspondiente á las personas distinguidas. Sus esclavos se mezclaron con el pueblo, dieron sus entradas y se colocaron en la gradería pública. Desde el asiento que ocupaba el egipcio podía contemplar á su gusto la muchedumbre que apiñada y llena de impaciencia tenía invadido el circuito.

Las mujeres ocupaban separadamente de los hombres el espacio que estaba señalado para ellas en lo más alto de las gradas, y el conjunto de sus adornos y de sus trajes, rico en elegancia y en viveza de colorido, parecía un jardín de flores. Por supuesto que allí se charlaba más y mejor que en todo el resto del anfiteatro, y hacia allí se dirigían casi todas las miradas, principalmente desde los asientos donde estaban agrupados los chichisveos.

En la parte baja de la gradería, junto al redondel, se hallaban los sitios destinados á nobles y á ricos, á magistrados, á senadores y á ciudadanos del orden equestre. El anfiteatro tenía forma elíptica y las dos entradas del público se hallaban á los extremos del eje principal, es decir, á Septentrión y á Mediodía, puntos por donde entraban también los combatientes. Debajo de las gradas había un corredor abovedado el cual daba paso á los asientos por medio de las aberturas llamadas *vomitorios*. Frente á los dos puntos de entrada se habían levantado estacadas bastante fuertes para impedir que las fieras tuviesen algún capricho no señalado en el programa. En el parapeto que rodeaba la arena y que protegía las gradas, veíanse inscripciones gladiatorias y pinturas al fresco representándose en todas ellas las diversiones típicas de la plaza. Gracias á una tubería oculta que se extendía al rededor del edificio, podía derramarse sobre los espectadores, en cuanto aumentase el calor, una llovizna fresquísima saturada de perfumes.

La gente de mar trabajaba todavía en la colocación del extenso *velario* que cubría toda la plaza, cuyo lujoso y cómodo invento se atribuían los hijos de la Campania. Estaba hecho el velario con la más blanca lana proveniente de la Apulia y tenía grandes rayas carmesíes. Fuese por torpeza de los que andaban ocupados en la maniobra, fuese por mala disposición de los aparatos y del cordaje, el caso es que la colocación del toldo no marchaba aquella tarde á gusto del público. Por ser extenso el circuito era siempre cosa difícil el poner las velas, y cuando hacía mucho viento no había que pensar en ejecutarlo, pero aquel día el tiempo estaba calmoso y nadie acababa de comprender de dónde provenían las dificultades, de modo que en cuanto se vió que un extremo del velario no podía ajustar con el otro y que debía quedar necesariamente un espacio abierto, empezaron á oírse grandes voces de descontento que al poco rato se hicieron tumultuosas y generales.

El edil Pansa que era el *editor* de los juegos, es decir, que los pagaba de su bolsillo, estaba dado á todas las Furias por aquel incidente, y echó las maldiciones más amargas sobre la cabeza del director de los trabajos, el cual, corriendo á uno y otro lado, bufando y sudando la gota gorda se ocupaba en dar órdenes sin resultado y en proferir amenazas completamente inútiles.

Por último cesó la gritería, dejaron los marineros el trabajo en el mismo punto en que estaba, distrájose el público, y nadie se fijó ya en el toldo ni en la rajadura. Era que sonaban los clarines y entraban los gladiadores en la arena formados en orden de ceremonia. La cuadrilla dió pomposamente la vuelta al redondel y los espectadores pudieron examinar á su gusto el continente, el rostro, la musculatura y las armas de uno y otro, y aun pudieron hacer apuestas improvisadas según las impresiones del momento.

— ¡ Mira ! ¡ Mira qué mocetón ! dijo la viuda Fulvia á la

señora de Pansa señalando á uno de los gladiadores. ¿ Qué extraña vestidura es esa que lleva ?

Levantáronse ambas para mirar abajo desde la altísima grada que ocupaban , y la de Pansa , dándose tono como quien conocía al dedillo los nombres y circunstancias de cada combatiente , le contestó :

—Pues ese es un *redciario*, y como ves , no lleva más armas ofensivas que la red y el tridente. En cuanto á defensas no lleva ninguna. Lleva tan solamente la túnica. Ese es un muchacho muy forzado y debe combatir contra Esporo que es aquel grueso que no lleva tampoco coraza pero que tiene espada y adarga. Por ahora no lleva casco para que podamos contemplar sus facciones. ¿ Verdad que es un hombre que da miedo ? En cuanto empiece á combatir lo hará con la visera calada.

—Pero la red y el arpón van á servir de muy poco para luchar contra el gladio y el escudo , dijo Fulvia.

—Bien se vé que eres nueva en esas cosas , amiga mía, replicó la de Pansa. Precisamente el *redciario* es el que lleva la mejor parte.

— ¡ Ahí va uno casi desnudo ! dijo la viuda Fulvia. ¡ Gallardo como él solo ! ¡ Pero no me parece muy decente este modo de presentarse ! ¡ Por Venus ! ¡ Y qué robusto es y que bien formado !

—Ese es Lydón , un joven novato , dijo la esposa del edil. Tiene bastante audacia para combatir contra ese otro que también anda casi desnudo por ahí y que se llama Tetredes. Primero lucharán con la manopla según la moda griega. Después tomarán la coraza y probarán suerte con el escudo y el gladio.

— ¡ Bello muchacho es el tal Lydón ! repuso Fulvia. Creo yo que á todas las mujeres las va á tener de su parte.

—Pues no andan á su favor las traviesas de la gente experimentada , contestó la de Pansa. Claudio apuesta contra él y arriesga tres por uno.

— ¡ Esto , esto es hermoso por Diu Piter ! exclamó de

pronto la viuda Fulvia viendo que se presentaban á la arena dos gladiadores armados de piés á cabeza caballeros en esbeltos y ágiles corceles. Empuñaban lanza y embrazaban rodela con preciosas incrustaciones como combatiente de torneo, y al entrar dieron ante todo la vuelta al circuito. La armadura defensiva construida con tiras de hierro les cubría únicamente los muslos y el brazo derecho. A la espalda llevaban capotillo corto que no alcanzaba sino á la silla y les daba un aspecto agraciado y pintoresco. Tenían desnudas las piernas pero llevaban sandalias atadas por encima del tobillo.

— ¡Esto es hermoso! repetía la viuda. ¿Quiénes son esos muchachos?

— El uno se llama Bebrix y ha vencido en más de doce combates, dijo la matrona edilicia. El otro se hace llamar encopetadamente Nobilior. Los dos son galos.

En tanto que esto decían las dos matronas, habíanse empezado ya los juegos, y lo primero que hubo después de los preliminares fué un combate fingido con espadas de madera, luchando varios gladiadores uno contra otro. Dos gladiadores romanos gustaron muchísimo en este juego y además de ellos el que pareció muy diestro fué Lydón. La esgrima con los gladios de madera duró casi una hora y no excitó grande interés en el público aun cuando gustaba mucho á los apasionados finos que sabían apreciar el verdadero mérito. Cuando ya la mayor parte de los concurrentes estaban cansados de tanta esgrima, ordenáronse por parejas los gladiadores según estaba prevenido, examinaron las armas ofensivas, y pasaron á lo más serio y grave de aquella fiesta en medio de un silencio profundo, interrumpido solamente por los clarines bélicos.

Era costumbre muy general el comenzar los juegos por el espectáculo más terrible entregando á las fieras algún *bestiario* ó gladiador condenado á este sacrificio, pero aquel día el experimentado Pansa dió muestras de conocer las reglas del interés dramático y reservó para fin y postre

la ejecución de Olintho y de Glauco. Primero debían combatir los de á caballo, luego los de á pié, luego Glauco contra el león y después de esto, como gran final, debían presentarse el nazareno y el tigre. Téngase presente que esta sanguinaria fiesta era cosa de poca monta comparada con las atrocidades de la ciudad imperial en los tiempos de Nerón y de Calígula, pero no dejaba de ser imponente y aterrador el contemplar en aquella gradería diez y ocho mil personas reunidas no para ver las ficciones de la tragedia, sino para gozarse en el combate real de la vida con la muerte, para presenciar el triunfo ó la agonía de los que entraban en lucha.

Los dos combatientes de á caballo se habían situado á los extremos de la liza, y á una señal de Pansa corrieron el uno hacia el otro como si fuesen á derribarse en el primer choque, protegidos por la rodela y llevando en ristre las fuertes aunque ligeras javalinas. Bebrix, á tres pasos del adversario, detuvo repentinamente su corcel y se la-deó en la silla, y en el momento en que Nobilior, llevado por el ímpetu de su carrera, pasaba al lado suyo tiró-le con mucho acierto una lanzada. Fué muy listo Nobilior en presentar el escudo y recibió allí el golpe que de otro modo habría sido mortífero.

— ¡Bien Nobilior! exclamó el Pretor dando la señal de los aplausos.

— ¡Buena lanzada, Bebrix! dijo Claudio desde el asiento que ocupaba.

Oyóse en toda la plaza un murmullo sordo producido por los comentarios que muy luego se convirtieron en gritería.

Los dos combatientes llevaban la visera baja, mas era la cabeza el objetivo principal de sus ataques. Al segundo encuentro Nobilior, con igual destreza que la de Bebrix, dirigió un lanzazo sobre éste apuntando al casco. Cubrióse Bebrix rápidamente con el escudo, pero su perspicaz antagonista cambió en el mismo instante la dirección del

arma y le hirió de lleno en el pecho. Bebrix vaciló y cayó del caballo.

— ¡ Nobilior ! ¡ Nobilior ! exclamó el populacho.

— Diez sexterciones he perdido, dijo Claudio entre dientes.

— ¡ Tiene bastante ! dijo Pansa con prosopopeya.

El populacho que por aquel día no se había embriagado en sangre hizo la señal de gracia, pero los mozos del redondel que se acercaron al gladiador vieron que la compasión llegaba fuera de tiempo. El corazón del galo había sido traspasado de parte á parte. Sus ojos estaban cerrados para siempre, y la sangre negruzca de su herida empapaba la arena y el serrín del anfiteatro.

— ¡ Lástima que eso dure tan poco ! exclamó la viuda Fulvia. ¡ Para cosas tan cortas no vale la pena de salir de casa !

— Es cierto, dijo su compañera, y ese Bebrix ha andado muy torpe y no le compadezco poco ni mucho. ¿ Cómo no ha visto la treta de Nobilior cuando la veíamos todos ? Mira, ya le echan el garfio para arrastrarle al *espoliarío*. Ahora hay que renovar la arena. Lo que Pansa siente más que todo es no ser bastante rico para salpicar la arena con borrajo y con cinabrio como lo hacía Nerón.

— Ya que ha sido corto vamos por otro, dijo Fulvia. Mira, ahí está el hermoso Lydón y el de la red y los de los gladios. ¡ Bonito está eso, bonito !

En el redondel estaban en aquel momento seis combatientes : Niger con la red frente á frente de Esporo que tenía el escudete y el gladio : Lydón y Tetredes con la manopla, desnudos ambos de todo el cuerpo, salvo el ceñidor ; y dos gladiadores de Roma con armadura completa de acero llevando escudo de grandes dimensiones y punzadora espada.

Siendo menos peligroso que los otros el juego de la manopla, dieron lugar los combatientes á que se empezase por éste. Poco se entusiasmaba el populacho con se-

mejante juego en el cual no corría la sangre en abundancia, pero no dejaba de tener admiradores por traer su origen de la antigua Grecia.

De los dos que iban á luchar con la manopla nadie hubiera dicho á primera vista que el uno pudiera equipararse con el otro. Aún cuando no fuese más alto que Lydón era Tetrede mucho más corpulento, y á la fuerza natural de sus músculos se añadía el ser lleno de carnes, cosa que en opinión común daba mucha ventaja en este juego. No había descuidado el poner en práctica todos los medios para robustecerse, y teniendo ya disposiciones naturales que le llevaban á lo mismo, había acabado por ser de constitución hercúlea mucho más notable por el vigor que por la gentileza. Lydón era más bien delgado, pero robusto y de bellas proporciones, y los inteligentes podían apreciar perfectamente que su musculatura, menos gruesa que la del adversario, era en realidad más fornida y recia, y fuerte como el hierro. Ágil de cuerpo por lo mismo que era muy esbelto, sonriente y franco en la fisonomía, contrastaba Lydón con su antagonista, en el cual todo era magnitud de miembros y pesadez. La gallardía de Lydón daba confianza á cuantos le miraban, inspirando sentimientos benévolos y deseos de que saliese bien librado de la contienda. De esta suerte, á pesar de que en apariencia la fuerza estaba del lado de Tetrede, las opiniones del pueblo anduvieron divididas por mitad entre el uno y el otro.

El que ha visto los terribles golpes que puede descargar el puño de un hombre cuando la lucha está dirigida por las reglas del arte, puede calcular hasta qué punto se aumentaba el peligro del combate llevando, como llevaban los combatientes, una tira de cuero enlazada al brazo con correitas hasta más arriba del codo, mediante la cual se reforzaban los nudillos de los dedos con una placa de hierro y á veces con un botón de plomo. Esta precaución empero no aumentaba el interés de la lucha, antes bien

lo disminuía puesto que la hacía más corta impidiendo á los luchadores el ardimiento y la perseverancia.

— ¡ En guardia ! exclamó Tetredes dirigiéndose á Lydón el cual sorteaba la embestida trazando un círculo al rededor de su rival, aunque no retrocediendo ni huyendo del ataque.

Al aviso de Tetredes sólo contestó Lydón con una ojeada desdeñosa. Tetredes descargó el golpe como un forjador sobre el tornillo. Lydón, súbitamente, hincó una rodilla en tierra y el golpe pasó por encima de su cabeza. Fué á tomar su revancha Lydón y no resultó por cierto tan inofensiva como el golpe de Tetredes. Levantóse con rapidez y dió con la manopla en mitad del pecho de su adversario. Tetredes se tambaleó por un momento y el pueblo prorumpió en alaridos victoreando á Lydón.

— Hoy no estás de vena, chico, dijo Lépidó á Claudio. Has perdido ya una apuesta y vas á perder la otra.

— Pues amigo mío, si es así, respondió Claudio, los bronces de mi casa van á la almoneda. Tengo nada menos que cien sexterciones en favor de Tetredes. ¡ Ah ! ¡ Ah ! ¡ Mira cómo se endereza el buen muchacho ! ¡ Ese, ese es un golpe de mano maestra ! ¡ Le ha partido á Lydón ! ¡ Le ha partido el hombro de seguro ! ¡ Hála, Tetredes ! ¡ Hála, Tetredes !

— Lo que yo veo es que Lydón no hace caso, dijo Lépidó. ¡ Por Pólux ! ¡ y qué buen continente es el suyo ! Mira que diestro es en evitar el golpe de esos puños que parecen mazas. Mira como sabe ladearse á una y otra parte y dar vueltas y más vueltas... ¡ Ah ! ¡ pobre Lydón ! ¡ Esta vez ha recibido de nuevo !

— ¡ Tres contra uno nuevamente en favor de Tetredes ! ¿ Qué dices á eso Lépidó, exclamó Claudio.

— Está bien : nueve sexterciones contra tres : acepto, contestó Lépidó. ¡ Hola ! ¡ ya está repuesto Lydón ! Se pára, toma aliento. ¡ Por los dioses ! el otro le ha derribado. Pero no hay temor : ya está de pié como si nada

hubiera sucedido. ¡ Bravo, Lydón ! Tetredes tiene coragína: se está riendo como un loco. Mira como se abalanza con ímpetu.

— No sabe lo que se hace, dijo Claudio entre dientes. La ventaja le ciega. Debería ser más cauto. La mirada de Lydón se parece á la de un lince.

— ¡ Ah ! ¡ Claudio ! ¿ pues no ves eso ? exclamó Lépidó. Tu hombre se tambalea de veras. ¡ Otro puñetazo ! ¡ Vaya ! ¡ se cae ! ¡ se cae sin remedio !

— La tierra le devuelve las fuerzas, respondió Claudio. Ya se ha levantado, pero la sangre corre por su rostro.

— ¡ Por el Dios de los truenos ! dijo Lépidó. ¡ Lydón es el vencedor ! ¡ Mira como carga sobre el otro. Este puñetazo en la mejilla bastaría para derribar á un toro. Le ha despachurrado por completo. Ahora se cae por última vez.

— Ya no se mueve. ¡ Tiene bastante ! ¡ Tiene bastante !

— ¡ Tiene bastante ! repitió Pansa. Quitarles de ahí, prosiguió diciendo, y que se les den inmediatamente las armaduras y los gladios.

— Noble editor, contestó el que hacía oficios de alguacil, estamos temiendo que no ha de reanimarse Tetredes para proseguir el juego. Harémos sin embargo lo que se pueda.

— Haced lo que se pueda, dijo Pansa.

— Al poco rato el ministril, después de haber dispuesto que arrastrasen y sacasen á fuera el cuerpo desfallecido y exánime del gladiador, volvió con gesto lastimero. Dijo que se temía por su vida y no había que pensar en verle de nuevo en la lucha.

— Siendo así, dijo entonces Pansa, guardad á Lydón para un reemplazo. En cuanto haya un gladiador vencido Lydón ocupará su puesto contra el vencedor.

El pueblo recibió con aplausos esta sentencia del editor de los juegos: hubo un momento de silencio y sonó de nuevo el clarín. Los cuatro combatientes estaban coloca-

dos dos á dos, uno en frente de otro, como en preparado y severísimo orden de batalla.

—¿Conoces tú á esos romanos, Claudio mío? preguntó Lépido. ¿Son gladiadores célebres ó son gente ordinaria?

—Eumolpo es un buen espada de segunda clase, contestó Claudio. En cuanto á Nepimo, que es el más bajo, no le he visto trabajar nunca, pero es hijo de uno de los gladiadores fiscales é imperiales y está formado en excelente escuela. Indudablemente dará buen juego, pero yo no me atrevo esta vez con las apuestas. Ya no recobro mis sextercios. Estoy arruinado por completo. ¡Maldito sea ese Lydón! ¿Y quién había de pensar que tuviese tanta destreza ó tanta fortuna?

—Vamos, ya veo que se necesita compadecerte y aceptar la apuesta del modo que la propongas, dijo Lépido.

—Entonces apuesto diez sexterciones en favor de Eumolpo, ¿aceptas? repuso Claudio.

—¡Pues sí Nepimo es un novato! contestó Lépido. No puede ser eso que dices. Tus condiciones son demasiado fuertes.

—Pongamos ocho sexterciones, replicó Claudio.

—Aceptado, dijo Lépido.

En tanto que de esta manera iban avanzando las luchas del anfiteatro, había en la gradería más alta un espectador para quien lo que estaba pasando tenía un interés muy doloroso y acerbo. El anciano padre de Lydón, á despecho de su aversión cristiana con respecto á esta clase de espectáculos, ansioso y lleno de amargura por su hijo, no había podido resistir al deseo de ser testigo de su suerte. Solitario en medio de un corro de forasteros, todos ellos de bajísima estofa, nada veía, nada sentía sino la forma, la presencia de su gallardo hijo. Ni el más mínimo sonido se exhaló de sus labios cuando le vió caer al suelo por dos veces: únicamente se puso pálido, y un fuerte temblor se apoderó de su cuerpo. Mas cuando la victoria se

declaró en favor de Lydón lanzó una exclamación de júbilo sin prever que aquella victoria no era más que el preludio de otra lucha más terrible.

— ¡Valiente es mi chico! exclamó secando las lágrimas de sus ojos.

— ¿Es hijo tuyo ese gladiador? le dijo un hombre que estaba á su derecha. Bien ha combatido. Veremos cómo se portará dentro de un rato. ¿Oyes? Debe batirse luego con el que venza. Ruega á los dioses, buen viejo, que el vencedor no sea uno de esos romanos ni tampoco el agigantado Niger.

Sentóse de nuevo el nazareno y cubrióse el rostro con las manos sin prestar atención al combate que comenzaba puesto que su hijo no tomaba parte en él. Con todo, á poco rato cayó en la cuenta de que también aquello le concernía muy de veras, ya que Lydón había de ocupar el puesto del que quedase vencido. Extremecióse entonces, abalanzó su cuerpo, abrió extraordinariamente los ojos y púsose con las manos juntas á contemplar la arremetida.

Lo que primero excitó el interés público fué el combate de Niger con Esporo, porque la lucha de la red y del tridente contra el gladio, ya por las serias consecuencias que tenía, ya también por la especial sagacidad que suponía en los luchadores, llamaba siempre la atención general en mayor grado que los otros juegos.

Los dos contendientes hallábanse á bastante distancia uno de otro. El casco de extraña figura que llevaba Esporo tenía bajada la visera y ocultaba el rostro del gladiador. La fisonomía de Niger, por el contrario, estaba expuesta á las miradas de los concurrentes, y su vigilancia feroz y concentrada era objeto de inquieta curiosidad por parte de todos. Pasáronse algunos instantes expiando cada uno el primer movimiento de su antagonista, y por fin Esporo avanzó con precaución dirigiendo la espada contra el pecho del adversario como los modernos esgrimadores. Niger se iba retirando á proporción que avanzaba Esporo

teniendo recogidas las mallas con su mano derecha y sin quitar la vista, ni por un momento, de los gestos y acciones del enemigo. En cuanto éste se acercó hasta donde podía alcanzar el brazo de Niger, el redciario se abalanzó por su parte y tiró la malla. Un rapidísimo movimiento de cuerpo salvó al gladiador contra el lazo mortal, y dando un chillido de alegría y de coraje, se arrojó contra Niger. Entonces el redciario, rapidísimo también, echóse la red á las espaldas y emprendió una carrera desenfrenada á través de la arena, seguido por Esporo que, á pesar de su ligereza, se empeñaba en vano en alcanzarle.

El pueblo se reía á carcajadas y aplaudía con entusiasmo, viendo que el de las anchas espaldas corría tras del gigante, y que á pesar de sus esfuerzos iba perdiendo terreno. Al poco rato perdió su interés la corrida de los dos gladiadores, y la atención se fijó en la lucha de los romanos.

Habíanse colocado estos cara á cara á la distancia que es regular en un asalto de armas, pero en los primeros momentos pusieron gran cuidado en observarse mutuamente, con lo cual dieron lugar á que el público más que en ellos se fijase, como hemos dicho, en Esporo y en Niger. Por fin llegaron á darse el ataque con gran furia, y acometían, paraban los golpes, avanzaban ó cedían el terreno con el escrúpulo y delicadeza nimia de luchadores equiparables el uno con el otro, y ambos de relevante mérito. Llegó un momento en que Eumolpo que era el de mas edad, tiró un diestro golpe de segunda, considerado en la arena como cosa muy difícil, é hirió á su adversario Nepimo en un costado. El pueblo prorrumpió entonces en aplausos, pero Lépido se quedó frío y descolorido.

—Este juego se acaba según creo, le dijo Claudio. Si Eumolpo encuentra la manera de ganar tiempo, el otro vá á perder hasta la última gota de sangre.

— Pues mira, gracias á los dioses veo que no sabe contenerse, replicó Lépido. Vé como se abalanza contra Nepimo. ¡Por Marte! Nepimo ha tomado la revancha. ¿Oyes ese golpe sobre el casco? La jugada es mía compañero.

— Yo me tengo la culpa, dijo Claudio para sus adentros, porque debí jugar á los dados y nunca á cosa distinta. ¡Qué no pueda yo *cargar* un gladiador como se *carga* un dado!

— ¡Bien por Esporo! ¡bien por Esporo! voceaba en esto el público viendo lo que pasaba al otro lado de la plaza. Niger se había parado y había tirado nuevamente la red sin resultado ninguno, y no teniendo bastante agilidad para escapar, habíale alcanzado el gladio de Esporo causándole una herida algún tanto grave en la pierna derecha. Imposibilitado de correr por esta causa, crecía su apuro por momentos ante los ataques del gladiador, bien que su alta estatura y el alcance de sus brazos continuaban favoreciéndole en la defensa. Tenía dirigido el tridente contra la faz de su adversario, y obligóle diferentes veces á retroceder, pero Esporo buscaba el modo de sorprenderle volteando en derredor suyo con extraordinaria ligereza. Niger á causa de la herida andaba torpe en sus movimientos, más Esporo en el ardor de la lucha se acercó demasiado á donde estaba su gigantesco rival, y éste le clavó las tres puntas en mitad del pecho. Hubo de humillarse Esporo doblando la rodilla, y al instante la mortífera red quedó echada sobre él. En vano se agitaba para desembarazarse de las mallas: una vez, y otra, y otra, tuvo que sucumbir á los repetidos golpes del tridente. Manaba su sangre por entre los filetes enrojeciendo la arena, y al poco rato cruzó los brazos en señal de que se daba por vencido.

El redciario vencedor, recogió su red y quedóse apoyado en el tridente dirigiendo los ojos al público para que pronunciase el fallo. También el vencido paseó su turbia

mirada por las graderías, pero no vió que nadie le hiciese caso ni demostrase interés alguno por su suerte. Reinaba un silencio terrible. Ni siquiera la mano de una mujer se levantó para dar la señal de misericordia. Esporo no había sido nunca popular en la arena. Cuando hirió á Niger, excitó algún tanto la simpatía general, pero este movimiento había sido breve. El pueblo había visto ya correr la sangre, y no se contentaba con simulacros sino que tenía deseos de sacrificio y sed de muerte.

El gladiador que estaba de rodillas comprendió que no le quedaba ninguna esperanza, y no profirió una queja ni exhaló un gemido. El pueblo dió la señal de rematarle, y con sumisión brutal aunque con rostro agonizante inclinó el cuello para recibir el fatal golpe. No siendo el tridente un arma á propósito para causar una muerte instantánea, entró en la arena un siniestro cachetero, ocultó el rostro por la visera del casco que llevaba, y con el corto y agudo puñal en la mano se aproximó á paso lento y mesurado á donde continuaba de rodillas el gladiador, poniéndole la mano izquierda sobre el crestón de la celada, y aplicando el filo de la hoja sobre su cuello. Miró entonces á las graderías el del cachete para asegurarse de si había indulto, pero la señal de muerte permanecía la misma. La hoja se levantó reluciendo en el aire; cayó de nuevo; y el gladiador quedó tendido sobre la arena. Sus extremidades se agitaron todavía, pero no era ya más que un cadáver.

El cuerpo fué arrastrado inmediatamente, sacándole de la arena por el portal de la muerte, y llevándole á la oscura celdilla á que daban el nombre de *espoliario*.

En el entretanto terminaba también la lucha de los combatientes romanos. La espada de Eumolpo había herido mortalmente á su antagonista, que era menos diestro que él, y hubo una nueva víctima para el depósito de carne humana.

Prodújose entonces un movimiento general en toda la

concurrancia. Parecía que el pueblo se hubiese quitado algún peso de encima, y todos cambiaban de postura y se acomodaban en sus asientos. Una grata llovizna salida de las ocultas cañerías, se difundió sobre los concurrentes que recibieron el benéfico rocío mientras hacían sus comentarios sobre la pasada lucha. Eumolpo se quitó el casco que llevaba y enjugó el sudor de su frente. Los rizos de su cabellera, su barba cortita, sus facciones romanas y su negra mirada, conquistaron la admiración general. Habíase quedado completamente tranquilo. Ni estaba herido en parte alguna de su cuerpo ni parecía fatigado.

El editor impuso silencio y proclamó que la herida de Niger le impedía combatir de nuevo, y que habiendo sucumbido Nepimo, se pondría Lydón en su lugar y combatiría con Eumolpo.

— Con todo, añadió, si quieres excusar este combate puedes hacerlo Lydón, porque Eumolpo es valiente y experimentado, y no se le había destinado para combatir contigo. Tú sabrás mejor que nadie si puedes atreverte con él. En caso de que sucumbas, tu vencimiento será honrosísimo. En caso de que le venzas, yo de mi propio bolsillo doblo en favor tuyo el precio estipulado.

Grandes aplausos del pueblo acogieron esta arenga del editor. Lydón estaba de pie en el redondel mirando á las graderías, y divisó á la parte de arriba la pálida faz y los ojos absortos de su padre. Vaciló por un momento, pero luego consideró que el vencimiento de la manopla no llenaba sus esperanzas. Su padre estaba esclavo todavía. Era preciso á todo trance ganar el prez de aquella jornada.

— Noble edil, no quiero apartarme de esta lucha, dijo con voz firme. Por el honor de Pompeya reclamo que un discípulo de nuestro célebre lanista combata al gladiador de Roma.

Los aplausos del pueblo redoblaron con más calor que antes al oír este arranque del pompeyano.

— Cuatro contra uno en favor de Eumolpo, dijo Claudio á Lépidio.

— Yo no aceptaría, repuso éste, aun cuando me dijese veinte contra uno. Eumolpo es un verdadero Aquiles, y este muchacho no es más que un chambón.

Eumolpo miró atentamente al que se atrevía á combatir con él, y una ligera sonrisa asomó en sus labios. Empero á la sonrisita sucedió un leve suspiro, un movimiento de lástima muy débil, sufocado al instante en el corazón en que nacía.

Los dos con sus armaduras, espada en mano, visera calada (últimos combatientes que debían preceder á la lucha de los hombres con las fieras), estaban en frente el uno del otro.

En aquel preciso momento uno de los ministriles entregó una letra al Pretor, el cual quitándole el cintajo, la recorrió con la vista y se quedó sorprendido y estupefacto. Leyóla de nuevo y dijo entre dientes:

— Vaya, es imposible. Este hombre debe estar borracho por la mañana cuando escribe tales desatinos.

Dejó entonces á un lado la letra, y acomodóse gravemente en el sitio prestando nueva atención á los juegos.

El pueblo tomaba muy por lo sério el combate que se iniciaba. Por un lado Eumolpo había conquistado muchos partidarios, y por otro la oportuna ocurrencia de Lydón aludiendo al lanista de Pompeya le había captado la voluntad de todos.

— Ya lo ves, viejo compadre, dijo á Medón el que estaba al lado suyo. Ya está de nuevo tu hijo en la pelea. Pero nada temas; no faltaba más! el Pretor no vá á permitir que se le espinche, ni el pueblo tampoco. Se ha portado como un valiente y esto basta... ¡ Ah! ¡ ese sí que es un golpe maestro!... ¡ Bien parado, por Pólux!... ¡ Hála otra vez, Lydón!... ¡ Ya no pueden con el resuello!... ¿ Pero tú, qué estás murmurando, vejete?

— Mis oraciones, dijo Medón esforzándose en tener calma.

— ¡ Qué oraciones ni que tontainas! repuso el otro.

¿Estamos en los tiempos en que los dioses arrebatan á los hombres dentro de una nube?... Mira ¡ por Diu Piter ! ¡ mira que buen golpe !... ¡ Ese lado, Lydón, ese lado !... ¡ cuenta con ese lado !...

Un momento de terror había sobrecogido á todo el pueblo. Un fuerte golpe dado por Eumolpo sobre la cabeza de Lydón, había obligado á éste á que doblase la rodilla.

— ¡ Tiene bastante ! ¡ vaya si lo tiene ! chilló una voccecita femenina.

Era la voz de la regocijada muchacha que había estado esperando con tanta ansia los juegos.

— Silencio, chicuela, dijo con autoridad la esposa del edil. ¿Qué ha de tener? ¡Si no está herido tan solamente!

— Yo desearía que lo estuviese, replicó la jóven; aun cuando no fuera más que para dar un mal rato á ese enfadoso Medón que tanto me carga.

Á todo esto, Lydón que se había defendido con notable habilidad y con raro valor, empezaba á retroceder ante los vigorosos asaltos del peritísimo romano. Tenía fatigado el brazo; su vista se oscurecía, y sostenía la respiración con muchísima pena.

Entrambos se detuvieron para tomar aliento, y Eumolpo le dijo en voz baja:

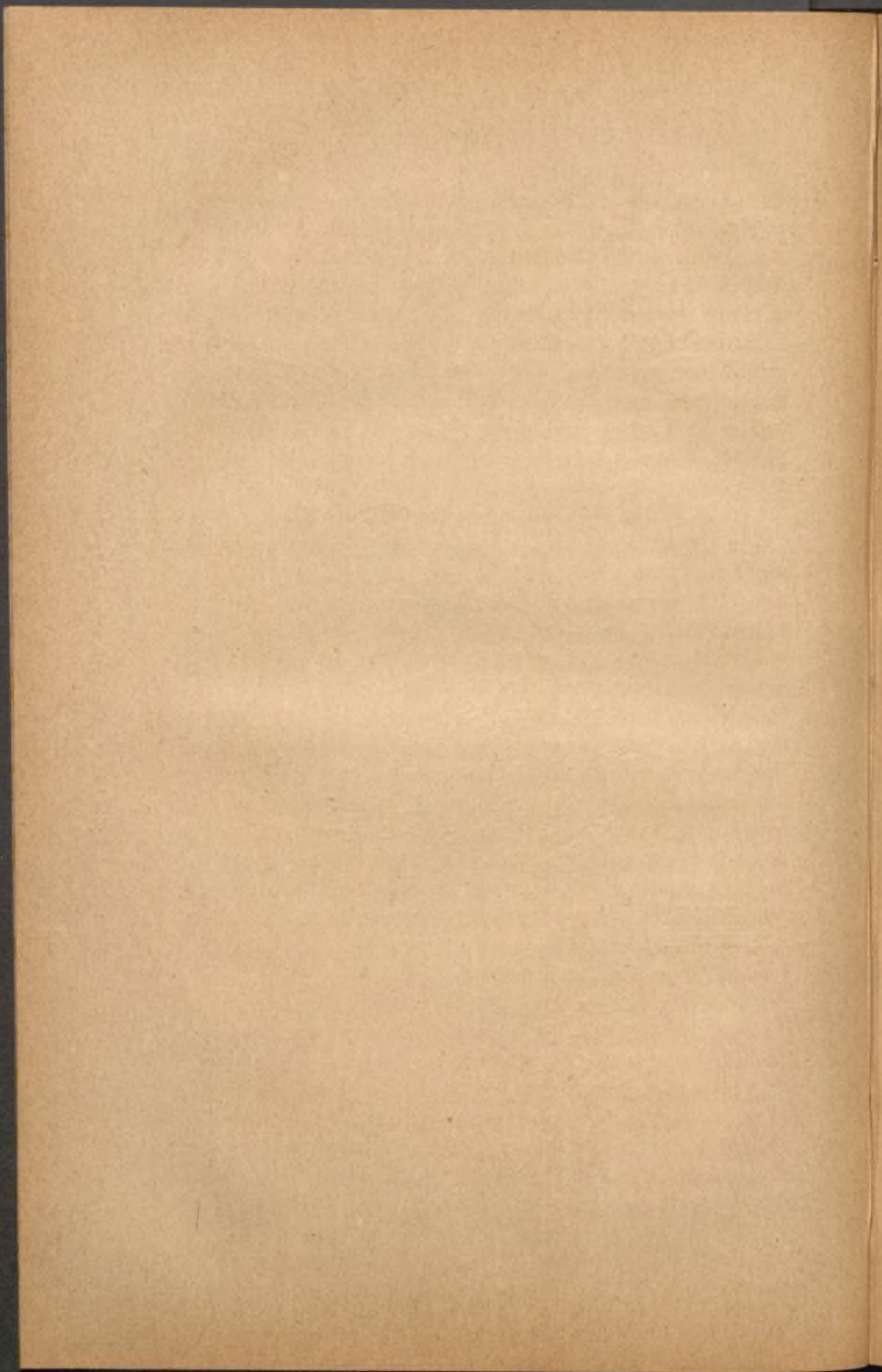
— Cede en tu empeño, muchacho. Deja caer los brazos y yo te haré un rasguño. Tienes propicio al editor y á toda la gente, y obtendrás una salida honrosa.

— ¿Y mi padre ha de ser esclavo todavía? exclamó Lydón. ¡ Eso no es posible ! ¡ Mi muerte ó su libertad !

Dominado por este pensamiento y persuadido de que sus fuerzas no habían de ser bastantes para rendir la perseverancia del romano, creyó que su victoria dependía de una súbita corazonada, y arremetió valerosamente contra Eumolpo. Éste con mucha cautela retrocedió, y cuando Lydón le acometió de nuevoladeó un poquito el cuerpo, con lo cual el gladio pasó rozando con la coraza. El pe-



Lydon hizo un esfuerzo para sostener el equilibrio.



cho de Lydón quedaba entonces al descubierto, y Eumolpo dirigió su gladio contra las junturas de la loriga, sin ánimo á pesar de eso de inferirle una herida mortal. Empero Lydón estaba cansado y falto de serenidad, y al echarse para adelante topó justamente con la punta que el adversario le presentaba, y quedó atravesado de parte á parte. Eumolpo tiró de la hoja, y Lydón hizo un esfuerzo para sostener el equilibrio, más el gladio que empuñaba se soltó de su mano. De esta manera desarmado, dió todavía maquinalmente un manotazo contra Eumolpo y cayó postrado en la arena.

Tanto el pueblo como el editor, hicieron inmediatamente la señal de gracia. Los mozos del anfiteatro se acercaron y quitándole el casco, vieron que respiraba todavía. Miró con ojos feroces á su enemigo, y luego sin fijarse en el editor ni en sus benévolos jueces, dirigió la vista á lo más alto de las graderías, y pudo divisar el semblante pálido y acongojado que buscaba. Entre los aplausos que resonaban por todos lados, la única cosa que oyó fué el grito de angustia de un corazón herido. En aquel momento la expresión feróz de su fisonomía se trocó en expresión dulcísima de piedad filial. Sus facciones se hermosearon con amor santificante aunque desesperado, más no tardó mucho en presentarse la rigidez de la muerte, y de nuevo se pintó en su rostro la ferocidad, quedando al poco rato completamente exánime sobre el suelo.

— Hay que cuidarle mucho, dijo el edil. Ha cumplido con su deber perfectamente.

Los mozos sin perder tiempo le condujeron al espoliario.

— He aquí lo que es la gloria y lo que es el destino, decía Arbaces para consigo mismo.

Y al mismo tiempo miraba á los concurrentes con tanto desprecio y altanería, que helaba la sangre en las venas de cuantos se fijaban en su semblante.

Exparciéronse otra vez por el anfiteatro suavísimos olores, y acudieron otra vez los empleados á renovar la arena.

— Ahora , dijo el editor , sea introducido el león junto con Glauco.

Esta orden produjo un silencio general.

Habíase apoderado del público un estupor intenso , un estupor que tenía á la vez , por extraño que esto parezca , los caracteres de placentero y de terrible , y bajo la presión de aquel sentimiento estaban agobiados todos los circunstantes como si fueran víctimas de una pesadilla.





CAPÍTULO III.

De lo que hacia Salustio , y de lo que sucedió con el mensaje de Nydia.



RES veces había interrumpido Salustio su sueño matinal y otras tantas , acordándose de que aquel día debía morir su amigo , se había vuelto de otro lado en el lecho buscando nuevos instantes de olvido. Era su único objeto en la vida el evitar los pesares, y cuando no podía evitarlos trabajaba á lo menos para borrarlos de la memoria.

No pudiendo por último conciliar más el sueño , incorporóse , y vió á su liberto favorito que estaba sentado como de costumbre junto á la cama , preparándose á leer alguna cosa de bellas letras, lo cual hacía todas las mañanas por espacio de una hora , pareciéndose en esto la casa de Salustio á las de otras personas distinguidas.

— ¡ Por hoy no quiero libros ! dijo Salustio. ¡ Nada !
¡ Ni Tibulo , ni Píndaro ! ¡ Nada ! El nombre de Píndaro
me recuerda los juegos inmortalizados por él y hereda-
dos hoy por nuestro anfiteatro salvaje. ¿ Ha empezado ya
eso del redondel ? ¿ Han comenzado las ceremonias ?

— Hace rato , oh Salustio. ¿ No has oído el sonido de
las trompetas y el bullicio de la gente ?

— Así es la verdad , pero estaba yo amodorrado y he
vuelto á dormirme.

— Ya los gladiadores deben estar combatiendo en la
arena.

— ¡ Pobres infelices ! ¿ De mi casa no ha ido nadie á
ver los juegos ?

— Nadie. Tus órdenes eran rigurosas.

— Está bien. ¡ Hubiera ya pasado este infausto día !
Pero dime , ¿ qué tablillas son esas que hay en la mesita ?

— ¡ Ah ! es una misiva que recibiste anoche... pero no
pudiste leerla... porque estabas demasiado... demasiado...

— Eso es ; demasiado borracho. Debe ser cosa de poca
monta.

— ¿ La abro , Salustio ?

— Ábrela. ¡ Á ver si eso me distrae ! ¡ Pobre Glauco !
Abrió el liberto la misiva y exclamó :

— ¡ Oye ! ¡ está en griego ! Debe ser de alguna dama
instruída según parece.

Fijóse más en el escrito , y por algunos momentos,
las líneas irregulares trazadas por la ciega le desconcerta-
ron. Pero luego , emocionado y suspenso , exclamó :

— ¡ Buenos dioses ! ¡ Noble Salustio ! ¿ Qué hemos he-
cho no abriendo á tiempo esta misiva ? Oye lo que dice :

« Nydia la sierva ; á Salustio amigo de Glauco. — Estoy
prisionera en la casa de Arbaces. Busca al Pretor , haz que
me suelten y salvaremos á Glauco del león. Hay aquí otro
detenido cuyo testimonio puede librar al ateniense de
todo cargo. Ha visto el crimen y puede señalar al delin-
cuente de quien la justicia no ha sospechado. ¡ Vuela !

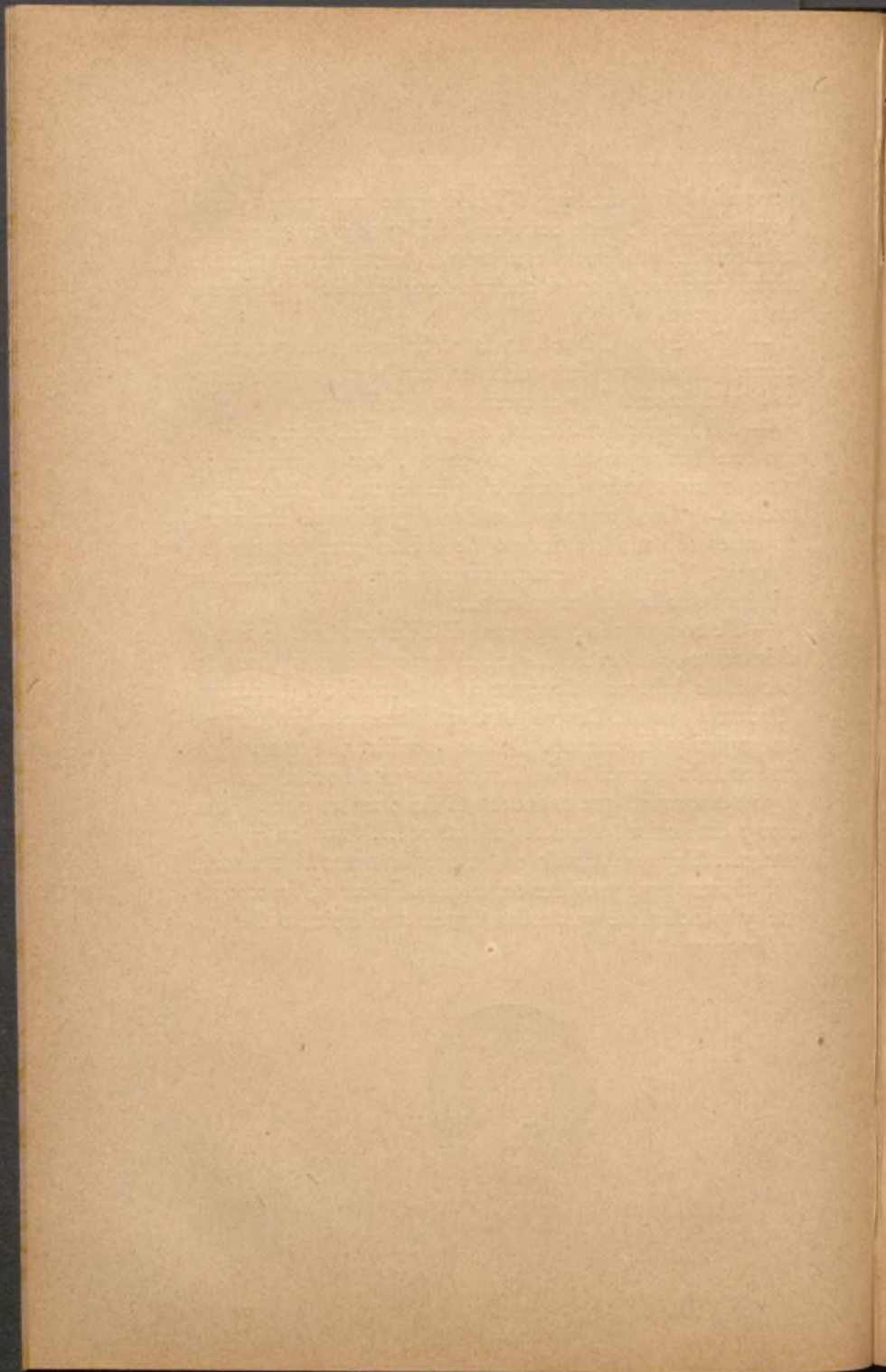
¡ corre ! ¡ No te detengas ! Traed gente con armas por si hay resistencia , y un cerrajero hábil y robusto porque el calabozo del prisionero está cerrado fuertemente . ¡ Por tu mano derecha ! ¡ por las cenizas de tu padre ! ¡ no pierdas un momento ! »

— ¡ Poderoso Diove ! exclamó Salustio saltando de la cama . ¡ Y en este día , quizás en esta hora , muere Glauco ! ¿ qué hacer ? Voy al momento á la Pretura .

— Nó , replicó el liberto , no es eso . El Pretor , lo mismo que Pansa que da hoy los juegos , son populacheros , y no lograrás nada por una simple denuncia . Además de qué eso se divulgaría , y el mañoso egipcio que está metido en ese lío tendría tiempo de sobras para ponerse en guardia . Vamos á tomar otro camino . Por fortuna los criados se hallan todos en casa...

— Te comprendo , interrumpió Salustio . Que se armen al instante los siervos . Las calles están desiertas . Vamos á la casa de Arbaces y libremos á los detenidos . ¡ Pronto ! ¡ Pronto ! ¡ Aquí , Davo ! ¡ la toga ! ¡ las sandalias ! Á ver : un papiro y el cálamo . Quiero escribir al Pretor . Que suspenda la ejecución de Glauco por una hora al menos , y yo demostraré que es inocente . Así ; así va bien . Lleva esto y date prisa , Davo... ¡ al Pretor !... Está en el anfiteatro... Hay que dárselo en su propia mano... Y ahora , ¡ oh dioses cuya providencia negaba Epicuro , favorecedme y proclamaré por todas partes que Epicuro fué un embusterazo !







CAPITULO IV.

Fin del espectáculo.



LAUCO y Olintho habían sido colocados en la estrecha y oscura celdilla en que los criminales destinados á la arena aguardaban la última y pavorosa contienda. Sus ojos, acostumbrados ya á las som-

bras, podían distinguir en aquella hora terrible, y entre la escasa luz que les rodeaba, la palidez que había invadido el rostro del uno y del otro, palidez que aumentaba por momentos reemplazando el encarnado de sus mejillas por un tinte lívido y sepulcral.

Tenían ambos levantada la cabeza con ademán arrogante, no había en su cuerpo temblor alguno, y sus labios estaban fuertemente cerrados. La religión del uno, el orgullo del otro, la convicción de su propia inocencia en ambos, y hasta donde era posible, la fuerza del compañerismo en la desgracia, todo contribuía á transformar las víctimas en héroes.

— ¿Oyes los aplausos? dijo Olintho. ¿Oyes cómo se enardece esa gente á la vista de la sangre humana?

— Oigo lo que dices, respondió Glauco, y mi corazón está desfallecido; pero los dioses me sostienen.

— ¿Los dioses, atolondrado joven? dijo Olintho. Piensa en esta hora solemne en el Dios único. Pues en este calabozo, ¿no te he dado mis enseñanzas? ¿no he llorado contigo? ¿no he rezado para tí, olvidando mi agonía por causa de mi celo, y ocupándome en tu salvacion más que en la mía propia?

— Buen amigo, repuso Glauco solemnemente, á cuanto me has dicho he prestado atención con respeto, con interés y hasta con simpatía en favor de tus convicciones. Como nuestra vida hubiese podido prolongarse, mis creencias, sin duda alguna, hubieran ido aproximándose á las tuyas. Pero en esta hora postrera no puedo, sin bajeza y cobardía, conceder al terror lo que debe concederse á la meditación y á la calma. Para renegar de los dioses de mis padres, ¿es bastante una impresión súbita sobre las promesas del cielo ó las amenazas del infierno? Seamos caritativos el uno para con el otro. Honro tu sinceridad, Olintho; compadécete tú de mi ceguera y de mi firmeza. Lo que mis hechos hayan valido obtendrá su recompensa; y el Poder de Poderes que está por encima de

todo, no juzgará severamente el error humano cuando éste se halla enlazado con la pureza de miras y con la verdad del corazón. Basta ya de este punto. ¿Oyes cómo arrastran algún cuerpo pesado por esos corredores? Iguales á este despojo serán muy pronto nuestros cuerpos.

— ¡ Oh cielo ! ¡ Oh Cristo ! ¡ Mi vista os descubre ya en este momento ! exclamó el fervoroso Olintho levantando las manos. No me asalta el temblor. Gustoso espero que se rompan cuanto antes las puertas de mi cárcel.

Glauco bajó la cabeza silenciosamente comprendiendo la diferencia entre su valor y el de Olintho. El gentil conservaba la serenidad : el cristiano se mostraba enardecido y lleno de regocijo.

La puerta giró ásperamente sobre sus goznes. Vióse junto á los paredones el centelleo de las lanzas.

— ¡ Glauco el ateniense, te toca el turno ! dijo una voz clara y muy modosita. ¡ El león te aguarda !

— Estoy pronto, contestó Glauco.

Y luego volviéndose á Olintho, añadió :

— Hermano y compañero, abrázame por última vez. Bendíceme y quede contigo mi buen deseo.

El cristiano estrechó al joven griego contra su corazón, y entre sollozos y lágrimas besóle en la frente y en las mejillas.

— ¡ Oh ! ¡ si yo hubiese podido convertirme ! exclamó. ¡ Si hubiese podido ahorrarme estas lágrimas que sólo vierto por tu causa ! ¡ Si pudiese despedirme de tí, diciéndote : « Esta noche cenarás conmigo en el Paraíso !... »

— Esto es posible ciertamente, dijo Glauco con voz trémula. Aquellos á quienes la muerte no separa, pueden encontrarse más allá de la tumba. Pero en esta tierra tan hermosa y tan estimada de nuestro corazón, nuestra despedida es eterna... Y ahora buen carcelero, me voy contigo.

Glauco al decir estas palabras hizo un esfuerzo y salió de la celda, y en cuanto respiró el aire libre que estaba

muy bochornoso, sintió fatiga y opresión de pecho. Débil como se encontraba todavía por los efectos del filtro, vaciló por un momento y estuvo á punto de caerse. Sostuviéronle los guardas del anfiteatro y uno de ellos le dijo:

— ¡Ten valor! Tú eres joven y estás muy ágil. Se te dará un estilete. No desmayes y puedes conseguir la victoria.

Glauco no respondió una palabra, pero avergonzado de su flaqueza reaccionó valerosamente sobre sí mismo y pudo recobrar su fuerza y su gallardía. Desnudaron su cuerpo dejándole únicamente el ceñidor; ungiéronle; pusieronle un puñalito en la mano, y en pos de esto le introdujeron en la arena.

En cuanto vió que estaban fijos sobre él los ojos de miles y de decenas de miles de espectadores, ya no sintió que fuese mortal. Toda manifestación de temor, toda clase de miedo había desaparecido completamente. Un vivo carmín tiñó sus facciones y se irguió con natural arrogancia como alardeando de las ventajas de su estatura. La suavidad y buena conformación de sus músculos, la resuelta y serena expresión del rostro, la altivez del gesto en que se transparentaba un alma indomable, todo contribuía á presentarle como encarnación corpórea y viviente del valor de su patria y de la divinidad de su culto, todo hacía de él un héroe y un dios según el concepto de la raza helénica.

El murmullo de malevolencia y de horror hacia su delito que se había escuchado en las graderías, trocóse muy pronto en admiración involuntaria y en compasivo respeto, y no dejaron de exhalar un suspiro de congoja los espectadores cuando dirigieron la vista al centro de la arena donde la embarrotada jaula del león acababa de ser transportada en aquel momento.

— ¡Por Venus! ¡y qué calor hace! decía entretanto Fulvia. ¡La suerte por ahora es que no hay sol! ¡Podían esos tontos de marineros haber ajustado el velario!

— ¡En verdad que hace calor! dijo por su parte la de Pansa. ¡Yo me siento mala! ¡Me ahogo!

Y en esto, como persona experimentada, se aprovechó de aquel pretexto para sentarse con más holgura.

De intento se había dejado al león que ayunase durante veinte y cuatro horas, y en el trascurso de aquella mañana dió repetidas muestras de inquietud y de malestar todo lo cual atribuía el guardián á las angustias del hambre. Mas á la verdad su aspecto era más bien de temor que de coraje, sus rugidos eran plañideros, y respiraba fatigosamente sacando la cabeza por entre los barrotes.

El editor se puso pálido y vaciló por un instante, pero el público se impacientaba y tuvo que dar la señal.

El guardián, tomando las convenientes precauciones, abrió la puerta de la jaula, y el león salió á la plaza lanzando un rugido pavoroso con el que expresaba su contento de verse libre. Retiróse más que de prisa el guardián por una de las verjas que cerraban el redondel, y dejó allí al señor de las selvas en frente de su presa.

Glauco había tomado posición firme para recibir la acometida del león, y tenía preparado el reluciente estilete con la esperanza, poco segura por cierto, de que el primer golpe, que indudablemente habría de ser el único, penetrase por la cavidad del ojo y fuese á herir en el cerebro á su potente enemigo.

Mas el león, con extrañeza general de los circunstantes, no pareció fijarse siquiera en la presencia de Glauco. Paróse en mitad de la arena, aspiró el aire con impacientes resoplidos, y luego echó á correr, pero no en dirección del ateniense, sino alrededor del circuito sacudiendo las melenas y mirando ansiosamente á uno y otro lado como si deseara escaparse. Por dos veces probó de saltar la barrera, y no pudiendo conseguir su intento, quedóse ahullando con mal humor y arrastrando su cola por la arena. Llegó á mirar por último hacia donde estaba Glauco pero volvió en seguida los ojos, y al cabo de un rato,

viendo que no podía salir de aquel sitio, se dirigió de nuevo á la jaula y se recostó.

El populacho estaba disgustado con tanta cobardía y empezaba á manifestarlo con murmullos.

—¿Á ver qué es eso? dijo el editor al guardián. Toma al momento la garrocha, aguijale para que salga, y luego cierra los barrotes.

Así se disponía para efectuarlo el guardián, á despecho del miedo, cuando resonó un grito junto á uno de los pasadizos que daban entrada á la arena, y promovióse allí extraordinaria confusión y tumulto. Parecía que había disputas, porque unos querían entrar y otros les impedían el paso, pero pronto se callaron los de adentro, y quedando interrumpida la función, apareció Salustio junto al sitio de los senadores, jadeante, despeinado, sudoroso, rendido de fatiga.

—¡Quitad el ateniense de ahí! exclamaba. ¡El ateniense es inocente! ¡Detened al egipcio! ¡Detened á Arbaces! Ese, ese es el matador de Apecides.

—¿Estás loco, Salustio? dijo el Pretor levantándose de su asiento. ¿Qué significa este desvario?

—Quitad al ateniense, insistió Salustio; de lo contrario su sangre ha de caer sobre vuestras cabezas. Suspende la ejecución Pretor, ó darás cuenta con tu propia vida ante la autoridad del Imperio. ¡Abrid paso, porque traigo un testigo presencial de la muerte de Apecides! ¡Pueblo de Pompeya, fija tu vista en Arbaces que está aquí sentado! Paso al sacerdote Caleno, y escuchadle todos.

Caleno con el rostro desencajado como quien acababa de librarse del hambre y de la muerte, fué conducido cerca del asiento que ocupaba Arbaces. Sus libertadores le habían reanimado con algunos alimentos confortativos, pero lo que más le sostenía era el deseo de venganza.

—¡No es el sacerdote Caleno! decían algunos. ¡Es un muerto!

— Este es el sacerdote Caleno, dijo gravemente el Pretor. Y luego dirigiéndose á él, añadió: ¿Qué es lo que tienes que declararnos?

— Declaro que Arbaces el egipcio es el matador de Apecides, dijo el sacerdote de Isis. Con mis propios ojos he visto asestar el golpe. Del calabozo donde él me tenía encerrado entre la oscuridad y los horrores de la muerte, me han libertado los dioses para que revelara su crimen. Alejad al ateniense de la arena. Ese es inocente.

— Por esto le ha respetado el león, exclamó Pansa. ¡Prodigio, prodigio!

— ¡Prodigio, milagro! repitió el pueblo á grandes voces. Soltad al ateniense. ¡Al león Arbaces!

Este clamor retumbó en los valles y en la colina, en las playas y en la llanura del mar.

— ¡Al león Arbaces!

— Guardias, sacad al acusado Glauco, dijo el Pretor. Sacadle de la arena pero custodiadle todavía. Los dioses prodigan sus maravillas sobre el día presente.

A esta orden del Pretor, respondió el grito de una muchacha, el grito de una niña, grito de júbilo, de vivísimo júbilo que llegó al alma de todos los concurrentes. El pueblo en masa repitió aquel grito congratulándose por el suceso.

— Silencio, dijo el grave Pretor, ¿quién es esa muchacha?

— Es Nydia la ciegucecita, contestó Salustio, la que ha libertado á Caleno de su sepultura y ha salvado á Glauco de las garras del león.

— De esto hablaremos luego, replicó el Pretor. Dime ahora sacerdote de Isis: ¿acusas al egipcio Arbaces de la muerte de Apecides?

— Le acuso, dijo Caleno.

— ¿Tú viste el homicidio?

— Pretor, con estos mismos ojos.

— Basta, dijo el Pretor. Los detalles de todo esto de-

ben quedar para donde haya más espacio y tiempo. Arbaces de Egipto, ya oyes el cargo que se te hace. Hasta aquí no has desplegado los labios. ¿Tienes algo que decir?

La muchedumbre no había apartado la vista del sitio donde se hallaba Arbaces, aunque no pudo notar distintamente la perturbación que se había manifestado en su rostro al oír la primera acusación de Salustio y sobre todo al ver la entrada de Caleno. En cuanto se escucharon los clamores de « ¡ Arbaces al león ! » había temblado en verdad, y su bronceada mejilla se había puesto pálida, pero pronto recobró su altivez y presencia de espíritu, y desafió con mirada colérica y provocativa las innumerables miradas del público. A la interrogación del Pretor, contestó sin inmutarse y hablando tranquilamente y con altanería como tenía de costumbre.

— Esta acusación, dijo, es tan necia que apenas da lugar á rechazarla. Me acusa el noble Salustio, y todos sabemos que es amigo íntimo de Glauco: me acusa un sacerdote, y bien reverencio yo la orden á que pertenece y las vestiduras que lleva, pero todos sabéis, oh Pompeyanos, lo que viene á ser su carácter. Es agarrado y sediento de oro como el que más, y á esta clase de hombres les compra el que quiere. En frente de una acusación de esta clase, Pretor, sostengo que soy inocente.

— Salustio, preguntó el magistrado ¿ en dónde has encontrado á Caleno ?

— En los calabozos de Arbaces, contestó Salustio.

— Egipto, dijo el Pretor frunciendo las cejas, tú fuiste bastante osado para encarcelar á un sacerdote de los dioses, ¿ y por qué causa ?

— Escúchame, respondió Arbaces levantándose con calma, pero con agitación visible en el rostro. Este hombre se llegó á mi, amenazándome de que habia de acusarme como lo ha hecho, si no compraba yo su silencio con la mitad de mi fortuna. Opúseme á lo que él quería, pero todo fué en vano. Yo sé bien que soy inocente del

crimen, más la declaración de un sacerdote podía ser motivo bastante para causar mi ruína. Soy extranjero entre vosotros y no sabía que hacerme, hasta que al fin me decidí á dejar encerrado al sacerdote en los sótanos donde él creía que estaban mis cofres llenos de oro, proponiéndome soltarle en cuanto el destino del verdadero criminal estuviese cumplido. Puede ser que haya obrado mal, pero ¿quién de vosotros no reconoce el derecho de defensa? Si era yo el culpable ¿porqué razón el testimonio de ese sacerdote no se produjo en el proceso? Entonces no le había yo detenido ciertamente. ¿Qué puede responderse á eso, Pretor? De todos modos yo invoco vuestras leyes y reclamo su protección. Salgan de aquí el acusado y el acusador, y yo me someto de buena gana al tribunal competente. El sitio en que nos encontramos no es á propósito para mayor debate.

— En esto tiene razón, dijo el Pretor. ¡Aquí los guardias! Quede arrestado Arbaces, y custodiad á Caleno. Tú Salustio, quedas responsable de la acusación. Ahora, sigan los juegos.

— ¡Como es eso! exclamó Caleno dirigiéndose á la muchedumbre. ¿Nuestra Isis ha de quedar despreciada de esta manera? ¿La sangre de Apecides ha de esperar todavía su venganza? ¿Vamos á dar largas á la justicia para que luego se haga la trampa? ¿Vamos á quitarle al león la presa que le corresponde? No, eso no es posible. Un dios, un dios os está hablando por mi boca. ¡Al león, al león Arbaces!

En esto el sacerdote, macerado por el hambre, no pudo sostener por más tiempo sus excesos de rabia y de ferocidad, y vióse acometido de una convulsión súbita que le hizo caer al suelo echando espuma por la boca. Agitábase con todos sus miembros á manera de un hombre espiritado, y el pueblo se horripiló á la vista de aquel nuevo accidente.

— Es un dios el que inspira á ese santo, clamaron muchos. ¡Al león, al león el egipcio!

En esto se levantaron millares de hombres en las gradierías, y luego otros, y otros y empezaron á bajar del anfiteatro precipitándose todos en dirección al sitio en donde se encontraba Arbaces. En vano el edil daba órdenes, en vano el Pretor levantaba la voz y proclamaba la ley. El pueblo estaba excitado por la sangre que había corrido ya en el redondel, y quería saciar más y más su apetito. Superstición y brutalidad se reunían en un solo impulso. Estimulados, enardecidos por el espectáculo de sus víctimas, olvidaban los pompeyanos la autoridad de sus jefes. Era aquello una de tantas bullangas populares comunes á todas las multitudes medio libres y medio serviles, y que se producían con harta frecuencia gracias á la constitución peculiar de las provincias romanas. El poder del Pretor era como una caña en medio del huracán. Con todo, obedeciendo á sus órdenes los guardias, se pusieron en línea para defender los bancos inferiores donde estaban sentados los ciudadanos de condición distinguida, pero aquella barrera era muy débil. Los amotinados se detuvieron ante los guardias nada más que el tiempo preciso para que Arbaces pudiera calcular el momento exacto de su muerte.

Desesperado, lleno de terror, abatido su orgullo, contemplaba al populacho que se arremolinaba y se avanzaba sobre él, cuando por la rajadura del toldo descubrió un fenómeno terrible y completamente inesperado para todos. Descubriólo, y al momento su sagacidad vino en auxilio de su valor. Levantó su mano señalando al cielo, y su frente altiva y su fisonomía régia tomaron expresión majestuosa y sobremanera solemne.

— ¡Mirad! exclamó con voz de trueno que dominaba el vocerío de la muchedumbre: ¡Mirad de que manera los dioses protegen al inocente! ¡Los fuegos del Orco vengador se encienden ante el falso testimonio de mis acusadores!

Los ojos de los amotinados se volvieron siguiendo la

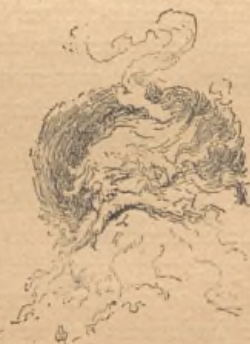
indicación del egipcio, y vieron todos con indecible espanto una extensa humareda que salía de la cumbre del Vesuvio, y tenía la forma de un pino gigantesco. El tronco era un haz de tinieblas y sus brotes eran de fuego. El resplandor de aquella fogata variaba á cada momento en sus tonos y matices: ya se presentaba claro y muy brillante; ya tomaba un color bermejizo y apagado; ya relucía de nuevo con intensidad terrorífica completamente insuportable para la vista humana.

Todo quedó al momento en silencio. Era aquello el silencio de la muerte y del miedo, solo interrumpido al poco rato por el rugido del león, al que contestaron dentro de las paredes del anfiteatro los ahullidos más penetrantes y más feroces de su compañero de cautiverio. Entrambos, el tigre y el león, eran siniestros augures de la pesadez de la atmósfera; profetas de la ira terrible que se acercaba.

En lo alto del anfiteatro chillaron entonces las mujeres. Los hombres se miraban unos á otros sin desplegar los labios. Luego sintieron el terremoto debajo de sus plantas. Vacilaron los muros que sostenían la gradinata. A poca distancia del edificio público chocaron entre sí los techos de las casas y se derrumbaron con estrépito. El nubarrón de la montaña parecía venirse encima con la rapidez de un torrente, y pronto arrojó de su seno una lluvia de cenizas mezcladas con fragmentos de piedra pómez. Sobre las viñas, al poco rato marchitas, sobre las calles, al poco rato desoladas, sobre el anfiteatro y lejos del anfiteatro, sobre el agitado mar que se enlodaba por momentos, por todas partes caía la tremebunda lluvia.

Nadie pensó ya en la justicia ni en Arbaces. ¡Bastante tenía que hacer cada uno pensando en la salvación propia! Todos querían escapar; todos se arremolinaban; todos se daban empujones y se apretaban, pisoteando al que tenía la desgracia de caerse. Voceando, echando imprecaciones ó pidiendo auxilio, todos se precipitaron á los

diferentes pasadizos de la gradería, ¿pero qué dirección debía tomarse para salir de aquel conflicto? Algunos temiendo la repetición del terremoto, corrieron á sus casas para recoger los objetos de mas estima, y para libertarse con ellos mientras era tiempo. Otros azorados con la lluvia de cenizas que se iba haciendo más densa y que inundaba las vías públicas, buscaron refugio bajo el techado de las casas inmediatas ó dentro de los templos, ó en los soportales, ó en un cobertizo cualquiera que pudiera protegerles contra los horrores de la atmósfera. El nubarrón empero, más negro, más dilatado, más terrible que nunca se cernía sobre sus cabezas. ¡La noche súbita y aterradora usurpaba de una vez el imperio del Mediodía!





CAPÍTULO V.

La celdilla del treso y el espoliario de los muertos. — El dolor indiferente á los horrores.



SOMBRADO por la dilación que alcanzaba en tales momentos, y dudando si estaba ó no estaba despierto, fué conducido Glauco por los guardas á una de las estancias que había por debajo de las gradas. Pusieronle allí un holgado ropaje y agrupáronse á su alrededor manifestando satisfacción al mismo tiempo que extrañeza. Oíanse en la parte de afuera grandes clamores de impaciencia y enojo, y de pronto, guiada por una mano caritativa, se abrió paso la ciegucecita por entre los circunstantes y se postró á los piés de Glauco.

— ¡ Soy yo quien le ha salvado! exclamó sollozando.
¡ Ya puedo morir!

— ¡ Oh Nydia ! ¡ Niña mía ! ¡ Providencia mía ! dijo Glauco.

— ¡ Dame la mano ! déjame que respire tu aliento , decía la niña. No hemos llegado tarde. ¡ Vives todavía ! ¡ Oh ! ¡ aquella terrible puerta ! ¡ Creí que no se abriría nunca !... ¡ La voz de Caleno parecía la del viento que gime en los sepulcros ! ¡ y cuánto ha costado el reanimarle con los alimentos y con el vino !... Pero en fin , tú vives. ¡ Vives todavía y soy yo quien ha salvado tu vida !

Esta escena conmovedora fué interrumpida de pronto por el suceso que acabamos de referir.

— ¡ La montaña ! ¡ el terremoto ! tales eran las exclamaciones que resonaban en todas partes.

Los guardianes del anfiteatro echaron á correr lo mismo que los espectadores. Glauco y Nydia quedaron solos y en libertad completa para salvarse del mejor modo que les fuese posible.

Cuando el ateniense comprendió la clase de peligros que le cercaban , su corazón generoso se acordó de Olintho. Los dioses habían librado también al cristiano de las garras del tigre , ¿ podía dejársele en su celdilla expuesto á un nuevo género de muerte ? Glauco , poseído de este pensamiento , tomó por la mano á Nydia , atravesó los pasadizos y alcanzó la celda del cristiano el cual estaba orando de rodillas.

— Levántate , amigo mío , y ponte en salvo , le dijo Glauco. ¡ Mira ! ¡ La Naturaleza es tu formidable libertadora !

Entonces condujo á fuera al cristiano que estaba lleno de asombro , y le mostró la oscura nube que se aproximaba lanzando un diluvio de cenizas y de piedras pómicés , mientras se escuchaba en el anfiteatro el vocear de la gente que corría de una parte á otra.

— ¡ Hé aquí la mano de Dios ! ¡ alabado sea ! dijo el cristiano devotamente.

— Huye y busca á tus hermanos , le dijo Glauco. Con-

ciértate con ellos y procuráos un refugio. ¡Buena suerte!

Olintho no respondió una palabra ni fijó su atención en la retirada de su compañero. Absorta estaba su alma en pensamientos levantados y solemnes, y el entusiasmo de su corazón le disponía mejor para celebrar la misericordia de Dios que para temblar delante de su poderío.

Por fin salió de sus reflexiones y marchó sin saber á dónde, llamando su atención, al poco rato, la estancia donde yacían tendidos en el suelo diversos cadáveres completamente desnudos. Paróse en aquel sombrío lugar que era el espoliario de la arena, y oyó que una voz pronunciaba muy quedo el nombre de Cristo. Entró entonces en la celda y divisó, á la luz de una lamparilla, un anciano de blancos cabellos que sostenía sobre su pecho la cabeza de uno de los muertos.

— Medón, le dijo Olintho al reconocerle, levántate y huye de este sitio. El Señor Dios se ha manifestado sobre las alas de los elementos. La nueva Gomorra está sentenciada ya. Piensa en alejarte antes de que el fuego te consuma.

— Nada escucho, respondió Medón. ¡Pobre hijo mío! El amor que me profesaba es lo que ha causado su muerte.

— Ven, marchemos juntos, prosiguió diciendo Olintho. Sabes que soy tu amigo. No te resistas.

— ¿Y quién será capaz de separar á un padre de su hijo? repuso el anciano estrechando el cadáver entre sus brazos y cubriéndole de besos. Márchate, Olintho. Márchate y déjanos solos.

— ¡Ay de mí! repuso el nazareno. ¡La muerte os ha separado!

— No es cierto eso que dices, contestó el anciano con tranquilidad. La muerte ha sido más generosa de lo que tú te figuras.

Inclinó entonces la cabeza sobre su pecho, y á los pocos momentos soltó el cadáver que tenía tan estrechamente abrazado.

Olintho se le acercó y tomó su mano. Su pulso había cesado de latir. Las últimas palabras del buen padre resultaban verdaderas. La muerte había sido con él muy generosa.

En el entretanto Glauco y Nydia recorrían presurosamente las calles afrontando el peligro que ofrecían, y encaminábanse á la mansión de Arbaces para libertar á Dione.

Los criados que habían quedado en la casa del egipcio y que no tuvieron medio para oponerse á las gentes armadas de Salustio, en cuanto notaron la erupción volcánica quedaron sobrecogidos de terror y se escondieron por los rincones. El gigantesco etíope había abandonado también su puesto de la portería, y Glauco pudo entrar desembarazadamente quedando á fuera la pobre Nydia atormentada por los celos aun en medio de la catástrofe que se acercaba.

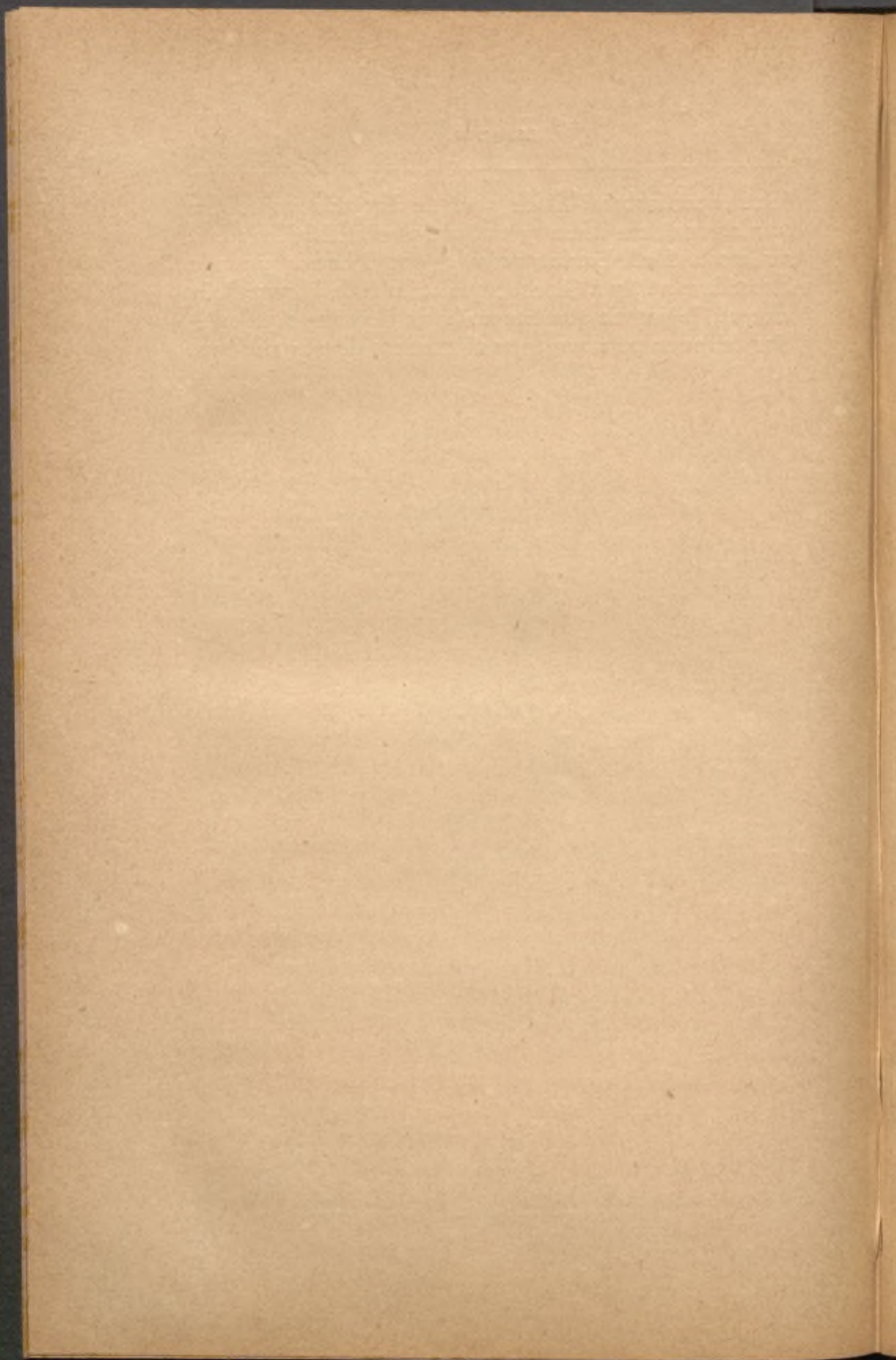
Dentro del edificio se hacía ya muy difícil el divisar los objetos: las festoneadas columnas vacilaban sobre sus pedestales, y oíase la continua llovizna de cenizas en el abierto peristilo. Glauco subió á las estancias superiores repitiendo á grandes voces el nombre de Dione, y por fin escuchó en el extremo de una galería la voz de su amada que respondía al llamamiento. Acercóse, rompió en pocos instantes la puerta, tomó en brazos á Dione y salió de la casa.

Al aproximarse á donde estaba Nydia oyó el rumor de pasos cerca de sí, y al mismo tiempo reconoció el hablar del egipcio que volvía á su mansión para recoger sus tesoros y su pupila con todo lo cual pensaba marcharse muy lejos de la desgraciada Pompeya. Ambos enemigos pasaron el uno cerca del otro sin llegar á verse, y únicamente Glauco pudo divisar, de una manera vaga, los flotantes ropajes blancos que llevaba Arbaces.

Diéronse prisa Glauco, Nydia y Dione en apartarse de la mansión del egipcio, pero ¿sabían ellos mismos á dón-

de se encaminaban? Á un paso de distancia no se veía cosa alguna, tan densa y tan completa había llegado á ser la oscuridad. Estaban acosados por el horror y por la incertidumbre, y á Glauco, que acababa de librarse de la muerte, le parecía que esta no había hecho más que cambiar de forma para aumentar el número de sus víctimas.







Caleno y Burbo. — Diomedes y Claudio. — La muchacha del anfiteatro y Iulia.



A súbita catástrofe que rompió las cadenas sociales dando soltura juntamente á los presos y á los carceleros, libertó á Caleno de los guardas á quienes el Pretor había cometido su custodia. Y en cuanto la oscuridad y los empujones de la muchedumbre dejaron al sacerdote bien separado de semejante vigilancia, enca-

minóse con vacilante paso al templo de la diosa. Mientras caminaba á tientas hacia allí, y antes de que las tinieblas fuesen completas, sintió que le tiraban del ropaje, y díjole una voz casi al oído :

—¿ Á dónde vas Caleno ? ¡ qué mala hora es esa !

— Por la cabeza de mi padre, contestó Caleno, ¿ quién eres ? Ni te veo ni conozco tu voz.

— Vaya pues, ¿ ya no conoces á Burbo ? replicó el otro.

— ¡ Dioses, y como aumenta ese nublado ! dijo Caleno. ¡ Y qué terrible es esa montaña con los relámpagos que despide ! ¡ Como centellean y vibran ! El Hades anda suelto por la tierra.

— Déjate de hablar de cosas en que no crees, contestó Burbo, y vamos á ver si hacemos nuestra fortuna. El templo de Isis está lleno de oro y de gámbainas que tienen mucho valor. Carguemos con ello, y listos hacia la mar, y alquilemos una barca. No hay cuidado de que nadie nos venga á preguntar lo que hemos hecho en un día como este.

— Tienes razón, Burbo, replicó Caleno. Punto en boca y vamos al templo. ¿ Quién ha de fijarse en si eres ó no sacerdote ? Sígueme, y luego partiremos.

Al llegar al recinto del templo, vieron á muchos sacerdotes que estaban junto al altar murmurando plegarias, llorando y humillándose en el polvo. Habían sido impos- tores en tiempo de bonanza, y no dejaban de ser supersticiosos cuando amenazaba el peligro. Caleno y Burbo pasaron por donde ellos estaban, y penetraron en un cuartito situado á la parte meridional del patio, donde encendiendo una lamparilla observaron que había sobre una mesa provisión de viandas y de vino.

Caleno, que mal de su grado había pasado por un ayuno de cuarenta y ocho horas, se echó sobre los alimentos y empezó á comer con voracidad, sin hacer caso de los horrores y prodigios de la Naturaleza.

En el entretanto el sitio que ocupaban los sacerdotes junto al altar de Isis, se había llenado de enormes masas de escorias. Los sacerdotes, de rodillas todavía ante el ara en la que pretendían ofrecer el incienso, habían proferido un grito supremo de angustia, al cual había sucedido el silencio de la eternidad. Las cenizas y la escoria habían cubierto los altares y todo el suelo del patio, y los cuerpos habían quedado sepultos.

— ¡Están muertos! exclamó Burbo que por primera vez sentía escalofríos. No creía yo que esa tormenta debiese tener consecuencias tan fatales.

Caleno, espantado también, aunque dominado todavía por la avaricia, recobró al cabo de un rato su presencia de ánimo.

— Vamos á desbalijar lo que importa, y pongámonos luego en marcha, dijo con voz temblorosa.

Atravesó entonces el patio pasando por encima de las cenizas volcánicas, y hollando los cuerpos de sus compañeros, y dirigióse á la sacra capilla diciendo á Burbo que le siguiese. Más el jubilado gladiador se puso á temblar en cuanto puso el pié en el umbral, y no se movió de la estancia que ocupaba.

— ¡Tanto mejor! dijo Caleno para sí. De este modo mi botín ha de valer el doble.

Pilló entonces con toda la furia que le fué posible lo más llevadizo que encontró entre los tesoros del templo, y sin ocuparse más de su camarada salió del sacro recinto y se lanzó á las calles. Burbo le vió, gracias á un resplandor súbito de la montaña, y quiso seguirle; pero era ya tarde para atravesar el patio, pues arreció entonces más que nunca el diluvio de materias escoriáceas que exhalaban vapores sufocantes y mortíferos. Burbo no podía ya respirar. Tentó diferentes veces la escapatoria, y otras tantas le detuvo el amontonamiento de escorias y la densidad insoportable de la atmósfera. Desesperado por fin y rechinando los dientes, sentóse en mitad de la estancia

donde al poco rato notó que la respiración se hacía también imposible, por lo cual mirando en derredor con ojos azorados, acertó á ver un hacha de sacrificio, olvidada en aquel sitio por algún sacerdote, y apoderándose de ella empezó á dar golpes contra las paredes con toda la fuerza de su robusto brazo, probando á ver si encontraba por alguna parte los medios de escapar ó de guarecerse.

Mientras esto pasaba, las calles iban quedando solitarias, pues la mayor parte de los habitantes buscaban refugio en los edificios. Las cenizas alcanzaban ya á los barrios más alejados del Vesuvio. De cuando en cuando se topaba con alguno que otro fugitivo, cuyo semblante pálido y zahareño podía contemplarse al azulado resplandor de los relámpagos del cráter, ó bien á la débil y vacilante luz de alguna antorcha.

En la calle que se dirige á la puerta de Herculano, caminaba Claudio dudoso y perplexo meditando sobre la suerte que le estaba reservada.

— Si puedo salir á campo raso, decía, he de encontrar de seguro algún carruaje en las afueras, y Herculano afortunadamente no está lejos. Gracias á Mercurio tengo poco que perder, y este poco lo llevo conmigo.

— ¡Socorro! ¡ayuda! exclamó de pronto cerca de él una voz quejumbrosa y asustada. He caído y tengo apagada la antorcha. Mis criados me han abandonado en este sitio. Soy Diomedes el rico. ¡Diez mil sextercios al que me preste socorro!... ¡Quien quiera que seas, dame la mano!

— Ahí la tienes, dijo Claudio, levántate.

— Ah, ¿eres Claudio? repuso Diomedes. Te he conocido en la voz. ¿A dónde te diriges?

— A Herculano, contestó Claudio.

— ¡Alabados sean los dioses! dijo Diomedes. Vámonos juntos hasta las afueras. ¿Pero porqué no te quedas conmigo en la quinta? Ya has visto tú los sótanos que allí tengo. Con semejante asilo ¿podemos tener cuidado ninguno por más que lluevan piedras?

— Tienes razón, dijo Claudio meditabundo. Haciendo allí provisión de víveres, podremos pasar algunos días en caso de que esto dure.

— ¡Oh! bendito sea el que inventó los portales de las ciudades, exclamó Diomedes. Mira: ya está encendido el farol debajo del arco, y esto vá á servirnos de guía.

En esto, la atmósfera había quedado más tranquila por algunos instantes, y al pasar Claudio y Diomedes por debajo de la puerta, pudieron contemplar á la luz del farolillo el rostro descolorido y pálido, y el bruñido capacete del centinela que montaba allí la guardia. Sus facciones expresaban el terror, pero al mismo tiempo la firmeza de ánimo, y se mantenía quieto é inmóvil en su puesto. Los peligros del momento no eran bastantes para transformar en hombre independiente y activo aquella máquina de la soberbia majestad de Roma. Los elementos aterradores no significaban nada para él. No tenía permiso para abandonar su sitio, y no había cuidado ninguno de que pensase en dejarlo.

Diomedes y su compañero apresuraban más y más el paso, cuando toparon en su camino con una mujer, que no era otra sino la jovencuela del anfiteatro que tanta gana había tenido de que llegara el día de los juegos.

— ¡Oh Diomedes! exclamó ella en cuanto le conoció, ¡ampárame! ¡ampárame! ¡Mira este pobre niño que llevo conmigo! ¡Es hijo mío, y hasta hoy no lo había dicho á nadie! He ido á casa de la nodriza y la sin vergüenza había dejado al niño abandonado en la cuna. En trastornos como estos, ¿quién puede pensar en un chico más que su madre? ¡Oh, sálvale Diomedes! ¡Sálvale, te lo suplico!

— Vete en hora mala con tus gimoteos, zorrón, contestóle Claudio.

Pero Diomedes que era más humano, dijo entonces:

— Ven muchacha, vente con nosotros. Venid los dos por este lado. Vamos á los sótanos.

En cuanto cruzaron los umbrales de la quinta sonrieron todos con satisfacción, porque creían á la verdad que todo peligro estaba acabado para ellos.

Diomedes ordenó á los siervos que llevasen al sótano gran cantidad de vituallas y aceite para las lámparas, y allí buscaron un refugio Iulia, Claudio, la joven y su chiquillo, la mayor parte de los criados de la casa, algunos transeuntes llenos de miedo, y varios vecinos del mismo barrio.





CAPÍTULO VII.

Progresos de la devastación.



A nube que produjo cerrazón tan lóbrega se había condensado formando un amasijo casi impenetrable. Más bien que á las tinieblas de la noche, siempre entreclaras bajo la bóveda celeste, pareciase aquello á las de un cuarto pequeño completamente á oscuras. Á medida que aumentaban las sombras aumentaba también el continuo relampaguear del Vesuvio, fiero, centelleante, abrasador. Su horrible belleza no se limitaba á presentar los colores del fuego usual: presentaba todos los cambiantes del arco iris con el cual rivalizaba. Ya re-

lucía con el intenso azul de los mares del Sud, ya era su rayo verdoso y livido como pellejo de serpiente. Ora la centella se presentaba repentina y angulosa, ora brillaba entre la humareda un resplandor intenso y rojizo que alumbraba la ciudad por algunos instantes y palidecía luego de una manera fantástica.

En los intervalos en que el polvillo quemado caía con menos fuerza escuchábase el ruido subterráneo y el bramar del oleaje en la playa, y para los oídos bien aguzados por el miedo era también perceptible el silbido de los densos vapores que se escapaban por entre las grietas del lejano monte. Había momentos en que el nubarrón parecía desgajarse y á la luz de los relámpagos presentaba formas de hombres ó de mónstruos que se combatían, se entrechocaban y acababan por desvanecerse después de una lucha imaginaria, perdiéndose en el turbulento abismo de las sombras; en todo lo cual los atemorizados viandantes creían ver enemigos gigantescos que eran los agentes de la devastación y de la muerte.

Las cenizas en muchos sitios alcanzaban ya á la altura de las rodillas, y el chaparrón de materias volcánicas que salía del humeante cráter obligaba á buscar refugio en las habitaciones difundiendo por todas partes una atmósfera sufocante y abrasadora. Fragmentos de roca de gran tamaño caían sobre algunos techos, taladrándolos y derribando parte del edificio, que se desplomaba en ruinas sobre la calle. Á medida que adelantaba el día dejábase sentir el terremoto con mayor fuerza: resbalaban y bamboleaban los que iban á pié, y los carros y literas no podían estar firmes ni aun en el terreno más llano. Gruesos pedruscos chocaban unos con otros al caer y rompíanse en mil pedazos.

La oscuridad sólo se desvanecía de cuando en cuando por el resplandor de los incendios en las laderas del Vesuvio. Para ayudar á esta luz intermitente los ciudadanos habían encendido antorchas en las plazas públicas, en los

pórticos de los templos y en las entradas del Foro , pero la lluvia de cenizas y el soplo de los vientos las apagaban y las tinieblas parecían luego más horribles porque manifestaban la impotencia de las esperanzas humanas.

Á la luz momentánea de las antorchas encontrábanse grupos de fugitivos marchando los unos en dirección á la costa y corriendo los otros desde la costa hacia á dentro, porque el Océano se había retirado de la playa y estaba cubierto también por espesísimas tinieblas. Sobre sus olas mugidoras caían las cenizas y los pómices , y era allí más difícil el resguardarse porque faltaba la protección de los edificios. Azorados , llenos de miedo á lo sobrenatural, aquellos grupos pasaban unos al lado de otros sin concertarse , sin hablarse siquiera ; y extinguidas con frecuencia las luces que llevaban , ni aun tenían tiempo para mirarse el rostro.

Todos los elementos de la vida civil quedaban deshechos. El ladrón pasaba junto al magistrado ostentando cínicamente en sus barbas la riqueza que había pillado de una manera tan imprevista. Si entre las sombras una mujer quedaba separada del marido ó bien el hijo quedaba separado de su padre , no había ningún medio seguro para volver á encontrarse. Todos se atropellaban de una manera confusa y sin saber á punto fijo lo que hacían. Nada absolutamente quedaba en vigor más que la primitiva ley de conservación egoísta.

El ateniense y Dione , junto con la ciegucecita , seguían su camino en medio de aquellas escenas tristesimas , y al encontrarse de pronto alcanzados por un grupo de centenares de personas que se dirigían como ellos hacia la parte del mar, Nydia se sintió arrastrada por los empujones, de suerte que en cuanto hubieron pasado los del grupo, por más que dió Glauco grandes voces llamando á la niña , no pudo encontrarla. Habían perdido , pues , á su amiga , á su libertadora , y además habían perdido su mejor guía, puesto que gracias á su ceguera era en aquellos momentos la única que conocía las calles.

Fatigados , desesperados y sin saber la dirección que llevaban , seguían andando Glauco y Dione entre el diluvio de cenizas y de pedruscos.

— No puedo más , decía Dione. Huye , amado mío , y salva tu vida.

— No me hables de este modo , esposa mía , contestaba Glauco. Mas dulce es para mí la muerte estando á tu lado , que el salvar mi vida lejos de tí... ¿ Mas á dónde hemos ido con esta oscuridad ? dijo al cabo de un rato. Yo creo que hemos dado la vuelta y que estamos en donde estábamos hace una hora.

— ¡ Oh dioses ! exclamó Dione. Mira ese pedazo de roca como ha taladrado ese techo. La muerte anda ya suelta por nuestras calles.

— Bendito sea el relampagueo , dijo entonces Glauco. ¿ Ves en dónde estamos , Dione ? Estamos junto al templo de la Fortuna. Vamos á guarecernos en el pórtico.

— ¿ Quién va ? preguntó una voz hueca y temblorosa junto á la columnata del templo. Aunque á la verdad es inútil preguntarlo , dijo luego , porque hundiéndose el mundo lo mismo importa encontrar amigos que enemigos.

En esto una nueva claridad volcánica permitió contemplar el pórtico , y Dione asustada se echó en los brazos de Glauco viendo al león del anfiteatro que estaba echado á poca distancia del que antes acababa de hablar y que era el gladiador herido , Niger. El relámpago había descubierto á la bestia la vecindad del hombre y al hombre la vecindad de la bestia , pero el instinto natural estaba embotado en ambos. Lejos de acometer ni de mostrarse furioso el león se arrastró acercándose á donde estaba el gladiador y éste ni se apartó ni manifestó atemorizarse de la compañía.

Por tan extraña manera estaban refugiados Glauco y Dione cuando pasaron por delante del templo varios hombres y mujeres con antorchas. Todos ellos pertenecían

á la congregación de los nazarenos. Una emoción celestial y sublime les había quitado el miedo dejando solo en sus ánimos el temor de Dios. Habían profesado la creencia tan extendida entre los primitivos cristianos de que el fin del mundo estaba próximo y en aquel momento se figuraban que había llegado el día.

— ¡ Desgracia, desgracia ! decía á grandes voces el anciano que llevaba la cabecera. ¡ Mirad ! Ya descende el Señor para el juicio supremo. Ya derrama el fuego del cielo á la vista de los hombres. ¡ Ay de vosotros los poderosos y los fuertes ! ¡ Ay de los que tenéis fascas y de los que lleváis púrpura ! ¡ Ay del que adora la imágen y del que adora la bestia ! ¡ Ay de los que derramáis publicamente la sangre de los santos y gozáis con la agonía de los hijos de Dios ! ¡ Desgracia sobre la cortesana de los mares ! ¡ Desgracia ! ¡ Desgracia !

Y todos los nazarenos respondían á estas palabras del anciano :

— ¡ Desgracia sobre la cortesana de los mares ! ¡ Desgracia, Desgracia !

Desaparecieron al fin los nazarenos entre las encrucijadas ; y la oscuridad de la atmósfera y el silencio de la muerte dominaron otra vez las inmediaciones del pórtico.

En uno de los períodos de descanso de la lluvia volcánica, Glauco se esforzaba en persuadir á Dione de que debían abandonar aquel sitio ; y estaban irresolutos todavía sobre el último peldaño cuando pasó un hombre viejo que llevaba un saco en la mano y se apoyaba en un muchacho joven el cual iba provisto de una antorcha.

— Padre, dijo el joven, si no andas más de prisa será necesario que te deje. De lo contrario morimos uno y otro.

— Huye pues, hijo mío, y deja á tu padre, contestó el anciano.

— Si quieres que me vaya dame el saquito del oro. Yo no he de morir de hambre, replicó el muchacho.

Y en pos de estas palabras cogió el saco que llevaba su padre y echó á correr exhalando una especie de rugido salvaje.

—¡Oh grandes Dioses! exclamó Glauco ¿Estáis tambien ciegos en medio de estas tinieblas? ¡Semejantes crímenes pueden acarrear un mismo castigo para el inocente y para el culpable! Vámonos, Dione. Vámonos de este sitio. No perdamos tiempo.





CAPÍTULO VIII.

Arbaces encuentra á Glauco y á Dione.



ARCHANDO á tientas como el que busca la salida de un calabozo, continuaban Glauco y Dione su incierta ruta. Cuando relucían los rayos volcánicos alumbrando las calles podían orientarse algún tanto, pero nada encontraban á su alrededor que viniese á darles ánimo.

Donde habían caído por mucho rato las cenizas quedaba el suelo cubierto de una capa blanquecina, bastante por sí sola para infundir espanto. En otros parages amontonábanse piedras carbonizadas sobre el cuerpo de algún desgraciado fugitivo, dejándole aplastado y mutilado. Oíanse de cerca y de lejos gritos y chillidos de mujeres y ayes de moribundos, voces de socorro y clamores de congoja, tanto más terribles en cuanto el que transitaba se hallaba sumido en las tinieblas, y no podía prestar ni recibir auxilio de ninguna clase. Sobre todos estos rumores predominaban los de la montaña fatal que se escuchaban claros y distintos: quejidos del viento, silbidos de

las lavas, detonaciones periódicas que acababan de amedrentar el espíritu. Cuando el viento soplabá con fuerza, el polvillo abrasador quitaba la respiración á los que estaban en la calle, y la sangre de sus venas parecía detenerse. Cada filamento nervioso, cada fibra experimentaba una sensación de mortal angustia.

— ¡Oh Glauco! ¡amado mío! ¡Dame un último abrazo y deja que muera! ¡No puedo más! exclamó Dione.

— Por vida mía, dulcísima Dione, ten valor, contestóle Glauco. Mira: por ese lado vienen algunos con antorchas. Parece que se dirigen hacia el mar. Podremos seguir con ellos.

Como si quisiesen ayudar y reanimar á los dos amantes, la lluvia cinérea y los vientos amainaron por algún rato. La atmósfera estaba profundamente calma, y la montaña parecía recogida en sí misma, quizás amontonando nuevas fuerzas para las explosiones próximas.

— Estamos cerca del mar, dijo el que iba al frente de los que llevaban antorchas. ¡Libertad y riqueza para cada uno de vosotros que sobreviva al día presente! ¡Tened valor! Puedo aseguraros que los dioses mismos me han prometido la salvación. ¡Adelante!

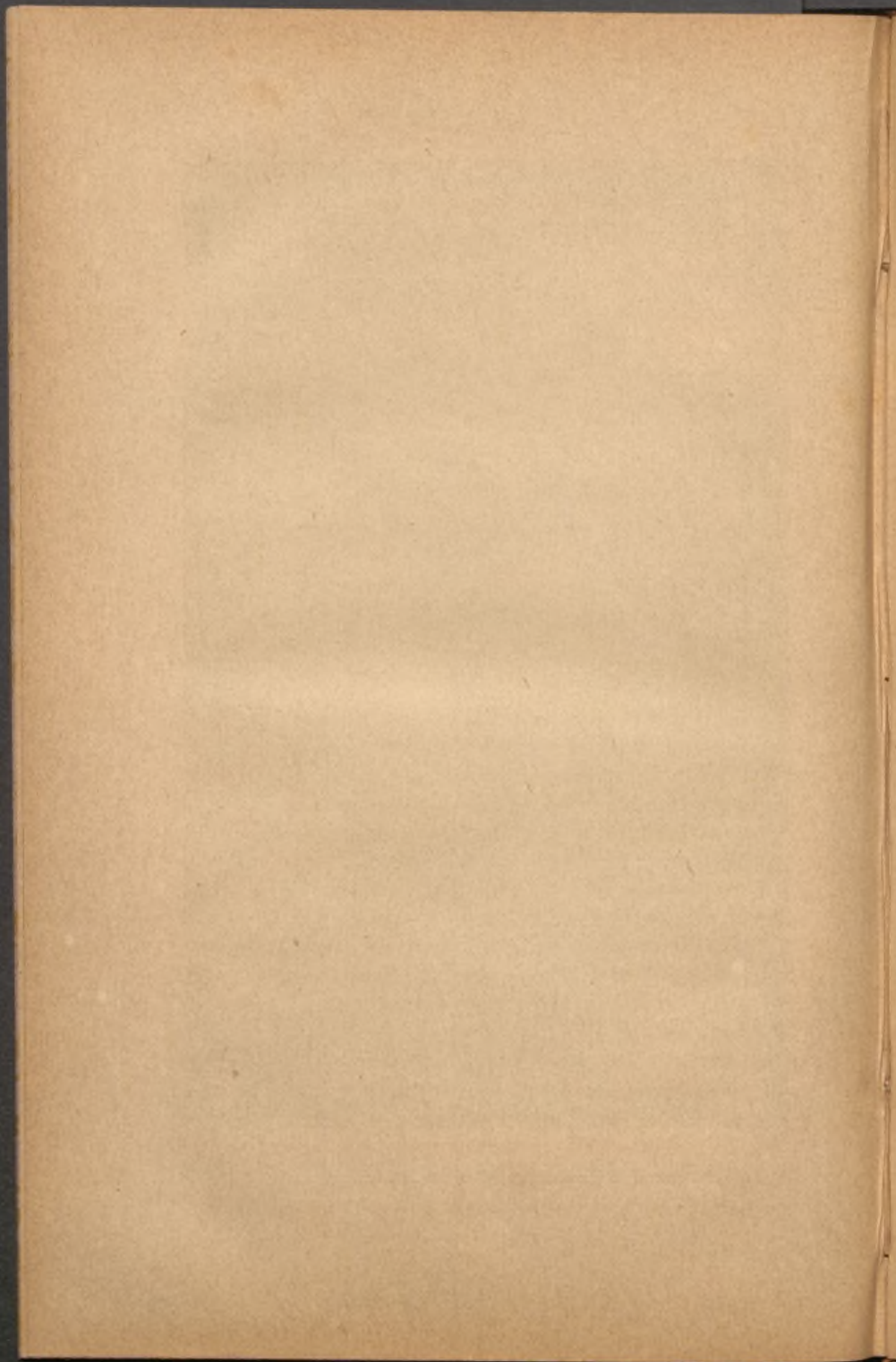
Entonces al rojizo resplandor de las antorchas, pudieron ver perfectamente Glauco y Dione aquella comitiva de esclavos que marchaban pesadamente, cargados con canastones y con arquillas. En frente de ellos y empuñando una espada desnuda, se destacaba la altiva figura de Arbaces.

— ¡Por mis padres! exclamó de pronto el egipcio, el destino me sonríe en medio de esos horrores, y bajo las apariencias de la tristeza y de la muerte viene á presagiarme la felicidad y el amor. ¡Atrás griego! ¡Entrégame al momento mi pupila!

— Traidor y homicida, prorrumpió Glauco mirando de frente á su enemigo. Nemesis te ha conducido á este sitio para entregarte á mi venganza. ¡Justo sacrificio á las



De este modo pereció el último vástago de las dinastías egipcias.



sombras del Hades que andan ahora sueltas por la tierra ! Acércate ; toca solamente la mano de Dione , y esa daga que llevas no ha de valerte más que una caña. Acércate, digo , y sin remisión alguna voy á hacerte pedazos.

En tanto que esto decía Glauco, iluminóse la calle con resplandor vivísimo y siniestro. Luciente y agigantada la llama del monte , destacándose en medio de las sombras que la rodeaban como si fuesen las murallas del infierno, pareciase á una inmensa pira. La cumbre parecia dividida en dos , como si hubiese allí dos monstruosos demonios corpóreos que se disputasen el imperio del mundo. Su faz era sanguinolenta y alumbraba á lo lejos todo el ámbito de la atmósfera. Por debajo de la cumbre estaba la montaña sumida en la oscuridad , escepto en tres hondonadas donde serpenteaban torrentes de lava derretida. Encima de la más ancha de aquellas torrenceras , parecia levantarse un arco fantástico y grandioso , verdadera boca infernal que arrojaba á borbotones el Phlegetonte. En la atmósfera que poco antes estaba silenciosa , oyóse entonces el rumor de grandes fragmentos de roca que entrechocaban entre sí , oscurecían el resplandor del fuego y caían por último dentro de los torrentes de lava.

Los esclavos de Arbaces prorrumpieron en clamores de espanto y se cubrieron el rostro. El egipcio se quedó también anonadado en el sitio que ocupaba , mientras el resplandor del volcán iluminaba los rasgos de su fisonomía y las piedras preciosas de su traje. Detrás de él se hallaba una columna con la estatua de Augusto fundida en bronce , y hubiérase dicho que la figura imperial era una imagen de fuego.

Glauco sostenía á Dione por la cintura con el brazo izquierdo , mientras con la otra mano empuñaba el estilo. Con toda la expresión de amenaza y de cólera que puede concebirse en el rostro humano , tenía la mirada fija en Arbaces y aguardaba su acometida.

El egipcio apartó los ojos del monte, y los fijó de nuevo en el ateniense.

— ¿Porqué vacilar? dijo entonces para sí mismo. ¿No ha pasado ya el peligro que me anunciaron las estrellas? Adelante pues. El alma puede afrontar la destrucción de los mundos y también la ira de los dioses imaginarios.

Y volviéndose á los esclavos y luego á Glauco, continuó en voz alta:

— ¡Adelante, muchachos!... Si me resistes, ateniense, tú sangre vá á caer sobre tu propia cabeza... Venga conmigo Dione...

Avanzó entonces un poco en dirección á donde se encontraba Glauco, pero aquel paso fué el último de su existencia. Tembló la tierra con espantosa convulsión, oyóse en todas partes un estruendo simultáneo, y techos y columnas se desplomaron y cayeron por el suelo. La columna de mármol y la estatua imperial se abalanzaron sobre Arbaces, y contribuyeron á embarazar la vía con el cascote. La profecía de las estrellas quedaba definitivamente cumplida.

El ateniense, aturdido en el primer momento por el terremoto y por el estrépito, tardó algunos instantes en recobrar el sentido. Cuando volvió en sí, notó que la atmósfera estaba todavía luminosa, y que la trepidación de la tierra continuaba. Dione desmayada estaba tendida en el suelo. Partido en dos por el fuste de la columna, veíase el cuerpo de Arbaces, en cuyo semblante se pintaba horrorosamente la desesperación y la agonía. Sus ojos se abrían y cerraban con rapidez, sus labios se agitaban convulsivamente; más al fin sus facciones quedaron inmóviles, conservando una expresión de ferocidad inolvidable para Glauco.

De este modo pereció el sapientísimo mago, el grande Arbaces, el Hermes del cinturón de fuego, el último vástago de las dinastías egipcias.



CAPÍTULO IX.

Desesperación de los dos amantes. — La hora terrible para la muchedumbre.



LAUCO agradecido á la suerte y horrorizado al mismo tiempo tomó en sus brazos á Dione y siguió marchando por la calle, alumbrada todavía por la luz de fuego. Mas no tardó mucho rato la oscuri-

dad en dominar nuevamente sobre Pompeya. Instintivamente volvióse Glauco hacia el monte, y vió que uno de los gigantes murallones del cráter se desgajaba y se venía abajo, produciendo un retumbo terrible y precipitándose como encendido ventisquero sobre las laderas y vertientes vesuvianas. Una humareda densísima se esparció en aquel entonces por la atmósfera sobre la tierra y sobre el mar. Nueva lluvia de cenizas arreciando á cada instante redobló y aumentó la desolación de las calles. El valor de Glauco le abandonaba ya, y tuvo que refugiarse debajo del arco del Foro, donde estrechando entre sus brazos á Dione y no teniendo para recostarse sino un montón de ruínas, resignóse, desalentado en su corazón, á esperar la muerte.

En el entretanto Nydia separada de Glauco y de Dione habia procurado en vano juntarse nuevamente con ellos. El plañidero quejido peculiar á los ciegos se exhalaba de su garganta, pero se perdía por completo entre los clamores egoístas que resonaban en todas partes. Volvió diferentes veces al sitio donde habia perdido á sus compañeros, preguntó á los fugitivos si habian visto á Glauco, mas todos la rechazaban con impaciencia, y por último acordándose de que Glauco y Dione buscaban la salvación en la costa, resolvió dirigirse hacia aquel lado. Guiando sus pasos por medio del bastón evitaba con increíble destreza los montones de ruínas, atravesaba las calles y acertaba siempre con el camino que se proponía seguir. ¡Tan ventajosa le era entonces la ceguera por más que fuese aflictiva en las ocasiones ordinarias!

¡Pobre niña! Su bravura la hubiera hecho muy interesante para quien hubiese podido contemplarla, y el Hado parecía complacerse en favorecer su desamparo. Los gruesos fragmentos de escoria caían á su alrededor sobre el afirmado de la calle, pero dejaban intacto su delicado cuerpecito, y cuando la cubría el polvillo cinéreo sacudíalo con breve movimiento y continuaba intrépidamente

su marcha. Débil, expuesta al peligro, y á pesar de esto exenta de miedo, sostenida por un deseo único, era el verdadero emblema de Psyche en sus peregrinaciones terrenas, era la Esperanza marchando en el Valle de las Sombras, era el alma humana, extraviada pero animosa entre los peligros y las marañas del mundo.

Más de una vez había topado con los que iban y venían en la oscuridad, más de un empujón le dieron los que echaban á correr en cuanto el fulgor volcánico les mostraba claramente el camino, y hé aquí que de pronto llegaron apresuradamente hacia ella varios fugitivos que llevaban antorchas y á su paso la derribaron al suelo con violencia.

— ¡ Por Baco ! es nuestra buena ciegucecita, dijo uno de los del grupo. Pues no hay que dejarla en este sitio á que se muera. Levántate, Tesaliana. Creo que no te has hecho daño. Ven con nosotros y vamos á la playa.

— ¿ Eres tú, Salustio ? exclamó Nydia. ¡ Alabados sean los dioses ! ¿ Qué sabes de Glauco ? ¿ Dónde está Glauco ?

— No sé yo dónde está, respondió Salustio. Debe estar ya fuera de Pompeya á estas horas. Los dioses que le han salvado del león le salvarán seguramente de la montaña encendida.

De este modo el benévolo epicúreo procuraba confortar á Nydia mientras la llevaba consigo hacia el mar sin atender á las súplicas que ella le dirigía para que fuesen á buscar á Glauco.

La súbita iluminación de la atmósfera, la explosión de los torrentes de lava y el terremoto á que antes hemos hecho referencia, coincidieron con el momento en que Salustio y sus acompañantes entraban en la vía que conducía derechamente al puerto. Allí se apiñaba más que nunca la muchedumbre: allí se encontraba en aquel entonces más de la mitad de los habitantes de Pompeya. Miles y miles de seres humanos corrían por las afueras en la esplanada de la muralla sin saber á donde dirigirse. El

mar, como antes hemos dicho, se había apartado de la playa. La agitación y el movimiento extraño del oleaje, la rareza de los objetos marinos que el agua arrojaba sobre las arenas, el choque de los pedruscos volcánicos que se hundían en el líquido elemento, todo ello amedrentaba de tal suerte á los que habían ido acercándose á la costa que todos acabaron por volverse tierra adentro escogiendo entre dos horrores el que les parecía menos terrible. De este modo se encontraban las dos corrientes humanas, el grupo de los que iban hacia el mar y el grupo de los que volvían, no sirviendo el número para darles un consuelo y acabando por detenerse todos atemorizados y vacilantes.

— ¡ Es cierto que el mundo debe ser destruido por el fuego ! dijo entonces un anciano de holgado ropaje. La sabiduría estoica lo mismo que la epicúrea están contestes en esta creencia. ¡ La hora ha llegado !

— ¡ Ciertamente la hora ha llegado ! contestó una voz muy fuerte, en la cual no se revelaba el espanto.

Era aquella la voz de Olintho que rodeado de sus hermanos en Cristo, estaba sobre un montículo en cuya cima se veían las ruínas de un templo de Apolo levantado allí por los primitivos colonizadores procedentes de Grecia.

Al oír la solemne voz de Olintho todos volvieron los ojos hacia él con indecible desmayo.

En esto fué cuando sobrevino la iluminación súbita y el terremoto y cuando pudieron verse los rostros humanos más desencajados que se hayan visto nunca sobre la tierra. Jamás una reunión de mortales ha presentado expresión tan manifiesta del horror y de la sublimidad de la muerte. Jamás hasta el día en que suene la trompeta del Juicio final ha de verse una reunión semejante.

Por encima de todo se destacaba la figura de Olintho, extendidos los brazos, profético el semblante, rodeado de resplandores de fuego.

La muchedumbre conoció la faz de aquel á quien había condenado á las garras de la bestia fiera, y vió claramente á la víctima convertida en fantasma conminatorio.

— ¡ La hora ha llegado ! repitió de nuevo Olintho en medio de un silencio sepulcral.

Y los cristianos al momento repitieron aquel clamor, y al poco rato cuantos estaban allí congregados, todos, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, todos repitieron como un eco las mismas palabras.

— ¡ La hora ha llegado !

Oyóse un rugido salvaje y atravesó entónces por entre la muchedumbre el terrible tigre del desierto que huía á todo escape difundiendo nuevo terror entre aquellos á quienes encontraba en su paso.

La tierra temblaba todavía, las tinieblas eran densísimas.

Nuevos fugitivos llegaron, trayendo consigo tesoros que no habían de ser ya útiles para su dueño. Eran los esclavos de Arbaces entre los cuales estaba Sosiano que llevaba una antorcha.

Reconoció Sosiano el rostro de Nydia que acertaba á encontrarse á su lado, y le dijo :

— ¿ De qué te sirve ahora la libertad, ciegucecita ?

— ¿ Has visto á Glauco ? preguntó Nydia al reconocer la voz del esclavo.

— Le he visto en el arco del Foro ; muerto ó moribundo, contestó Sosiano.

Nydia no contestó una palabra pero escapó del lado de Salustio, abrióse paso por entre los grupos y entró de nuevo en la ciudad. Dirigióse sin perder tiempo hacia el Foro y junto al arco dió voces llamando á Glauco.

— ¿ Quién me llama ? contestó el griego. ¿ Es la voz de las Sombras ?

— Levántate y sígueme, dijo Nydia. Dame la mano Glauco. Tú serás salvo.

Levantóse Glauco, asombrado, y fortalecido con la esperanza.

— ¡Oh Nydia! exclamó el ateniense. ¡Por fin te encuentro! ¡Temí que te hubiese acaecido algún daño!

La ternura de su voz en la cual se mostraba la alegría de su corazón por haber encontrado á la pobre niña, conmovióla en el fondo de su alma y bendijole con el pensamiento por su cariño.

Ora dirigiendo los pasos de Dione, ora llevándola en brazos, fué siguiendo Glauco á la ciegucecita, la cual con admirable prudencia evitó el acercarse á donde estaba apiñada la muchedumbre, y se encaminó por otro sitio en dirección á la playa.

Después de muchas pausas y de increíble perseverancia, llegaron por fin á la ribera, y allí se encontraron con un grupo de fugitivos más animosos que los demás, quienes preferían arrostrar un nuevo peligro antes que continuar siendo testigos de aquella devastación espantosa.

Embarcáronse todos en medio de la oscuridad, fueron alejándose poco á poco de la costa, vieron más claramente el aspecto de la montaña, y orientáronse por fin al resplandor de los torrentes de lava derretida que reflejaban sobre las olas.

Dione, fatigada y abatida dormía recostada en el pecho de Glauco, y Nydia en el entretanto estaba echada á sus piés.

La lluvia de cenizas continuaba cayendo sobre las aguas, y extendía sobre la cubierta una capa de polvo blanquecino.

Llevadas á lo lejos por el viento las nubes de ceniza, se esparramaron á una parte y otra, alcanzaron á remotos climas, asombraron al atezado africano, y cerniéronse en torbellinos sobre el antiquísimo suelo de la Syria y del Egipto.



CAPÍTULO X.

Luce la mañana despues de la catástrofe. — Suerte fatal de Nydia.



EVANTÓSE por fin hermosísima, brillante, simpática la claridad del nuevo día sobre la movida llanura de las aguas. El viento estaba calmoso y desaparecía la espuma de las olas entre el vivísimo azul de aquel mar de delicias. Por la parte de oriente iban tiñéndose las nubes con el carmín de la mañana. Nuevamente se presentaba la luz á reconquistar su imperio.

Veíanse con todo á lo lejos, negros y amontonados aunque tranquilos, los fragmentos de la destructora nube de humo, entre cuyas listas rojizas que se iban apagando por momentos podía contemplarse la encendida lava que rodaba todavía en la montaña de *los campos abrasados*. Las blancas paredes, las brillantes columnatas que habían decorado aquella costa de amores no existían ya. Taciturna y desolada aparecía la ribera, embellecida hasta entónces por las ciudades de Herculano y Pompeya, dos hijas queridas de la mar que habían escapado á su cariño. ¡ Siglo

tras siglo deseará la potente madre estrecharlas en sus brazos azulados, más en vano ha de buscarlas; y llorará continuamente y sin consuelo junto á los sepulcros de lo que fué!

No hubo gritería ni vítores marinos cuando salió aquel día la nueva luz, puesto que muy despacio había venido y harto fatigados estaban todos, pero hubo ciertamente muchos suspiros de satisfacción y acciones de gracias. Miráronse unos á otros aquellos veladores de la tremenda noche; asomó la sonrisa en sus lábios; tomaron aliento, y sintieron de nuevo que existía un mundo, y un Dios para protegerle.

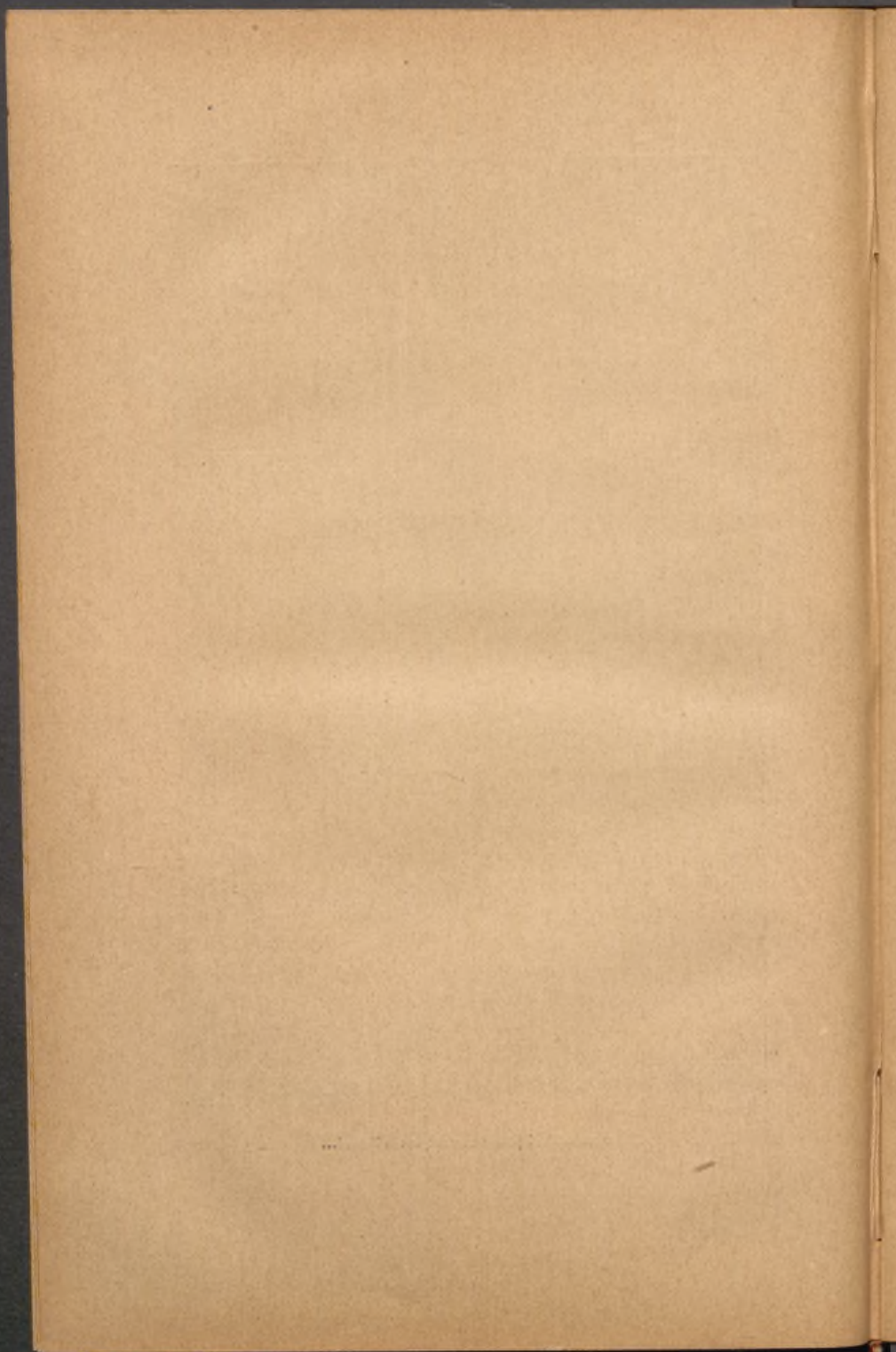
Pasado ya el momento del peligro los más rendidos se echaron á dormir. En tanto que aumentaba el resplandor del cielo disfrutábase de un silencio que formaba contraste con los pasados horrores, y cada una de las barcas por entre el agua calmosa iba dirigiéndose á su cala. Varios bajeles no divisados antes, iban apareciendo, llenos todos de fugitivos, avanzando rápidamente hácia la costa bien que pareciesen inmóviles. De una á otra embarcación, al aspecto de los esbeltos mástiles y de las blancas velas, comunicábase el sentimiento de seguridad, de compañerismo y de esperanza. ¡Cuántos amigos queridos que habían desaparecido entre las tinieblas hubieran podido encontrar en aquellas barcas amparo y salvamento!

Entre el silencio y el sueño general levantóse Nydia sin hacer ruido, inclinóse junto al rostro de Glauco, respiró su aliento, besóle con tristeza y timidez en la frente y en los lábios y buscó su mano. Pero su mano estaba unida á la de Dione. Exhaló Nydia un suspiro y palideció. Besóle nuevamente: enjugó con su cabellera las gotas de nocturno rocío que velaban su dormido rostro y dijo en bajísima voz:

— Bendigante los dioses, ateniense. Sé feliz con tu querida amiga y acuérdate alguna vez de Nydia: de Nydia ¡ay de mí! que no puede servir ya de provecho en el mundo.



¡Oh, sagrado Mar! ¡Oigo tu voz que me llama!...



Diciendo esto apartóse un poco, deslizóse por el combés hasta el extremo de la barca y se inclinó sobre el agua. La fresca espuma de las olas bañaba su frente abrasada por la fiebre.

— Este es el beso de la muerte, dijo entonces, ¡ Bien venido sea !

El aire oloroso jugaba con sus fluctuantes trenzas. Apartólas de su rostro y levantó los ojos, tiernísimos aunque privados de luz, hacia el firmamento cuya hermosura no había visto nunca.

— ¡ No ciertamente ! dijo con su voz delicada y musical ; yo no puedo suportar esto por más tiempo. Este amor celoso me oprime y me enloquece. Yo pudiera hacerle daño otra vez. ¡ Pobre de mí !... ¡ Le he salvado !... ¡ Por dos veces le he salvado ! ¡ Pensamiento feliz !... ¿ porqué no he de morir con esta felicidad ?... ¡ No tengo otra idea más consoladora !... ¡ Oh, sagrado Mar ! ¡ Oigo tu voz que me llama, compasiva y benéfica !... ¡ Dicen que hay deshonor en abrazarse contigo, dicen que tus víctimas no cruzan la fatal Estigia ! ¡ Sea !... ¡ Yo no estoy ansiosa de encontrarle entre las sombras si he de encontrarle todavía con *ella* !... ¡ Reposo ! ¡ reposo ! ¡ reposo ! ¡ este es el Eliseo para un corazón como el mío !

Uno de los marineros, que estaba sobre cubierta medio dormido, oyó un pequeño choque en las aguas. Miró con soñolencia ; y en tanto que ligerísimamente seguía la barca su curso creyó ver alguna cosa blanca que flotaba entre las olas desapareciendo al instante. Volvióse entónces de lado y soñó que estaba en su casa y rodeado de sus hijos.

Cuando los dos amantes despertaron pensaron el uno en el otro y luego en Nydia. Buscáronla y no se la encontró. Nadie decía haberla visto desde la noche. En vano se registraron los rincones de la barca : no se halló rastro ni señal alguna por dónde pudiera colegirse el paradero de la ciegucecita. Misteriosa en su origen como en su fin, la tesaliana había desaparecido del mundo de los vivientes.

Calladamente Glauco y Dione adivinaron la suerte que le había cabido á la pobre niña, y abrazándose (porque sintieron que el uno era ya para el otro la vida entera) olvidaron los propios accidentes de la fortuna y lloraron la muerte de Nydia como se llora la muerte de una hermana.





CAPÍTULO XI.

La correspondencia de Glauco con Salustio.



LETRA de Glauco á Salustio, diez años después de la destrucción de Pompeya. — Atenas. — Glauco á su estimado Salustio, salud y prosperidad. — Pídesme que te visite en Roma, y yo deseo mejor que vengas á verme en Atenas. Dejé para siempre la ciudad imperial con su inmenso barullo y con sus frívolos goces, y he resuelto quedarme en la pátria para toda la vida.

Mejor alienta mi corazón el recuerdo de nuestra pasada grandeza, que el alegre espectáculo de vuestra ruidosa prosperidad. Nada puede igualar al sentimiento que me inspiran nuestros pórticos, donde aparecen todavía sombras sagradas y venerables. ¡Oigo la voz de la poesía entre los olivares del Iliso! ¡Veó en las neblinas del crepúsculo cuando se ciernen sobre los cerros de Phile, un sudario que encubre nuestra libertad perdida, y al mismo tiempo un anuncio, un heraldo del porvenir que se acerca! ¿Ríeste de mí entusiasmo, oh Salustio? ¡Cuánto más vale tener esperanza entre cadenas que resignarse á bruñirlas! Dícesme que no concibes como pueda alegrarse la vida entre los melancólicos recuerdos de un pasado majestuoso: quieres tentarme de nuevo con la pompa romana y con el lujo de la corte imperial, pero yo no soy, querido Salustio, lo que antes fui, y los casos de la vida han templado el hervor de mi sangre. No ha recobrado mi salud todo el vigor que antes tenía desde que pasé por los trances de la enfermedad, y me hallé encerrado en el calabozo de los delincuentes. De mi espíritu no se ha borrado jamás por completo el recuerdo de los últimos días de Pompeya; el horror y la desolación de aquella espantosa ruina; la imagen de nuestra inolvidable y estimadísima Nydia. Para ella he levantado un monumento fúnebre, y puedo contemplarle de continuo desde el cuartito de mis estudios. Tiene para mí un atractivo indefinible; viene á ser una colección de recuerdos placenteros y tristes al mismo tiempo, y bien mereció ella este homenaje por su fidelidad y por el misterio de su temprana muerte. Dione coge flores todos los días, y yo por mi mano entretejo guirnaldas para su tumba. ¡Digna era por cierto de tener su tumba en Atenas!

También me hablas de la secta de los cristianos, creyente en Roma, y quiero, oh Salustio, confiarte un secreto. Sobre esta creencia he reflexionado mucho, y acabé por adoptarla. Después de la destrucción de Pompeya

encontréme todavía una vez con Olintho , preservado de la muerte en medio de aquella catástrofe , pero mártir al poco tiempo de su indomable energía y de su celo. En el modo portentoso como fuí libertado del león y en el temblor de tierra , me obligó á reconocer el poder divino. Escuchéle , movióme su fé religiosa y participé de ella junto con Dione , con mi Dione á quien ahora quiero más que nunca. Por esta fé , oh Salustio , se derrama la luz en el mundo concentrándose en ella el esplendor de las antiguas glorias , como los rayos de un sol poniente. Por ella nos encontramos hermanos en el alma lo mismo que en el cuerpo ; y no por brevísimo tiempo en la vida sino para siempre. Rodarán los siglos : convertiráse en polvo nuestro despojo mortal ; árida y apergaminada quedará la tierra ; pero los círculos de vida continuarán en la eternidad , incesantes , imperecederos. Como el sol fecundiza la tierra , la virtud fecundiza las almas y las hace dignas de un bienestar eterno ante la faz de Dios. Ven á verme , oh Salustio. Tráete los sabios escritos de Epicuro , de Pythágoras , de Diógenes ; ármate con ellos para ser vencido. Verás como discutimos juntos entre las arboledas de Academo , con guía más segura que la que tuvieron nuestros padres , respecto á los fines de la vida y á la naturaleza del alma.

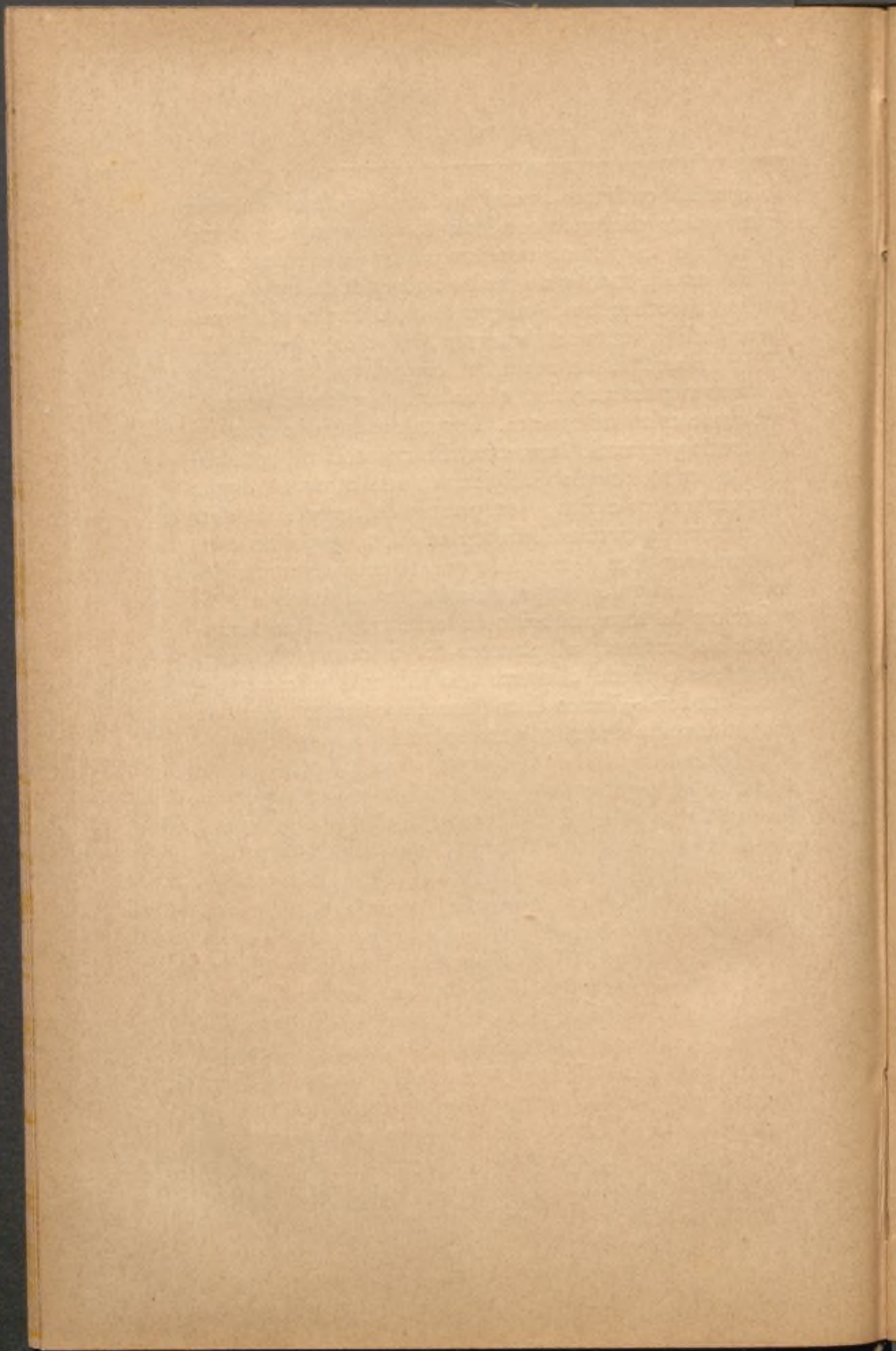
Dione se halla constantemente á mi lado , y al pronunciar su nombre palpita siempre mi corazón. Levanto los ojos mientras escribo , y hallo un descanso inefable en su sonrisa. Veo los rayos del sol que centellean sobre el Hymeto ; oigo en mi jardín el zumbido ardoroso de las abejas... ¿ y me preguntas si soy feliz ? ¿ Qué pudiera ofrecerme Roma para igualar á lo que poseo en Atenas ? Todo aquí despierta al alma y mueve los afectos : árboles , aguas , cerros , nubecillas ; bellísima aunque melancólica riqueza de Atenas , madre de la poesía y del saber del mundo ! Contemplo en mi sala el mármoreo rostro de los antepasados ; hallo en el cerámico sus tumbas ; veo en

las calles la mano de Phidias y el alma de Péricles. Harmodio y Aristogiton, reaparecen en todas partes. No viven quizás bastante en todos los corazones griegos; pero en el mío se halla siempre su imagen. Si algo puede hacerme olvidar que soy ateniense, que no soy ciudadano libre, es hasta cierto punto el halago, el cariño constante solícito, incansable de Dione; cariño que ha tomado nueva forma mediante la fé religiosa que profesamos, y que no hubiera podido ser descrito por nuestros antiguos poetas, porque al compenetrarse con la religión se ha hecho partícipe de su santidad, vive de los pensamientos más puros y elevados, y guarda la esperanza de ser eterno puesto que exento de toda mancha puede ser confesado ante Dios. Este es el verdadero tipo de la misteriosa fábula griega de Psyche y Eros, éste es el verdadero reposo del alma en los brazos del amor. Y si este sentimiento puede templar en algún modo la fiebre de libertad que abrasa mis venas, mejor la temple todavía el sentimiento de mi fé, puesto que al llevarme el deseo á empuñar la espada y á correr á un nuevo Marathon (Marathon de seguro sin victoria), siéntome desalentado por la impotencia de mi comarca, y recuerdo entonces que el peso abrumador de las cadenas de Roma, tiene su recompensa en la idea de que la tierra no es más que el comienzo de la vida, que la gloria de algunos años tiene poca importancia en la vasta eternidad, que no hay libertad perfecta hasta que el alma deja su prisión de arcilla, y encuentra su verdadera herencia sobre todos los tiempos y todos los espacios. Con todo, no creas, oh Salustio, que mi naturaleza griega deje de entremezclarse con mis nuevas creencias. Yo no puedo compartir el celo de los que entienden ser criminales y eternamente condenados los que no piensan como ellos punto por punto. Yo no acierto á espantarme de la religión agena, ni me atrevo á maldecirla. Yo pido al Padre de todas las cosas que convierta á los que yerran, y esta tibieza me hace sospechoso á los ojos

de muchos cristianos , pero perdono la ofensa que me hacen y no chocando con las opiniones antiguas , arraigadas en el vulgo, puedo mejor que otro alguno proteger á mis correligionarios contra los rigores de la ley y contra las consecuencias de su propio celo. Paréceme la moderación hija de los sentimientos benévolos, y por ella se abre á la beneficencia anchísimo campo.

He aquí pues mi vida , oh Salustio , y las opiniones á que rinde culto mi espíritu. Por tal manera poetizo mi existencia y aguardo la muerte. En cuanto á tí , sonriente y amable discípulo de Epicuro , ven á verme dígotte otra vez y otras ciento ; ven y verás de cuantas alegrías, de cuantas esperanzas disfrutamos. Ven , y podrás convencerte por vista de ojos , de que ni convites imperiales lujosos y llenos de pompa , ni aplausos del redondel , ni polémicas del foro , ni brillo de los teatros , ni exuberancia de los jardines , ni placeres de las termas romanas, nada de esto puede ofrecerte una vida más plácida y dichosa que la de Glauco el ateniense , á quien tan fuera de propósito compadeces. ¡ Buena suerte !







CAPITULO XII.

EPÍLOGO.



Diez y siete centurias próximamente habían transcurrido cuando fué desenterrada la Ciudad de Pompeya, y apareció en su tumba silenciosa con sus brillantes colores; con los frescos de sus paredes que parecían pintados el día anterior; conservado el rico mosaico de sus pavimentos; medio acabadas las columnas del foro como las dejó el artifice; con los tripodes del sacrificio en los jardines; con las arcas monetarias en las aulas atrienses; con los estriegos en los establecimientos termales; con las tesoras de entrada en los teatros; con los muebles y lámparas en los salones; con los restos de la comida en los triclinios; con las esencias y el colorete en los cubiculos de sus marchitas beldades; con los huesos y esqueletos desparramados en todas partes, de los personajes que por algún tiempo movieron los resortes de aquella diminuta y primorosa máquina de vida y exquisito lujo.

En la casa de Diomedes y acumulados en el sótano descubriéronse veinte cadáveres (entre ellos el de una criaturita) todos cerca de la puerta y cubiertos de ceniza muy fina que había penetrado sin duda alguna por las aberturas hasta que llenó toda la pieza. Encontráronse allí también joyas y monedas; candelabros para encender una luz tardía; vino en las ánforas para prolongar una vida agonizante. La ceniza solidificada por el tiempo había tomado la forma de los cadáveres convirtiéndose en molde, y aún hoy puede contemplar el viajero la figura cóncava del busto de una mujer jóven y robusta, triste recuerdo de la desventurada Iulia. El investigador que visita aquellos sitios adquiere la convicción de que el aire debió convertirse poco á poco en vapor de azufre; que los que se habían encerrado en los sótanos quisieron huir saliendo por la puerta; que la encontraron obstruída por las escorias exteriores, y que haciendo esfuerzos para vencer el obstáculo quedaron sofocados por la abrasada atmósfera.

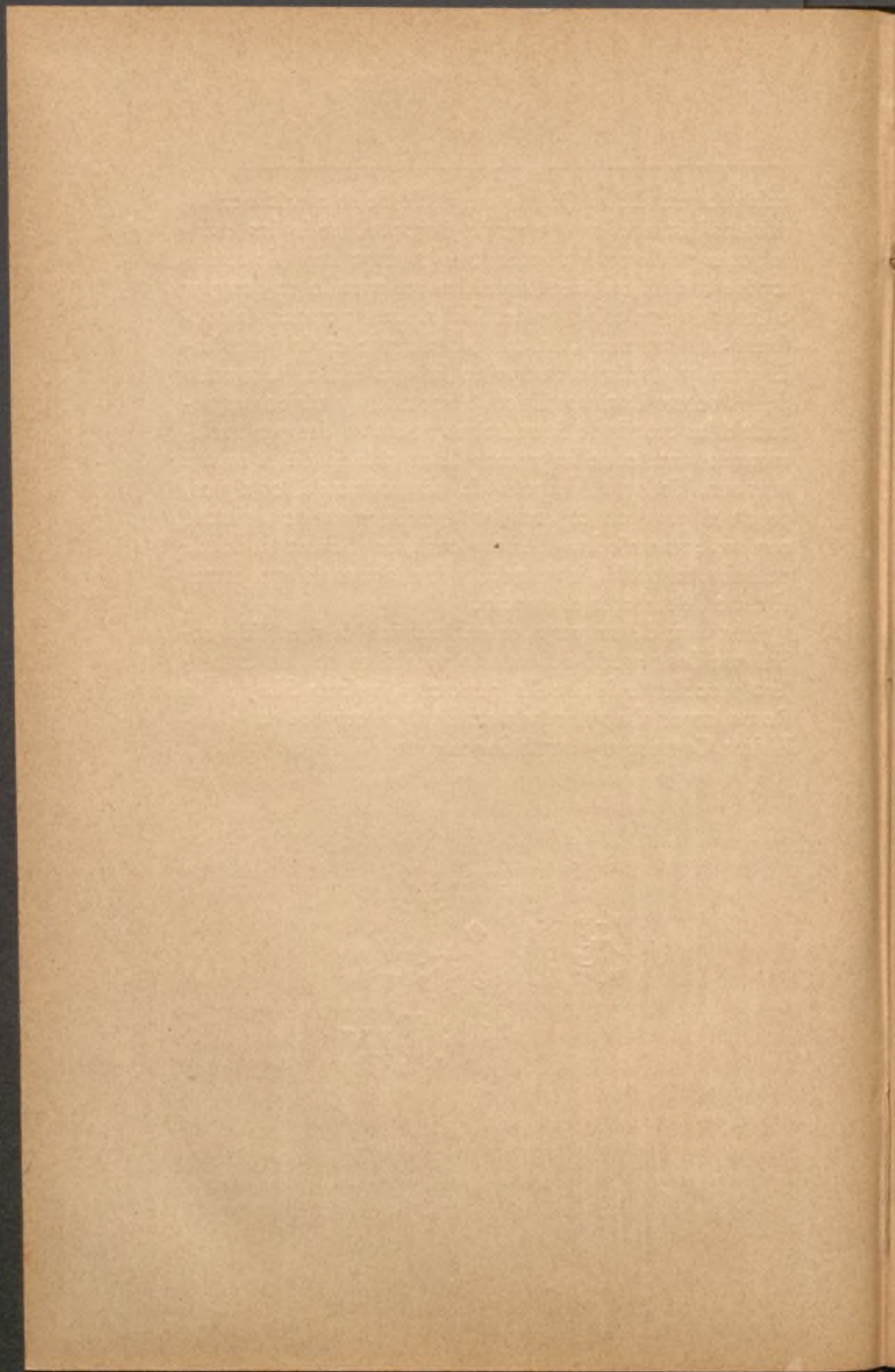
En el jardín se encontró un cadáver cuya mano descarnada guardaba todavía una llave, y junto á él una talega llena de monedas. Créese que debió ser el cadáver del amo de la casa, del infortunado Diomedes, quién seguramente quiso huir por el jardín y quedó asfixiado por el humo ó muerto por alguna pedrada volcánica. Cerca de algunos vasos de plata se encontró un segundo cadáver, probablemente de algún siervo.

Las casas de Salustio y de Pansa y el templo de Isis, con sus escondites detrás de cada estatua dónde se pronunciaban los santos oráculos, están hoy de manifiesto ante la mirada de los curiosos. En uno de los departamentos del templo se halló el cadáver de un hombre alto que tenía á su lado una fuerte herramienta. Dos paredes habían sido taladradas con este utensilio, pero la víctima no pudo ir más lejos. Otro cadáver se halló en el centro de la ciudad que junto á sí tenía un montón de monedas y muchos ornamentos místicos del templo de Isis. La muerte

había sorprendido á Caleno en medio de su avaricia en los mismos instantes en que moría Burbo. Cuando las escavaciones pudieron ir clareando la enorme masa de ruínas topóse con un cadáver materialmente partido en dos por el fuste de una columna derribada. Era su cráneo de conformación tan rara , era tan prominente en la parte intelectual y al mismo tiempo en la que indica desarrollo de los peores instintos físicos , que no hay viajero aficionado á las teorías de Spurzheim que no se detenga meditando ante aquellas ruínas de un palacio de la mente humana. Todavía , después del transcurso de los siglos, puede el pasajero contemplar aquella mansion abierta , con sus enmarañadas galerías y curiosos aposentos, donde pensaba, razonaba, imaginaba y formaba malos proyectos el alma de Arbaces el egipcio.

A la vista de tan variados testimonios de una vida social que desapareció del mundo para siempre, un extranjero procedente de aquella remota y bárbara isla que la Roma imperial nombraba temblando , detúvose en la bellísima Campania y escribió este relato histórico.







NOTAS

LIBRO CUARTO.

1. *La Buena Nueva*. En griego; el *evangelio*. *Angelos* quiere decir *mensajero*. *Angelus* significa la *nueva* ó el *mensaje*. *Eu* significa *bueno*.

2. *Ladronzuelo*. Literalmente: *hombre de tres letras*, es decir, *fur*.

3. *Una gallina Melica*. Gallinas mayores que las comunes; traídas de la Media (Varrón). A la *piutada* que tiene el tamaño de un gallo y la conformación de perdiz se la llamaba *gallina Namídica* y también *Melagra*. Ninguno de estos nombres vulgares prejuzga las cuestiones de clasificación científica por géneros y especies. Comíanse también en los banquetes antiguos el pavo real, el flamenco y los faisanes.

4. *En el banquete de Iulia á nadie se le considera Mosa*. Llamábase *Mosa* en lenguaje clásico al que asistía al banquete sin invitación previa.

5. *El salón Cycizeno (Aeae Cycizenus)*. Llamábanse de este modo los salones á estilo de Cycizo, ciudad de Myssia en la Propontide. Eran salones de verano con vidrieras grandes, y se diferenciaban del salón egipcio, del corintio, etc. (Vitruv. 6. 3. 10.)

6. *Iulia llevaba un traje bordado con hilos de oro y entretejido con perlas*. Téngase presente que en Pompeya no se han encontrado diamantes. En cuanto á las otras clases de piedras preciosas pueden recordarse las costumbres generales de la época: *Bobemos en pedrería: vuestras copas están cuajadas de esmeraldas*. (Plinio 33. 11.) Las perlas se han encontrado en abundancia, relativamente hablando, en Pompeya.

7. *Pudieran llevar toquillas*. Literalmente: pudieran llevar *mitras*. Las *mitras* ó *mitellas* á que se refiere el texto eran envoltorios más ó menos elegantes para la cabeza de las mujeres, algunos de ellos por el estilo de los que hace pocos años se llamaban *nubes*.

8. *No faltaban los Lares ni las orcellas de sal*. En el banquete de Glauco se hace mención principalmente de la estatuita de Baco, y en este pasaje no se habla más que de los Lares, lo cual concuerda con el concepto de que el culto Bágico era más bien griego que italiano. Los 12 dioses fundamentales, según un fresco de Pompeya eran *Diu Piter*; *Diuno*; *Vesta*; *Minerva*; *Venus*; *Apolo*; *Diana*; *Ceres*; *Marte*; *Mercurio* y *Neptuno*. Macrobio dice, y los monumentos epigráficos lo confirman (V. en Lenormant.), que en la Campania y especialmente en Neápolis Dioniso ó sea Baco llevaba el nombre de Hebon, el cual se relaciona con el culto de *Dia Hebe* en la Argólide. Las formas místicas del culto Dionisiaco pasaron del Peloponeso á la Apulia y á la Campania, y en el siglo III de nuestra Era fueron la principal institución religiosa de aquellas comarcas. El nombre de *Liber* era el más usado en la lengua latina para designar á Dioniso.

9. *Como remedio contra los efectos del vino las guirnaldas tenían amatistas.* La creencia en este efecto de las amatistas se ha prolongado hasta la época moderna. En 1700 los jesuitas de Wurzburg, bajo la presidencia del P. Zinc, discutieron esta tesis científica.

10. *El fanámbulo.* En la casa del Fanno, así llamada por haberse encontrado en ella un notable Fauno de bronce, se encontró asimismo una pintura que representaba un danzarin de cuerda.

11. *El vértigo de la danza.* Refiérese este pasaje al baile de la *tarantela* característico todavía de Nápoles. La enfermedad relacionada con esta danza es la *choreomanía* ó baile de San Guy que se hizo epidémica en Europa en el siglo XIV de nuestra Era y se calmaba con objetos de metal reluciente y sobre todo con la música que excitaba á los danzarinnes provocando una transpiración fuertísima. Deriva el nombre de tarantela de la ciudad de Tarento, en cuyas cercanías produciase con frecuencia la enfermedad de la danza durante los días caniculares. En esta misma época del año aparece en la Apulia y tierra de Otranto una araña del género *Lycosa* á que se ha dado el nombre de *tarantula*, y atribuyóse á sus picaduras el baile de San Guy, pero está completamente demostrado que esta creencia es errónea. De los tiempos clásicos no existe ningún texto que señale como peligrosa la picadura de la *tarantula*.

12. *Proclamación de la paloma.* El asunto de esta composición fué sugerido por dos pinturas pompeyanas: la paloma en el trono, y el yelmo de los cupidillos. (N. del A.)

13. *Un juego de dados cargados.* Entre las ruinas de Pompeya se han hallado dados cargados, lo que prueba que ciertos vicios no tienen nada de modernos. (N. del A.)

14. *En las paredes veía fantasmas que se animaban.* (V. la nota del lib. 3.º referente á los efectos del filtro.)

15. *Los oráculos de mojiganga.* Los investigadores de las cosas de Pompeya no creen hoy que las escaleras secretas del fano de Isis sirvieran para que el sacerdote pronunciase allí oráculos por boca de la imagen. Esto no obstante, el abuso de la física y las degeneraciones de los cultos orientales y africanos hacen verosímiles los detalles de la novela. El altar llamado de Heron consistía en un calorífero por medio del cual, al encender el fuego del sacrificio, se lograba que las estatuas vertiesen vino y miel y que las serpientes ornamentales produjesen un fuerte silbo. Los términos de milagro, magia y experimento físico vienen á tener idéntico sentido aplicados á muchos santuarios antiguos.

16. *Ha caído al pié de nuestra antiquísima capilla.* El texto puede traducirse: *al pié de la más antigua de nuestras capillas*, refiriéndose á la de Cibele. Respecto á este concepto de Bulwer, téngase presente lo que dice Lenormant con relación á otra comarca de la magna Grecia. «Entre los barro cocidos procedentes de las antiguas tumbas de Ruggie, el más notable por sus dimensiones y por la originalidad del concepto que representa es el que nos pone á la vista una divinidad cuyo tipo evidentemente no es helénico sino indígena. Es una diosa de aspecto matronal sentada en un trono que se apoya en garras de leones. Tiene la testa velada y lleva una corona ornamentada con capullos. Su cabellera es abundante y cae completamente suelta sobre sus hombros y sobre el respaldo del trono. Sus manos descansan en las rodillas. Su vestimenta es una túnica talar, y por sus formas manifiesta ser una diosa chibónica de la fecundidad universal, una especie de *Ops* ó de *Bona Dea*. El rostro parece ser imitación de una *Demeter* ó de una *Gea* helénica, pero lo demás, en que el artista no tuvo modelo, es muy inferior al rostro como ejecución artística». (Gazet. Archeolog. 1881-82). Sea lo que fuere, pues, de la antigüedad del nombre de Cibele en Italia bien puede referirse su culto á los primitivos é indigenas.

17. *¡Qué ganga sacratísimo Apolo!* Literalmente: ¡qué fortuna, *io, Pean!* *Io* es exclamación clásica de triunfo que en algunos casos puede traducirse por *¡ea!* Los italianos modernos dicen *¡chia!* *Pean* es sobrenombre de Apolo como dios de la medicina. Se llamaron también así los himnos Apolíneos y en general los cantos religiosos ó de victoria.

18. *Podría ser que el griego se escapase de la letra condenatoria.* Literalmente: escapase á la mortífera *tau* de su propio alfabeto. La *tau* es inicial de la palabra *thauatos* que significa muerte, y servía para dar el voto condenatorio entre los griegos.

19. *La casa de Sallustio.* Está situada en la vía Domitiana en el lugar donde desemboca la calle denominada de Narciso y forma esquina con el callejón de Mercurio. En la pared exterior se encontró una inscripción en estos términos: *C. Sallust. M. F.*

20. *Flautines y fagotes de Mysia.* La *tibia romanis* correspondía al *caramillo*, y la *gingri-na* ó *Fenicia* al *pfano*. En cuanto al fagote entraba en la denominación de *tibia obliqua* ó *flagantulo* y se hacía derivar de la Frigia ó Mysia, atribuyéndose su origen al rey Midas.

21. *Soriano.* El nombre de este esclavo en el texto es *Sosia*, nombre usado por Terencio, y neutro por su terminación como los de *Phedria*, *Sanga*, *Geta*, *Chera*, etc. En castellano la terminación *a* no puede conservarse porque tomaría sentido femenino.

22. *Cayó un decurión herido por el rayo atando el cielo sereno.* Plinio dice que poco antes de la erupción del Vesuvio uno de los *decuriones municipales* fué herido por un rayo á pesar de estar el cielo sin nubes. (N. del A.)

23. *Las maldiciones de Pándaro.* Pándaro era hijo de Alcanor, compañero de Eneas (Virg. *Enéida*. 9.672 y 739). Es distinto de Pándaro, hijo de Lycion, jefe de los Lycios. (*Enéid* 5.496).

24. *En el cuadrante de los destinos de Pompeya había caído el último rayo de luz.* El año de la destrucción de la ciudad fué como hemos indicado en el prólogo el 832 de la era romana. Es inútil advertir al lector de que no estaba entonces en uso la era que actualmente se llama cristiana, la cual no fué calculada hasta el siglo vi por Dionisio el exiguu. La cronología que adoptamos es la que puede verse en César Cantú, según la cual el año 753 de Roma corresponde al 1.º antes de nuestra era, y el 754 al 1.º de la era calculada por Dionisio. El origen de la era romana tiene alguna dificultad por las diferencias de cómputo en Varrón, en Verrio Flaco y en Carón, y porque la posesión consular sólo desde 600 empezaba en 1.º de Enero, pues antes había empezado en Abril. Por otra parte el antiguo año romano comenzaba en Marzo (motivo por el cual se llamó *Quintilis* el mes de Julio, *Sextilis* el de Agosto, y los otros cuatro *September*, *October*, *November* y *December*), y esto, unido á otras causas, hace que haya variantes, aunque relativamente pequeñas en la manera de apreciar los tiempos anteriores á la reforma de Julio Cesar. En cuanto á la era vulgar calculada por Dionisio, créese que no es exacta relativamente al nacimiento de Jesucristo, pero esta cuestión es relativa únicamente á la historia evangélica y no modifica en el fondo la cronología general de los pueblos de Europa. Entre la era vulgar y la que debería corresponder al nacimiento de Jesucristo media una diferencia de cuatro años según el cómputo de varios sabios adoptado por escritores de religión católica romana.

25. *Al rededor de las mesas colocadas en el átrio.* Los conyites se daban en el átrio cuando el número de convidados era bastante grande. (N. del A.)

LIBRO QUINTO.

1. *El último día de Pompeya.* Es sabido que el tema de Bulwer Lytton ha sido tratado musicalmente por el maestro Petrella con mucho cariño á los recuerdos pompeyanos y con mucha elegancia de estilo. En el libreto de que debió valerse se hallan bastante falseados los caracteres y desfigurada la acción, pero no deja de tener algunos fragmentos que son felicitima expresión del concepto de Bulwer. Sirvan para demostrarlo los siguientes ejemplos:

1.º DIONE Á NYDIA :

Cara á Glauco, ó mia fanciulla,
 ¿Come amarti non dovrei?
 Poiche Grecia á te fu culla
 Piu diletta ancor mi sei.
 Così ingenua così bella,
 Gentil dono ei m' offre in te...
 Piu che schiava, ognor sorella
 Tu sara, fanciulla, á me.

2.º GLAUCO Á DIONE :

Del Iliso sulla sponde
 Ha natura eterno il riso;
 Là vedrai commose l' onde
 Farsi specchio al tuo bel viso.
 Di profumi embalsamate
 Verrán l' aure á carezzarti,
 Suoni d' arpe innamorate
 Sarà il eco del mio cor...
 Tutto, ah tutto per amarti
 Del mio cielo avrò l' ardor!

3.º MONÓLOGO DE ARRACES:

Della corona Egizia
 Roma s' ornó fastosa;
 Balda sulle piramidi
 Or l' áquila si pesa:
 Ma se degli anni il turbine
 Quella corona ha sperso,
 Per tutto l' universo
 Sudditi Arbace avrá.
 Cadon cittadi é pópoli,
 Ma il saggio regna é sta.

2. *La zorra se agitó convulsivamente, abulló y cayóse muerta.* Al hacer esta afirmación partimos del supuesto de que las exhalaciones del monte eran similares en sus efectos á las de la gruta del perro. (N. del A.) Esta gruta á que hemos aludido en la nota 7 del lib. 2, toma su nombre de la experiencia que se hace de sus exhalaciones en un perro para satisfacer la curiosidad de los viajeros. Tiene unos ocho piés de altura por doce de largo y seis de ancho. En el fondo se eleva un vapor caliente y ténne, sútil que se percibe á simple vista y que no es otra cosa que ácido carbónico. Elevándose este vapor cubre la superficie del fondo de la gruta, y es notable que no se dispersa en el aire sino que desciende poco después de haberse elevado. Si se introduce una antorcha encendida y se baja gradualmente hacia tierra va apagándose á medida que desciende, y el humo que naturalmente debería elevarse, se extiende por el suelo y sale pronto al aire libre por la abertura de la gruta. Los visitantes pueden permanecer de pié sin experimentar incomodidad ninguna. El perro echado en tierra dentro de la gruta al cabo de 39 segundos parece estar muerto. Después de un minuto experimenta un movimiento convulsivo y luego no conserva otra señal de vida que un latido casi imperceptible del corazón y de las arterias. Antes de que sobrevenga la muerte se le sumerge en el lago Agnau que está próximo á fin de que recobre los sentidos.

3. *Dirigliant de uno y otro lado hacia el fatal espectáculo.* Estaba realmente el pueblo en el espectáculo público en el momento de la erupción volcánica? Dió Cassio es quien lo afirma y añade que la mayor parte de los espectadores perecieron en el mismo sitio. Esta última circunstancia resulta desvirtuada por el hecho de no haberse encontrado los cadáveres, de modo que hay que atenerse á dos hipótesis: ó bien que no estaba la gente en el espectáculo ó bien que tuvo tiempo para escaparse del local que es como lo presenta Bulwer Lytton. Los que creen que no estaba la gente en el espectáculo quieren fundarse en el hecho de que las erupciones modernas pueden prevérse con tiempo y en consecuencia suponen que todo espectáculo debió suspenderse de antemano, pero este argumento se destruye con recordar que ya en la época en que escribió Bulwer Lytton se habían desenterrado en Pompeya unos 400 cadáveres lo que demuestra que la erupción del año 79 fué imprevista y repentina por más que no fuese instantánea, y á sus antecedentes (unbecilla en el cono, rumores interiores en la montaña, etc.) no debieron prestar atención los habitantes de Pompeya. Nada se opondrá, pues, en lo fundamental á la aserción histórica de Dió Cassio. Que el teatro menor de Pompeya podía funcionar en la época de la catástrofe lo indica el haberse hallado varias *testeras* ó fichas de entrada, entre ellas una en griego con el nombre de Eschilo, citándose otra en latín con el nombre de la *Casina* de Plauto, aunque hay opiniones de que esta última es apócrifa. En cuanto al teatro mayor ó de la tragedia hallábase en estado de restauración, quizás por haber sufrido mucho en el terremoto que tuvo lugar 16 años antes. En el anfiteatro bien pudo imaginar Bulwer Lytton que funcionaba una compañía de gladiadores durante el verano del año 79, puesto que se halló un anuncio en el edificio de Eumachia y otro en la Basílica, referentes á dos espectáculos distintos. Ambos anuncios terminaban diciendo que habria *caxa y toldo en la plaza*. El *podio* del anfiteatro estaba ornamentado con pinturas, hallándose entre ellas la preparación de una lucha de gladiadores, el combate de un tigre contra un oso, el de un ciervo contra una leona, el de un oso contra un toro, etc. Las *caxas* del redondel eran las luchas del diestro con la fiera, y se usaba en ellas el trapo como en las corridas modernas.

4. *La muchedumbre tenia invadido el círculo.* Con esta palabra ó con la de redondel designamos la arena clásica del anfiteatro cuya forma era la de un óvalo. La palabra *circo* estaba reservada especialmente para los vastos hipódromos rectangulares, sólo redondeados en uno de sus extremos.

5. *Behrix* y *Nobilior*. Estos dos gladiadores están representados en la tumba de Escaturo llevando *hasta y parma*, esto es, lanza y rodela, y teniendo el rostro cubierto por la visera del casco. Constan allí sus nombres y el número de victorias que habían alcanzado.

6. *El reforzar la mano en las luchas con la manopla quitaba á los luchadores la perseverancia.* Para expresar mejor su concepto emplea aquí el autor la palabra técnica inglesa *pluck* que significa arranque y tenacidad. Por razones que se comprenderán fácilmente hemos suprimido la comparación en este pasaje, lo mismo que en los demás donde Bulwer se complace en referirse á cosas de Inglaterra, como *boxes*, *Britika*, *english bulldog*, ó bien evoca recuerdos de las localidades inglesas como *Westminster*, *Fivecourt*, *May fair*, *Hucney*, *Wauxhall*, *Paddington* y *Ashey*.

7. *La hoja se levantó, cayó de nuevo y el gladiador quedó tendido sobre la arena.* Véase el grabado tomado de los frisos pompeyanos, en la obra sobre Pompeya publicada por la Biblioteca de los conocimientos curiosos, tomo 2, p. 211. (N. del A.)

8. *Un papiro y el cálamo.* El cálamo (*tarazon de caña*) era usado para escribir en pergamino y en papiro. El estilete servía para escribir en tablillas cubiertas de cera ó en planchas de metal. La correspondencia se escribía unas veces en tablillas y otras en papiro. (N. del A.) La palabra castellana *carta*, debe reservarse técnicamente para los pergaminos.

9. *Una extensa humareda salía de la cumbre del Vesuvio.* Las erupciones más notables del Vesuvio que se han registrado en la historia después de la del año 79, corresponden á los años 203, 472, 1631, 1737, 1779, 1794, 1819, 1822, 1833, 1839, 1850, 1855, y 1872.

10. *La noche aterradora usurpaba el imperio del Mediodía.* La primera letra de Plinio el joven sobre la erupción, la describe desde Misena, en los siguientes términos:

« Mi tío estaba en Misena y tenía el mando de la escuadra. El día noveno para las Calendas de setiembre sobre la hora séptima (esto es, á la una de la tarde del 24 de Agosto), avisóme mi madre que se veía una nube extraordinaria... Levantóse del lecho en que estaba recinado, y subióse á un sitio desde donde podía observarse el fenómeno. Por de pronto no pudo distinguir en que montaña se había formado la nube, pero luego se supo que era en el Vesuvio. Parecía á un pino por su forma, y yo creo que la impulsaba un viento subterráneo, y que luego por su propio peso se extendía y dilataba. Tenía en algunos momentos el color blanco y en otros era negruzca, y aun presentaba diversos colores según estaba cargada más ó menos de cenizas ó de tierra... Mi tío que era dado al estudio, quiso examinar de cerca aquel prodigio, y ordenó que aparejasen su bergantín libúrnico... En el momento en que salía de su casa con las tablillas en la mano, los marinos vinieron á exponerle el inminente peligro en que se hallaba la población de Retina, cuyo único refugio eran las naves... Hizo juntar entoncez las galeras cuadríremes, y salió para dar auxilio no solamente á Retina, sino á las demás poblaciones que abundan en aquella costa... Acércase al lugar de donde huye todo mundo; busca el peligro; y conserva de tal manera la sangre fría, que observa todos los pormenores del fenómeno, y á medida que observa va dictando sus notas. Sobre los bajéles llovía ceniza cada vez más densa y más caliente. Con ella cayeron muy luego pómices negros y fragmentos de rocas trituradas por el fuego. El oleage era violento, y la conflagración de la montaña dificultaba el acercarse á la costa. El piloto le aconsejaba dirigirse á la alta mar, pero él dijo de pronto: *la fortuna favorece á los animosos: gobierna en busca de Pomponiano.* Pomponiano se hallaba en Estabias donde hay una pequeña ensenada. Allí considerando el peligro que se acercaba por momentos, había dispuesto que trasladaran á las naves todo su mueblaje, y aguardaba que cambiase el viento para hacerse á la vela. Como el mismo viento que detenía á Pomponiano había sido favorable á mi tío, éste pudo llegar sin contratiempo á donde él estaba. Encontróle tembloroso y azorado, y para darle ánimo le abrazó, y á fin de probrarle que debía estar tranquilo mandó que dispusiesen un baño. Bañóse mi tío y cenó luego con buen humor, á pesar de que en muchos puntos del Vesuvio se veían grandes llamas é incendios, cuyo resplandor formaba contraste con las tinieblas que todo lo envolvían... Después de la cena se echó á dormir, y á causa de ser algún tanto plétórico se oían sus ronquidos desde el cuarto inmediato. Por fin llegó un momento en que el patio que estaba junto á la habitación en que dormía se llenó de cenizas, por tal manera que á descuidarse un poco le hubiera impedido el salir, por lo cual le avisaron y se reunió con Pomponiano y con los demás que habían estado en vela. Tuvieron consejo y pusieron á discusión si sería mejor encerrarse en la casa ó salir á campo libre. Por un lado era de temer el derrumbamiento de las habitaciones agrietadas y violentamente sacudidas por los continuos temblores de la tierra que parecía que las hiciesen saltar para colocarlas de nuevo en su sitio. Por otro lado fuera de la población existía el peligro de las piedras volcánicas, que si bien eran ligeras y consumidas por el fuego podían causar daño. Entre uno y otro recurso decidíéronse por el último... Salieron, pues, resguardando la cabeza por medio de cojines atados con pañuelos. En otras partes despuntaba ya el nuevo día, pero donde ellos estaban continuaba la noche negra y espantosa, solamente disipada por las antorchas y otras luces que llevaban

consigo los fugitivos. Acercáronse á la costa y vieron que el mar continuaba muy agitado y con viento contrario, motivo por el cual no era posible el embarcarse. Mientras allí estaban, salieron llamaradas más grandes que las anteriores, y sintiéndose olor de azufre como si la erupción estuviese cercana. Espantáronse todos y echaron á correr, á excepción de mi tío que al levantarse apoyado en dos criados que le acompañaban, cayó de repente muerto. Yo creo que teniendo el pecho débil y la respiración fatigosa, debió sufocarle la humareda. Cuando apareció nuevamente la luz... encontré el cuerpo en el mismo sitio... Durante este tiempo mi madre y yo estábamos en Misena.» (Letra 16. lib. 6.)

11. *No tenía permiso el centinela para dejar su sitio, y no había cuidado de que pensase en abandonarlo.* Los esqueletos de más de un centinela fueron encontrados en sus puestos entre las ruinas de Pompeya. (N. del A.)

12. *Progresos de la devastación.* He aquí lo que sigue diciendo Plinio en la segunda de sus letras á Tácito, referentes á la erupción del Vesuvio:

«Después que hubo partido mi tío, continué el estudio que tenía entre manos y que me había impedido salir con él. Tomé el baño y luego la cena, y acabé por acostarme pero pude dormir muy poco. Había precedido por muchos días el temblor de tierra, y á la verdad no nos cogía de nuevo porque las aldeas y ciudades de la Campania, están á ello muy propensas. Aquella noche empero redobló con tal furor, que más que otra cosa parecía el suelo dislocado y vuelto de arriba abajo... Era la hora prima (las siete de la mañana), y no estábamos alumbrados sino por una luz crepuscular muy débil. Habíanse agrietado los techos, y aunque nos hallábamos en el patio abierto era reducido el sitio, y el temor de la ruina se hacía por momentos certero y terrible. Resolvimos pues á dejar la población; y el pueblo azogado siguió nuestros pasos en tropel... Los vehículos que habíamos mandado llevar saltaban y se removían á pesar de encontrarse en terreno llanísimo, de tal manera que ni aun trábandolos con pedruscos había medio de sujetarlos. El mar parecía reconcentrarse en sí mismo repelido por el temblor de tierra. La playa era mucho más espaciosa que de ordinario, y veíanse entre la arena muchos peces que habían quedado en seco. En frente se divisaba el cubarrón negro y horroroso atravesado por fuegos que serpenteaban y lanzando á una y otra parte encendidos cohetes semejantes á los rayos aunque de mayores dimensiones... Las cenizas empezaban á caer sobre nosotros en cantidad pequeña, cuando acerté á volver la cabeza y vi que nos seguía una espesa humareda arrastrándose sobre la tierra como un torrente. Entonces le dije á mi madre: en tanto que podemos ver la luz dejemos el camino carretero: si esperamos esa oscuridad seremos atropellados por el gentío. Separámonos en efecto del camino y aumentaron las tinieblas de tal suerte, que no parecía aquello una noche negra y sin luna, sino más bien una cámara cerrada completamente á oscuras... Pronto apareció un resplandor, pero no era mensajero de luz sino amenaza de fuego. Detúvose sin embargo á distancia de donde nosotros nos encontrábamos, y siguió la oscuridad, y continuó más fuerte y más espesa que antes la lluvia de cenizas. Estábamos obligados de cuando en cuando á levantarnos y á sacudir las vestiduras, pues de lo contrario hubiéramos quedado cubiertos por la ceniza y sufocados. Poco después apareció la luz del día y aun se mostró el sol, pero tenía el color amarillento como suele presentarlo en los eclipses. Todo á nuestros ojos aparecía cambiado. No había cosa alguna que no estuviese cubierta por la ceniza, y parecía que hubiese caído sobre el paisaje una gran nevada.» (Letra 20. lib. 6.)

13. *El continuo relampaguear del Vesuvio.* Los relámpagos volcánicos caracterizaron de un modo especial la erupción de 1799 según nos dice el autor. Estos relámpagos son verdaderas descargas eléctricas con detonación (V. nuestro apéndice 2.º) pero no debe creerse que se extendían á distancia de la boca del cráter.

14. *El chaparrón de materias volcánicas.* Además de las cenizas y de los pómpices lanzaba el volcán fragmentos de roca más ó menos grandes, pero aun cuando salieran del cráter los proyectiles en estado de incandescencia, no hay que suponer por punto general que llegarán á Pompeya en tal estado. Los datos de combustión son relativamente escasos, y aun para muchos ofrecen lugar á duda. Las calles de Pompeya se han encontrado llenas de cenizas y pómpices hasta una altura de seis ó siete metros, y esto es lo que causó la catástrofe de la ciudad, la cual quedó materialmente enterrada, sufocada, por aquel diluvio.

15. *Gracias á su ceguera, era Nydia la única que conocía las calles.* Según nos dice el autor en su prólogo de 1834, el personaje de Nydia le fué sugerido por una conversación que tuvo en Nápoles con un inglés muy versado en los casos de la vida humana. Hablando de la oscuridad que acompañaba á la erupción del año 79, y de las dificultades que esto añadía á la fuga de los pompeyanos, observó el interlocutor de Bulwer que la persona ciega era en aquel momento la más favorecida por la fortuna.

16. *Los torrentes de lava derretida.* Para evitar toda equivocación sobre su primitivo texto ya advierte el autor en una de sus notas que estos torrentes en la erupción del 79, se dirigieron sobre Herculano pero no sepultaron á Pompeya. En cuanto á los torrentes de fango de

que suele hablarse tratándose del Vesuvio, hay que reconocer por punto general que provienen de lluvias subsiguientes á la erupción como se indica en nuestro apéndice 2.º Sobre estos puntos, lo mismo que sobre los rayos y las combustiones, hemos desembarazado el texto ateniéndonos á la tendencia manifestada por Bulwér en la antedicha nota rectificativa.

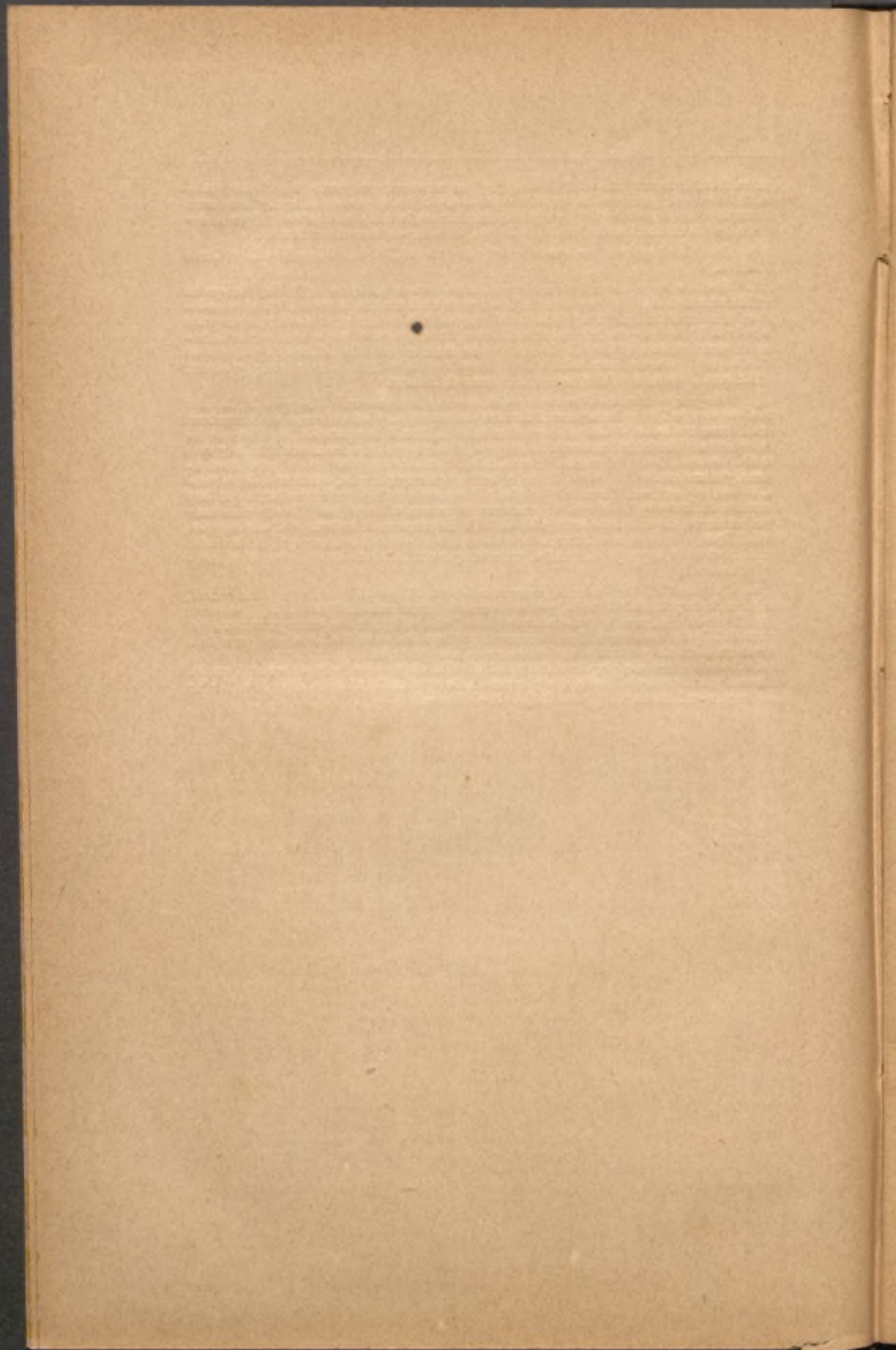
17. *Las nubes de ceniza se cernieron sobre la Syria y sobre el Egipto.* Así lo refiere Dion Cassio (N. del A.)

18. *Luce la mañana después de la catástrofe.* La primera de las letras de Plinio, dice que en Estabias no aclaró el cielo hasta el tercer día después de la muerte de su tío, la cual tuvo lugar en la mañana del 25. La segunda de dichas letras deja entender que el día 25 la erupción era todavía horrorosa para los que se hallaban en Misena, y que el sol apareció entre la humareda presentando un color amarillento ó rojizo como en los eclipses. Para los que estaban en las barcas, la tremenda noche debió durar hasta la mañana del 26 ó acaso del 27, y en este sentido puede entenderse históricamente el texto de Bulwer.

19. *Diez y siete centurias habían transcurrido cuando fué desenterrada Pompeya.* Es de saber que el emperador Tito quiso reparar el desastre de Pompeya, y se nombraron dos consulares que debieron trasladarse á Campania con facultad de aplicar á la reparación los bienes de los que hubiesen fallecido sin herederos. La empresa, sin embargo, era demasiado titánica y tuvo que abandonarse. Los particulares hicieron indudablemente escavaciones en busca de sus riquezas, y el emperador Alejandro Severo las ordenó en mayor escala, desenterrando mármoles, columnas y estatuas. Cerca del Vesuvio, en *Bosco reale*, se erigió un nuevo barrio que llevó el nombre de Pompeya, en el cual se reunieron seguramente los que no quisieron abandonar aquel territorio después de haber perdido en él la mejor parte de su hacienda. Las irrupciones del Norte y los estragos del tiempo fueron borrando el recuerdo de Pompeya, si bien varias de sus construcciones y especialmente el teatro mayor continuaban destacándose sobre la superficie del suelo.

20. *En la casa de Diomedes descubriéronse 20 cadáveres.* El que debió ser dueño de la quinta, pereció en la erupción del Vesuvio, y su cadáver se ha encontrado en el jardín. La joven que se ha creído ser su hija, pereció en el sótano donde se había refugiado con otras personas. En el Museo de Nápoles se conserva el molde formado por las materias volcánicas sobre el torso de la interesante damisela que llevaba en el momento de la erupción bellos pendientes en las orejas, un rico brazalete formado por dos cuernos de la abundancia y una cadenita de oro en el cuello, de la cual pendía un medalloncito con pámpanos. De aquel molde tomó la inspiración Teófilo Gautier para su fantasía pompeyana titulada *Arria Marcella*.







APÉNDICE I.º

Bibliografía pompeyana.

El autor en el cap. 3.º del lib. 1.º alude á la obra de Guillermo Gell titulada *Pompeiana*, y en el cap. 7.º del mismo libro se refiere á la obra del canónigo Iorio sobre la *mimica de los antiguos*.

Además de las dos obras citadas menciona también el autor, como hemos visto en la nota 7.ª del lib. 5.º, otro libro sobre Pompeya publicado en Inglaterra por la *Biblioteca de los conocimientos curiosos*.

Son muy conocidas y merecen recuerdo especial las obras siguientes:

MAZOIS. *Ruines de Pompei.*

GANDY. *Pompeiana.*

DYER. *Pompei.*

CLARAC. *Fouilles faites à Pompei.*

ROUX. *Vue des ruines de Pompei.*

WORDSWORTH. *Inscriptiones Pompeianæ.*

OVERBECK. *Pompeii.*

NICOLINI: *Le case ed i monumenti di Pompei.*

Entre los libros destinados á vulgarizar el conocimiento de las cosas pompeyanas deben citarse la obra de Breton que hemos mencionado en el prólogo (*Pompeia decrite et dessinée*) la guía del comendador Aloe, el librito de Alejandro Dumas, el de Max Monnier (*Pompei et les Pompeiens*), etc.

El número de los sabios que han precisado con sus trabajos los conocimientos pompeyanos es muy grande, y el lector que quiera desarrollar su erudición en este punto no debe echar en olvido los nombres de Millin, Raoul Rochette, Donaldson, Mommsen, Quaranta, Avellino, Arditì, Bonnucio, Minervini, Dognée, Nissen, Stecher, Zahn, Boissier, Garrucci, Pres-sulin, Brizio, Finatì, Romanelli, etc.

Los que deseen tener á mano datos auténticos de Pompeya sin acudir á tratados especiales, pueden consultar fácilmente además de los diccionarios de Rich y de Bosc, las obras ilustradas de Gull, Demmin, René Menard, Seeman, Clement, Falke, Duruy, etc.

No tratamos aquí de agotar, ni mucho menos de metodizar, esta bibliografía. Con motivo del décimo octavo centenario de la erupción se publicó á expensas del gobierno italiano un curioso volúmen sobre Pompeya. Ultimamente el comendador Fiorelli, director y reformador de las escavaciones, es la mejor autoridad que puede consultarse para tener noticia de los descubrimientos que se han realizado en nuestra época. El *Giornale delli scavi* es el registro fundamental de las investigaciones pompeyanas.





APÉNDICE 2.º

Descripción del incendio vesuviano de 26 de abril de 1872, por el profesor Luis Palmieri encargado del observatorio.

La grande y luctuosa conflagración vesuviana del 26 de Abril de 1872 fué, según yo creo, la última faz de un incendio comenzado durante el mes de enero de 1871, sobre el cual no quise escribir cosa alguna aun cuando parecía terminado porque estaba seguro de que su fin habia de ser una escena más ó menos estrepitosa conforme lo habia predicho diferentes veces.

Y voy á decir ahora el fundamento en que descansaban mis previsiones.

Cuando comienza el cráter central á dar de sí algunas erupciones pequeñas puede presagiarse casi siempre una série más ó menos larga de incendios de poca monta los cuales vienen á ser la preparación de un incendio grandioso después de cuya manifestacion la fuerza volcánica vuelve á recobrar su calma. Por eso en Noviembre de 1868 cuando ví henderse el cono y salir de él copiosas lavas que por el foso *della vetrana* se derramaban sobre las amenas y fértiles campiñas llamadas *delle novelle* en lugar de anunciar el principio de una erupción anuncié

que iba á finalizar la que hacía más de un año se estaba manifestando por la continua lava que descendía de la cima del cono.

Desde Noviembre de 1868 hasta Diciembre de 1870 nuestro monte había permanecido tranquilo y únicamente las fumarolas que habían quedado en la rajadura empezaron á tomar cierto grado de actividad produciendo cloruros y sulfatos de cobre, sulfatos de potasa y otras materias de mayor ó menor importancia. Mas en los primeros días de 1871 el sismógrafo (*instrumento destinado á medir la intensidad de los temblores de tierra*) se mostraba inquieto; y el cráter de cuando en cuando dejaba oír algunas detonaciones ó lanzaba uno que otro proyectil en estado de incandescencia. Entonces yo anuncié que había comenzado un nuevo período eruptivo que había de ser de larga duración pero cuyas fases no podían preverse. El día 3 de enero en el borde septentrional del plano superior del cono vesuviano se hizo una rajadura de la que salieron al principio escasas lavas y luego brotó allí un cono que lanzaba proyectiles incandescentes con mucho humo bermejizo mientras que el cráter central continuaba con sus detonaciones cada vez más frecuentes y más intensas. Las lavas fueron engrosándose hasta primeros de Marzo sin alcanzar ni de mucho á la base del cono pero haciéndose muy escurridizas. Durante el mes de Marzo el cono secundario no solamente se aquietó sino que se deshizo en parte como les sucede casi siempre á los conos excéntricos cuando cesan de ser activos. Fuí á verlo de cerca y observé que quedaban allí cuatro pilastras, tres de las cuales estaban formadas por escorias eruptadas en estado pastoso, las cuales se habían unido entre sí pasando al estado sólido y la otra era una pirámide monolítica de lava compacta que parecía haberse elevado por el impetu del subsuelo. Poco humo lanzaba el pequeño cráter pero salía de su interior con fuerte silbido. Asomándome al borde ví una cavidad de forma cilíndrica de cerca de diez metros de profundidad tapizada con escorias estalactiteas cubiertas de sublimaciones de todos colores. El fondo de aquel cráter era llano y en el centro se había formado un pequeño cono de cosa de dos metros de alto...

el cual creció luego y llegó á levantarse cinco metros sobre la orla del cráter. Nuevas y abundantes lavas comparecieron cerca de la base de éste cono, las cuales descendiendo continuamente en el *atrio del cavallo* se escurrieron por el *fosso della vetrana* en dirección al observatorio y hácia la *crocella* donde se acumularon cubriendo la colina... Estas lavas que eran muy leucíticas podían dividirse en sutilísimos hilos... que se recogían en cantidad muy grande... y yo los presenté á la Academia con el nombre de *lapileos filiformes*. Eran estos hilos de color amarillazo claro y vistos con el microscopio aparecían formados por diminutos cristales de *leucita* (granate blanco) empastados en una pasta de la misma naturaleza química...

En Octubre de 1871 junto al borde del cráter central se formó... otro cráter más pequeño... A fines de Octubre las detonaciones aumentaron en intensidad, el humo del cráter central salió más copioso y mezclado con mucha ceniza, y el sismógrafo con el aparato de variaciones estaban inquietos, por lo cual dije en uno de mis boletines: ó empieza una nueva faz ó estamos al fin del incendio.

A principios de Enero de 1872 el cono pequeño se reanimó nuevamente... Durante el mes de Febrero todos los movimientos marcharon con más calma, pero en el mes de Marzo con el plenilunio el cono sufrió una hendidura en el lado Noroeste dónde apareció una línea de *fumarolas* y en la parte baja salió lava... que á la fin llegó á derramarse hasta los peñascos del monte de Somma...

En 23 de Abril (otro plenilunio) los instrumentos se mostraban muy agitados: la actividad de los cráteres iba en aumento y por la tarde del 24 esplendorosas lavas descendían del cono en varias direcciones atrayendo durante aquella noche á gran número de forasteros... Muchos curiosos llegaron el 25 por la mañana... y encontrando las lavas apagadas... fueron, acompañados por los guías, á ver de cerca lo corriente. Para ello era preciso subir á un sitio casi inaccesible, y yo que fui allá por la mañana disuadí de sus propósitos á los que querían emprender la subida por la tarde. A las siete de la noche dejé el

Observatorio dónde quedaba mi único coadjutor... Los instrumentos continuaban agitados. A media noche cerró el coadjutor el Observatorio y acostóse. Tardíos y desventurados curiosos pasaron por allí sin ser vistos, con una escolta de guías inexpertos, y á las tres y media de la mañana del 26 se encontraban en el *átrio del cavallo* cuando el cono vesuviano se desgarró por la parte de Noroeste... y arrojó una corriente de lava copiosa y violenta en dirección del *átrio*. Formáronse en la cima del monte dos grandes cráteres y empezaron á lanzar con ímpetu numerosos proyectiles incandescentes mezclados con ceniza blancuzca. La humareda envolvió á los desgraciados que allí estaban y una granizada de proyectiles encendidos cayó sobre sus cabezas. El igneo torrente de lava sepultó á algunos de ellos. Dos fueron recogidos ya cadáveres y además se recogieron once heridos uno de los cuales falleció cerca del Observatorio... El coadjutor que es sacerdote asistió á los moribundos... y la municipalidad de Resina cuidó de transportar los muertos al cementerio y los heridos al hospital.

La noche del 26 de Abril el Observatorio se encontraba entre dos torrentes de fuego que daban un calor insuportable. Los vidrios de las ventanas abrasaban y en las habitaciones se percibía el olor de cosa quemada. El cono parecía perforado y por todas partes salían corrientes de lava: no pude expresar más exactamente este fenómeno sino diciendo que *el Vesuvio sudaba fuego...*

Los torrentes encendidos amenazaban á Resina, Bosco y Torre Anunziata, y devastaban las fértiles campiñas de Massa, San Sebastiano y Cércola... difundiendo el espanto en tal manera que muchos desde las tierras cercanas al monte huían á Nápoles y otros que eran de Nápoles huían hacia Roma.

El período eruptivo fué breve. Si las lavas hubiesen continuado el 27 corriendo como en la noche del 26 habrían llevado el exterminio hasta el mar y aun hubieran alcanzado sin duda alguna los muros de Nápoles...

Finido en la tarde del 27 el período igneo de la erupción, las cenizas, los lapileos y los proyectiles salieron con mayor abun-

dancia que antes y el estrépito del cráter adquirió mayor fuerza. El *pino* de la humareda presentaba un color mas oscuro y se le veía atravesado por continuar centellas... Muchos escritores de las cosas vesuvianas dijeron que los fulgores que salen de en medio de la humareda son relámpagos sin truenos... pero es lo cierto que estando cerca se oye la detonación correspondiente á cada centella...

El día 28 las cenizas y lapileos oscurecian el aire sin que el terrible fragor cesase ni por un momento... En Resina, en Pórtici, en Cremano y en Nápoles el terror era universal.

El 29 con fuerte viento de Levante caian en el Observatorio escorias de magnitud bastante grande que donde no había persianas rompieron los cristales de las aberturas... Hacia la media noche, finalmente, el estrépito del cráter fué amenguando y casi á la misma hora se desencadenaron los temporales sobre la Campania... Ya es cosa sabida que despues de las grandes erupciones del Vesuvio suelen sobrevenir las lluvias tempestuosas, y estas hallando el suelo cubierto de ceniza, y en consecuencia no pudiendo infiltrarse, forman torrentes de fango que hacen tanto daño como las materias ígneas.

El día 30 los rumores eran ya rarísimos, y aun la humareda no salía más que por intervalos, de modo que en 1.º de Mayo pudo decirse que el incendio estaba terminado.

Una vez desvanecido el humo se vió que el cono había cambiado sus perfiles. Mientras duró la furia del volcán el suelo se removía constantemente, de modo que el Observatorio estuvo siempre oscilando...

A esta relación del distinguido profesor Palmieri acompañan notables explicaciones de carácter científico y además los estudios especiales siguientes:

- 1.º Naturaleza de las lavas.
- 2.º *Fumarolas* de las lavas.
- 3.º Bombas, lapileos y cenizas.

- 4.º Los cráteres y sus fumarolas.
- 5.º Electricidad del humo y de la ceniza.

En la *Crónica científica* de 25 Abril de 1882 leemos que las últimas observaciones espectroscópicas hechas por el profesor Palmieri sobre la lava del Vesuvio han dado por resultado el encontrar una raya espectral nueva que corresponde exactamente á la del Helio, el famoso elemento revelado únicamente hasta aquí por espectro del sol.

La misma *Crónica científica* en 10 Junio de 1882 nos dá este análisis (practicado por Ricciardi) de la ceniza del Vesuvio: sílice 42, albúmina 10, cal 9, potasa 6, óxido de hierro 9, ácido fosfórico 2, etc. La ceniza del Vesuvio, dice el profesor Fuchs en su estudio sobre los *volcanes* y los *terremotos*, es un polvillo fino, delicado, de color gris, y se compone de los mismos elementos que la lava, conteniendo fragmentos de angito y de leucita, y alguna vez un poco de olivina.





ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

Págs.

LIBRO IV.

CAPÍTULO I. — Reflexiones sobre el celo de los primitivos cristianos. — Acuerdo peligroso de dos hombres. — De como las paredes tienen oídos y muy especialmente las paredes sacras.	3
CAP. II. — El amo de casa, el cocinero y la cocina. — De como Apécides fué al encuentro de Dione y conversación que tuvieron.	9
CAP. III. — Reunión elegante y comida en casa de Diomedes.	21
CAP. IV. — Episodio.	43
CAP. V. — El filtro y sus efectos.	49
CAP. VI. — Movimiento de personajes. — De como las aguas corriendo por diferentes arroyos van á parar al mismo golfo.	55
CAP. VII. — Situación de Glauco. — Pruebas de la amistad. — La enemistad dulcificada. — El verdadero amor siempre constante, porque está ciego.	71
CAP. VIII. — Funerales clásicos.	89
CAP. IX. — Aventura de Dione con su tutor.	97
CAP. X. — Lo que sucedió á Nydia en la casa de Arbaces. — Compasión hácia Glauco sentida por el egipcio. — De como el movimiento compasivo en el delincuente es cosa estéril.	101
TOM. II.	20

CAP. XI. — Nydia se muestra conocedora del arte mágica.	109
CAP. XII. — Una avispa se acerca á la telaraña.	117
CAP. XIII. — El esclavo consulta al oráculo. — Donde se demuestra que á los que se ciegan voluntariamente puede embarques un ciego. — Dos nuevos prisioneros en la misma noche.	125
CAP. XIV. — Nydia se pone al habla con Caleno.	137
CAP. XV. — Arbaces y Dione. — Nydia en el jardín. — ¿ Podrá escapar y salvar al Ateniense?	143
CAP. XVI. — Tristeza de camaradas. — El calabozo y los presos.	153
CAP. XVII. — Una esperanza en favor de Glauco.	163

LIBRO V.

CAPÍTULO I. — Sueño de Arbaces. — Una visita y una advertencia para el egipcio.	187
CAP. II. — El anfiteatro.	133
CAP. III. — De lo que hacía Salustio, y de lo que sucedió con el mensaje de Nydia.	219
CAP. IV. — Fin del espectáculo.	223
CAP. V. — La celdilla del preso y el espoliario de los muertos. — El dolor indiferente á los horrores.	235
CAP. VI. — Caleno y Burbo — Diomedes y Claudio. — La muchacha del anfiteatro y Julia.	241
CAP. VII. — Progresos de la devastación.	247
CAP. VIII. — Arbaces encuentra á Glauco y á Dione.	253
CAP. IX. — Desesperación de los dos amantes. — La hora terrible para la muchedumbre.	259
CAP. X. — Luce la mañana después de la catástrofe. — Suerte fatal de Nydia.	265
CAP. XI. — La correspondencia de Glauco con Salustio.	271
CAP. XII. — EPILOGO.	277
NOTAS.	281
APÉNDICE I.º — Bibliografía pompeyana.	289
— 2.º — Descripción del incendio vesuviano de 26 de Abril de 1872, por el profesor Luis Palmieri, encargado del Observatorio.	291

ERRORES TIPOGRÁFICOS.

<i>Tomo.</i>	<i>Página.</i>	<i>Línea.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe leerse.</i>
1. ^o	43	14	sextercios	sexterciones
"	59	3	gozamente	gozosamente
"	63	24	estuvistes	estuviste
"	75	17	Pitagónico	Pitagórico
"	155	8	caballera	cabellera
"	197	4	Temprano era	Era temprano
"	208	34	encuentra	encuentran
"	230	15	otra	otro
"	249	17	Creia	Creí
"	258	1	palomas	palomos
"	305	25	choceces	chocheés
"	312	7	el ateniense	al ateniense
"	313	30	y á que	y que á
"	320	35	descubrir	describir
2. ^o	14	34	de que	en que
"	16	21	el día	al día
"	33	10	el Senador	al Senador
"	219	9	no podia evitarlos	evitarlos no podia

